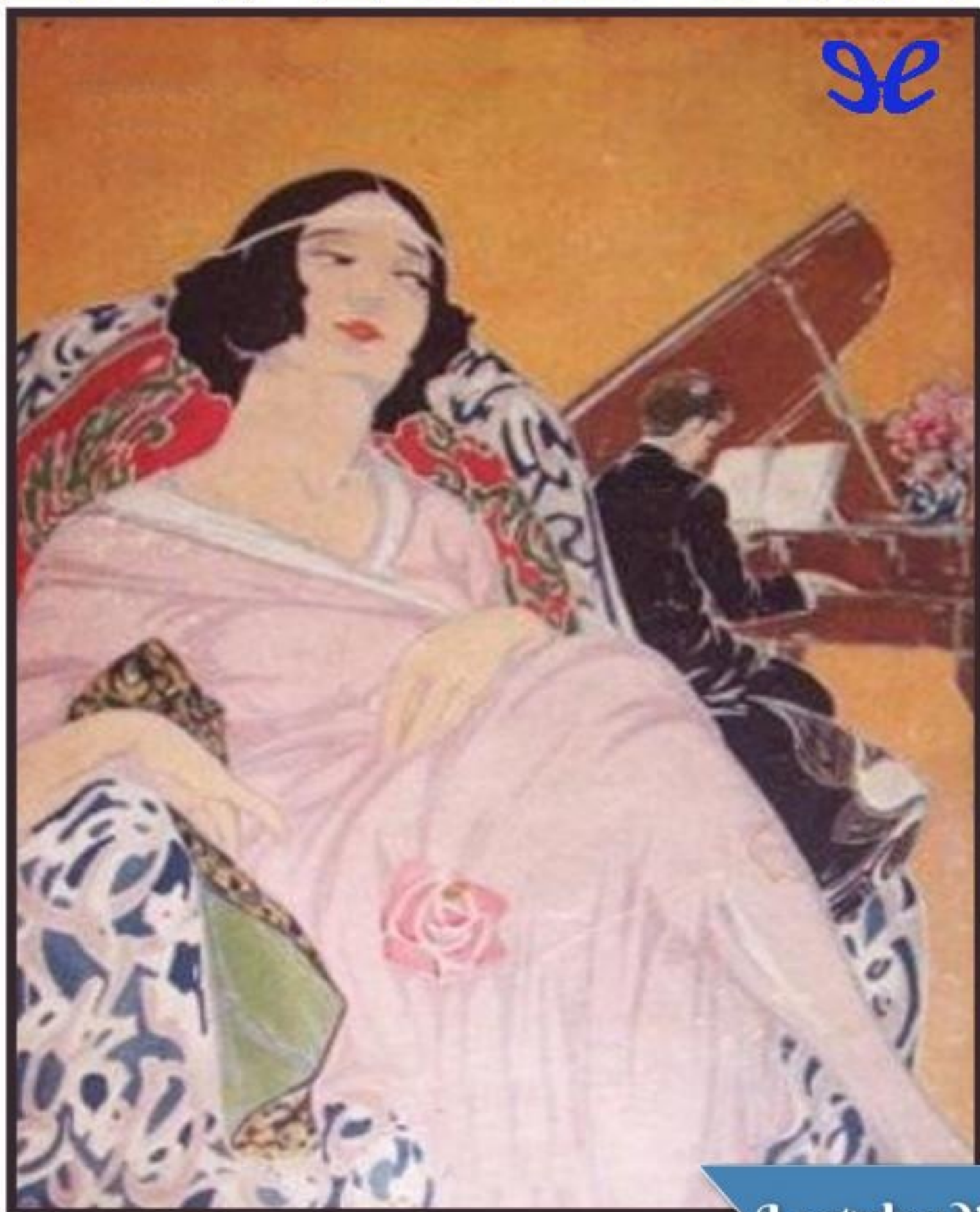


GUILLERMO DÍAZ-CANEJA
LA PECADORA



Lectulandia

El laureado escritor cincuentón, Carlos Mangín, hastiado de la vida y sin más ganas de volver a publicar un libro, para cumplir el contrato con su editor escribe el último en el que narra su propia existencia: la vida bucólica, los estudios, Madrid, su casamiento y, fatalmente, su relación con una antigua bailarina, una pecadora.

Lectulandia

Guillermo Díaz-Caneja

La pecadora

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *La pecadora*

Guillermo Díaz-Caneja, 1914

Digitalización original perteneciente a los fondos de la Biblioteca Nacional de España y distribuida bajo licencia CC-BY-NC-SA

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi distinguido y querido amigo
el Excmo. Sr. D. Manuel Gil Lozano.

Modesto testimonio de cariño.

El Autor.

Que puede servir de prólogo

Dos meses hará, día más, día menos, que mi editor vino a visitarme. La tal visita tuvo lugar en una mañana del mes de octubre, que no se me olvidará fácilmente, por lo fría y desapacible que estaba.

Doña Modesta, el ama de llaves que yo tengo, entró en mi alcoba con paso temeroso; este temor estaba justificado por la orden que yo le tenía dada de no recibir a nadie en tales horas. La pobre señora, creyendo que el editor no podía estar comprendido en la citada orden, porque, como ella decía, hablar del editor era hablar de mis intereses, se atrevió a contravenir mi disposición, en la seguridad de que, lejos de enojarme, me alegraría.

Al ver mi enfado puso tal cara de asombro y de zozobra, que, compadeciéndome de la pobre mujer, dulcifiqué mi tono y casi me reí; y hay que tener en cuenta que hacerme reír a mí desde muchos años a esta parte, no es empresa tan fácil, ni mucho menos. Calmando, pues, mi enojo, le mandé que dijese a mi editor que esperara un poco, que iba a vestirme.

Diez años hace que Doña Modesta se encuentra a mi servicio; la pobrecilla me quiere entrañablemente, y es lo cierto que me cuida con el mismo amor y solicitud que una madre a su hijo.

Quedó viuda con una hija que nada tenía que agradecer a Dios en lo físico, pero sí en lo moral: en esto salía a su madre.

El marido de Doña Modesta, que fue músico, dejó a las dos mujeres en un estado tan precario, que pronto se vieron obligadas a tomar una resolución para ponerse a salvo de la miseria. En aquel entonces me hablaron de ellas, y tomé a la madre a mi servicio; de lo que cada día me alegro más, pues, dado el carácter que ahora tengo, nunca pensé que pudiera hallar una persona tan adaptable a mi modo de ser, un poco raro. La hija, no queriendo yo que se separara de su madre, vino a mi casa también, aunque no en calidad de sirviente: la pusimos de aprendiz en un taller de modista, y hoy gana un jornalito modesto, pero suficiente para atender a su personilla. Por las noches, cuando regresa del trabajo, se ocupa en algunos menesteres de la casa, tales como el repasado de la ropa, etc.

Completa mi sevidumbre una cocinera que, por no podérsela pegar a Doña Modesta, en la compra, bufa como un condenado; pero que guisa como no hay dos; y váyase lo uno por lo otro.

Renegando de la oficiosidad de mi ama de llaves, encendí un pitillo, y empecé a vestirme con toda la lentitud propia del que no tiene costumbre de madrugar, y que, cuando lo hace, como yo entonces, es en contra de su voluntad.

Mi editor no iba nunca a mi casa, así es que no dejó de extrañarme su visita.

Concluí, ¡por fin!, de vestirme y me lancé al pasillo que conduce a mi despacho, con la misma decisión que el bañista perezoso, para pasar pronto la impresión, se tira de cabeza al mar.

Al entrar en la citada habitación, un apretón de manos y algunas frases amables de saludo y de disculpa, él por haberme hecho levantar, y yo por la espera a que le había obligado, dieron principio a nuestra entrevista.

Don José, que así se llama mi editor, fue el primero en hablar para exponerme el objeto de su visita. Escuchábale yo con atención, sin dejar por eso de pensar que todo aquello que me estaba contando me lo podía haber dicho a las cuatro de la tarde y no a las diez de la mañana, hora en que, según mi calendario, empezaba a salir el sol... ¡Pero váyales usted con tales calendarios a hombres como este, que el día le parece corto para ganar dinero!... ¡Seres admirables, que nunca tienen bastante! ¿Para qué querrán tanto dinero?

Esta pregunta mía me hace sonreír: hace años, todo el dinero del mundo me hubiera parecido poco para mí.

Dije que escuchaba con atención a mi interlocutor, y lo repito; el asunto no era para menos: se trataba de renovar nuestro contrato, que termina en el próximo año.

A medida que avanzaba en su discurso, acentuaba yo los movimientos negativos que hacía con la cabeza. Don José, al concluir, quedose mirándome con el más grande estupor pintado en su rostro.

—Pero... ¿es que se niega usted a que renovemos el contrato? —me preguntó, tras de un breve y cómico silencio.

—Sí, señor; me niego. —Don José, que dicho sea en su honor, es una bellísima persona, se puso colorado como un pavo. Comprendiendo la causa de su sonrojo, me apresuré a tranquilizarle.

—No es que tenga queja ninguna de usted ni de las condiciones de nuestro contrato, en el que siempre ha procedido como hombre honrado, como caballero; nada que a esto se refiera ha influido en mi decisión; esta dimana solamente de mi voluntad, de mi deseo, de mi resolución irrevocable de no escribir más. Yo, que ningún rato agradable tengo en mi vida, estoy cansado de proporcionárselos a los demás.

Al oír mis últimas palabras, D. José pegó tal respingo en su silla, que me hizo reír.

—¡¡Que no escribe usted más!!

—No, señor.

—Usted, que ahora se halla en el apogeo de la gloria; usted, que ha llegado a conquistar una nombradía envidiable... ¿no quiere escribir más?

—Yo, sí, señor, yo; yo que he llegado a conquistar, sin pretenderlo, y quizá por eso mismo, todo eso que usted dice, no quiero escribir más libros.

—No lo creo; no puedo creerlo..., es imposible... ¡*Carlos Mangín*, el novelista preferido de las damas, el mimado, el agasajado por donde quiera que va, desaparecer

en pleno éxito!...

—Ahí verá usted.

—Permítame que dude...

—Permitido; pero usted se convencerá; es una resolución de la que nada, ni nadie, me hará variar. Nuestro contrato termina en el año que se avecina; le debo a usted la novela correspondiente a ese año; la tendrá en la época acostumbrada; después, ni una letra más saldrá de mi pluma.

—¿Y a qué es debida esa resolución? Usted es joven; cincuenta años son pocos años para haber llegado al cansancio, a la desilusión, al menosprecio de los aplausos, de las alabanzas.

—Mi edad no es mucha, cierto; mi exterior es joven; pero mi alma, mi corazón, mi espíritu se hallan en plena y desconsoladora vejez. Usted, Don José, conoce algo de mi vida..., quizá, dentro de poco, conozca el resto, y entonces comprenderá mi deseo, mi resolución de retirarme al bello rincón donde nací, y del que no pienso volver a salir.

—¡Ah, mujeres... mujeres! —dijo mi editor, poniendo una cara tan expresiva que bien claro daba a entender el mal concepto en que las tenía.

—¡Pobrecillas!

—Usted, por lo menos, no ha hecho sino alabarlas en sus libros.

—Y bien sabe Dios lo desinteresadamente que siempre lo hice... Nunca quise ver sus defectos... ¿Para qué? Su belleza es más que suficiente para que las admiremos.

—Bellísimas... sí; muy bellas... si sus lindas cabecitas no estuvieran, por regla general, huecas.

—Si hoy, tal y como es, la mujer trae revueltos a los mortales, ¿qué sucedería si sus lindas cabecitas estuvieran organizadas para discurrir de una manera más cuerda y lógica de como lo hacen? Si eso sucediera, Dios tendría que reconocer su error, al creer que castigaba al género humano privándole del Paraíso; la Tierra sería un paraíso mucho más bello.

Don José me miró con sorpresa algunos instantes, y después dio un profundo suspiro.

—Cierto —continué diciendo— que al tratar de la mujer hay que distinguir dos clases o grupos: el de las que comprenden su divina misión en la tierra, y la cumplen haciendo de ángeles...

—Sí —interrumpió vivamente D. José—; y el de las que, no comprendiéndola, hacen de demonios; ya estamos en eso.

—Usted comprenderá que al hablar de la mujer para alabarla, de las comprendidas en el primer grupo se trata. Cuando se alaba el vino de Jerez, al legítimo nos referimos, que no a las imitaciones y falsificaciones.

—El juicio no es arriesgado...

—¿Por qué?

—Porque ni por un ojo de la cara encontrará usted una que se considere incluida

en el segundo grupo.

No pude por menos que echarme a reír al oír el fiero tono con que mi editor pronunció aquellas palabras.

Aún se prolongó nuestra conversación largo rato; después, D. José se despidió asegurando que se proponía hacerme cambiar de idea.

No lo conseguirá; estoy resuelto a escribir mi última obra. Así pensaba yo en aquel momento, y así pienso ahora al emborronar estas cuartillas que, a modo de prólogo, han de formar parte de ella.

Tenía el propósito de escribir una novela, una bella mentira más —y téngase presente que si digo bella es porque así califica el bondadoso público mis modestas producciones—; pero en estos dos meses transcurridos he cambiado de idea y he decidido escribir una gran verdad. Así como algunos escritores dejan escritas sus Memorias para que se publiquen después de muertos, yo voy a escribir las mías para que se publiquen en vida. No obstante, para mí será como si ya no perteneciera al mundo de los vivos, toda vez que, al terminarlas, me iré a mi casa del valle de *Santa Felicina*, rompiendo toda clase de relaciones con los moradores del resto del planeta.

Como Memorias debéis considerarlas, ya que a hechos a mí acaecidos se refieren; mas como novela habréis de leerlas, porque, algunas veces, el novelista tendrá que poner su pecadora mano en muchas de sus páginas, para velar en ellas la verdad con el artificio. La verdad no siempre puede ni debe decirse; así, pues, en esta ocasión justo será expresarla de modo que no sufra alteración en su esencia; pero sí en la forma.

* * *

Algunos días han transcurrido desde que escribí los anteriores renglones. Hoy decido empezar esta obra, y, al tomar la pluma para ello, mi mano tiembla.

Estamos en Nochebuena. Sentado ante mi mesa, sin que se escuche ruido alguno en mi casa, donde todos duermen, ni en la calle, que es poco pasajera y un tanto aristócrata, siento la misma emoción que debe sentir el que, sano de cuerpo y de espíritu, dicta su testamento, su postrera voluntad. Recuerdos de mi vida... con tal precipitación os agolpáis en mi corazón, que le oprimís, dificultando sus movimientos y causándole agudísimo dolor. Venid a mí, espíritus de aquellos a quien tanto amé; y ya que hoy es noche en la que los humanos seres se reúnen para estrechar más y más sus afectos, reunámonos también para acrecentar, si ello es posible, el recuerdo que a vosotros me une.

Las doce dan en el reloj de un cercano edificio público, cuando, con inseguro pulso, empiezo a escribir el segundo capítulo de esta obra, y primero de lo que bien puedo llamar mi confesión.

II

Veinticinco años cumplía yo el mismo día que me doctoré en Medicina. ¡Día memorable! Mi padre esperaba frente a San Carlos. Yo debía leer en aquella mañana la Memoria... ¡Pobre padre mío!... Su imagen querida está grabada con trazos indelebles en mi corazón. Mientras yo, emocionado, leía ante el grave auditorio mi Memoria sobre la tuberculosis, con la imaginación veía a mi padre pasear, inquieto, nervioso, por delante del Colegio.

Cuando, una vez ganada la borla, salí precipitadamente en su busca, él miraba con ansiedad hacia la puerta. Su venerable semblante expresó viva inquietud al verme; pero la alegría del mío debía ser tanta, que al instante la vi reflejarse en el suyo. Vino hacia mí, al mismo tiempo que yo corría hacia él, y sus amantes brazos me estrecharon con fuerza contra el pecho.

—Ya soy doctor, papá —dije con voz que la alegría hacía temblar.

—Ya lo sé, Carlos; tu cara lo decía bien claro cuando apareciste en la puerta. Ya eres doctor, ya eres un hombre, hijo mío; tu aplicación y mis afanes, han recibido la recompensa; es una alegría más que hoy proporcionas a tu padre.

Al decir esto, me abrazaba de nuevo, hondamente emocionado; después me besó... ¡Aún me parece sentir aquel beso en mi mejilla!

Tranquilizados un tanto, ambos, tomamos calle arriba con paso lento. Me hizo mil preguntas sobre el acto que yo acababa de realizar, a las que contesté sin poder dominar la alegría que en mí se desbordaba.

Tenía mi padre la edad que yo tengo ahora: cincuenta años. Su cabello, cortado en forma de melena, la barba, larga y bien cuidada, y el bigote, habiendo empezado a encanecer demasiado pronto, estaban entonces completamente blancos. Sus ojos, de mirar dulce y bondadoso, y las arrugas, no muy profundas, que surcaban su rostro, dábanle un aspecto tan venerable, tan bíblico, que parecía un apóstol. Contemplándole, parecía verse a uno de aquellos santos mártires que, con el pensamiento puesto en Dios y la sonrisa perenne en los labios, sufrieron las más terribles persecuciones durante el período de florecimiento del cristianismo.

Atravesamos la plaza de Matute y embocamos la calle del Príncipe. Caminábamos por en medio de la calle, sin preocuparnos poco ni mucho de las voces que nos daban los cocheros, los cuales, renegando, tenían que torcer el rumbo de sus carruajes, ya que nosotros no torcíamos el nuestro.

Íbamos cogidos del brazo. Cuando llegamos a la Puerta del Sol, nos detuvimos junto al estanco, y mi padre dijo así:

—Ea: hoy tenemos que celebrar el acontecimiento. ¿Dónde quieres que almorcemos?

—¿Dónde? Donde tú quieras, papá.

—¿Te parece que vayamos al Inglés?

—Vamos.

—El caso es que, de haberlo pensado antes, nos podíamos haber excusado de llegar hasta aquí.

—Nadie nos mete prisa; así haremos más apetito.

Y allá nos encaminamos, pegando nuevamente la hebra, como si fuéramos dos buenos camaradas que nos hubiéramos doctorado al mismo tiempo. Mi padre, más que como hijo, siempre me había tratado como un amigo; lo cual no quita para que yo le tuviera, no ya respeto, veneración.

La comida fue alegre y feliz, pues si es cierto que alguna vez advertí que la dicha de mi padre se veía empañada por el recuerdo de mi madre, muerta años antes, tanta maña me di con mi conversación, que, al fin, le vi sonreír sin preocupación alguna.

Sirviéronnos el café; mi padre sacó dos habanos del bolsillo y me alargó uno: era la primera vez que yo fumaba en su presencia. Nunca se había opuesto él a ello; pero tal era mi respeto, que jamás me había atrevido a fumar un mal pitillo.

—Ya eres un señor doctor, hombre —me dijo al notar mi azoramiento—. Una de las recetas que los médicos usan a todo pasto, sea la enfermedad que sea, es la prohibición de fumar... aunque ellos, por regla general, fumen más que tudescos; pero esto lo hacen para poder decir que por experiencia propia saben lo malo que es el tabaco... cuando no es habano, digo yo. Tú debes fumar, para que te convenzas de lo malo que es.

Mi padre, que era un fumador empedernido, reía al decirme esto.

Tomé el cigarro, con más vergüenza que un colegial, y, encendiéndolo, aspiré con fuerza la primera bocanada de su aromático humo, como si con ella hubiera querido tragarme mi cortedad.

—Esto será muy malo, malísimo —decía mi padre colocando su cigarro en una soberbia pipa de *espuma*—; pero, si se va uno a privar de todo lo que los médicos encuentran nocivo para la salud... ¡a morir por Dios, hijo mío! Además, que si no hubiera enfermedades, ¿para qué necesitábamos los médicos?

Al terminar el café, sacó la cartera, y de ella un billete de quinientas pesetas, que, sonriendo con aquella su habitual bondad, me alargó, teniéndolo cogido con la punta de los dedos.

Miré a mi padre sin comprender para qué me alargaba el billete.

—¡Tómalo! —me dijo, al ver que yo no hacía movimiento alguno para cogerlo.

—¿Para qué, papá?

—Para ti.

—¿Para mí?

—Sí, hombre, sí; no está bien que todo un señor doctor vaya con poco dinero en el bolsillo; hay que honrar la clase. Además, hoy tendrás que reunirte con los compañeros que, como tú, se han doctorado esta mañana... y..., en fin, que ya verás cómo no te sobra: el dinero no sobra nunca. Esta noche debes invitar a tu amigo

Pablo al teatro... ¡Pobrecillo...! ¡Qué buen chico es!

Yo no me había visto nunca con tanto dinero junto, porque, habiendo hecho la carrera al lado de mi padre, este me lo daba cuando lo pedía, y ello era siempre un billetito de cincuenta pesetas, que, casi siempre, me duraba más de quince o veinte días; así es que al ver uno de quinientas en mi mano, me quedé perplejo...

—¿Para qué quiero tanto dinero?

—Ya verás cómo no te estorba en el bolsillo. Mientras fuiste estudiante, bien estaba que fueras con algunos durillos nada más; pero ahora ya es otra cosa. No somos millonarios, hijo mío; lo sabes tan bien como yo; pero tampoco somos tan pobres que no puedas permitirte este dispendio de cuando en cuando. Tómallo, pues; guárdalo, y vámonos. Tú tendrás hoy que hacer, y yo tengo que escribir unas cartas. ¡Ah! te advierto que estoy comprometido para cenar con Sandoval, y que, por lo tanto, no tienes que hacerte violencia alguna para ir a casa.

Entonces no comprendí yo que la tal cita con Sandoval no era más que un pretexto para dejarme en plena libertad.

Pagado el almuerzo, salimos a la calle; le acompañé hasta casa, y nos despedimos con un fuerte abrazo.

En cuanto me separé de él, monté en un *simón* y ordené al cochero: calle del Cardenal Cisneros, 15 duplicado.

Mientras el coche rueda lenta y perezosamente por la empinada calle de la Montera, bueno será que, aunque ligeramente, dé algunos detalles de la persona a quien vamos a visitar.

El personaje con el cual vamos a entrar en relaciones era mi único amigo verdadero.

Pablo, el mismo que mi padre había nombrado al final del almuerzo, y yo empezamos juntos la carrera, y juntos llegamos a la licenciatura. Debimos doctorarnos al mismo tiempo; pero la mala situación de sus padres, a causa de una formidable quiebra en bolsa, ocurrida dos años antes, le obligó a dedicarse al ejercicio de su profesión en cuanto pudo; y como pretender que un médico que empieza tenga las visitas a porrillo es un sueño que no logran muchos ver realizado ni aun al acabar, Pablo, para ir viviendo, tuvo que aceptar la plaza de médico en una de esas sociedades que, por una peseta al mes, dan al socio todo lo necesario para bien morir. Esta Sociedad le daba tanto trabajo como poco sueldo, y mi pobre amigo tuvo que abandonar los estudios del doctorado. ¡Con qué pesadumbre nos separamos en la carrera! Sus padres, con los restos del naufragio bursátil, aún quisieron hacer el último esfuerzo; pero él, hijo amantísimo, no lo consintió, diciendo que buenos eran aquellos restos, no para que él pudiera estudiar, sino para ir viviendo.

Pablo era un muchacho de un carácter verdaderamente angelical. Desde el primer día simpatizamos de tal manera, que llegamos a querernos entrañablemente. Yo no tenía secretos para él, ni él los tenía para mí.

Tres motivos me guiaban en aquel día a su casa: era el primero verle y abrazarle,

darle ánimos para que al año siguiente realizara lo que yo había realizado aquella mañana; el segundo, invitarle a cenar aquella noche, y el tercero, hablar de algo que a mí me interesaba mucho entonces y de lo que a nadie más que a él había hecho partícipe. Yo estaba enamorado, por primera vez en mi vida, de una muchacha que a mí se me antojaba el ser más bello y más perfecto de la creación. La conocí en el teatro de la Comedia. Mi padre tenía dos abonos, uno para él y otro para mí. Aquella noche fue Pablo conmigo. Al terminar la función, la seguimos hasta una calle muy próxima al teatro; calle que, por dichosa casualidad, cogía de paso para ir desde mi casa a San Carlos. Iba ella con un señor de edad y otra muchacha, menos bella, que, según supe después, era su hermana.

El poco tiempo de que disponía —yo era lo que entre estudiantes se llama un *empollón*— y la casi constante compañía de mi padre me habían impedido hasta entonces dar el paso que me proponía el día de mi visita a Pablo.

Desde la mañana siguiente a la noche en que la conocí, al ir a clase, me detenía algunos instantes ante sus balcones. Pronto logré que se fijara en mí, y tanto cuando pasaba por su casa, como en algunas ocasiones que la vi en paseos y teatros, nuestros ojos entablaron dulces relaciones, que yo deseaba llevar a la práctica haciéndolas efectivas. Se llamaba Remedios, y era muy esbelta y graciosa; para mí, ya lo he dicho, era la única mujer bonita del mundo.

De ella quería yo hablar con Pablo, y la tardanza del coche en llegar, me impacientaba. Al fin, dimos vista a la casa de mi amigo. Pagué al cochero, y, de tres en tres, subí los sesenta escalones que conducían al piso tercero.

Recibiome Pablo con grandes muestras de alegría, y me felicitó, noble y sinceramente, por mi doctorado, que ya sabía por un compañero nuestro, llamado Naranjo. No obstante, en su rostro, siempre risueño, creí observar un algo de resignada tristeza, que no me extrañó. Procuré animarle y convencerle de que, aunque fuera con un poco de trabajo, él podría doctorarse al año siguiente. Pronto recobró el semblante de mi amigo su aspecto habitual.

—¿Tienes que hacer alguna visita? —le pregunté.

—No. Como ya me figuraba que vendrías esta tarde, todas las que tenía de la Sociedad las despaché esta mañana, y visitas de las otras... ¡Dios las dé! Por eso no fui a San Carlos. Estoy, pues, a tu disposición.

—Pues vámonos, y deja dicho que no vienes a cenar.

—Bien. Si acaso, antes nos daremos una vueltecita por aquí, no sea que el diablo la enrede y venga algún aviso urgente.

Salimos a la calle; la tarde era deliciosa e invitaba a pasear... en coche. Montamos en uno y dimos orden al cochero de llevarnos por la Moncloa.

Pablo protestó de tal medio de locomoción, por el gasto que representaba.

—No te apures chico: soy rico —dije enseñándole el billete que mi padre me había dado momentos antes.

—Es falso, es falso; yo te doy mi palabra de honor de que no hay billetes buenos

de quinientas pesetas —exclamó Pablo haciendo gestos de asombro.

—Y, a propósito: ¿te hace falta dinero?

—¿Que si me hace falta dinero? ¡Pero qué preguntas tienes, hombre!

—¿Cuánto quieres?

—Nada.

—¿No dices que te hace falta?

—Una cosa es que me haga falta, y otra cosa es que hoy lo necesite —replicó mi amigo con aquel tono humorístico que él empleaba casi siempre, y que tanto nos hacía reír.

El coche descendía por la cuesta de San Vicente, cuando yo expuse a Pablo mi deseo de declararme a Remedios.

No le pareció mal mi propósito, pues, como él decía, la chica era guapa y simpática... y porque ¡qué demonio!... para eso son las chicas, para quererlas.

Durante dos horas que duró el paseo no dejamos de hablar un solo momento de ella.

El único inconveniente que mi amigo encontraba, era el de que estos amores desvirtuarían grandemente mi propósito, manifestado desde mis primeros años de estudiante, de consagrarme al estudio de la terrible enfermedad que tantas vidas cuesta: la tuberculosis; pero fácil me fue demostrarle que al lado de una mujer tan bella como Remedios, mis estudios adelantarían mucho más: amor y ciencia, reunidos, constituyen una alianza capaz de llevar la voluntad a extremos jamás soñados. Inspirado por el amor de aquella mujer, el que yo tenía a la humanidad aumentaría grandemente, y el bien propio sería en mí un estímulo para trabajar en pro del ajeno.

A cosa de las ocho fuimos a casa de Pablo, donde, por fortuna, no había ningún aviso. Libres ya de todo compromiso, nos encaminamos lentamente hacia la Puerta del Sol, en demanda de uno de los cafés en ella instalados.

Cenamos alegremente, y mientras tomábamos el café, emprendimos la tarea de hacer el borrador de la carta que había de escribir a Remedios. No fue esta tarea fácil, ni mucho menos, pues si lo escrito, unas veces nos parecía ñoño, otras lo encontrábamos tonto o cursi. Al fin, tras de hacer seis o siete borradores, el octavo nos pareció que quedaba con arreglo a mis deseos.

Guardelo para transcribirlo en casa, en papel adecuado, y después de un rato de alegre charla, nos encaminamos al teatro... hablando de lo mismo. ¿Puede acaso un enamorado hablar de otra cosa que del ser amado? La política, las artes, las ciencias, toda materia, en fin, de conversación, darale lugar, siempre, a ir a parar al mismo punto, al objeto de su amor. Lo mismo le pasa al aficionado a toros: hállese de lo que se hable, él concluirá siempre por citar una larga de *Lagartijo*, o una faena de *Guerrita*.

Aquella noche escribí la carta en casa, y creo inútil decir el afán con que esperé el siguiente día, que yo consideraba ya como el más feliz de mi vida.

A la hora acostumbrada pasé por delante de los balcones de mi amada; le mostré mi carta, a cuya vista su semblante reveló cierta alegría, y entreme de rondón en la portería, donde di curso a la misiva, previo franqueo de dos pesetas que puse en manos de la portera, con todo el azoramiento propio del novato en estas lides.

¡Qué impaciencia, qué intranquilidad, qué incertidumbre la mía hasta que a la otra mañana recibí, por el mismo conducto porteril, la contestación!

Nuevamente tomé la postura del bolero para sacar otras dos pesetas del bolsillo y ponerlas en la mano, no muy limpia, de aquella portera bigotuda y colorada, que a mí me pareció una deidad injustamente relegada a tan humilde oficio.

Las piernas me bailaban de alegría al salir del portal. Una respuesta tan rápida, ¿qué otra cosa podía decir que la aceptación de mis pretensiones? Ya en la calle, miré a los balcones; no estaba ella; esto era lógico: el rubor le impedía salir.

Queriendo leer aquel precioso documento con toda solemnidad y calma, entré en una cervecería próxima y pedí un bok. Cuando el camarero me hubo servido, saqué la carta del bolsillo; leí veinte veces el sobrecrito; rasgué un borde del sobre, saqué el plieguecillo de papel y aspiré el tenue perfume que exhalaba. «¡Qué aroma más exquisito! —murmuré acercando disimuladamente el papel a mis narices—. ¡Todo en ella es excepcional!».

Desdoblé lentamente el pliego, como deseando retrasar mi dicha, y leí.

Mis ojos no podían dar crédito a lo que veían escrito; un rudo golpe en la cabeza no me hubiera dejado más anonadado de lo que me dejaron aquellos renglones.

Remedios me decía, en pocas palabras, que había llegado a sentir por mí viva simpatía; pero que sufrió una gran decepción al leer en mi carta que yo era médico.

Precisamente tenía jurado no aceptar marido de tal profesión. Casarse con un médico, a quien todo el mundo puede sacar de su casa a cualquier hora del día o de la noche, era lo mismo que no casarse con nadie. Quería un marido para ella sola. Que lo sentía mucho; que tuviera la seguridad de que le costaría un poquito olvidarme; pero que no dudara de que me olvidaría.

No sé las cosas que se me pudieron ocurrir contra aquella niña tonta, sin seso ni fundamento... ¡Una mujer que elige marido por la profesión! ¿Qué se puede esperar de ella?

Salí de la cervecería desesperado: la vida ya no tenía objeto para mí... ¡Y había podido suponer que el natural rubor la había impedido salir al balcón...! ¡No estaba mal rubor!...

Médico..., ser médico... ¡Al demonio se le ocurre elegir la tal carrerita!

Cuando leí a Pablo la respuesta de aquella gran coqueta, creí que reventaba de risa. Procuré consolarme, haciéndome toda clase de consideraciones; pero..., sí... sí..., ¡para consuelos estaba yo!

—No te apures, chico —me decía Pablo—. Sentemos el gran principio, bien que poco sustancioso, de que el amor y la ciencia, lejos de formar una gran alianza, capaz de tragarse al mundo entero, como tú decías la otra noche en el café, son

incompatibles: el uno y la otra se destruyen; porque al verte en ese estado tan lastimoso, doy por hecho que has perdido tu amor a la humanidad y renuncias a salvar a los miles de tuberculosos que pensabas librar de las garras de la muerte.

—No te burles, Pablo, no te burles —replicaba yo a mi amigo—. Te juro que esta niña me ha causado un mal muy grande: confieso que la quiero más de lo que yo creía.

—Pues, chico, sabido es que, dada nuestra vida, tú por amor a los libros y yo porque no podía hacer otra, no somos ningún modelo de hombres corridos; pero no hace falta haber salido de nuestro paso borriquero para saber lo que todo el mundo sabe: que lo que sobran son mujeres.

—Para mí no hay más mujer que Remedios. Me consagraré a mi carrera, guardando eternamente en lo más profundo de mi corazón el recuerdo de esa ingrata. ¡La ciencia será mi única novia!

Mi amigo lanzó una sonora carcajada.

—¿Por qué te ríes?

—Porque, en lo que a mujeres se refiere, confieso ingenuamente que yo soy un verdadero *panoli*; pero veo que tú me ganas. Ni tú ni yo hemos tenido más novias que aquellas dos hermanas narigudas que, estudiando nosotros el segundo año, querían que *habláramos a papá* para casarnos en cuanto termináramos las carreras..., ¡hay que ver...!, y estas novias, si hemos de ser francos, las tuvimos porque ellas se nos declararon; pero yo te aseguro que a mí..., ¡a mí no hay mujer que me amargue la vida! Conque, haz tú lo mismo y no vuelvas a pensar en la tal Remedios, que, a mi juicio, te ha hecho un señaladísimo favor con darte calabazas.

III

¡Pobre Pablo...! ¡Cómo se conoce que nunca estuvo enamorado...! ¡Olvidar yo a Remedios! El que me hubiera hablado de tal cosa, en aquellos días, me habría parecido un ser idiota, que no sabía lo que decía.

Diez días pasaron desde que recibí su desconsoladora carta, y lejos de hallar consuelo, cada vez sentía mayor tristeza. Lo que para otro hubiera sido un simple contratiempo, más o menos desagradable, era para mí un hondo problema a resolver, que incitaba a mi espíritu a sumergirse en profundas y cruentas meditaciones. Creía yo que el amor era un sentimiento que, inconscientemente, nace en el corazón y arrastra al pensamiento en pos de una persona, sin que la voluntad sea suficientemente fuerte para oponérsele; no cálculo que fría y despiadadamente pesa el pro y el contra de una determinada inclinación. Yo habría amado a Remedios, cualquiera que hubiese sido su posición social; ella no vacilaba en desviar la simpatía que su corazón sentía hacia mí, por el solo hecho de que mi carrera no le gustaba. ¿Es posible que la mujer pueda ejercer tal dominio sobre sí misma...? ¡Ya lo creo que es posible!

Durante varios días me abstuve de pasar, no digo por delante, sino cerca de la casa de Remedios; pero, al cabo, un impulso irresistible me llevó allí. No logré verla.

Una tarde la encontré en la calle y la miré con ojos suplicantes; ella, que iba con su hermana y unas amiguitas, volvió con indiferencia la cabeza; y algo muy gracioso debieron decirle, por cuanto se echó a reír a poco de pasar yo.

La hipocondría que me dominaba llegó a tal extremo, que mi padre, comprendiendo que algo me pasaba, me preguntó sobre las causas de mi tristeza. No recuerdo qué explicaciones le di, mas ellas no debieron convencerle mucho. No obstante, nada me volvió a preguntar.

Un día, estaba ya terminando el mes de junio, y el calor se hacía sentir con fuerza, mi padre me dijo:

—Será preciso que vayamos pensando en salir de Madrid, Carlos.

—Como todos los años, tú dispondrás, papá —le respondí.

—Para este año tengo un proyecto que espero será de tu agrado.

Tales palabras me causaron gran extrañeza: él sabía muy bien que cuanto disponía era para mí lo mejor que se pudiera hacer.

—Ya que has terminado tus estudios con tanta brillantez —continuó diciendo—, es preciso que des en ellos la última mano, por el momento, ya que de estudiar nunca se acaba en una carrera como la tuya.

»¿Qué te parecería un viajecito por el extranjero para visitar los grandes centros docentes de la ciencia médica? Asomarse a hospitales y clínicas; recibir enseñanzas de grandes maestros; ampliar tus conocimientos dándote cuenta, prácticamente, de

los adelantos de otros países que, en lo que a ciencia se refiere, es indudable que caminan a la cabeza del mundo civilizado, creo que ahora estaría muy en su punto.

—Vamos donde tú quieras.

—No; no se trata de que vayamos: se trata de que vayas.

—¿Yo solo...? ¿Y tú?

—Hasta la fecha, por tu gusto y propia voluntad, has hecho lo que bien pudiéramos llamar vida de niño grande: no te has separado de mí; a excepción hecha de Pablo, no has tenido amigos...

—¡Qué mejor amigo que tú!

Mi padre sonrió amorosamente, al oírme, y después me contestó:

—Ciertamente, hijo mío; ningún amigo mejor, puedes estar seguro; ya sabes que siempre hemos sido, no padre e hijo, sino dos amigos; pero esto no basta.

»¿Cómo expresarte el dolor que yo siento al romper esta amistad? Mientras fuiste estudiante no me opuse a ella, porque así tenía la tranquilidad de que nada te alejaría de tus estudios; pero ahora las cosas cambian. Es preciso que dejes de ser niño grande y que empieces a ser hombre: para esto es indispensable que comiences a conocer la vida; y este conocimiento no se adquiere de otro modo que andando... y andando solo por el mundo.

Mi cara debió expresar gran zozobra al oír lo que mi padre decía, por cuanto este, echándose a reír y abrazándome, me dijo:

—¡Qué chiquillo eres! ¿Es que te figuras que nos vamos a separar para siempre? No, hombre, no; solo se trata de que aprendas a volar solo... ¡Pues vaya un señor doctor que estarías, no sabiendo ir a ningún lado sin tu padre! Lo que hasta ahora ha sido lógico y natural, sería ridículo en lo sucesivo... ¡Quién sabe si al tender el primer vuelo, te olvidarás del nido...!

Mi cara entonces, porque nada dije, debió ser espejo de la más grande indignación, porque mi padre añadió con viveza:

—Ya sé que tú eres un buen hijo; pero la vida, que para ti es un secreto, es muy bella a tus años, y tiene muchos encantos... En fin, ya verás cómo por esos mundos aprendes muchas cosas que ahora ignoras; verás cómo lo que hoy se te presenta difícil, mañana lo hallas fácil; lo que ahora te parece una desgracia, luego te hace reír.

Todo esto me lo dijo con una sonrisilla a la que entonces no pude dar su verdadero alcance, pero que más tarde me hizo comprender que mi padre, por Pablo, sin duda, estaba perfectamente enterado de lo que me había sucedido con Remedios.

Quedó, pues, convenido mi viaje por el extranjero, y mi padre decidió irse a pasar el verano a nuestra casa de *Santa Felicina*, lugar donde nacimos y de donde era oriunda toda la familia.

Por aquellos días recibimos carta de mi tío Pepe, primo carnal de mi padre, que estaba de cónsul en Marsella.

En su carta se felicitaba de tener un doctor en la familia, pues así pensaba que viviría más años. Mi tío era un hombre altamente simpático; no así su mujer y su hija,

con las que más adelante entraremos en relaciones.

Al recibir la carta, mi padre me dijo:

—Ahí tienes el sitio por donde debes empezar tu viaje. Vete a visitar a tu tío; así como así, hace años que no le vemos. Además, como lleva muchos años en Marsella, es fácil que te pueda facilitar alguna recomendación para ciertas personalidades de París, si no por él mismo, por las muchas amistades que tiene.

Quedó convenida la visita, y el día 2 de julio salimos de Madrid: yo, para Marsella; mi padre, para la *Padruca*, que este es el nombre con que fue bautizada nuestra casa de *Santa Felicina*.

Mi viaje fue malísimo, a causa del pésimo humor que yo llevaba por unas cosas y por otras: mi tristeza por la repulsa de Remedios se veía aumentada por la separación de mi padre.

Mis tíos me hicieron un recibimiento entusiasta; mi prima, que Adriana se llama, fue la que apenas se dignó alterar, en obsequio mío, su olímpica seriedad y tiesura.

Mi tía, Doña Blasa, era una señora gruesa, mofletuda y colorada, bajita... y completamente reñida con el sentido común; además era sumamente celosa, no obstante los cuarenta y tantos años que contaba y los cincuenta y pico que ya había contado su marido, pues que rayaba en los sesenta, aunque no los aparentaba, que era lo que más le desesperaba a ella. Esta cualidad de los celos, dado el carácter alegre y campechano de mi tío, hecho a prueba de disgustos, que nunca se tomaba, daba lugar a escenas tan cómicas, que yo jamás he reído tanto.

Mi prima, que, al escribir estos renglones, está en un convento, razón por la que, estando viva, me permito hablar de ella con entera libertad, toda vez que estas líneas no han de llegar hasta ella... ¡y si llegan, que lleguen: yo no digo más que la verdad!, era una criatura que no había quien la sufriera. Ignoro si habrá cambiado; pero, si así no ha sido, compadezco de todo corazón a las pobres monjas que hoy están bajo sus órdenes, puesto que es abadesa.

¡Grande tiene que ser la recompensa que el Señor les tenga preparada!

Mi prima era guapísima; mas su belleza era puramente decorativa: fría, sin expresión, sin calor, sin vida. Gastaba *a diario* un aire despectivo y humillante que irritaba, que sacaba de sus casillas al más cachazudo. Para ella no había hombre alguno digno de llegar hasta su endiosada persona, y así sucedió que, ¡claro!, al quedarse sin padres y ver que también se quedaba sin marido, optó por casarse con el único esposo posible: se hizo monja y salió del mundo renegando de todos cuantos en él quedábamos, sin tener en cuenta que nadie más que ella, con su necio orgullo, tenía la culpa de que ningún mortal hubiera querido cargar con su persona, a pesar de ser tan bella.

Doce días permanecí en aquella casa, como en la gloria por lo que a mi tío se refería; pero desesperado por las impertinencias que a mi tía y prima tenía que sufrir.

Al cabo, pretextando que me iba a faltar tiempo para mis estudios, me ausenté de aquella casa, llevando en el bolsillo algunas recomendaciones que mi tío me

proporcionó; recomendaciones que nunca le agradecí bastante, por el gran servicio que me prestaron.

En París me detuve bastante tiempo, y, si he de ser franco, diré que no todo él lo invertí en ciencia; alguna parte la reservé a las diversiones... y al amor. Al salir con dirección a Berlín, noté, no sin sorpresa, que el recuerdo de Remedios se había borrado bastante de mi memoria. En Berlín estuve hasta mediados de agosto, y al partir de este punto, ya no me acordaba poco ni mucho de la insulsa niñita. Yo mismo me reía de mis pasadas tristezas, y encontraba bastante ridícula mi anterior actitud.

Finalmente, una vez terminado mi viaje, a mediados de septiembre emprendí el regreso con gran alegría, por el deseo que tenía de ver a mi padre.

Cuando el tren se detuvo en *Cobriza*, parecía yo un chico con zapatos nuevos; la primera estación era la de mi pueblo, la de *Santa Felicina*. Habíamos atravesado aquella imponente masa de montañas que el genio del hombre había hecho franqueables por medio de una interminable serie de túneles; ya no quedaba más que uno; a su salida veíase el risueño valle de *Santa Felicina*.

El tren se puso en marcha. La carretera y el río, nuestros compañeros de viaje durante algunas horas, habían desaparecido de nuestra vista. Después de cruzarse una y otra vez ante nosotros, como galgos que corren ante un fogoso corcel, metiéndose por entre sus patas, y que, al fin, le abandonan, ellos nos habían dejado también. Sin embargo, los tres íbamos al mismo sitio, y allí nos encontraríamos de nuevo, aunque para ello siguiéramos distintos rumbos. Recogí alegremente todos mis bártulos, y esperé que la locomotora, con su silbido, me anunciara nuestra entrada en el túnel.

Poco se hizo esperar el deseado aviso. Quedé envuelto en la sombra, quebrada débilmente por la luz del fanal del departamento, y, poco después, la del día hirió nuevamente mis ojos.

Me abalancé a la ventanilla, deseoso de contemplar aquel fantástico paisaje que, no por serme muy conocido, dejaba de admirarme cada vez más.

Allá abajo, a nuestros pies, extendíase dulce y soñadoramente el valle, mi querido valle de *Santa Felicina*, lleno de luz, de vida y de poesía. El río asomaba a nuestra izquierda, deslizándose rápidamente por su cauce para ir a precipitarse en el mar, que, como dormido, perdíase en el horizonte limpio y despejado en aquel día. A la derecha, el monte *Padruco*, cubierto de bosque; en él mi blanca y coquetona casa, y la del tío Pepe, llamadas la *Padruca grande* y la *Padruca chica*, por estar situadas en el *Padruco* y ser la una, la nuestra, más grande que la otra. Comúnmente, y quizás porque estando la casa de mi tío Pepe abandonada desde mucho tiempo atrás nadie se ocupaba de ella, siempre que se nombraba la *Padruca* era haciendo referencia a mi casa. ¿Cómo iba a dignarse mi extranjerizada prima vivir en un pueblecito? Triste y silenciosa, cayéndose por todos lados, la casa de mis tíos había perdido hasta el nombre.

Por la falda del *Padruco* serpeaba la carretera alegre, rejuvenecida y bien cuidada, sombreada por dos filas de hermosos árboles, como jovencuela alegre y casquivana

que a un viejo prodigara sus carantoñas. Pasaba cerca del pueblo, de *Santa Felicina*, y seguía en demanda de *Rodaleda*, para ir a morir a la capital de la provincia.

La locomotora volvió a dejar oír su silbido: el disco... el disco...; un kilómetro más, y mi padre y yo nos abrazaríamos. ¡Era la primera vez que nos habíamos separado!

El tren disminuyó la marcha; a lo lejos se veía la estación, y en ella algunas personas... Sacando el cuerpo fuera de la ventanilla cuanto pude, miré con nerviosa alegría... Sí... allí... allí estaba mi padre: le vi primero como una sombra desdibujada... pequeñita; después fue creciendo... creciendo...; tomaron vigor sus líneas y, al fin, distinguí perfectamente su venerable rostro.

Antes de que el tren parase ya estaba yo, de un salto, en el andén...

¡Qué alegría la nuestra! ¡Qué largos y apretados abrazos...!

Pasado este primer momento de emoción, los dos, a porfía, nos hicimos mil preguntas..., sin que nos diéramos ninguna respuesta.

Entregué el talón de mi equipaje a *Sardinilla*, el mozo, con más los bultos de mano que yo traía, y salimos de la estación, que distaba de nuestra casa poco menos de un kilómetro.

A pie, según nuestra costumbre, emprendimos el camino. Desde la estación a la carretera había una vereda desprovista de toda sombra, la cual recorrimos rápidamente para librarnos del sol, que, en aquella hora, las diez de la mañana, calentaba de firme, y una vez ya en la carretera, atemperamos nuestro paso al de un agradable paseo.

Recobrada la calma mi padre fue el primero en preguntar.

Tuve que relatar, punto por punto, todos los detalles de mi viaje, como si nada hubiera dicho en mis cartas, mostrando mi padre gran satisfacción por los resultados obtenidos, que, realmente, fueron admirables. Hablamos, después, de él, de su veraneo, que había sido delicioso; esto no era de extrañar, porque mi padre en ningún sitio se hallaba tan a sus anchas como en nuestra casa.

Engolfados en la conversación, llegamos, sin darnos cuenta, al camino vecinal que, trepando por el monte, ponía en comunicación a la *Padruca*, y a la casa de mi tío, con la carretera.

IV

Alegres y juveniles voces de mujer fueron las que nos advirtieron de que estábamos en las proximidades de nuestra casa. Por el camino antes citado, descendía Marcela, corriendo y saltando como un cabritillo; con dulces voces me llamaba. Nos detuvimos a esperarla; poco tardó en llegar hasta nosotros.

Su primer impulso fue echarme los brazos al cuello, que era su manera de saludarme siempre que yo llegaba de viaje; pero esta vez, sin que yo supiera el porqué, se limitó a poner ambas manos sobre mis hombros, al mismo tiempo que, con infantil alegría, me preguntaba:

—¿Cómo estás, Carlos?

Bueno será que, sin pasar más adelante, dé aquí algunas noticias de esta celestial criatura, así como de Manuela, su madre.

Marcela y yo nos habíamos criado juntos en la *Padruca*. A causa del mal estado de la salud de mi madre, a quien los médicos recomendaron la permanencia en el valle, yo estudié el bachillerato por libre, sin salir de allí, con ayuda, según las asignaturas, de mi padre, del maestro, del cura y del médico del pueblo; así, pues, no nos separamos hasta que, muerta mi madre, vine con mi padre a Madrid para empezar la carrera, y, aun en esa época, como quiera que la mayor parte del verano la pasábamos en el valle, nuestra separación no duraba más que los meses del curso.

Manuela, la madre de Marcela, entró al servicio de mis padres veintitrés años antes. Joven y guapa, fue seducida por un pescador que, poco después de su hazaña, desapareció del pueblo. El fruto de la infame seducción fue Marcela. Mis padres le tomaron gran cariño, y en casa creció, siendo querida por ellos como una hija, y por mí como una hermana.

Era Marcela una preciosa chiquilla, que, a la sazón, contaba diez y ocho años.

Rubia, de regular estatura, llenita de carnes, sin ser gruesa; el pecho y las caderas se dibujaban fina y airosamente bajo la ligera ropa que los cubría. Su rostro era angelical: azules los ojos, bien perfilada la nariz, frente despejada, pequeñas las orejas, la boca un poquito grande, con un delicioso mohín de sus finos y rojos labios siempre entreabiertos, siempre sonrientes, pródigos en dejar ver los blanquísimos y pequeños dientes.

Nada torpe mi pluma para describir la belleza femenil, seguro estoy de que esta vez no acertó a dar realce alguno a la de Marcela, por ser tanta.

Su alegría de verme no tenía igual; y eso que la mía, de verla a ella, no era poca. Después que me hubo saludado, cogió una mano de mi padre, a quien adoraba, y la besó respetuosamente.

Mi padre, sonriendo, acarició bondadosamente el aniñado rostro de Marcela.

Juntos emprendimos el ascenso a la *Padruca*. Arriba del caminillo, una mujer

agitaba violentamente un pañuelo.

—Mira, Carlos; mira cómo te saluda mi madre —dijo Marcela.

Correspondí al saludo de Manuela agitando mi sombrero.

Cuando llegamos, la pobre lloraba como una criatura. En cuanto me tuvo a tiro, colgose de mi cuello llenándome la cara de besos y lágrimas.

—¡Quién te ve, hijo..., quién te ve! —decía con entrecortados hipos—. Ayer, como quien dice, un rapacín..., y hoy, todo un señor médico... ¡Ahí es nada!... ¡Y qué guapo, Santo Dios..., qué guapín!... ¡Tan aplicadito, tan listo..., con tanto talento!... ¡Dios te bendiga!... ¡Si tu pobrecita madre te viera!...

El recuerdo de mi madre a todos nos enterneció, y mientras Manuela secaba sus lágrimas con el mandil, pude ver que mi padre hacía grandes esfuerzos para disimular la emoción.

Entramos en la corraliza, que era la entrada habitual a la casa, puesto que la puerta principal estaba cerrada y nunca se usaba. Mi padre se sentó bajo uno de los grandes castaños que sombreaban aquel terreno; yo me senté a su lado, y ante nosotros quedaron en pie Marcela y su madre.

—Vendrás muy cansado, ¿verdad? —me preguntó esta.

—Venía con ganas de veros a todos, de ver mi casa y el valle; vengo con ganas de probar los ricos guisos de la buena Manuela...

—¡Qué sorpresa te tengo preparada, rico mío!... Ya verás..., ya verás.

Manuela, que, como quien dice, me había visto nacer, me miraba embelesada; Marcela, sin decir esta boca es mía, tampoco apartaba de mí su mirada de niña curiosa.

—Supongo que estará listo el cuarto de Carlos.

—¡Que si está listo! —contestó Manuela.

—Hace ocho días que lo tengo preparado —añadió Marcela.

Yo la miré con cariño; ella sonrió como diciéndome: «¿Ves qué bien te cuido?».

—Para que Carlos se pueda acostar pronto a descansar un poco, almorzaremos a las doce y media; ¿sabes, Manuela? —dijo mi padre.

En aquel momento apareció *Sardinilla* con mi equipaje, sembrando el pánico entre las gallinas y palomas que picoteaban por la corraliza.

—Por aquí, *Sardinilla*; ven por aquí —dijo Marcela, precediéndole para entrar en la casa.

Quedamos solos mi padre y yo, pues Manuela fuese también en dirección a la cocina para activar el almuerzo.

La sombra del castaño proporcionábanos un frescor muy agradable.

—Este año hay muchas gallinas, papá —dije entrándole por uno de los puntos que más le agradaban.

—¡Ah!... Y eso que aquí no están todas; la mayoría se van al monte *en busca de mayores horizontes* —respondió mi padre riendo de bonísima gana.

—¿Y la vaca?

—La *Nena* está también en el monte. ¡Ah! Te advierto que este año he realizado muchas obras en la casa. Ya verás, ya verás.

La *Padruca*, fue construida por mi abuelo paterno. Tenía dos pisos, que se componían de amplias y bien ventiladas habitaciones, dispuestas y arregladas con toda clase de comodidades. La corraliza era un gran rectángulo, cuyos lados menores estaban formados, el uno, por la fachada sur de la casa, y el otro, por un pequeño establo que servía de albergue a la *Nena*, hermosa vaca montañesa, y el gallinero; el palomar estaba encima del establo, y a él se subía por una escalera de mano, siempre adosada a la pared. En uno de los lados mayores estaba la puerta de entrada, y en el otro, cerrado por una puertecilla hecha de listones, un pequeño arco que daba acceso a la huerta, grande, extensa y bien cuidada por un hortelano que vivía en el pueblo y que todas las mañanas subía a mi casa con tal objeto.

Hoy, la *Padruca* aparece algo transformada.

Su situación no puede ser más bella.

Por la fachada norte se contempla el pueblo, asentado sobre la costa; más allá, el mar sin límites, curvándose a lo lejos misteriosamente. Ante la fachada de oriente se extiende el poético valle, cuyos tonos claros contrastan con el oscuro color del semicírculo de montañas que le rodean; en lo alto de una de ellas se ve la boca del túnel antes citado. A la distancia a que se halla, el tren parece, visto desde mi casa, un lindo juguete. Por las otras dos fachadas, el bosque huraño, adusto, de vieja y rugosa faz, de añosos y apretados árboles y de enmarañada maleza, rodea a la *Padruca*.

Recorrimos la huerta, visitamos el establo y el gallinero, subimos al palomar para ver los pichones, y cuando ya dábamos por terminadas las visitas, llegó Marcela a decirnos que la comida estaba dispuesta.

Nos sentamos a la mesa con verdadero apetito. Marcela, alegre y diligente como nunca, se multiplicaba para que nada faltase. Al segundo plato apareció Manuela con una humeante fuente, que mantenía en alto.

—¿La sorpresa? —dije yo—. Baja, baja pronto esa fuente, que por el olor, o mucho me engaño... o... ¿A que son callos?

—Callos son —replicó con énfasis Manuela colocando el bien oliente guiso sobre la mesa.

—¡Callos... callos guisados por ti, Manuela!... Lo que te traigo en el baúl me parece poco para pagar tu recuerdo de mi plato favorito.

—¿Y a mí que me traes? —preguntó Marcela.

—¿A ti?... ¡A ti no te traigo nada!

Todos nos echamos a reír al ver la cara tan compungida que puso aquella adorable chiquilla; ella misma, viéndonos reír, hubo de hacerlo también.

Los callos estaban riquísimos. Manuela, viendo el gusto con que los comíamos, no se hubiera cambiado en aquel momento por una reina.

La comida fue alegre; ni un momento cesamos de charlar. Una vez terminada, subimos a mi cuarto para proceder a la solemne apertura del baúl y hacer entrega de

los regalos que a todos traía del extranjero.

—No seas tonta —decía yo a Marcela mientras abría—, que a ti no te traigo nada.

—¿Y por qué?...

—Porque en las cartas de papá, solo dos veces me pusiste cuatro renglones.

—Pero... ¡si es que cada vez lo hago peor, hombre!

—Lo que pasa es que cada vez me quieres menos.

—Anda, tonto, si ya no puedo quererte más de lo que te quiero...

Terminada la operación preliminar de abrir las dos cerraduras, creció la general curiosidad. Marcelilla parecía que tenía azogue, y mi padre, estoy por decir, lo digo, esperaba más impaciente que Marcela. Cuando esta recibió su corte de vestido, creí que se volvía loca; pero cuando entregué a mi padre las dos magníficas pipas de *espuma de mar*, que se sumarían a su soberbia colección, me pareció más chiquillo que Marcela. Mi padre tenía verdadera monomanía por esa clase de pipas, así es que yo procuré llevarle las dos mejores *Sommer* que pude hallar en París. Manuela, al recoger sus regalos, exclamó casi haciendo pucheros:

—¡Qué cariñosín eres, hijo mío, qué cariñosín!...

Terminado el reparto, que bien puedo llamar de premios, por la alegría que causó, Manuela se hizo cargo de la ropa para lavar; Marcela fue desocupando el baúl y colocando mis trajes cuidadosamente sobre sillas y butacas, y mi padre, para no perder tiempo, encendió un puro en una de las pipas... ¡Tiempos dichosos! Al cabo me dejaron solo y pude echarme a descansar.

Desde el siguiente día, mi padre y yo reanudamos nuestra acostumbrada vida en el valle. Largos paseos por el campo y el monte, deliciosas excursiones por el mar en nuestro diminuto balandro, al que amábamos más que a las niñas de los ojos. Los bichos nos ocupaban un buen rato todas las mañanas. Por las noches, después de cenar, unas veces tocaba yo el piano, con gran regocijo de Marcela; otras leíamos un rato, y, por regla general, nos acostábamos temprano, para levantarnos con el sol.

Algunas noches que la mar estaba en calma y había luna, gustaba yo de embarcarme en el balandro y salir una o dos millas mar afuera; recogía velas, y tumbado a la larga en la embarcación, me fumaba un cigarro pensando en algo que no pasaba de ser el embrión de una idea que, más tarde, había de desarrollarse impetuosamente. De joven siempre fui un poquito soñador, algo romántico; y no es el caso que entonces lo fuera, el caso es que, si de romántico puede tildarse a todo el que sabe llevar ciertos y determinados sentimientos a un grado supremo de elevación sobre la lógica, por romántico me tengo... y bendito sea el romanticismo.

Cierto que el clasicismo es el camino más seguro para llegar, sin romperse la crisma, al final de la vida, y que el romanticismo, por el contrario, es el más a propósito para despeñarse cien veces antes de llegar; pero ¿podrá nunca el clásico, al marchar por el fácil y llano camino de la lógica, hallar los placeres que en la endiablada y áspera cuesta del absurdo halla el romántico? No; goces son estos para los que hace falta una sensibilidad que no es patrimonio del clasicismo. Dolor en el

dolor, placer en el placer, y no más, hallará el clásico; placer en el dolor y dolor en el placer sabrá encontrar el romántico. ¿Qué importa el dolor que causan al clavarse en nuestra carne las espinas de una rosa, si logramos, al poseerla, embriagar nuestros sentidos con su aroma y deleitar nuestros ojos con sus bellos matices? Y en el placer que esa embriaguez y ese deleite proporcionan, ¿qué dolor puede compararse al que causa pensar en la muerte de esa rosa...? Pero... sigamos adelante y dejemos el romanticismo quieto.

Muchas mañanas quedábame en la cama un rato más de lo acostumbrado, oyendo a Marcela que, con dulcísima voz, cantaba en la corraliza melancólicas canciones, propias del país, acompañándose así en cualquier menester en que se ocupara; otras veces me regocijaba oyéndola reñir a la *Nena*, que no se dejaba ordeñar, y que, dándole fuertes hociadas, jugaba con ella.

Recibí carta de Pablo, el cual se lamentaba de lo mucho que yo estaría sufriendo por no ver a Remedios. Mucho me reí con la humorística misiva de mi amigo, y, al contestarle, no tuve más remedio que confesar mi error al pensar que no podría olvidarla.

Llegaron los últimos días de septiembre, y mi padre puso sobre el tapete la cuestión de nuestro regreso a Madrid. Cierto que no teníamos prisa por mis matrículas, como en años anteriores; pero, según él, debíamos marchar cuanto antes, para hacer campaña y adquirir clientela. Si he de ser franco, también tenía deseos de verme en Madrid; así, pues, el 29 de septiembre salimos de la *Padruca* para la corte, dejando a Marcela y a su madre anegadas en llanto. A Marcela, sobre todo, jamás la vi llorar con el desconsuelo que entonces.

Mi padre procuró consolarlas diciéndoles que probablemente volveríamos para Nochebuena, época que, desde que murió mi madre, le gustaba pasar allí mejor que en alguna otra parte.

Esto procuró tan alegre consuelo a las dos afligidas mujeres, que sus lágrimas se trocaron en risas.

V

Una vez instalados en nuestro piso de la calle del Príncipe, lo primero que hice fue ir a casa de mi amigo Pablo.

¡Cuánto se pudo reír, o mejor dicho, cuánto nos pudimos reír recordando mi desesperación por las calabazas con que me había obsequiado Remedios!

«Majadera» —decía yo al recordar los motivos de su repulsa.

Pablo aseguraba que en el hombre no hay constancia y que eso del amor es una monserga que ni Cristo la entiende.

«Una fuerza irresistible —decía— nos arrastra hacia una mujer —y conste que hablo por lo que he observado en los demás, que en mí aún no he tenido ocasión de observar nada—, anulando nuestra voluntad, destruyendo nuestro libre albedrío, atándonos de pies y manos y haciéndonos, en suma, esclavos; sin ella no podemos vivir, sin ella no sosegamos..., etc., ¿no es esto? Bueno; pues de pronto, o poco a poco, si se quiere, todos esos trastornos del espíritu desaparecen y nos encontramos ante aquella mujer con la mayor indiferencia. ¿Qué es amor, hombre, qué es amor? ¿Me lo quieres decir?»

—No lo sé, chico. Recuerdo haber leído, no sé en qué libro, y esto es la única luz que te puedo dar sobre el asunto, que el amor nace de dos grandes causas: el agradecimiento y la admiración; y como en el caso de Remedios no había, por parte de ella al menos, ni lo uno ni lo otro, no podía haber amor. ¿Qué es amor? Ni tú ni yo podemos saberlo todavía; el tiempo nos lo enseñará.

El pobre Pablo seguía de médico de la Sociedad *El Consuelo de los Afligidos...*, más afligido que nunca, porque su trabajo era verdaderamente abrumador; y, como él decía, no era aquel camino el del Banco de España.

El padre estaba cada vez más enfermo, y los recursos disminuían de un modo alarmante.

A pesar de todo, mostrábase siempre contento, y ocultando sus propias penas, procuraba endulzar las de los suyos.

Pobre amigo: si aún vives y estas líneas caen en tus manos, no dudes de que tu amigo Carlos sigue queriéndote como entonces, y recibe el cariñoso saludo que en ellas te envío.

Mi padre, a los dos o tres días de estar en Madrid, me llevó al Círculo de que era socio y me presentó a varios amigos suyos, algunos de los cuales éranme conocidos por haberlos visto en el teatro o en paseo. Allí cenó con nosotros un señor, a quien llamaré *Pepe Reina*, pues que de algún modo he de nombrarle.

Entre mi padre y él convinieron en presentarme en el Círculo, para ser admitido como socio.

Reina, que me llevaba más de veinticinco años, y yo simpatizamos grandemente,

a pesar de la diferencia de edades.

Mi mano se resiste a escribir estas líneas que tratan de uno de los actos más insignificantes de mi vida, y que, sin embargo, fue el jalón que marcó el camino de toda una vida de tristeza y amarguras.

Reina, que era soltero, tenía un carácter verdaderamente delicioso. Había heredado de sus padres una regular fortuna, que le permitía vivir sin hacer nada y cuya renta gastaba íntegra en divertirse. Decía del trabajo que solo con ver trabajar a los demás sudaba. Era abogado; pero en cuanto heredó... regaló la toga, para no verla siquiera. De no haberse casado, afirmaba que no era suya la culpa: no se había casado porque sabido es que, para hacerlo, solo se pide la mano de la novia, y él quería la mujer entera. Su conversación era amena y pintoresca; con él no se daba nunca el caso de no tener de qué hablar: cuando no había materia, la inventaba, y en último caso, contaba cuentos y chascarrillos con una gracia inimitable.

Al despedirnos aquella noche, me dijo que al día siguiente pensaba ponerse malo para llamarme y que empezara a tener clientela; aunque eso de trabajar —agregó— ya verá usted qué molesto y qué incómodo es.

Desde el primer momento me fue tan simpático el ambiente de aquel Círculo, que ni un solo día dejé de ir a pasar dos o tres horas en él. Mi padre, muchas noches se quedaba en casa o se iba al teatro para dejarme en completa libertad.

Empecé a tener algunos enfermos, y aunque muy lentamente, fui entrando en el ejercicio de mi profesión. Entre unas cosas y otras tenía algo olvidado a Pablo; pero es que yo empezaba a vivir, y la novedad de aquel ambiente en que me hallaba hacía que dejara pasar los días sin darme cuenta, bien que pensando siempre ir *mañana*. Algunas veces el *mañana* se retrasaba tanto, que daba lugar a que mi amigo fuese a ver si me había muerto.

Mi nueva vida no era inconveniente para que, desde que regresamos de la *Padruca*, trabara conocimiento con mis libros. Tenía verdadera afición a mi carrera, y ya que la fortunita de mi padre me permitía vivir sin premuras por el diario sustento, me aprovechaba para estudiar. Llegar a ser útil a mis semejantes ahondando en algunas de esas terribles enfermedades que diezman a la humanidad, era mi sueño dorado. Entonces aún sentía la ilusión de la ciencia en todo su esplendor y pujanza.

Cuando yo le hablaba de mis entusiastas propósitos a Reina, se reía de mí, dejándome completamente desconcertado.

—Es usted delicioso —me decía—: sueña con llegar a descubrir la eterna juventud, puesto que se propone dar al traste con todas esas enfermedades que se llaman tuberculosis, tisis, tifus... No va usted a conseguir nada, no porque yo crea que no tiene tanto talento como el que más, sino porque me parece que la mayor parte de esas enfermedades tienen una receta que Dios no la suelta ni a tres tirones...

—Ya soltó alguna...

—Para darnos coba, Carlitos, para darnos coba; las principales las tiene *Él* aún. No digo yo que cuando tenga usted sesenta años se dedique a ver si saca algo en

limpio... Si otros, a esa edad, se dedican a coleccionar fototipias... o cupones de los periódicos, más meritorio es dedicarse a tratar de hacer algún bien a la humanidad, que no se lo agradecerá, dicho sea de paso, ni se ocupará, en su mayoría, de saber el nombre de su bienhechor, aunque sí se aproveche del bien logrado; pero eso hágalo usted a esa edad, hombre, a esa edad, cuando ya no se sirve para nada... ni se puede mirar a las mujeres... ni estas le miran a uno, ¡que es lo peor! Déjese usted de tanto estudiar, querido Carlos, y diviértase ahora que está en la edad de hacerlo... que luego, si no lo hace, puede que le pese. Échese novia, hombre de Dios, échese una novia... o dos, y olvídense de la patología interna y externa.

A este tenor me hablaba, siempre que yo respiraba por el lado de la ciencia. Un día le conté lo de Remedios, y estuvo riéndose dos horas.

—Pero ¿a quién se le ocurre enamorarse de esa manera tan cursi? ¿Y dice usted que le tiene odio a esa chiquilla? ¡Pero, criatura, si debe estarle agradecidísimo! Pues ahí es nada el favor que le hizo con mandarle a freír espárragos. El casarse, siempre es una barbaridad; pero el casarse a los veinticinco años es un crimen de *lesa humanidad*. Merece usted que no se le salude, que se le desdeñe, por hombre dejado de la mano de Dios. Créame: porque es usted hijo de su padre, no le retiro mi amistad. A las mujeres, fíjese bien, a las mujeres no las tome nunca en serio, porque le atizarán cada disgusto que le volverán loco. Mientras se las toma así, medio en broma, medio en serio, sin llegar a perder la *chaveta*, ¡hijo mío!, son azúcar, almíbar, porque así piensan hacérsela perder a uno; pero en cuanto ven que se *anda de cabeza* por ellas, se crecen, y... a morir por Dios: se vuelven más agrias que el agraz.

—Pero habrá excepciones.

—Nada, nada; déjese de excepciones y aténgase a las reglas generales; las excepciones son el enemigo mayor del bienestar y de la tranquilidad individual. Además, a su edad, no debe meterse en excepciones, o, lo que es lo mismo, en amores de esos que tienen un término fatal: la iglesia. Yo no voy a la iglesia a oír misa nunca, solo por no ver el lugar donde tanto y tanto *sacrificio* de hombre se consume. Me entra una pena tan grande, que me dan ganas de llorar.

—Según usted, ¿no se debe casar nadie?

—Hombre, sí; porque si no, el mundo, legalmente, se concluiría; pero yo creo que el hombre no se debe casar hasta los sesenta años... y en último caso, que se casen *otros*.

—Vamos, sí; según ha dicho usted antes, a la edad en que ya no sirve para nada.

A esta observación mía, Reina se echaba a reír estrepitosamente.

A Reina, efectivamente, según me contaron otros amigos del Círculo, nadie le había conocido un amor serio. No obstante, algunas veces observé que le preguntaban que *cómo iba aquello*; y en estas ocasiones me pareció notar que su rostro adquiría, aunque con la brevedad del relámpago, una seriedad dolorosa, y que su voz, al contestar, hacía menos jovial y campechana. Como quiera que esto no me interesara, no fijaba mucho mi atención en ello, y menos se me ocurría preguntarle

nada sobre lo que era *aquello*.

Nuestra amistad aumentaba por momentos, y cuanto más nos tratábamos mayor era nuestra intimidad. Mi carácter serio y formal me acercaba a sus años; el suyo, alegre y jocoso, le aproximaba a los míos.

Reina se había convertido en mentor mío, y sus lecciones iban haciéndome perder aquel mi encogimiento, que me daba el aspecto de un provinciano. Me presentó a infinidad de amigos... y si he de decir verdad, amigas también; estas en mayor número...

El mes de marzo tocaba a su fin. Era un día templado, apacible, primaveral. Reina, después de una partida de billar en el Círculo, me propuso un paseo en coche... Acepté. Dimos orden al cochero de llevarnos hacia el Hipódromo, que, previas algunas vueltas por el Retiro, era, y sigue siendo, el paseo obligado. Cualquier observador podrá ver con solo un par de días que se fije en ello, que los coches llegan todos los días al paseo a la misma hora, por el mismo orden. En el tumultuoso ir y venir de las gentes por las calles, en uno u otro sentido, se observa también el mismo detalle, bien que, en los últimos, la mayoría sea para cumplir sus obligaciones, y en los primeros, para *ir pasando el tiempo*. Estos tejen a diario la trama y la urdimbre de un tejido que aquellos se encargan de decorar.

Alegre y dicharachero, como siempre, iba Reina. Numerosos eran los carruajes que descendían por la calle de Alcalá en dirección al paseo. Mi amigo saludaba a la mayoría de los ocupantes. Alguna que otra dama, indolentemente reclinada en su carretela, carruajes que la blandura del tiempo había hecho aparecer, contestaba al saludo de Reina con una maliciosa sonrisa; tal cual agitaba su enguantada mano, y, en su mayoría, se limitaban a una graciosa inclinación de cabeza.

En breves conceptos, mientras saludaba, me decía mi acompañante quién era la dama; y raro era que, al hablar de ella, dejara de hacer algún chiste o de pronunciar alguna frase, más o menos punzante: «De aquella se decía... de la otra se contaba... de la de más allá se suponía... de la de más acá se afirmaba... rotundamente...».

Mostrábame yo asombrado de cuanto me decía, y él se reía de mi candidez.

—En vez de un doctor —me decía— parece usted una inocente damita recién salida de las Ursulinas para hacer su entrada en el mundo; ahora, que a usted, para que entre, será necesario darle un buen empujón.

Al embocar el hermoso paseo a que nos dirigíamos, noté que Reina, sin dejar de hablar ni de hacer comentarios, que esto en él era imposible, miraba con gran atención a los coches que cruzaban en opuesto sentido al nuestro. A medida que avanzábamos, su actitud de curiosidad trocose en nerviosa inquietud. Seguía hablando y haciendo chistes en cuanto hallaba materia para ello; pero ya ni me miraba, y su conversación más parecía resultado de la costumbre de no callar que de la consciencia de sus juicios. Tentado estuve de preguntarle la causa de aquella actitud; mas con ser tanta nuestra confianza, no me atreví e híceme el desentendido.

Dos veces recorrimos el paseo de una punta a otra, sin que aquella nerviosidad

desapareciese. Al empezar la tercera vuelta me dijo:

—Carlitos, ¿quiere usted que merendemos en la chocolatería?

—Vamos —reliqué.

VI

La chocolatería a que se refería Reina, estaba situada en una de las dos calles que, a lo largo, limitan el paseo. El establecimiento en cuestión era un hotel con jardín, habilitado para tal clase de comercio; cosa que no es de extrañar, porque en Madrid, la mayoría de las industrias, así como las oficinas, están instaladas en locales *habilitados* para el caso; nunca, o casi nunca, en locales contruidos exprofeso: esto es fiel reflejo de nuestro carácter; los españoles servimos para todo. ¿Cuál es el que no se ha dedicado a más de una carrera u ocupación en la vida? Casi ninguno. Lo corriente es tener en los primeros años vocación de cura y acabar siendo corredor de alhajas o artista de circo...; esto sin hablar de la profesión de autor cómico, que es una de las que todo español intenta... *por fácil*.

El día, como ya he dicho, era espléndido; uno de esos días con que marzo suele obsequiarnos para que confiadamente nos dejemos atrapar, después, por una soberbia pulmonía.

El jardín de la chocolatería estaba lleno de mesas, y de estas, muy pocas vacías.

Los coches formaban dos grandes filas a uno y otro lado de la puerta de la verja. Reina saltó rápidamente al suelo; yo le seguí. Entramos en el jardín; a los pocos pasos se detuvo y miró a todas partes.

Yo esperé a su lado sin decir palabra.

Al cabo de algunos segundos, Reina, poseído de viva satisfacción, exclamó:

—¡Ah!... Ya lo sabía yo...

—¿Busca usted a alguien? —me atreví a preguntar.

—Venga usted para acá, hombre; venga usted para acá.

Y hablando en alta voz se dirigió, por entre las apiñadas mesas, hacia el fondo del jardín. Si yo le preguntaba algo, siempre me respondía lo mismo: «Venga usted para acá, hombre; venga usted para acá»; y de ahí no había quien le sacara.

Llegamos, por fin, al para mí ignorado destino: era este un velador, algo aislado, en el que una mujer elegantísima tomaba chocolate.

La dama, sorprendida por nosotros en su ocupación, levantó el rostro y, al ver a Reina, lanzó una alegre exclamación. Su mirada pasó rápidamente sobre mí. Al contemplar su divino semblante quedé atónito, azorado; me puse encendido como la grana y las piernas me temblaron ligeramente.

Aun cuando fuera mi deseo hacer la descripción de aquel ser sobrehumano por su belleza, la discreción pone trabas a mi pensamiento, y el temor detiene mi pluma.

No creo que a nadie causara perjuicio el que yo retratara aquí a la protagonista de esta historia; pero ya que en vida a nadie hablé de ella, por ser siempre mi norma que aquello que bien se ama debe ocultarse en lo más profundo de nuestro corazón y no exponerlo a los ajenos juicios, ahora que no existe, tampoco quiero hacerlo. Multitud

de circunstancias de su vida aparecerán cambiadas, para que ninguno de sus contemporáneos se moleste en hacer deducciones. Por las condiciones de su carácter, tampoco se podrá hacer suposición alguna de si fue Fulana o Zutana. Ella era para mí muy distinta que para los demás: todo el mundo la vio reír, yo la vi llorar... En fin, nadie se llame a engaño, puesto que ya dije al empezar el presente libro que el novelista tendría que poner su pecadora mano en muchas de sus páginas para velar en ellas la verdad con el artificio.

Reanudemos el relato. Si el semblante de la dama dejó traslucir cierta alegría al ver a mi amigo, el de este expresó una animación extraordinaria.

—Ya sabía yo que te había de encontrar; me lo daba el corazón... Y siempre haciendo penitencia —dijo risueñamente Reina.

—¡Perdido! Seis días sin aparecer por casa.

Reina suspiró sin dejar de sonreír. Volvióse hacia mí y, a boca de jarro, me lanzó la siguiente pregunta:

—¿Ha visto usted una mujer más bonita que esta en el mundo?

La dama sonrió de una manera celestial, dejando ver dos sargas de dientes blancos y chiquititos como los de un niño. Poniéndome mucho más colorado de lo que estaba, quise decir algo en apoyo de lo afirmado por mi amigo, y todo lo que se me ocurrió fue una sandez tras otra; no atiné a expresar nada que diera idea de mi admiración, a que al menos tuviera sentido.

La gentil damisela creo que observó mi turbación, y esto, a mi juicio, la hizo reír más.

—¿Se puede uno sentar? —preguntó Reina.

—Sí, hombre, sí; ¿no se ha de poder? Tomen asiento.

—Bueno; permítame ante todo que te presente a mi querido amigo *Carlitos Magín*... A usted —me dijo— no creo que haga falta decirle quién es este monumento de mujer; usted debe conocerla, debe saber perfectamente que es la célebre... (aquí un nombre y apellido; nombre y apellido que yo reduciré a un nombre, el más bello que encuentro después del suyo: Carmen).

Al oír el nombre pronunciado por Reina, mi memoria recordó instantáneamente aquel divino rostro: Carmen era una de las artistas más célebres de aquella época, si bien hacía cuatro años, o más, que se había retirado de la escena, sin que nadie hubiera sabido el porqué de aquella resolución.

Intenté afirmar lo que mi amigo había dicho, y quise ponderar el talento de la artista; pero, lo mismo que me había sucedido antes con su belleza, me ocurrió entonces con su arte; solo conseguí decir una sarta de sandeces y una ristra de vulgaridades. Estaba como idiota que no logra coordinar sus ideas. Suspendí mis tonterías y callé. Ellos entablaron breve y pintoresca conversación. Observé que Reina trataba a Carmen con gran confianza y desenfado; pero en ella, que también parecía tratarle con familiaridad y llaneza, me pareció notar cierta frivolidad, que daba a su confianza una superficialidad fría e indiferente.

—¿Por qué no has aparecido por casa en tantos días, vamos a ver? —le decía.

—Pero, mujer..., ¿para qué voy a ir a tu casa?

Y al decir esto mi amigo me miraba como buscando en mi asentimiento la razón de sus palabras; asentimiento que yo daba con una sonrisa que poco más o menos quería decir: «¡Claro! ¿Para qué va usted a ir?».

—Para verme..., para hablar..., ¡para lo que vas siempre! —replicaba Carmen riendo como deben reír los ángeles, los serafines...

—¿Pero si nunca quieres hablar de lo que hace falta que hablemos..., y no así como se quiera, sino largo y tendido?

—¿Y de qué hace falta que hablemos? —dijo ella calzándose el guante que se había quitado para tomar el chocolate, y reclinándose indolentemente en la silla.

—¡De qué hace falta que hablemos! —contestó Reina con gran asombro—. Vamos, niña, no me obligues a irme del seguro delante de niños... Sí, sí; no te asombres... Aquí, mi amigo Carlos, es un niño a quien yo he tomado a mi cargo para destetarle.

Alegres risas de Carmen acogieron aquellas palabras. Yo creí que estaba muy indicado protestar de tal aseveración, y así lo hice.

Reina contó a Carmen, con chistosos comentarios, mi vida de estudiante, sin separarme de los libros ni de mi padre.

Mi turbación, al verme objeto directo de la conversación, llegó a su colmo, y, para mis adentros, pedía a Dios que esta tomara pronto otro sesgo; pero no fue así.

Carmen escuchó el relato con gran atención y curiosidad; después fijó sus ideales ojos, negros, en mí, haciéndome bajar los míos, y dando lugar a que el color rojo de mi cara llegase al máximum de tonalidad.

—¡Qué satisfecho estará su padre de usted! —dijo, al fin, dando un suspiro.

Yo estaba furioso conmigo mismo; jamás eché tanto de menos mi falta de mundo: quería hablar y no sabía qué decir; surgían los juicios, las ideas en mi cerebro, y apenas quería echarles mano, se escapaban riéndose burlescamente de mí... ¿Qué pensaría ella de tal cortedad?

Callado Reina, mirándome ella... y renegando yo hasta de mi sombra, permanecimos algunos instantes. De pronto, Carmen, levantándose, exclamó con alegre decisión, que contrastaba con su poco antes melancólica actitud:

—Ustedes perdonarán que me retire...

—¿Te marchas? —preguntó Reina con cierto retintín.

—Sí; todavía tengo que dar un par de vueltas por el paseo.

—¿No puede ser una?

—No.

—¿Ni tres?

—Ni tres.

—Tienen que ser dos precisamente...

—Qué amigo más curioso tiene usted, Carlos... ¿Me permite que le llame así?

Difícil me hubiera sido expresar en aquel momento la sensación que me causó oír mi nombre pronunciado por aquellos labios que la sangre enrojecía, no el colorete, frescos, húmedos, como los pétalos de una rosa.

—Si va usted mucho con él, Carlos, creo que pronto su papá echará de menos al hijo juicioso, ávido de ciencia y de saber; dentro de poco se volverá usted un perdido, como lo es mi señor don José...

—Yo no soy un perdido, poco a poco —replicó el aludido—; yo estoy perdido, que no es lo mismo.

—¿Estás enamorado de alguna, Pepillo?

—Demasiado lo sabes tú...

—¡Yo! Mira, Pepito: vete esta noche a mi casa para que me cuentes quién es ella, ¿eh? Y si tu amigo es tan amable que quiere acompañarte... ¿Quiere usted aceptar una taza de café en mi casa? —me dijo con encantadora sonrisa.

Creí desfallecer... ¡Una taza de café en casa de aquel querubín! Reina contestó por mí:

—Irás, ya lo creo que irás; pero no por acompañarme a mí..., sino... Pero oye, oye: ¿se puede ir a tu casa?

—Sí, hombre, sí; se puede..., se ha podido siempre...; bien lo sabes..., ¿a qué lo preguntas?

—Pero la *incógnita*...

—Vaya, no puedo detenerme más; es tarde. A las nueve y media los espero, ¿no? —dijo Carmen, mirándome con infinita dulzura... Al menos, así lo creí yo.

—¿Mi señor D. José irá?

—Iremos, iremos; pero no sé para qué...

—Para que me cuentes eso, para que me distraigas un rato... Ahora no salgo por las noches ya hace tiempo...; estoy algo malucha.

—Pues mira, aquí tienes el doctor.

—Quién sabe, quién sabe... Un médico tan estudioso, tan entusiasta por su profesión, siempre inspira confianza.

A punto estuve, al oírla, de soltar la última y más gorda de cuantas necedades había dicho, pues me faltó poco para decirle que ojalá se pusiera a la muerte, para que viese el celo que yo pondría en curarla.

Cuando aquella mujer se alejó en su carruaje, respiré a plenos pulmones; en su presencia había sentido mi corazón oprimido de un modo angustioso, horrible...

Al subir en nuestro coche, Reina, con un pie en el estribo, se volvió hacia mí, que me disponía a seguirle, y con el acento más cómico del mundo, me dijo así:

—¿Se ha enterado usted?... ¡Que vaya... para distraerla un rato!... ¡Ahí tiene usted lo que son las mujeres; vaya tomando apuntes! ¡Si le digo... que da gusto! —añadió, dejando caer su corpulenta humanidad sobre el asiento—. Anda, Fulgencio —dijo al cochero—; otro par de vueltecitas a la noria... Nosotros no hemos de ser menos, ¿verdad, Carlos?

Calló mi amigo. Me pareció que en su rostro se reflejaba algún secreto disgusto, alguna contrariedad que allá en su interior se agitara violentamente y callé también para no molestarle. Por otra parte, agradábame aquel silencio, porque así con la imaginación, seguía contemplando más a mis anchas la celestial belleza de aquella mujer.

—¿Ha visto usted bailar a Carmen? —me preguntó de pronto Reina, dando de mano a sus preocupaciones y obligándome a volver a la realidad.

—Sí. Hace seis años, cuando vino con aquella célebre compañía que puso en escena tantos bailes de espectáculo, la vi dos o tres veces; pero ya no recordaba. ¿Usted la conoció entonces?

—Yo la conocí mucho antes, cuando la pobrecilla bailaba por cuatro cuartos. Entonces era muy jovencilla.

—¿Qué edad tendrá ahora?

—Ahora debe tener..., verá usted..., ahora tendrá sus veintiocho o veintinueve años.

—Ya he visto que la trata con gran confianza.

—Sí, señor, sí; con gran confianza... Pero con la misma confianza, ella...

Aquí Reina dio un profundo suspiro.

—Carlitos —dijo mi amigo poniendo una de sus manos sobre mis rodillas—, usted no es tonto, y algo debe haber comprendido...

—He creído deducir, por lo que en el Círculo he oído algunas veces, que Carmen...

—Que esa mujer es la única que ha conseguido enamorarme... Pues sí; a usted se lo confieso, porque usted es formal y no se reirá de mí: yo, con todos mis años, estoy enamorado, como un mozalbete, de esa mujer.

—¿Y ella?

—¿Ella...? Ella..., ya lo ha oído usted: que vaya a verla, porque se distrae mucho con mi conversación...

Sentí una vivísima satisfacción al oír a mi amigo. La amargura con que Reina pronunció aquellas palabras, llenó mi alma de un bienestar que no acertaba a explicarme.

—Perdóneme, amigo Reina: antes le oí hablar de una *incógnita*...

Reina se echó a reír, recobrando su acostumbrado buen humor.

—Sí, señor; una *incógnita* que a todos nos ha traído locos; y digo que nos ha traído, porque ya hemos renunciado a resolverla.

—¿Y en qué sentido es esa *incógnita*?

—Verá usted: Carmen, cuando la gloria le sonreía, cuando ganaba sueldos estupendos, hace seis años, cuando usted la vio trabajar, dejó de pronto su profesión y se retiró a la vida privada. Usted recordará que los periódicos se ocuparon mucho de aquella misteriosa e incomprensible retirada.

—Sí, sí; algo recuerdo.

—Pues bien: Carmen, al retirarse, montó su casa con todo lujo, como verá luego, y empezó a tirar el dinero a manos llenas. ¡Qué alhajas, qué vestidos, qué coches, qué caballos...! ¡Aquello era el delirio! Ella no tenía fortuna para eso... ni para nada, porque no tenía un real, me consta; luego, ¿de dónde salía aquel dinero? ¡He ahí la incógnita! ¿Había heredado? No era probable, pues no era esto ningún crimen para ocultarlo. ¿Había un amante? Esto era lo seguro. Pero ¿quién era él?, ¿dónde estaba él?, ¿qué hacía él? Nadie lo ha sabido. Todos los que íbamos al cuarto de Carmen, en el teatro, nos conocíamos de sobra; tampoco era persona que perteneciese a cierta clase de la sociedad, porque, en ese caso, el secreto hubiera durado un día. Por otra parte, ¿para qué el secreto? ¿Es natural que se ponga un fortunón en manos de una mujer para que lo tire por la ventana sin darse el gustazo de que lo sepa la gente? No. Por lo tanto, el interfecto tiene que ser persona desconocida en el medio en que vivimos. Siendo poderoso, es humilde, desconocido. Además, ha de ser un hombre de excepcionales condiciones, porque Carmen no se priva de recibir en su casa a los amigos de sus tiempos de artista; ella entra, sale y hace la misma vida que si fuera libre como el aire. ¿Le parece a usted mala *incógnita*?

Nada se me ocurrió que responder, aunque las ideas se agolpaban en mi mente. Quedamos callados; yo, además de callado, preocupadísimo... ¡Había un *él*!

A lo lejos cruzó Carmen en el coche. Nos saludamos.

—¿Le parece a usted que nos vayamos?

—Creo que es lo mejor, si hemos de prepararnos para ir a ver a Carmen.

—Fulgencio..., ¡al Círculo!

VII

Las nueve y media serían cuando llegamos a casa de Carmen. Dos o tres minutos tardaría el coche en llevarnos desde el Círculo, que estaba enclavado en el corazón de Madrid; esto, si no da idea de cuál pudiera ser la calle, dato completamente innecesario, sí deja comprender que era de las más céntricas.

Tres veces seguidas llamó Reina con el timbre; una linda doncellita, vestida de negro, con delantal blanco de peto y hombreras, nos abrió la puerta.

—Hola, Luisa —exclamó Reina, con su habitual buen humor—. ¿Y la señorita?

—Está concluyendo de cenar. Me ha encargado les diga que esperen ustedes un poquito, que enseguida sale.

El recibimiento en que nos encontrábamos era un gran cuadrilátero; dos de sus lados se perdían en largos pasillos; al final de uno de ellos, y el final debía estar lejos, según lo amortiguado que llegaba el ruido, se oía el peculiar de una mesa en la que se está comiendo. A la derecha de la puerta de entrada, en el lado que formaba parte del otro pasillo, veíase una puerta; a ella nos guio la doncellita, dándonos entrada a un precioso saloncito. Una vez dentro, Luisa, dejando caer los gruesos tapices que cubrían la puerta, se retiró, saludándonos con una graciosa sonrisa.

—¿Qué le parece esto? —me preguntó Reina cuando quedamos solos.

—De un lujo insuperable y de una coquetería refinada. ¿Toca Carmen? —pregunté fijando mi vista en un soberbio piano que convertía en triángulo uno de los ángulos del salón.

—Con un dedo... y mal. ¿Y este retratito?, ¿qué me dice usted de este retratito?

—Que yo entiendo poco de pintura, amigo Reina; pero me parece una verdadera joya, si bien el parecido lo encuentro algo deficiente: Carmen es más bella —repliqué mientras contemplaba el retrato, pintado al óleo, y que, colocado en un caballete, ocupaba el ángulo opuesto al del piano.

—¡Que si es! —contestó Reina como si hablara para sí—. Es mucha mujer esta, querido Carlos, mucha mujer. Fíjese usted en algunos detalles de esta habitación, y verá qué espíritu, qué alma más refinada la de su dueña. Aquí —añadió sin darme lugar a comentario alguno— está su gabinete particular.

Reina, dirigiéndose hacia una puerta oculta por rico tapiz, levantó este lo suficiente para que yo pudiera ver aquella coquetona estancia alhajada de blanco.

Me asomé temeroso; varios grandes espejos reflejaron mi cara como si otros tantos guardianes de aquel santuario salieran a mi encuentro para detenerme. A la izquierda de dicho gabinete, y al través de unas transparentes cortinas, me pareció entrever, confusamente, un lecho.

—Esa es la alcoba, hijo mío, la alcoba...; y esa luna que ve usted brillar herida por la luz de este salón, es del tocador —me dijo Reina dejando caer el tapiz—. Con

lo que hay en estas tres habitaciones, tenía una familia para vivir cómodamente toda la vida.

—Es verdad —repliqué maquinalmente y sin prestar gran atención a lo que Reina me decía. Mi pensamiento estaba lejos de allí; por la extensión de aquella casa, para mí desconocida, buscaba el comedor donde, en aquel momento, se hallaba Carmen; la buscaba a ella.

—¿No toca usted el piano? —me preguntó Reina.

—Sí, un poco...

—Pues toque cualquier cosa; ese será el medio de que Carmen concluya pronto; de lo contrario, nos hará esperar una hora con la mayor tranquilidad del mundo.

—¿Le gusta la música?

—Con delirio. Es una fierecilla que solo se amansa con las melodías. ¡Ah, si yo supiera tocar algo...! Pero, nada, hombre, nada; ni el acordeón siquiera se me ha ocurrido aprender.

Al oír que Carmen era tan amante de la música, me senté ante el piano, situado frente a la puerta de entrada, y lo abrí.

Una pequeña silla con doble respaldo en ángulo, estaba junto a él; en ella se sentó Reina. Empecé a tocar una bellísima serenata de Franz Hitz, muy en boga por aquellos tiempos.

Reina, en algunos trozos, me acompañaba cantando. Mi pensamiento, fijo en la imagen de Carmen, hacía, sin duda, dar más dulce expresión a las tiernas notas de la serenata, y mi amigo, paulatinamente, íbase entusiasmando.

Cuando terminé, la voz de Carmen nos hizo volver rápidamente a los dos, en nuestros asientos. Desde la puerta del saloncito nos contemplaba sonriente. Con la mano izquierda apartaba uno de los tapices, con la derecha sostenía, en la punta de los dedos, un pastel.

—Pero, niña —dijo Reina—, ¿te vas a retratar con el pastelito en la mano?

Carmen, que vestía una elegantísima bata blanca, de encajes, con grandes caídas, avanzó hacia el piano sin contestar a mi amigo; este se retiró del asiento que ocupaba y ella fue a reemplazarle en él. Yo sentí el mismo azoramiento de aquella tarde.

—¿De modo que a más de hijo modelo, y doctor eminente, resulta que es usted un músico notable?

—Músico notable...

—¡Oh!... vaya si lo es. No he concluido de cenar por venir a oírle: vea usted el postre. Las dulcísimas notas de esa serenata y la maestría de quien la ejecutaba, ¡ya lo ve usted!... me han obligado a levantarme de la mesa sin concluir.

—Si te digo que el niño es un estuche —interrumpió Reina un poco amostazado, al ver que ella prescindía de él completamente.

Carmen, sin dejar de mirarme, agitaba el pastel con sus divinos dedos.

—Mira, Carmencilla —añadió Reina, que era sumamente goloso—, ese pastel lo estoy viendo en el suelo, vas a manchar la alfombra... y lo vas a desperdiciar; lo

mejor es que me lo coma yo; siendo de tu mano, será doblemente dulce y sabroso.

Al decir esto, Reina alargó la mano para coger el pastel; pero Carmen deteniendo el ademán con la que tenía libre, le dijo:

—Ten paciencia, Pepito: ahora te traerán con el café todos los pasteles que quieras: este pastel no eres tú el que lo va a comer.

Volvióse hacia mí, y con voz acariciadora, me dijo:

—¿Quiere usted comérselo?

No sé, no recuerdo lo que contesté; solo puedo decir que, cogiendo el codiciado pastel, mordí en él con voracidad, con furia, con *ensañamiento*. Reina se reía; ella me miraba.

—Ahora —exclamó cuando hube engullido aquel manjar celestial—, fuerza será que me complazca repitiendo esa preciosa composición.

El ruego de Carmen era para mí una orden imperativa, y mis dedos, torpes, temblorosos, volvieron a pisar el teclado.

Ella, con un brazo extendido sobre el respaldo de la silla y apoyado en el piano el otro, escuchaba atentamente. A Reina le oí desplomarse en una butaca. Mientras tocaba, instintivamente miraba a Carmen; esta, unas veces fijábase en el teclado, otras me contemplaba a mí; más de una vez nuestras miradas se encontraron, produciéndose entre ambas el efecto de electricidades contrarias, a juzgar por la rapidez con que uno y otro apartábamos la vista.

Terminada nuevamente la serenata, mis manos resbalaron suavemente sobre el teclado, cayendo sobre mis muslos; giré lentamente con la banqueta y quedé frente a Carmen.

—Preciosa, preciosísima —exclamó Reina con aire aburrido.

Carmen, sin cambiar de postura, me miró unos segundos, y luego, dejando escapar un leve suspiro, dijo:

—Muy bien..., muy bien...

Hubo un brevísimo silencio. Luisa entró a cortarlo muy oportunamente; llevaba una gran bandeja con pasteles, licores, etc.

Carmen se levantó con presteza y dirigiéndose a Reina, exclamó alegremente:

—Anda, Pepillo, acerca aquella mesita; haz algo, hijito, haz algo, que así te apoltronas y te pones tan gordito.

—Hombre, para decirle a uno que traiga la mesa, no creo que precise sacarle las faltas a relucir —contestó el aludido, incorporándose trabajosamente en la butaca y acercando al centro del salón una pequeña mesa colocada en uno de sus extremos.

Carmen y yo, al oír el tono resignado de Reina y ver su cómica actitud para transportar la mencionada mesita, nos echamos a reír.

—¿Cómo quieres que se enamoren de ti las chicas, con esa tripita que vas echando? —dijo Carmen con alegres risas que hicieron desaparecer de su cara la triste melancolía que, momentos antes, se retratara en ella.

—Vamos... ¡aquí está la mesita! Anda, Luisa, pon eso ahí, hija mía, que me estás

haciendo sudar de verte tan cargada.

Luisa puso la bandeja donde se le mandaba.

—¿Y mi hermana? —preguntó Carmen a la doncella...

—Está haciendo el café, señorita.

—Dile que se dé prisa, mujer; que estamos esperando.

—No, no...; no le digas nada; dejadla que haga el café con toda calma —replicó vivamente Reina—. Amigo Carlos, dispóngase a tomar una taza de divino néctar. Una taza de café hecho por Matilde, no hay dinero con que pagarla.

—¡Qué exagerado! —dijo Carmen.

—No lo dudo.

—No lo dude usted, no: Matilde, con la cafetera —siguió diciendo Reina, al propio tiempo que se comía un pastel—, deja de ser mujer, para convertirse en ángel.

Al decir esto Reina, presentose en la puerta Matilde, seguida de Luisa que, en otra bandeja más pequeña, llevaba un precioso juego de café, de plata. Un exquisito aroma se extendió por la habitación.

Carmen hizo mi presentación a su hermanita.

Matilde era una muchacha de rostro afable, algo aniñado; en su actitud modesta y tímida se veía desde luego que se declaraba inferior a su hermana; se notaba en ella ese encogimiento propio del que, ocupando un lugar secundario, está acostumbrado a obedecer y no a mandar.

Las dos hermanas sirvieron el café y los licores. Reina no se daba tregua en cuanto a lo de comer pasteles.

Carmen acentuaba sus preferencias por mí: me ofreció un pastel, sirvió el azúcar en mi taza, puso el cenicero al alcance de mi mano, echó unas gotas de coñac en el café, después de preguntarme cariñosamente si ello era de mi gusto; tuvo, en fin, mil delicadezas y atenciones para conmigo.

Reina, que mientras Matilde le servía nos miraba de reojo, observando todo aquello, hubo de exclamar dando un profundo suspiro, y dirigiéndose a Matilde:

—Mañana mismo me compro una guitarra.

—¿Para qué?

—Para aprender a tocarla: aquí está visto que para que le atiendan a uno es preciso tocar algo.

—¿No le he servido yo?

—Sí, si no lo digo por usted, Matildita; usted es más caritativa, no es como otras...

Alegre y franca risa de Carmen acogió las palabras de mi amigo.

—Contigo tengo confianza...

—Sí... sí... Pues ya lo sabe usted, Carlos: procure no tener confianza, porque en cuanto la tenga le darán contra una esquina.

La conversación se generalizó, y Reina, con sus agudos dichos y su amenidad insuperable, hizo nuestras delicias durante un buen rato. El café estaba tan exquisito,

que hube de unir mis elogios a los de Reina; elogios que Matilde recibió poniéndose colorada, como persona poco acostumbrada a oír alabar sus obras.

Después de un buen rato de amena y agradable conversación, Carmen me rogó que tocara alguna otra cosa. Toqué una fantasía de *Hugonotes*, que escuchó con religioso recogimiento. Matilde conversaba con Reina en voz baja; después la sentí salir.

Carmen, sentada en la sillita, iba sumiéndose en la misma actitud de arrobamiento que pude observar en ella cuando toqué la serenata; esta vez sus ojos permanecían fijos en mí con mayor insistencia.

Concluida la fantasía, permaneció en silencio algunos segundos; después, sin decir nada, se levantó bruscamente y dirigiéndose hacia donde estaba Reina, se sentó a su lado; con tono zalamero y como si ellos solos estuvieran en la habitación, díjole así:

—Anda, Pepillo: cuéntame eso de esta tarde... ¿Quién es ella? ¿Dónde has encontrado ese portento de mujer que te trae a tan mal traer?

Seguí sentado ante el piano, repasando unos papeles de música; sentí reír a Reina. Entablaron animada conversación.

Mi situación, dada la poquísima confianza que allí tenía, resultaba algo desairada, y no sabiendo qué hacer para disimular, me puse a tocar, pianísimo, motivos de algunas óperas. Más que mi situación, me molestaba el que Carmen hablara con Reina en aquella intimidad; me había acostumbrado, en tan corto espacio de tiempo, a ser el preferido; no tenía en cuenta que lo mismo que prescindía de mí en aquel momento, había prescindido antes de Reina.

En mi auxilio llegó Matilde, que fue a sentarse a mi lado.

Poco o ningún caso hacía yo de lo que me hablaba, aunque aparentaba prestar gran atención; lo que me preocupaba era lo que hablaban los otros.

Por algunas palabras que llegaron a mis oídos, comprendí que Carmen tomaba a broma lo que mi amigo le decía. ¡Qué alegría me causó esto!...

Cuando Carmen, con una sonora carcajada, dio fin a la conferencia, yo, dejando con la palabra en la boca a Matilde, me dirigí hacia ellos, preguntando:

—¿Se han puesto ustedes de acuerdo?

—¡Quite usted de ahí! —replicó Reina—. ¿Piensa usted que hay medio de ponerse de acuerdo con esta niña?

—Él tiene la culpa; en vez de contarme quién es su Dulcinea, se empeña en decirme que está loco por mí. ¡Mira que tú loco!...

—Y usted... ¿qué le ha contestado?

Carmen me miró un momento de una manera indefinible, y después respondió:

—¿Qué quería usted que le contestara? ¡Que yo no creo que haya nadie capaz de enamorarse de mí!

La inocencia mayor que ocurrírseme pudiera en la vida estuvo a flor de mis labios, pero un ángel, sin duda, cerró mi boca.

La conversación se prolongó hasta las doce dadas; a esa hora nos despedimos, prometiendo, solemnemente, volver a los dos días. Ni el uno ni el otro necesitamos recurrir a todas nuestras energías para hacer tal *sacrificio*.

Al salir a la calle, Reina me preguntó:

—¿Qué le ha parecido la niña?

—Estupenda, amigo Reina, estupenda. No es una mujer, es un ángel, un hada, una musa divina capaz de inspirar las más bellas y más grandes ideas que puede concebir el pensamiento...

Reina, parándose en seco y haciéndome dar media vuelta para ponerme frente a él, exclamó con tono francamente cómico y sentencioso:

—Carlos... ¡usted está enamorado!

Ante aquella manifestación hecha a quemarropa, quedé corrido como colegial a quien cogen fumando. Procuré convencer a Reina de que no era preciso enamorarse para reconocer y admirar tantas y tantas perfecciones como aquella beldad atesoraba...: «Y estando usted enamorado de ella, quería que yo fuera a permitirme...».

Reina se echó a reír tan ruidosamente, que me desconcertó más de lo que estaba.

—Agradezco a usted, querido Carlos, ese rasgo, que le honra, de hidalga caballerosidad; pero no lo admito, porque sería un sacrificio superior a las fuerzas humanas y, además, completamente estéril. Todos cuantos conocen a Carmen..., perdóneme, déjeme hablar...; todos cuantos conocen a Carmen están enamorados de ella; no se prive, pues, del gusto de enamorarse también..., ¡que la niña vale la pena, como usted ha visto! Únicamente voy a permitirme darle un consejo, aunque para hacerlo no reúna más que dos de las tres condiciones que son precisas para darlos; y son estas dos condiciones la prudencia y la autoridad, siendo el que me lo pidan la que me falta: tenga usted mucho cuidado de no dejar que su amor ahonde demasiado en el corazón. Le doy mi palabra de honor de que Carmen es temible por las pasiones que sabe inspirar; lo digo por experiencia. Estos enamoramientos, con mujeres como esa, a mi edad, son peligrosos porque las raíces suelen agarrar de un modo terrible; a la de usted lo son por las locuras a que pueden dar lugar.

Calló Reina, como si su propio discurso le hubiera emocionado. Seguimos caminando. Sin saber por qué, iba violento a su lado; comprendía que el amor de Reina por Carmen era grande, y esto me causaba una molestia grandísima.

Al llegar frente al Círculo, nos separamos: él entró en el citado lugar, y yo seguí hacia mi casa. Sentía vivísimos deseos de estar solo, de pensar, de meditar a mis anchas sobre todo lo ocurrido aquella noche; y es el caso que idea alguna brotaba de mi cerebro, y que, pensando en muchas cosas, no pensaba en ninguna.

Llegué a mi casa, entré en mi habitación, quíteme la americana y el chaleco y me dejé caer en una butaca.

Poco a poco, mi cabeza buscó el apoyo de la mano; cerré los ojos, y mis labios musitaron un nombre...

Cuando, con un sobrehumano esfuerzo, pude libertar a mi pensamiento de su esclavitud, y me levanté de la butaca para buscar reposo en el lecho, el crepúsculo de un nuevo día penetraba tímidamente por el balcón de mi gabinete...

VIII

Entramos en abril. Menudearon en aquel mes las visitas que, en compañía de Reina, hice a Carmen. Mi cortedad iba disminuyendo a medida que aumentaba mi confianza con ella. No obstante, el respeto, la admiración que le profesaba, lejos de amenguar, crecían progresivamente. En aquellas visitas conocí a los contertulios de Carmen. Eran estos, cuatro: un comandante, de unos cuarenta y siete años, retirado, no por la edad, sino por el *gran trabajo* que el cargo acarreaba; acogiose a la ley de un célebre general, y se *sacrificó*, retirándose con casi todo el sueldo; dos autores dramáticos tan henchidos de vanidad como hueros de ingenio, y un músico, autor del último baile que había estrenado Carmen.

Todos estos señores, en unión de Reina, eran asiduos concurrentes al cuarto de ella, en el teatro, y, una vez retirada del arte, continuaron siéndolo en su casa, dos o tres veces por semana.

A decir verdad, ninguno de estos señores me fue simpático, ni mucho menos. Dos o tres veces que coincidimos en nuestras visitas, admiré la llaneza y familiaridad con que la trataban a ella; y mucho más causó mi admiración la libertad que se observaba en sus conversaciones. Esto ya lo había yo notado en Reina; pero habíalo disculpado, atribuyéndole una confianza sin límites. ¡Y todos ellos se mostraban enamorados de Carmen! Yo no comprendía, y sigo sin comprenderlo, que ante ninguna mujer, y mucho menos ante la que se ama, se pueda hablar con aquella ligereza de conceptos. Así se lo dije una vez a Reina, y este, riéndose, me contestó: «Pero, niño, ¿es que se ha figurado usted que vamos a visitar a Santa Teresa de Jesús?».

Aquella grosera contestación fue el origen de la gran antipatía que, andando el tiempo, llegué a tomarle. No íbamos de visita a casa de Santa Teresa de Jesús; pero íbamos a casa de una mujer que, por el solo hecho de serlo, merecía todos nuestros respetos. ¿Y ella?, ¿por qué lo consentía? ¿Por qué reía con aquellas bromas estúpidas, de tan dudoso gusto? ¿Por qué las seguía? ¿Por qué las alentaba con la alegre aprobación de sus risas? Esto ya no me atrevía ni acertaba a juzgarlo; pero ello aumentaba el creciente disgusto con que salía de aquellas visitas. Sin embargo, no tenía motivo para estar descontento, muy al contrario: lo mismo cuando Reina y yo estábamos solos con Carmen, que cuando estaban los demás, yo era allí el niño mimado: para mí eran todas las atenciones y asiduidades de aquella mujer; para mí sus palabras más cariñosas, sus miradas más dulces. Cualquiera observador más experto que yo, en aquel entonces, hubiera visto en seguida lo que, entre todos, me distinguía. Al hablar conmigo, su voz tornábase más dulcemente armoniosa; su hablar era más serio, más reposado, más grave; no parecía sino que pensara y meditara sus palabras antes de decirlas. Hablábame, a veces, sin mirarme, y, a veces, mirábame sin hablar. Cuando esto último sucedía, su mirar era frío, penetrante, escrutador.

Estos éxtasis, y perdónese lo inmodesto de la calificación, puesto que yo era el objeto de ellos, solían terminar de una manera harto dolorosa para mí: Carmen, sin decir palabra, se levantaba bruscamente de su asiento e iba a ocupar otro al lado de Reina o de alguno de los demás contertulios, si era noche de ellos; entablaba alegre y chispeante conversación con el que fuese, y prescindía de mi persona de tal manera, que no pudiera hacerlo más estando yo ausente. Aquellos arrechuchos, como yo los llamaba, hacíanme sufrir de una manera cruel. Si yo, en lo más íntimo de mi alma, habíame llegado a forjar la ilusión de que Carmen hubiera empezado a sentir por mí algún amoroso sentimiento, aquellas bruscas actitudes daban al traste con todas mis esperanzas; y si más de una vez pude pensar en que alguna ventaja llevaba yo sobre todos aquellos vejestorios, esta idea se desvanecía rápidamente, reconociendo en todos ellos grandes ventajas sobre mí. Los unos, por su nombradía, más o menos justificada, los otros por su dinero, todos podían competir con mi único patrimonio, que era la juventud. Pero no, otra ventaja tenía: la nobleza de mis sentimientos, la grandeza de mi corazón: ellos no veían en Carmen más que a la pecadora que bien podía caer nuevamente en provecho de ellos; yo veía a la mujer libre de toda mancha y digna del más grande de los amores. ¿No adivinaría ella esta diferencia de pensamientos?

Al pensar así, olvidaba la *incógnita* de que me había hablado Reina, olvidaba a aquel nabab —lo era indudablemente—, que solo exigía, al parecer, la milésima parte de lo que daba; pero es que esta incógnita, a fuerza de serlo, venía pocas veces a mi memoria, y, con harta frecuencia, hasta dudaba de su existencia.

En aquel mes, solo dos veces pude ver a mi amigo Pablo. Al principio se burló de mí de lo lindo; pero luego hubo comprender que aquel amor que tan violentamente había germinado en mi corazón, no era en nada comparable con el que yo había creído sentir por Remedios; este era un verdadero amor, una pasión intensa que se había desarrollado con tanto más vigor, cuanto abundaba la savia que le había suministrado un terreno virgen, cual mi corazón.

—Ándate con cuidado —me decía Pablo—. No creo que ese cariño te lleve a nada bueno, y sí creo que puede proporcionarte muchos disgustos.

Harto comprendía yo la razón que tenía Pablo para hablarme así; con suma frecuencia me había hecho yo la misma reflexión... ¡pero la atracción que Carmen ejercía sobre mí era irresistible!

—¿Te vas a casar? —argumentaba Pablo—. No. Pues si no te vas a casar, ¿qué esperas de ella? Por lo que me cuentas, esa niña necesita para vivir las existencias del Banco de España... y tú... ¡tú no llegas ni a sucursal!

—Dinero... dinero... ¡Maldito dinero!

—Sí, chico: maldito dinero, todo lo que quieras; pero tú no sabes, por lo mismo que no has pasado apuros, lo necesario que es para todo, ¡incluso para amar! Esto yo tampoco lo sé prácticamente, pero me lo figuro. Ni tú, ni yo somos ningunas lumbreras en cuanto a psicología femenina; pero recordemos algunos de los discursos

que nuestro compañero Naranjo solía espetarnos, subido sobre un banco de la clase de Terapéutica, y fácilmente saldremos de dudas: «Señores —decía Pablo, remedando al citado Naranjo—: en el amor, eso de contigo pan y cebolla, es un argumento arcaico relegado a los tiempos primitivos. El amor, en los tiempos modernos, gusta de comer manjares más exquisitos, y prefiere envolverse y recatarse entre blondas y sedas, más que entre toscas pieles de borrego. Aquel que no tenga *medios* suficientes para enamorarse de una mujer, que le endilgue sus endechas y *ovillejos* a la luna o a las estrellas, únicas amantes baratas y poco exigentes...».

—Cállate, cállate y no me hables del maldito Naranjo ni de sus discursos pedestres —replicaba yo indignado por el recuerdo del tal Naranjo y de sus viles peroraciones—. ¿Vas a suponer que Carmen...?

—No soy yo; es Naranjo el que lo supone.

Y es lo cierto que, aunque yo sentía viva indignación ante tal sospecha, no dejaba de pensar en ella y aun, aun, de considerarla cierta. Que Carmen no sentía amor por aquella *incógnita*, era cosa fuera de duda... ¿Por qué la soportaba, pues?

En contestación a esta pregunta venía lo que Reina me había dicho en cierta ocasión, del amor de Carmen al lujo, al derroche, al despilfarro. Por todas partes me salía al encuentro la cruel, la fría realidad. Todas estas ideas llegaron a turbar mi espíritu de tal manera, que empecé a volverme taciturno y a buscar la soledad. Esta mala disposición de mi ánimo llegó a tomar aspecto alarmante con una de aquellas ásperas oscilaciones del carácter de Carmen.

De tal manera acentuó su indiferencia conmigo una noche, que salí de aquella casa desesperado, convencido de que su amor era para mí un imposible.

Al día siguiente rehuí por todos los medios la presencia de Reina: este me cargaba ya, y los demás amigos me cargaban más todavía. Llegué a pensar en no ver a Carmen; pero este pensamiento borrose instantáneamente, para dar lugar a otro más en armonía con el estado de ánimo en que me hallaba: pensé que el modo de salir de mi mortal ansiedad era declarar a Carmen mi amor. Pero para esto era preciso que estuviéramos solos; y ¿cómo lograr aquello? Difícil, imposible me parecía la cosa toda vez que yo no me había de atrever a solicitarlo... ¿Una carta...? ¡Bah!... Una carta sería ridículo, pudiendo decírselo de palabra, pudiendo obtener así la respuesta inmediata... Pensando en todo esto, caminaba yo una tarde por Recoletos; pasé la Castellana y llegué al Hipódromo. Allí, sintiéndome algo cansado, me senté ante un velador de un aguaducho, colocado al borde del andén, y pedí una botella de cerveza.

Los primeros días de aquel mes de mayo fueron muy desapacibles; aquella tarde fue de las más frías. Los coches cerrados habían vuelto a reaparecer. El sitio en que yo me encontraba era el más a propósito para ver a los ocupantes de los mismos, porque allí era donde daban la vuelta para recorrer nuevamente el paseo. Absorto en mis pensamientos, apenas paraba mientes en ellos. Dejando vagar la mirada por el espacio unas veces, fijándola con insistencia en tierra, otras, como si quisiera penetrar hasta el centro de la misma en busca de la explicación de indescifrables misterios, mi

espíritu volaba por la región de las ideas. Mi cuerpo era un cuerpo sin voluntad, sin alma.

La tarde era cada vez más desapacible, y seguramente que debí llamar la atención allí sentado, solo, desafiando las inclemencias de la temperatura. Los coches seguían pasando, en número bastante escaso, por delante de mí.

Una de las veces que más absorto me hallaba en la contemplación de la corteza terrestre, me pareció observar que un carruaje paraba frente a mí. Alcé la vista y quedé absorto por la sorpresa que experimenté: una soberbia berlina, de ruedas amarillas, tirada por dos magníficos caballos bayos con cabos negros, cuya fogosidad contenía a duras penas el cochero, obligándoles a enarcar los robustos cuellos con la tirantez de las riendas, hallábase ante mí. En la ventanilla, con la cabeza inclinada y adelantando ligeramente el busto, Carmen estaba mirándome. Sonreía con gracia infinita, marcándosele dos lindos hoyuelos en las mejillas; movía su cabecita lentamente, demostrando profundo asombro por mi tardanza en darme cuenta de su presencia. A punto estuve de lanzar una exclamación que exteriorizara mi alegría.

De un brinco me planté junto al coche, sintiendo que el corazón batía con fuerza mi pecho como si quisiera romperlo para salir a contemplar tan divina aparición.

Largo rato oprimí la enguantada mano que Carmen me alargaba.

—¿Se siente usted enfermo? —me preguntó.

—¿Yo? ¡Yo no estoy malo!

—¿Está usted seguro?

—¡Y tan seguro!

—Más vale así. Al verle ahí sentado tan meditabundo, me asusté y mandé parar... por si le ocurría algo.

—No comprendo el porqué de esa suposición; pero, de todos modos, ella me sirve para saber que si real y verdaderamente hubiera estado enfermo, un ángel habría acudido en mi auxilio, interesándose por mí.

—¿Tan mal concepto había formado de mí, que no me creía capaz de interesarme por un amigo?

—No es que yo la creyera tan falta de corazón, ni mucho menos; es que yo no me creía con méritos suficientes para contarme entre el número de ellos.

—Eso no deja de ser una chiquillada... de las muchas que usted tiene... Sí, sí; no trate de defenderse: usted debía saber muy bien que, no solamente es un buen amigo mío, sino que acaso..., acaso..., sea el mejor.

—¿Qué dice usted, Carmen; qué es lo que está usted diciendo?... ¡Hágame el favor de repetirlo!...

Carmen, temiendo haber sido demasiado explícita, dejó sin contestar mis exclamaciones, y, tras de un breve silencio, me preguntó:

—¿Qué hace ahí tan solo, con una tarde tan desapacible como la de hoy?

—Pregunta es esa difícil de contestar...

—¿Por qué?

—Porque yo mismo no lo sé. Salí del Círculo sin rumbo fijo, y como jinete que suelta las riendas de su cabalgadura para que esta tome la dirección que quiera, así la voluntad dejó a mis piernas la elección del derrotero. Aquí llegué sin saber por qué, ni para qué; encontrándome algo cansado, me senté sin reparar en el mal tiempo... ¡Bendito sea Dios, que guio mis pasos y me trajo aquí, a este lugar donde he tenido la dicha, la alegría, la felicidad de verla!

—Bien está que bendiga a Dios por haberle guiado hasta aquí, si es que tan feliz se considera por verme; pero tenga en cuenta que algo merezco también: si yo no hubiese mandado parar, habría pasado sin que usted se hubiera enterado de mi presencia.

—Tiene usted razón: la alegría hubiera pasado por delante de mí sin que la viera.

—Y, no obstante..., creo que está usted muy necesitado de ella.

Nada repliqué a Carmen; pero mis ojos la miraron con elocuente súplica.

—¿Por qué estaba usted tan triste? —me preguntó adelantándose un poquito en el asiento y acercando su rostro al mío.

—Si no estaba triste, Carmen.

—¿Será capaz de negarlo? Al verle tan abatido, con aquella cara de sufrimiento que tenía, yo también sentí tristeza, pena..., y mandé parar.

—¡Qué buena es usted!

—¿No puedo yo saber la causa de esa tristeza?

—Nadie mejor que usted pudiera y debiera saberla; pero si es cierto que yo estaba algo triste, no quiero negarlo, es por causas que no sé si debo decírselas.

El rostro de Carmen se tiñó de un vivo carmín, y expresó, aunque por brevísimos instantes, una gran alegría.

—Carlos, usted tiene demasiado talento para saber lo que debe decirme...

Aquellas palabras, a las que otro hubiera dado su verdadero sentido, fueron interpretadas por mí de bien distinta manera: yo podía confiarle la causa de mis tristezas, siempre que *esa causa no fuese ella*: de este modo traduje sus palabras.

Carmen, tomando un tono indiferente y retirándose al interior del coche, al ver que yo no le contestaba, exclamó:

—Se hace tarde y voy a continuar el paseo... segura de que nada le pasa... Además, usted está ahí cogiendo frío, mientras yo estoy aquí tan abrigadita. Me voy, pues, pero prométame no quedarse ahí más tiempo, en espera de alguna pulmonía.

—Será usted obedecida: ahora mismo me voy.

—Así le quiero, obediente.

—¿Puede haber mayor placer que obedecerla?

—No; lo que es palabras bonitas no le faltan —dijo Carmen volviendo a acercarse a la ventanilla.

—Ni palabras... ni hechos.

—Se me ocurre una cosa.

—Siendo ocurrencia suya, será algo bellísimo.

—¿Por qué no va usted esta noche a mi casa? Yo estoy algo malucha y no tengo ganas de ir al teatro. Si usted es tan obediente y tan amable, ¿por qué no va y me proporciona el placer de oír música? Precisamente, ayer he comprado unos vales lindísimos para que los toque... ¿Quiere usted complacerme? Estaremos completamente solos.

Yo quedé confuso, anonadado, al oír aquella proposición. ¿Es que Dios se ponía de mi parte al ofrecerme lo que tanto deseaba?

—¿No me contesta?

—Carmen, la respuesta es innecesaria: estoy por completo a su disposición. Me deja usted confundido con tanta amabilidad.

Carmen, sin parar mientes en lo dicho por mí, y con el tono alegre de una chiquilla voluntariosa que ve un deseo satisfecho, agregó:

—Irá usted más temprano que de costumbre, a las nueve... ¿es buena hora?... ¿Sí?... Yo cenaré un poquito antes y... Sí, sí; a las nueve, a la nueve... ¿Quedamos en eso?

Y como yo asintiera a su pregunta, ella, alargándome nuevamente su diminuta mano, añadió:

—Hasta luego; adiós, Carlos... y váyase de aquí enseguidita... ¿sí?

Y alzando la voz para que el cochero la pudiera oír, ordenó:

—Siga usted, Enrique...

Los fogosos caballos arrancaron con brusquedad, arrastrando rápidamente aquel carruaje en el que iba lo que yo quería más en el mundo.

IX

Lo de que yo faltara a comer a mi casa, se repetía ya con demasiada frecuencia, y por eso, antes de mandar el recado, lo pensé un buen rato. Por último me decidí a enviarlo: tal era mi alegría, que seguramente me hubiera sido imposible ocultarla a mi padre, y este habría querido saber la causa. Además, tan embebido estaba en mi próxima visita a Carmen, tan agradable encontraba esta idea, que no quería que nada ni nadie me distrajesse de tal pensamiento.

Digo y repito que me causaba pesar el no ir a comer con mi padre, porque esta falta se repetía ya con mucha frecuencia; y esto, por un lado, y por otro, que él cada vez frecuentaba menos el Círculo, lugar donde antes permanecíamos juntos muchos ratos, y hacía vida más retraída, nos tenía más alejados de lo que teníamos por costumbre. Es verdad que nunca me reprochó tal conducta y que, lejos de hacerlo, siempre le encontraba cariñoso y contento de que yo fuera entrando en la vida, como él decía; pero también es cierto que en alguna ocasión vinieron a mi memoria palabras suyas de cuando se trató de mi viaje al extranjero:

«Quién sabe si al tender el primer vuelo, te olvidarás del nido». Pero la impresión que este recuerdo me causaba pronto se extinguía por la seguridad en que yo estaba de que mis ausencias de casa no eran motivadas por falta de cariño, sino por las circunstancias y accidentes propios de mi vida de hombre.

Mandé, pues, el recado a mi padre, y huyendo del Círculo como del demonio, que era huir de Reina, me metí a cenar en un café.

Si las penas y los disgustos quitan el apetito, yo puedo afirmar que la excesiva alegría no deja atravesar bocado. Confeccionado el *menú*, el camarero sirvió el primer plato, que retiró intacto; con el segundo ocurrió poco más o menos lo mismo. El camarero, algo azorado, me preguntó que si no *estaban buenas* las raciones. «Sí, hombre, sí; riquísimas. ¡Tienen ustedes un cocinero de primera!», le respondí.

Pedí postre, café y una copita de benedictino, que no sirvió para otra cosa que para aumentar la excitación nerviosa que me dominaba. A cada segundo consultaba mi reloj; a las ocho y media salí del café. «Caminando despacio —pensaba— llegaré a las nueve en punto».

No era equivocado mi cálculo, si la práctica hubiera correspondido a la teoría; pero es el caso que, no sé cuál sería mi andar, cuando llegué a la calle de Carmen, las pesadas campanadas de un reloj oficial, cual si quisieran detenerme, me anunciaron las nueve menos cuarto. Dudando de la fidelidad de aquel reloj, que yo consideré desde aquel momento como un mamotreto inútil, miré el mío y sufrí la horrible decepción de ver que aquella era la hora exacta. Renegando de todos los relojes habidos y por haber, desvié mis pasos por una bocacalle para dar un rodeo y hacer tiempo. Las nueve menos dos minutos marcaba mi reloj cuando llamé en casa de mi

adorada deidad. Abriome Luisilla, y me condujo al saloncito, donde me dejó solo, cerrando la puerta al salir.

Mi excitación crecía de punto según se acercaba el momento de ver a Carmen. Me senté en una silla; me levanté para mirar un retrato; me senté de nuevo, de nuevo me levanté para examinarme en el espejo; me acerqué al tapiz que daba paso a las otras habitaciones, con ánimo de levantarlo y contemplarlas; pero mi mano no tuvo fuerza para ello; me volví a sentar; miré el reloj... me puse alegre, me puse triste... tosí... me estiré los puños... sacudí de la solapa de la americana un hilillo que había quedado de la servilleta y, por último, maldije cuarenta y siete mil veces mi memoria y mi estampa, porque no se me había ocurrido llevar una cajita de bombones... ¡Con lo que a ella le gustaban!

Un rumor precipitado de faldas que se acercaban al saloncito, me dejó suspenso, sin atreverme a respirar. Me levanté de mi asiento; al mismo tiempo se abrió la puerta y apareció Carmen.

—¿Ha esperado mucho? ¡No! ¿Verdad? ¡No sabe usted la prisa con que he cenado!...

—Por Dios, Carmen.

—¿Qué? ¿Estamos ya más alegres?

Al mismo tiempo que tal pregunta me hacía, me indicaba que me sentase a su lado.

—Ya... ya se nota —añadió así que hube obedecido—. Ese ya es otro semblante... ¡Dios mío, qué cara tan triste tenía usted esta tarde! ¡Y con el frío que hacía!... ¿A quién se le ocurre ir a sentarse allí? Enteramente parecía usted un cesante cargado de hijos que estaba pensando el modo de suicidarse. ¡Qué pena me dio verle así!... ¡Me entraron unas ganas de llorar!...

—Pero... ¿de veras he sido tan dichoso que haya podido inspirarla esos bellos sentimientos?

—Sí, señor. ¿No quedamos esta tarde en que era usted mi mejor amigo?

—No juegue conmigo, Carmen; no se burle.

—¡Burlarme! ¿Es que no quiere serlo?

—Es que esa felicidad me parece demasiado grande para mí, y por eso, al oírla, creo que se burla...

—¿Tan mala me supone?

—¡Oh! no por cierto. El concepto que tengo formado de usted es el mejor del mundo, el que se tiene de un ángel.

—No tanto, no tanto; podría usted sufrir una gran decepción.

—No lo creo: usted tiene el deber, la obligación, siendo tan bella, de ser la criatura mejor de la tierra.

—No —respondió Carmen con un suspiro—. Aquí donde me ve, en el fondo, soy mala, muy mala...

Cuando me disponía a protestar de tal aseveración, Matilde y Luisa, como la

primera noche que fui con Reina, entraron en el saloncito con el servicio de café. Nuestra conversación, pues, viose interrumpida.

Fuera porque al hallarnos sin testigos se encontrara Carmen con más libertad para hacerme objeto de sus atenciones, fuera porque la mayor confianza que entre nosotros existía la indujese a ello, es lo cierto que, si en aquella primera noche merecí todas sus atenciones, en esta llegaron a un punto tal, que yo dudaba de cuanto veía y me creía transportado a regiones ideales donde un hada cuidaba de mí.

Carmen llegó en su amabilidad hasta el extremo de probar mi café para ver si estaba bastante azucarado. ¿No era esto señal inequívoca de que yo no estaba en la tierra, sino en el mismísimo cielo?

Matilde nos acompañó un rato, durante el cual se habló de todo y de nada. Retirado el servicio de café por Luisa, y reclamada Matilde por ocupaciones ineludibles de la casa, volvimos a quedar solos.

Había yo encendido un cigarro, mejor dicho, no quiero mentir, Carmen era quien, graciosamente, me lo había encendido; yo aspiraba con deleite el rico aroma. Ella miraba cómo se elevaba el humo para desvanecerse en el techo. Permanecíamos callados; uno y otro parecía que dudábamos acerca del punto por donde debiéramos reanudar nuestra interrumpida conversación. De pronto, ella me dijo:

—Cuando termine usted el cigarro, tocará los vales, ¿verdad?

—¿Cuándo termine? ¡Ya he terminado! —dije arrojándolo al cenicero.

—Hermoso sacrificio de fumador —exclamó Carmen contemplando el tabaco casi entero.

—Sacrificarse por usted... ¡Qué dicha!

Carmen, sin contestar, se dirigió al piano y lo abrió; de entre varios papeles que había sobre el mismo, cogió uno y lo puso en el atril. Yo, sentado en la banqueta, leí, en español, el título escrito en francés: «Pienso en ti».

—Qué bonito título, ¿verdad? —dijo Carmen—. «Pienso en ti». Parece que se le dice a una persona amada: «Pienso en ti».

Las palabras de Carmen me produjeron un azoramiento indescriptible. Aquella mujer ejercía sobre mí un dominio abrumador.

Mis manos recorrieron torpemente el teclado, ensayando el vals. Carmen se sentó en la misma silla de la primera noche.

A ningún profesional extrañará que, aun tratándose de un vals, repasara la música antes de decidirme a tocarla, pues si el repentizar no es patrimonio de todos, menos podía serlo mío, que no pasaba de ser un simple aficionado.

Al fin me decidí, y las dulces y majestuosas notas de la primera parte resonaron en el saloncito. Algunos ligeros tropiezos sufrí, no tanto por la dificultad de ejecución como por el estado en que me ponía la lucha que yo sostenía en mi interior. Era necesario, indispensable que aquella noche hiciera saber a Carmen el amor que le tenía... Mas ¿cómo sería recibida por ella la tal declaración? ¿No se enfadaría? ¿No serviría ello para enfriar aquella amistad que nos unía?

Siempre había tenido por cosa de novelistas y poetas lo de *arderle* a uno la cabeza; pero en aquel instante sentía que la mía abrasaba. El corazón, con el terrible trabajo que realizaba, adquiría por momentos la temperatura del rojo vivo, y desprendía llamaradas que, alcanzando al cerebro, lo incendiaban. ¿Y por qué había de ser mal recibida mi pretensión? ¿Era yo acaso un ser inferior a los demás? ¿No se mostraba ella tan dulce, tan bondadosa conmigo? Esto algo significaba. La escena ocurrida aquella tarde en el Hipódromo, pasó rápidamente por mi imaginación.

Los distintos pensamientos que batallaban en mi espíritu produciendo distintas sensaciones, según el grado de esperanza, de temor, que sugerían, se exteriorizaban por medio de la música, que unas veces era lánguida, adormecedora; otras, fuerte, viril, arrogante. Al terminar con un vigoroso acorde, que en el lenguaje de mis ideas quería decir: «Estoy decidido», Carmen, con un ligero estremecimiento que denotaba su excesiva sensibilidad para las dulces emociones, exclamó con velada voz:

—¡Qué bien toca usted, hijo mío!

—¡Si no soy más que un aficionado!

—No sé lo que será usted, pero toca con una expresión, con un sentimiento, con un no sé qué...

—Quizás no sea yo el que toca —repliqué girando con la banqueta hasta quedar frente a Carmen—; tal vez el espíritu de alguien que vive en mí, sea el que inspira esa expresión.

—¿Sí? —contestó Carmen poniendo una de sus manos sobre otra mía.

Al sentir el tibio contacto de aquella mano fina como seda, me pareció que el suelo huía bajo mis pies y que me quedaba suspendido en el vacío; sentí que arrancaban de mí la timidez que me anulaba, y que una voz misteriosa decía en mi oído: «Anda».

—¿Por qué está usted tan cariñosa conmigo, Carmen?

Esta, fijando en mí sus diabólicos ojos, me replicó:

—¿Y usted?, ¿por qué lo está conmigo?

—Porque la quiero con toda mi alma, porque la adoro, porque la idolatro...

Al decir esto, que salió de mi boca disparado, como bala de fusil, cogí ambas manos de Carmen y las cubrí de frenéticos, de ardientes besos.

Ríanse, ríanse cuanto quieran de mi *enorme atrevimiento*; pero estén seguros de que no por menos de un héroe me tuve en aquel momento.

Carmen, presa de gran agitación, levantose rápidamente, y pasando ambas manos por su frente, cual si quisiera arrancar de ella algún pensamiento, exclamó con voz que la emoción hacía temblar:

—¡Qué locura, Dios mío, qué locura! No, no: esto no puede ser, no puede ser... es una locura, una verdadera locura...

Avergonzado de mi atrevimiento, había inclinado la cabeza sobre el pecho. Al oírla me levanté; acerqueme a ella y cogiéndole nuevamente las manos, pregunté:

—¿Se ha enfadado usted?

—¡Oh, no! —me contestó sonriendo tristemente—; pero esto que ha pasado es una locura, una locura que no tiene nombre.

—¿Por qué? ¿Es que no soy digno de su amor?

Carmen, serenando su rostro, me dirigió una mirada indefinible, extraña mezcla de amor, de compasión e ironía, y estrechó con fuerza mis manos.

—¡Qué diría su padre, su padre de usted, tan bueno, tan bondadoso, tan enamorado de su hijo!...

—¿Ama usted a mi padre?

—¿Y quién no le amará oyéndole a usted hablar de él? ¡Qué diría al saber de quién estaba enamorado su hijo!

—No diga usted eso, Carmen; no hable así, se lo ruego.

—No, no, Carlos; no es posible, no puede ser...

—No podrá ser, porque usted no querrá que sea —dije atrayéndola dulcemente hacia mí y rodeando su cintura con un brazo.

Carmen, viendo que mi intención era la de besarla, puso ambas manos en mi pecho y me rechazó suavemente, diciendo:

—No puede ser... porque ese amor sería funesto para los dos.

—¿Pero usted me ama también?

—Sí... pero no... no..., es decir..., no sé... De todos modos, si le amo, yo pondré toda mi energía, mi voluntad, en no amarle.

—¡Qué dice usted!

—Ya es tarde, Carlos; váyase, por Dios se lo suplico...

—No me iré sin saber si soy dueño de su amor.

Carmen hizo un gesto de impaciencia, de desesperación; huía mis caricias y obstinábase en callar.

—Una palabra, una sola palabra...

—¡No!

—Una palabra que haga mi felicidad.

—¡Su desgracia!

—¡Dígame que me ama!

—Carlos... ¡no soy libre!

Al oír a Carmen, quedé como muerto. La *incógnita*, aquella *incógnita* por mí olvidada, caía como una maza de plomo sobre mi cabeza.

Comprendiendo ella el terrible efecto que sus palabras me habían causado, se apresuró a decirme, recobrando su tono cariñoso y su divina sonrisa:

—¡Qué niño es usted, Carlos!... Vamos, vamos, retírese ahora, váyase a casita... y duerma tranquilo.

—Adiós, Carmen.

—Adiós...; pero no con esa cara tan fúnebre...

—Pues dígame que me ama...

—Hoy, no.

—Mañana no podremos hablar.

—Yo voy al Hipódromo todas las tardes... Nada, nada... ¡A callar y a casita! — exclamó llevándome dulcemente hacia la puerta.

Salimos al recibimiento, y ella misma me dio el sombrero y el bastón. Ya junto a la puerta, la abrió y me dijo:

—A casa, ¿eh? ¡Cuidadito con trasnochar!

—¿Usted lo manda?

Tras de un momento de vacilación, me contestó:

—¡Sí!

X

No más de las once de la mañana serían cuando Pablo, con alegres voces, entró a despertarme. Yo, que me había dormido muy tarde, me revolví perezosamente en el lecho, pugnando por abrir los ojos.

—¡Pero, chico!, ¿todavía estás en la cama?

—¡Quita, hombre, quita: qué he de estar en la cama!

—¿Que no estás en la cama?

—No... ¡Ah!..., si tú supieras dónde estoy...

—Pero ¿dónde estás, hombre: acaba de una vez?

—¡¡En el Cielo, en el séptimo...!!

—Bueno; pues haz el favor de bajar un momento a la Tierra, entre otras cosas, para que te pongas en cura.

—No puedo, chico, no puedo: estoy en la mismísima Gloria.

—Sí, sí, ya te he oído antes; pero hazme el favor de descender por unos momentos a este miserable planeta.

Incorporeme en el lecho, apoyándome en un brazo; saqué del cajón de la mesilla de noche la pitillera, ofrecí un cigarro a Pablo y encendí otro.

—Vamos, heme aquí: dime lo que te ocurre, a qué se debe tu presencia a estas horas..., ¡habla!

—Perdona: los que como tú moran en las regiones celestes son siempre, o deben ser, los primeros; dime a qué se debe tu mudanza.

Cortado el enfático diálogo por nuestras alegres risas, conté a mi amigo, sin omitir detalle, y aun empleando en muchos casos las mismas palabras de Carmen, lo que me había pasado el día anterior con ella. Pablo me escuchaba atentamente, observando el calor que yo ponía en mi relato. Cuando hube terminado, le pregunté:

—¿Qué te parece?

Después de un momento de silencio, como si no quisiera aventurar una respuesta dada con ligereza, exclamó:

—Me parece, si he de ser franco, que todo eso terminará muy mal; creo que es una locura...

Al oír la palabrita tantas veces repetida por Carmen el día anterior, salté en la cama como si me hubiera clavado un alfiler.

—¿También a ti te parece una locura?

—Sí. Yo siento no poder decirte cosas más agradables y más en consonancia con tu naciente chifladura; pero no me consideraría buen amigo tuyo, si no te declarara solemnemente que eso es una atrocidad.

—Pero ¿por qué, señor; por qué? ¿No es ella mujer y yo hombre? ¿Pues qué cosa más natural y más lógica que el que un hombre y una mujer se quieran?

—Muy lógica, muy natural, todo lo que quieras; pero... ¿Esa mujer es libre? ¡No!

—Espero que lo será.

—¿Y qué adelantarás con eso? Figúrate que ya lo es: ¿qué harías? ¿Puedes tú sostener ese lujo con que vive?

Algo me mortificó lo dicho por mi amigo, pues no dejaba de comprender que tenía razón; pero no me daba yo a partido tan fácilmente.

—No puedo, seguramente —le repliqué—; pero ya sabrás que el amor hace milagros, y si ella me ama, como dice, seguramente se avendrá a la vida modesta que puedo ofrecerle.

—Muy bien; todo eso está muy bien; pero es el caso que, a juzgar por lo que me has contado, ni te ha dicho que te quiere ni te ha dicho que no.

—¡Hombre!, de lo sucedido se desprende que, aunque se defienda, cosa muy natural, concluirá por confesar sin rodeos que me corresponde.

—Eso es lo que yo dudo.

—¿Puedes dudar de ello siendo así que *me mandó*, fijate bien, *me mandó que no trasnochara y que me viniese a casa*?

—Eso no pasa de ser una coquetería. ¿A qué mujer no le gustará mandar en un hombre?

—Mal juicio formas de ella.

—Al contrario, lo formo mucho mejor de lo que supones.

—No comprendo.

—Me parece que Carmen es una mujer que, si no amor, simpatía por ti sí la siente.

—¡Ah!, ya reconoces algo.

—¡Caramba, haría falta ser tonto para no ver eso! Pero, por lo mismo que veo que siente simpatía, veo también que es una mujer de talento que comprende la locura que representa, tanto para ti como para ella, el formalizar esas relaciones, y que, por lo mismo, procura que esa simpatía no pase a mayores, transformándose en amor.

—Sí que eres listo —repliqué yo, algo molesto por la resistencia de mi amigo a creer que yo era amado por Carmen.

Así debió comprenderlo él, por cuanto, recobrando el tono festivo con que había empezado nuestra conversación, me dijo:

—En fin, chico, tiempo al tiempo. Sea como sea, desde luego te doy la enhorabuena por haber inspirado simpatía o amor, lo que sea, que yo ya sabes que estoy poco versado en esas lides, a una mujer tan hermosa como Carmen.

Aquí debo advertir que Pablo la recordaba de haberla visto trabajar.

¡Y poco que ponderaba entonces su belleza!

—Ahora —continuó diciendo Pablo— me toca a mí, si es que no tienes mucha prisa por reintegrarte a las celestiales regiones de donde inoportunamente te obligué a bajar. Sabrás que pasado mañana nos vamos a México.

—¿Qué dices? —exclamé verdaderamente sorprendido y afectado por la noticia

—. ¿Cómo es posible, así, tan de repente, tomar una determinación como esa? ¿A qué ha sido debida tal resolución...? ¿Cómo no me has hablado antes de ese proyecto...?

—¿Y quién era el guapo que te echaba la vista encima? Por desgracia, ya sabes que dispongo de poco tiempo, y tú, por fortuna, te hallas en el mismo estado: mal podíamos comunicarnos ideas ni sucesos.

—Cuéntame, hombre, cuéntame.

—Poco tiene que contar, chico; y por si acaso es largo, voy a procurar abreviarlo, empleando las menos palabras posibles.

—¿Cuál es la causa de esa determinación?

—La causa de esa determinación es la de que yo estoy viendo que mi padre se va por la posta, y mi madre con él; que yo no quiero quedarme sin mis padres, cuyo único delito en este mundo ha sido el tener un corazón en el que han dado cabida a cuantas lástimas hallaron a su paso; que, por más que busco, no logro encontrar una esperanza, una tabla de salvación: en este país, para empezar, hace falta tener más medios de resistencia que al concluir; y que, por lo tanto, el único camino seguro que he creído encontrar, es el de la emigración, el de la huida a tierras más hospitalarias. De la desdichada quiebra que mi padre tuvo en Bolsa, solo se salvaron unos miles, pocos, de pesetas, con los que hemos ido tirando hasta su total agotamiento, y un solarcillo, allá donde Cristo dio las tres voces, que nadie quiso comprarnos nunca. Hace diez días nos ha salido un comprador, y hace diez días pensé lo que vamos a realizar: irnos a México. Aquí, con ese dinerillo que vamos a coger hoy, tiraríamos un año, dos...; pero ¿y luego? Luego nos encontraríamos lo mismo. Mi padre, desde aquel terrible golpe, no levanta cabeza: la tristeza le aniquila, le mata; mi madre muere de verle morir... y yo estoy decidido a que no haya defunciones en mi casa, chico. Así, pues, al Nuevo Mundo: yo me asfixio aquí, estoy harto del *Consuelo de los Afligidos*, que cada vez me desconsuela y aflige más. A México, pues, en busca de vida y de alegría. Hoy se firma la escritura de venta del solar, y pasado nos embarcamos.

Con honda y verdadera emoción estreché las manos de Pablo, dándole la enhorabuena por su decisión y por la energía con que sabía oponerse a la total ruina de su casa.

Largo rato estuvimos departiendo sobre los proyectos que le animaban. Quise que almorzáramos juntos, bien aquel día, bien al siguiente; pero me aseguró que tal era el cúmulo de cosas que tenía que arreglar hasta el momento de la marcha, que érale absolutamente imposible acceder a mi deseo. Comprendiéndolo así, no insistí. Quedamos en que bajaría a la estación a despedirlos.

Cuando mi amigo se ausentó, aunque algo contrariado por su falta de optimismo acerca de mis amores con Carmen, no dejé de pensar, con pena, en su partida y en las consecuencias que pudiera tener. ¿Saldría adelante aquel honrado y leal muchacho? A cumplirse mis deseos, seguramente que haría fortuna.

Me vestí apresuradamente y fui a visitar a un enfermo. Por suerte, su estado era

de los que permiten recetar el «siga usted con lo mismo»; y digo por suerte, porque no estaba yo en las condiciones más adecuadas para estudiar con calma cualquier cambio importante que se hubiera operado en la marcha de la enfermedad.

Por la tarde, para hacer tiempo, fui al Círculo, sin miedo de encontrar a Reina, porque este no iba nunca hasta el anochecer.

Me metí en la biblioteca y me puse a hojear una revista. Entretenido estaba en aquella ocupación cuando sentí la voz de mi amigo en un salón próximo. Instintivamente pensé en escapar; pero estaba en una ratonera, en un callejón sin salida. La voz de Reina se acercaba cada vez más. Las cosas que yo pude decir para mis adentros, no son para citadas aquí; pero no es difícil suponerse las. Y es el caso que aquel hombre era altamente simpático; mas no sabía hablarme de otra cosa que de su amor por Carmen, y esto lo hacía de un modo que yo no podía resistir.

—¡Caramba! ¡A usted le venía buscando! —dijo al verme—. Pregunté si había usted venido, y me dijeron que estaba por aquí.

—Me buscaba, ¿eh? —repliqué yo, pensando otra serie de atrocidades mucho peores que las anteriores.

—Sí, señor; le buscaba...

—¿Qué le ocurre..., amigo Reina?

—Que acabo de recibir un parte de mi administrador y no tengo más remedio que marcharme esta misma tarde; vengo a decírselo, porque, como esta noche debíamos ir a casa de Carmen, usted hará el obsequio de disculparme, diciéndole el motivo.

—¡Pero, hombre, cuánto lo va a sentir! —respondí, dominando a duras penas mi alegría.

—Qué quiere usted, hijo mío: hasta el tener cuatro cuartos es un inconveniente para poder hacer lo que a uno le da la gana. ¡Vamos, que hacerme ir en mayo a Extremadura...!

En aquel momento entró un criado con una tarjeta para Reina.

—Con su permiso —dijo este rompiendo el sobre y leyendo—. ¡Qué casualidad! —exclamó con regocijo.

—¿Qué?

—Que precisamente me avisa Carmencilla para que no vayamos esta noche: no estará en casa.

Aquella noticia me hizo el efecto de un tiro. Despidiose de mí Reina, lamentándose de que lo menos tendría que permanecer en Extremadura quince o veinte días; luego vendría a Madrid para arreglar algunos asuntillos y enseguida emprendería el veraneo.

Al quedarme solo, bendije a Dios por aquel viaje que mi amigo se veía obligado a realizar, y que me libraba de su compañía por algún tiempo; después dime a pensar en el recado de Carmen; no demostraba aquello mucho amor por su parte; aquella facilidad con que renunciaba a que nos viéramos, señal era, según mi leal saber y entender, de indiferencia y no de cariño... ¡Qué humor el que se me puso!...

A las cinco y media, recordando que a esa hora próximamente había hecho ella su aparición en el paseo el día anterior, y teniendo presente que, según me había dicho, iba todos los días, ya estaba yo en el aguaducho, en el mismo velador.

Cuantos carruajes veía avanzar por el paseo, con ruedas amarillas, causábanme hondo sobresalto. Los juicios que la conducta de Carmen me sugería producíanme profundo pesar.

A las seis en punto distinguí el carruaje. Pasó por el lado opuesto del paseo, y dando la vuelta por detrás de la estatua de Isabel la Católica, vino a parar frente a mí.

El rostro de Carmen expresaba radiante alegría.

—¿Qué? ¿Estamos ya más razonables? —me preguntó al mismo tiempo que nuestras manos se estrechaban suavemente.

—¿Razonable? ¡Nunca he dejado de serlo!

—Sí. Ayer no lo era usted... Esta tarde tengo que dejarle enseguida...

—¿Tiene usted que hacer?

—Tengo que... pasear.

Instantáneamente recordé la tarde de la chocolatería, y mi semblante debió reflejar con toda claridad mis penosas ideas.

—¿Ya?, ¿ya fruncimos el ceño? —me dijo Carmen con su más delicioso acento.

—No, no... —repliqué yo *poniéndome digno*—; yo no tengo derecho para nada, puesto que mi demanda de anoche quedó sin respuesta, sin una respuesta categórica y concluyente.

—¿Usted lo piensa así?

—¡Y usted también! Y si no, hay un medio muy fácil de convencerse: repita la contestación que me dio.

—¿Y qué contestación es la que tengo que repetir? —replicó Carmen entre alegres risas—. ¿Qué pregunta es la que yo tengo que contestar? ¡Ninguna!... No, no ponga usted esa cara de loco. Usted me dijo muchas cosas, de las que, seguramente, está ya arrepentido; pero no me preguntó nada... ¡nada!... Sí... sí... nada... No, no me pregunte ahora, porque no puedo detenerme ni un minuto más... ¡ni un minuto! ¡Ah! se me olvidaba: sepa que le he mandado una tarjeta a Reina para que no vayan ustedes esta noche...

—¡Que no vayan ustedes! —repetí yo con el mismo enfado de un chico a quien niegan un juguete, y recalando mis palabras.

—¡Que no vayan... que no vayan!... —repetió Carmen, como si no comprendiera el porqué de recalcar yo estas palabras—. Pero ¡claro!: que no vayan ustedes: tengo que salir esta noche.

—Y usted me priva del placer de verla, así, con esa tranquilidad, con esa indiferencia.

—Quizá lo sienta yo más...

—Carmen, ¿qué dice usted?...

—Nada, nada: cosas que no debía decir, porque es usted una verdadera criatura,

un niño chiquitín...

—Niño me llama, porque quiero verla, porque no puedo vivir sin su presencia...

—¿No está usted viéndome ahora?

—¡Bah!... Unos minutos, unos segundos...

—¿No es bastante?

—No. Yo estaba hecho a la idea de que esta noche nos veríamos, y veo destruidas todas mis ilusiones por un pedacillo de cartón que fría y despiadadamente dice: «No vayan ustedes esta noche».

—¿Siente usted mucho no verme? ¿Mucho... mucho?

—Será para mí una noche horrible. Dónde va usted, dígame dónde va, sepa yo, al menos, el lugar donde se hallará esta noche la mujer que me hizo su esclavo...

Carmen, con la vista fija en el fondo del coche, callaba, escuchando mis apasionadas frases; después, alzando lentamente la vista hacia mí, me dijo con voz reposada:

—¿Me promete usted ser formal?

—¡Lo prometo!

—¿Me promete hacer lo que yo le mande?

—¡Lo que usted quiera!

Calló nuevamente Carmen, como si aún dudara en su resolución, y luego dijo:

—Vaya usted esta noche al teatro de la Comedia; yo estaré en un palco; en el primer entreacto puede subir a verme; pero me ha de ofrecer solemnemente que durante los otros intermedios no se ocupará de mí para nada.

—Prometido; doy mi palabra de honor. Gracias, Carmen, gracias...

Al ver mi infantil alegría, sonrió tristemente; me alargó la mano y nos despedimos.

Aquel pequeño triunfo obtenido me hizo enloquecer de contento y borró de mi mente toda otra idea que no fuera la de que me había dado una cita.

Subí en el tranvía y me dirigí hacia el centro de Madrid, con ánimo de acercarme a la Comedia y tomar una butaca.

Así lo hice, pidiéndola de las últimas filas para poder dominar bien el teatro; de este modo podría verla a mis anchas durante la representación, ya que solo en el primer entreacto, seríame permitido subir a verla. ¿Por qué la prohibición para el resto de la noche? ¿Por qué aquella limitación de tiempo? Mi alegría era demasiado grande para que tales ideas pudieran ensombrecerla. ¿Podía quejarme cuando me había dado una cita? Pedir más, sería pedir gollerías y mostrarse demasiado exigente... ¡El tiempo lo allanaría todo!

XI

Era el 14 de mayo, víspera de San Isidro. En el teatro de la Comedia actuaba por aquella época, cultivando, aunque sin fruto, la opereta, una compañía francesa. El público permanecía retraído, no sabemos si por el género, o por la compañía misma, que, dicho sea con franqueza, no era de lo mejorcito.

En el elemento femenino de dicha compañía figuraba Mme. Andrée, célebre desde el día del *début* por la exhibición un tanto exagerada que hizo de sus *protuberancias pectorales*, en la obra *Le jour et la nuit*; exhibición que, en el segundo acto, tuvo que velar un poquito, para no ofender las castas miradas del público. La Wan Daclen y Mary Albert completaban el cuadro.

La obra que se representaba en la noche del mencionado 14 de mayo, era *Gilet de Narbone*.

No es difícil suponer que tanto la obra como la compañía me preocupaban poquísimo, y que solo la idea de ver a Carmen era lo que me absorbía al entrar en el teatro, donde, dicho sea de paso, el público era poco numeroso. Este detalle, que a la empresa le molestaría bastante, a mí me causó una gran satisfacción: me disgustaba hasta que mirasen a Carmen, y, claro está, que cuanto menos gente hubiera en el teatro, menos serían a mirarla.

El tiempo se mantenía desapacible; al día siguiente, los vendedores, en San Isidro, renegaban del patrón de Madrid, que les mandaba el agua a cántaros.

¿Cuál sería el palco de Carmen? Olvido mío fue no preguntárselo por la tarde; pero ello se sabría pronto y no había por qué lamentar la omisión.

La función empezó; ocupé mi butaca; ella no había hecho su aparición todavía... Al pronto me sobresalté. ¿Me habría engañado? ¿Se habría puesto mala? En tales maquinaciones se hallaba empeñado mi pensamiento, cuando, a la mitad del acto, apareció Carmen, con su hermana, en un palco proscenio, entresuelo.

Su arrogante figura, su belleza asombrosa, realzada por su elegante vestido de crespón de seda negro, llamó la atención general, y cuantos gemelos había en el teatro se enfilaron para admirar tan deslumbrante belleza.

Sentose de espaldas al escenario, quedando frente a mí; poco tardó en verme.

Un ligero carmín cubrió su rostro; sonrió de una manera imperceptible, para saludarme, y paseó, después, la mirada por la sala; en seguida volvióse ligeramente hacia el escenario y quedó atenta a la representación.

Jamás me pareció una obra más larga y pesada que aquella que representaban. Concluyó el acto y, como un rayo, salí del patio de butacas para subir al palco.

Cuando llegué, la puerta se entreabrió muy despacito: Carmen era quien la abría, y quien la volvió a cerrar tras de mí, con la misma precaución.

Después de un mudo saludo, en el que nuestras manos se estrecharon con efusión,

nos sentamos en la banqueta del antepalco; las cortinas estaban echadas; Matilde permanecía en el palco.

Sentada a mi lado, muy cerca, dejándome sentir su aliento, Carmen me preguntó:

—¿Quiere usted decirme qué es lo que sucede en este primer acto?

—¿Lo que sucede en este primer acto? ¡Yo qué sé lo que sucede, ni a mí qué me importa! —repliqué con el tono propio de la extrañeza que tal pregunta me causaba.

—Pues debía haberle importado mucho, y espero que remediará la falta en los sucesivos.

—¿Por qué?

—Porque así no tendrá los ojos fijos, sin apartarlos ni un momento de donde no debe...

—¿Cómo iba a mirar al escenario estando usted aquí? Y, otra cosa: ¿cómo se ha enterado usted de que yo la miraba? ¿No estaba usted tan atenta a la representación?

—Ahí tiene usted cómo se puede hacer una cosa, aparentando, ante los demás, que se hace otra.

—Luego, si yo la miraba, usted me miraba también; yo era tan feliz que merecía su atención... y tan bruto que no me daba cuenta de ello... ¡Ah, Carmen!, es usted una mujer divina, incomparable.

—Un poco menos.

—No: un poco más. Grande ha sido mi torpeza al no darme cuenta de sus miradas; pero esa torpeza es disculpable: solo el devoto que en amoroso éxtasis adora a una imagen, puede compararse a mí por el arrobamiento con que la contemplaba a usted: ese mismo embelesamiento me impedía ver.

—Pues hay que tener cuidado con los éxtasis, porque, a veces, suelen tener finales muy desagradables... ¿A qué llamar la atención sobre mí?

—Es verdad, tiene usted razón. Pero prescindamos ya de mi falta y atengámonos a las dulcísimas deducciones que de lo pasado se ocurren.

—¿Deducciones? ¡Que alguien se haya enterado de lo que yo no quisiera!

—Cierto: y ese alguien he sido yo.

—¿Usted?

—Sí, yo. Usted ha observado que yo no dejaba de mirarla, luego usted me miraba a mí; cuando me miraba es señal de que prescindía de la representación, como yo; si no se ocupaba de lo que representaban, por mí, es señal indudable de que me ama... y si me ama, ¿por qué ocultármelo? Carmen, no me niegue la vida que desde que la conozco me falta...

—Más bajo, criatura, más bajo... Lo que usted pide es un imposible, una locura...

—Imposible... ¡nada hay imposible!; locura, no creo que sea locura querer coger la felicidad cuando pasa al alcance de nuestras manos.

—Yo no sería la felicidad; sería la desgracia. Créame, Carlos, le estoy hablando como yo no acostumbro a hacerlo; le doy la mayor prueba de cariño que podría usted

pedirme, hablándole como una hermana. Sea usted bueno, sobrepóngase a esa pasión, que en mal hora le inspiré, y olvídeme, renuncie a verme, renunciemos, si es preciso.

Cual si en aquellas palabras viera yo el conjuro para que desconocidos genios me arrancaran de su lado, me acerqué más a ella y cogí sus manos entre las mías con apasionamiento.

—¡Renunciar a verla!...

—¡Más bajo, Carlos; por Dios, más bajo!

—¡Preciso es que no tenga usted corazón, para proponerme que renuncie a verla!

Carmen, moviendo la cabeza a uno y otro lado, me contestó con voz apenas perceptible:

—¡Ojalá no lo tuviera!... Porque lo tengo, se lo ruego.

—Pero entonces... ¡por Dios, no me vuelva usted loco!... entonces, ¿usted me ama?

—¿Se empeña en que se lo diga?

—¡Lo ruego!

—Pues bien, sí: le amo a usted, Carlos...

Con impulso febril, con arrebatada demencia cubrí de silenciosos besos las manos de Carmen.

—Pero pondré toda mi energía, pondré toda mi voluntad en arrancar ese amor de mi corazón...

—¡Qué importa!... Lucharemos si es preciso, y venceré.

—No: venceré yo. Su corazón es demasiado bueno, demasiado noble para vencer en esa lucha; yo, ya se lo he dicho en otra ocasión, en el fondo soy mala y venceré. ¿Que me costará sufrir mucho? ¡Lo mismo da! Desde muy jovencilla traté amistad con ese señor tan desagradable y antipático.

—¿Ha sufrido usted mucho?

—¡Mucho!

Acerqueme a ella hasta que nuestros cuerpos se juntaron y con un brazo ceñí su cintura. Carmen no opuso resistencia.

—Si ha sufrido usted mucho, déjeme que yo procure hacerla feliz.

—¿Da usted por hecho que ahora no lo soy?

—Lo afirmo.

—¿Y cómo haría usted mi felicidad?

—Seamos el uno para el otro.

Carmen sonrió bondadosamente; su sonrisa parecía la de una madre que escucha complacida una tontería de su hijo.

—¡Qué fácilmente se dice eso!

—¡Y se hace!

—¿Sí? Dígame... dígame cómo...

Aquella pregunta me dejó, al pronto, algo desconcertado; pero rehícame al momento y respondí:

—Cierto que yo no soy rico; pero tengo una carrera...

—Una carrera que, con el tiempo, le hará ganar mucho dinero; pero que por el momento...

—Es usted muy cruel, Carmen; busca usted las dificultades con verdadera saña.

—Las busco con verdadero amor. Si yo no le amara, no pensaría en ciertas cosas; buscaría la satisfacción de mi deseo y me tendría sin cuidado que usted se entrapara, que arruinara a su padre, a ese padre ejemplar, del que usted habla con verdadera idolatría. Tenga presente que, aun queriéndome reducir a la vida más modesta, en justo sacrificio a este amor, en mal hora nacido, el arruinarle sería para mí cosa de un par de meses. Vuelvo a repetirle que soy mala... aunque no tengo la culpa de serlo.

Carmen suspiró tristemente; después añadió:

—¿No se ha convencido usted todavía?

—No; me he convencido únicamente de una cosa: la amo... y soy amado.

—Sí, sí... ¡buena la hemos hecho! Pero no; yo arreglaré este asunto... y usted me ayudará. Seamos buenos amigos, amigos íntimos, entrañables... y conformémonos con eso.

Los timbres sonaron por primera vez para el segundo acto. Sentimos a Matilde que en voz baja decía:

—Carmen... que va a empezar.

—Ya voy... ya voy —respondió esta—. Váyase usted —me dijo, desprendiéndose de mis brazos y poniéndose en pie.

Admirado quedé al contemplar la soberbia figura de aquella mujer, que, iluminada por la débil luz que penetraba en el antepalco, parecía una figura de ensueño.

—Vamos... —me dijo con cariñosa impaciencia.

Puesta en pie, la estreché nuevamente entre mis brazos.

—Por Dios, Carlos, un poquito de formalidad...

No era muy acertada, que digamos, la elección del momento en que tal virtud se me pedía. El reducido espacio del antepalco hallábase saturado del sutil y delicado perfume que Carmen usaba, y cuyo aroma, para mí desconocido, iba produciéndome una excitación creciente. Los rojos labios de Carmen brillaban ante mí al ser heridos por la luz; el deseo de poseer aquella fresca boca, surgió en mí de una manera avasalladora, tiránica, sembrando en mis sentidos la anarquía más espantosa, al igual que mujer hermosa siembra la discordia entre amigos entrañables. Nervioso, bruscamente oprimí el delicado cuerpo de Carmen contra el mío, y, acercando mi rostro al suyo, con voz apagada y trémula formulé una petición, una súplica.

—¿Qué? —dijo ella con curiosidad, acercando más su rostro al mío, para oír mejor.

—¡Que me des un beso! —repetí yo, sintiendo en mi garganta un nudo que me impedía hablar.

—¿Que me des?...

—Sí: que me des un beso —repetí, ya con más arrestos.

—¡Ay, Dios mío!... Ese tú... ese tú...

—Ese tú es necesario: yo no puedo pedirte un beso de otra manera.

—Pero ese tú es un peligro más, es un imposible... tan pronto...

—El tú será solo entre nosotros... ¡Dame un beso!

—Bonito modo de tener formalidad...

La voz de Matilde se dejó oír de nuevo, esta vez más apremiante.

Carmen vaciló un segundo; después, clavando sus ojos en mí, echó graciosamente su linda cabecita hacia atrás y, con un delicioso mohín, me ofreció sus húmedos labios, su boca sonrosada.

Un beso, largo y silencioso, nos unió en inefable éxtasis amoroso; después, Carmen, con un suspiro ahogado, y acariciando con ambas manos mi rostro, exclamó con voz que parecía un gemido:

—Vete, Carlos...

Cuando volví a sentarme en la butaca, aún no había salido al palco. A poco de empezar el acto, la vi aparecer con el rostro algo encendido; miró hacia mi sitio y se sentó dando frente al escenario y quedando de espaldas a mí. Ni una sola vez volvió la cabeza durante todo el acto; mi vista no se apartaba de la que, inocentemente, ya consideraba como mía.

Al terminar el acto, las dos hermanas permanecieron en su sitio. Inútilmente esperé que volviese la cabeza. De pronto, me pareció que las cortinas del palco se movían ligeramente; no me equivoqué: Carmen y Matilde volvieron rápidamente la cabeza y, levantándose, entraron en el antepalco. A los pocos momentos vi salir a Matilde, que se puso a leer un periódico ilustrado. Sentí una desazón, una inquietud que dio al traste con mi loca alegría. ¿Quién habría podido entrar en el palco? ¿Sería alguno de los habituales contertulios de Carmen? No; no podía ser ninguno: ni una ni otra hermana se hubiesen molestado en salir a su encuentro; quienquiera que fuese, hubiera entrado sin misterios de ninguna clase.

Una idea cruzó por mi pensamiento, como una centella por el espacio: la *incógnita*... ¿Quién podía ser sino la *incógnita*? Aquella rapidez en salir al antepalco, aquella solícita atención, ¿qué otro podía merecerla? Así pensando, me olvidaba de que, momentos antes, yo había merecido igual distinción. La *incógnita*, la *incógnita*; ella era, allí estaba, detrás de aquellas cortinas se ocultaba... Pero esto era también muy dudoso: Reina me había dicho que la tal *incógnita* estaba por resolver... ¿Por resolver?... Si en todas las ocasiones estaba tan oculta como en aquella, poco iba yo a tardar en destruir el misterio, en hacer la luz en las tinieblas. Al ir a levantarme de la butaca para ponerme en acecho, Carmen reapareció en el palco. Cual si conociera mis intenciones, fijó en mí su mirada fría, cruel, imperativa, que me prohibía levantarme de la butaca; bajo el influjo de aquella mirada, de aquella orden inapelable, permanecí clavado en mi asiento. Satisfecha de mi sumisión, sonrió, cambiando el frío aspecto

de su semblante en otro más dulce y apacible, y se sentó junto a su hermana.

Terminó la representación. Salí del teatro y me situé a respetable distancia de la puerta. Al poco rato pasó ante mí el carruaje que conducía a las dos hermanas; Carmen, acercando su cara al vidrio, me saludó con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

Algo preocupado con lo que había pasado en el teatro, me encaminé hacia mi casa; pero, poco a poco, esta sombra fue desvaneciéndose en mi cerebro, para dar lugar a la resplandeciente imagen de Carmen.

Sintiendo sus manos en mis mejillas y su boca en la mía, me quedé dormido.

XII

Transcurrían los primeros días de junio. El tiempo, dando uno de esos cambios tan bruscos que en Madrid acostumbra, había pasado de un frío intenso a un calor asfixiante. La gente empezaba a huir hacia el Norte. La poca clientela que yo tenía era de la clase acomodada, así es que me quedé casi sin un enfermo, con no poca satisfacción mía, que de este modo pude entregarme a mis anchas a la única ocupación que me era agradable: ver a Carmen y pensar en ella cuando no la veía. Pablo se había marchado hacía ya más de quince días. Al principio me acordé mucho de él; pero después, el nuevo afecto que llenaba mi corazón, me hizo olvidarle. Esta ingratitud pronto tuvo su pago: recibí una carta, en la que me daba cuenta de su llegada y en la que se mostraba muy esperanzado en el porvenir: no he vuelto a saber más de él. ¿Vive o ha muerto? ¡No lo sé! ¿Venció en la lucha o sucumbió en ella? Noble y excelente muchacho, franco y leal amigo, si vives y este libro llega a tus manos, con él te llegará también un cariñoso abrazo de tu condiscípulo Carlos, que, si por aquellos tiempos, pudo olvidarte, los desengaños le han hecho ver lo que vale un corazón como el tuyo y una amistad tan verdadera y desinteresada como la que nos unió en nuestra juventud.

El idilio que tuviera su principio en el palco de la Comedia, continuaba sin interrupción. Únicamente, en aquellos días, empecé a notar algunos cambios en el carácter de Carmen. Aparecía unas veces fría e indiferente; otras, como si se arrepintiera de tan cruel actitud, volvía más cariñosa y apasionada que nunca. Si en su primer estado me hacía sufrir mucho, la felicidad que me proporcionaba en el segundo era incomparable. Sin embargo, aquellos cambios tan grandes no dejaban de hacer mella en mí: yo no comprendía que se pudiera querer un día sí y otro no.

No obstante, Carmen buscaba todas las ocasiones en que pudiéramos vernos, y, por regla general, fuerza es decirlo, mostrábase enamorada de mí.

Los contertulios, unos con dinero propio, otros, como el músico, con dinero prestado, habíanse ya ausentado de Madrid. Esto facilitaba nuestros deseos. Como el calor apretaba, Carmen salía tarde, y casi siempre permanecíamos juntos hasta la hora del paseo. Algunas noches, con pretexto del calor, ella y su hermana salían en el coche a pasear, y yo me agregaba a ellas en algún punto lejano de la población; el camino del Pardo era nuestro paseo favorito. Las noches que no salía, permanecíamos en el saloncito y la música alternaba con nuestras dulces pláticas. Al manifestarle yo mi extrañeza por su permanencia en Madrid, evitaba las contestaciones categóricas y se limitaba a decir que ningún año se daba prisa en empezar el veraneo.

Una de esas noches, al llegar a la hora acostumbrada, me chocó mucho que Luisa, en vez de llevarme al saloncito, como siempre, me hizo seguir por el pasillo de la derecha hasta una sala ricamente amueblada. Nada dije, y procurando ocultar mi

disgusto por aquella alteración de costumbres, esperé.

A los pocos momentos sentí a Carmen correr por el pasillo y la vi entrar más alegre que nunca en la sala.

Salí a su encuentro; echome los brazos al cuello y me colmó de besos.

No pude, contra mi propósito, por menos de preguntar la causa de aquel cambio de lugar. Tan habituado estaba al saloncito, que en aquella sala me parecía hallarme en casa distinta, y hasta Carmen me parecía otra mujer menos mía...

—Nada... no es por nada... Es que hoy han estado arreglando mis habitaciones... y... pues... por eso... ¡Qué tonto! ¿Qué más da allí que aquí? Es conveniente cambiar de decoración... Ven, ven; siéntate aquí, a mi lado, y cuéntame cosas; dime algo, háblame... me gusta mucho oírte hablar...

—Estás muy alegre esta noche, Carmen.

—¿Sí? Pues no sé... Estoy algo nerviosa, me duele la cabeza un poquito... Esta noche te irás más prontito, para ver si acostándome me alivio.

—Me iré cuando quieras, cuando mandes, como siempre —repliqué observando que, efectivamente, Carmen estaba nerviosa, inquieta, intranquila...

—¿Qué tienes? Te has quedado tan serio... así, de pronto.

—No, no tengo nada —repliqué esforzándome por sonreír y disimular la honda tristeza que la actitud de Carmen me causaba.

—¡Ah!... Creí que ya te habías puesto tan tristón como otras veces.

—Ya sabes que cuando me pongo así es porque me parece verte en camino de realizar tu promesa de terminar nuestros amores.

Carmen, cogiendo una de mis manos, la acarició con ternura.

—He ahí una cosa en la que yo no pensaba y que tú me has recordado.

—Otras veces piensas en ella sin necesidad de que yo te la recuerde... ¡Aún no te has dado por vencida!...

Hubo un prolongado silencio entre ambos; ella seguía acariciando mi mano.

—¿Tú no has amado nunca? —pregunté, poniendo fin a tan enojoso silencio.

Carmen se quedó mirándome, y luego se echó a reír.

—¡Qué preguntas tienes, hombre!

—No veo que la pregunta tenga nada de particular. Ten presente que no te pregunto si has tenido novios: te pregunto que si has amado alguna vez.

—¿No te amo a ti?

—Antes.

—¿Antes?

—¡Sí!

Carmen inclinó la cabeza sobre el pecho, y de nuevo acarició mi mano.

—¿Y para qué quieres saber eso? —me preguntó de pronto con gran interés—. ¿Por qué se te ocurre ahora tal pregunta?

—Porque tu corazón aún es un misterio para mí. Te conozco en el presente, pero no en el pasado; y si, como dices, has sufrido mucho, yo quiero conocer tus tristezas

para participar de ellas... ¿No me juzgas digno de saberlas?

—Sí, Carlos; tú eres bueno y sabrás apreciar ciertas cosas de las que Reina, por ejemplo, se ríe, diciendo que eso no es para ponerse triste, ni mucho menos; que así es la vida y que eso le sucede a cualquiera.

—No me hables de Reina, no me hables de nadie; háblame de nosotros, de ti...

—Pues sí; voy a contártelo; vas a conocer las amarguras que dieron lugar a que yo llegara a ser una célebre bailarina...

Carmen hizo una pequeña pausa y después empezó así su relato:

—Tenía yo quince años; según decían, era muy bonita... Esto no está bien que yo lo diga.

—Lo diré yo, y así quedas en buen lugar.

—Bueno, cállate.

»Vivía con mis padres y mi hermana Matilde en un piso que nos costaba cinco duros. Mi padre era empleado con dos mil pesetas en Gobernación. Tenía, y seguirá teniendo —hace años que no le veo— un carácter tan apocado, tan tímido, que resultaba, como suele decirse, un hombre inútil.

»No debiera hablar de mi padre de esta manera; pero es necesario para la fidelidad de mi historia... que, después de todo, es la historia de muchas mujeres.

—Sigue, sigue, y déjate de comentarios.

—¿Te interesa?

—Sí, mujer, sí; sigue.

—Digo, pues, que era un hombre inútil; pero tan bueno y tan honrado, que habrá quien le iguale, mas no quien le supere. Todos sus amores estaban puestos en mi madre y en nosotras; el mundo, para él, estaba reducido a un piso de cinco duros; su único vicio consistía en querernos con idolatría.

»Mi madre, sin ser una de esas mujeres que *se ponen los pantalones*, que mujer más respetuosa para su marido no nació, era la que llevaba el *peso* de la casa y la que en los momentos de apuro discurría el modo honroso de salir adelante. Estos momentos de apuro, como comprenderás, eran muy frecuentes, dado el poco sueldo de mi padre. Como quiera que por parte de este no era posible esperar que la familia entrara en un mayor grado de prosperidad, mi madre nos puso en un taller de sombreros a mi hermana y a mí. Con los jornales que ganáramos al llegar a oficialas, la casa podría marchar con mayor desahogo, y mi madre se las prometía muy felices...

»Cuando te canses, me avisas y paro.

—Sigue, sigue...

—Matilde era la que más despuntaba en el oficio sombreril, y pronto la pusieron jornal, aunque pequeño.

—Tú salías más torpe...

—No solo era torpe, es que, además, yo sacaba otras aficiones. En el principal de mi casa había una academia de baile... y cuando sentía que daban lección me

bailaban las piernas... Pero vuelvo a los sombreros. Yo me afanaba por imitar a mi hermana... y ¡nada, chico!, no era posible; mis sombreros, no es que salieran mal, es que no tenían el *chic*, la elegancia que Matilde daba a los suyos. ¿Viste el que yo llevaba ayer por la tarde?

—Elegantísimo.

—Pues está hecho por ella. En la tienda me hubiera costado un dineral y no habría estado tan a mi gusto.

—Ignoraba esa habilidad de Matilde.

—Tú qué sabes lo que es mi hermana haciendo sombreros, hijo mío; se queda sola.

Reímos ambos del tono con que Carmen pronunció aquellas palabras, y luego continuó:

—Con el jornal de mi hermana —a mí no me lo habían puesto todavía—, mi madre encontró algún respiro. Todos sentíamos una alegría desconocida, ante aquel relativo bienestar; mas, hete aquí que un señor ministro de aquellos que de una plumada daban al traste con la tranquilidad de una familia, fue y ¡zás! nos partió por el eje dejando a mi pobre padre cesante.

»Allí quisiera que hubieras visto a mi madre. Lo mismo que un general toma sus disposiciones en el campo de batalla, ¿sabes?, así empezó ella a tomar las suyas, tranquila, serena, sin llantos ni aspavientos, con un valor a toda prueba: “Tú, Carmencita, a ver si te aplicas, hija mía, para que te pongan jornal... que ya ves lo que nos pasa; tú, Matilde, dile a la maestra que tenga la bondad de adelantarte el importe de esta semana; tú —decía a mi padre—, esta tarde te vas a casa de Fulano y le dices que haga lo que pueda para que te repongan”. Todos obedecíamos sin rechistar: yo me aplicaba cuanto podía; Matilde lograba el adelanto deseado, y mi padre, que al oír que tenía que ir a ver a Fulano, sudaba tinta, sobreponíase a su apocamiento e iba a ver al citado individuo, aunque deseando, para sus adentros, no encontrarle en casa... ¡Qué días!... Algunas noches que todos veíamos *eso* de cenar como una cosa muy problemática, nuestra sorpresa no tenía límites al ver que, a la hora acostumbrada, se sacaba la cena a la mesa. Mirábamos a mi madre, que, como si nada ocurriera, nos hacía plato, y bajábamos, avergonzados, los ojos. ¡Cuántas veces mezclamos la comida con lágrimas!

Calló Carmen algunos instantes; su mirada, tranquila, serena, se fijó en un punto de la sala: allí había un gran retrato de mujer, muy parecida a Carmen.

—Los días transcurrían de una manera penosísima para todos —continuó la narradora—. Yo conseguí ¡por fin! que me señalaran jornal; mi madre buscó costura en una tienda y cosía en casa; por la noche la ayudábamos nosotras; mi padre seguía sudando tinta para ir a ver a Fulano y a Zutano, sin resultado, y la casa, aunque mal, iba tirando con lo que ganábamos las tres, gracias al talento, a la entereza, al valor heroico de mi madre, de aquella que ves en aquel retrato —me dijo señalando el anteriormente citado.

»Y ahora llegamos a lo que tú quieres saber. A los pocos días de ir al taller, me salió un novio. Era un empleado en una casa de banca; tenía un buen sueldo... y era muy simpático y agradable. Aunque nuestra situación no fuese para pensar en amoríos, acepté las relaciones; el corazón no repara en ciertas *pequeñeces*. “Ya ves tú —le decía yo a mi hermana—: figúrate que me casara...”. “Sí, sí: contigo se va a casar... en cuanto sepa el estado en que está nuestra casa” me respondía ella. El caso es que empezamos las relaciones y que si él, al parecer, me quería mucho, yo llegué a quererle mucho más.

Al oír esto, no pude evitar un gesto de disgusto. Notolo ella y me dijo con graciosa coquetería:

—Calla, tontín, si eso era entonces.

—Ya, ya... ¡claro que era entonces!

—¿Para qué quieres que te cuente estas cosas?

—Sigue, Carmen, y no omitas detalle alguno.

—Bueno. En estas estábamos, cuando Dios se dignó enviarnos el golpe de gracia: mi madre, mi pobre madre, agotadas ya las energías, empezó a padecer ataques al corazón; y ataque va, ataque viene, al fin se nos quedó en uno...

»¿Tú ves qué historia más divertida?

—Adelante.

—Pues allí tenías que haber visto lo bueno. ¡Qué lío en aquella casa, qué desconcierto, qué perder la cabeza todo el mundo...!, ¡y no encontrarla nadie! Mi hermana, que en el carácter es el retrato de mi padre, no veía salida ninguna para resolver aquella catástrofe; mi padre quedó tan aplanado, tan inútil, que aquello no era un hombre, era un espectro. Me hallé sola para resolver las infinitas desdichas que se nos vinieron encima: pagar el entierro de mi madre, pagar al médico y hacer frente, en resumen, a los muchos gastos que, como tú comprenderás, se ocurren en estos momentos... Y ¿qué hacer? Yo, que en el carácter decidido salía a mi madre, sin reflexionar mucho... ¡ni había tiempo para ello!... tomé una resolución... que dio las debidas consecuencias: le conté a mi novio lo que nos sucedía y le pedí prestada una cantidad. Pedirle el dinero y tenerlo en la mano, todo fue uno. Aquel rasgo aumentó mi cariño por él de una manera que no te puedes figurar; para mí aquel hombre no era un hombre, era Dios en persona. No solamente me dio el dinero, sino que me rogó que no me apurara, que él me daría todo lo que necesitara y que no tenía que pensar en devolvérselo, puesto que pronto nos casaríamos.

»Salimos, pues, del atolladero, sin que mi padre preguntara cómo se había obrado el milagro. No pienses mal del infeliz: lo mismo hacía con mi madre... y mi madre nunca tuvo que reprocharse nada; tan honrado es, que nunca piensa que los que le rodean puedan acudir a procedimientos vergonzosos. Matilde sí me preguntó; pero a esta siempre le tapaba la boca diciéndole: “Cállate, chica; para explicaciones estoy yo ahora”. Poco a poco, al lado de aquellos caracteres tan débiles, fui tomando el puesto de mi madre, y a poco, yo era la mandona en la casa. Ya ves: una mandona de quince

años o poco más. Mi hermana siguió en el obrador; pero yo, convencida de que en la vida saldría un sombrero regular de mis manos, decidí quedarme en casa y plantear la cuestión de la boda a mi novio. Este, que ya me llevaba dado bastante dinero, no opuso reparos, pero me pidió una prueba... definitiva, de mi amor... ¡Y hay que ver las pruebas que necesitáis los hombres para convencerlos del amor de las mujeres!

»Dudé mucho en acceder, mas, creyendo ciegamente en su promesa, y sintiéndome impulsada por mi amor, consentí... y dejé de ser lo que era, para convertirme en una pecadora.

»Quiero hacerte gracia de los detalles de esta parte de mi historia; solo te diré que aquello terminó con el más grosero de los insultos: mi amante, cuando exigí el cumplimiento de su palabra, se echó a reír y me contestó que si no era bastante lo que había hecho por mí hasta entonces, sacándome de apuros.

—¡Qué canalla!

—No sé si fue eso precisamente lo que yo le llamé; pero sí puedo decirte que aquel insulto me hizo el efecto de un latigazo que me cruzase la cara; que la niña se convirtió en leona... y que aún me río al recordar la cara de susto que aquel infame ponía al oír las cosas que le dije.

—¡Buen caso haría él de todo ello!

—Pues mira: muy hondo debieron llegarle mis palabras, por cuanto, a los tres o cuatro días, me escribió pidiendo que le perdonase, y asegurándome que no deseaba otra cosa que reparar mi honra, casándose conmigo.

—¿Y tú?...

—Yo le contesté que si mi perdida honra no se había de encontrar de otra manera, la daba por perdida para siempre. Aquel desaguisado convirtió a la niña en mujer, y como tal pensé en lo sucesivo. El maldito dinero, que tantos desastres había causado en nuestro hogar, al mismo tiempo que me repugnaba, empezó a ejercer sobre mí una atracción irresistible, y me decidí a tenerlo. Me presenté en la academia de baile que antes te dije, y expuse mis pretensiones: yo no podía pagar las lecciones, pero si me enseñaban a bailar y salía en un teatro, con lo primero que ganara iría pagando. El maestro, que estaba al tanto de nuestras desdichas, aceptó. A los dos meses salí, en el pelotón, en un teatro, ganando dos pesetas. Así estuve algunos meses. Todo el mundo admiraba mi belleza; mucho se me ofreció por ella... Pero no era eso lo que yo buscaba: yo quería ser primera bailarina, y lo fui... aunque ello me costó una segunda caída. En cuanto adquirí nombre, que fue al poco tiempo; en cuanto las empresas se me disputaron, me sacudí el protector, que siempre me fue inaguantable. Lo demás, ya lo sabes. Por aquel tiempo conocí a tu amigo Reina, el cual bebía los vientos por alcanzar el papel de protector... que no logró nunca.

Después de una pequeña pausa, pregunté a Carmen:

—¿No has vuelto a tener ningún amante?

—Mientras trabajé, no; la independencia ha sido siempre mi principal amor... Además, si encontré muchos que quisieran conquistar a la bailarina, no encontré

ninguno que quisiera enamorar a Carmen; a cientos los encontré deseosos de alcanzar mi cuerpo; ni uno he hallado que pretendiera cautivar mi corazón, aunque muchos se creyeran locamente enamorados: su amor no era otra cosa que deseo.

—Perdona aún otra pregunta.

—¿Cuál?

—¿Y tu padre?

—¡Ah!... Cuando yo ganaba lo que quería y estaba a punto de sacudirme al empalagoso y exigente protector, una mañana, al ir a sacar dinero de mi secreter para pagar una cuenta, encontreme con que no había allí más que unas pesetas, y, en su compañía, una carta de mi padre. En ella me decía que no podía permanecer a mi lado; que no me culpaba a mí de mis pecados, sino a él, que no había sabido velar por su hija; que cometía la indignidad... ¡pobrecito mío!... de coger la mayor parte del dinero que allí había, para marcharse a Buenos Aires, donde le ofrecían una colocación, y que desde allí, en cuanto le fuera posible, me lo devolvería; que se iba sin despedirse, porque temía que, de hacerlo, le faltara el valor.

Carmen llevó el pañuelo a sus ojos.

—¡Qué honrado, qué bueno es mi padre, Carlos! ¿Qué culpa tiene él de su carácter?

El timbre de la escalera, sonando violentamente, dejó en suspenso la nueva pregunta que yo me disponía a formular, e hizo palidecer a Carmen intensamente.

—¡Qué distracción! —exclamó algo turbada, prestando atención, con la cabeza inclinada, a lo que fuera de la sala pasar pudiera, y que para mí era un enigma.

—¿Qué te sucede? —pregunté.

—¡Calla!...

A los pocos momentos sentimos los pasos de una persona que se acercaba a la sala, y Matilde, entreabriendo la puerta, asomó la cabeza.

—Carmen... —dijo en voz baja.

—Ahora voy...

Retirose Matilde, cerrando suavemente la puerta. Carmen, dirigiéndose hacia mí, puso ambas manos sobre mi pecho y, sonriendo suplicante, me dijo:

—Dame un beso... y vete.

—Pero...

—¡No tengo más remedio!... ¡Sé bueno!...

Nos besamos; mejor dicho, me besó ella, y corrió hacia la puerta; desde allí me tiró otro beso con la punta de los dedos, y desapareció. Quedé solo; no me daba cuenta de lo que ocurría, aunque mi corazón presentía algo muy desagradable. Sentí que un escalofrío recorría mi cuerpo. No era posible la duda: aquella *incógnita*, por mí tan olvidada, venía a reclamar brutalmente sus derechos, a demostrarme que allí no era yo más que un intruso. Una oleada de sangre afluyó a mi rostro: la vergüenza me hizo enrojecer... Matilde llegó a sacarme de aquel estado angustioso. De puntillas, deteniendo la respiración, como ratero que huye, salí de aquella casa...

XIII

Si entonces no pude darme cuenta de lo que fue de mi persona en las tres horas que duró mi vagar por las calles de Madrid, mal podría hacerlo ahora, después de tantos años. Las dos daban en el reloj del comedor de mi casa cuando yo entré en ella.

Al abrirme la puerta la criada, me dijo que mi padre no había salido; que después de cenar estuvo un buen rato asomado al balcón, y que se había acostado algo indispuerto.

Alarmadísimo, me encaminé precipitadamente a sus habitaciones; al oírme llegar mi padre, exclamó desde el lecho:

—No corras, Carlos, no corras, que esto no es nada.

Por fortuna, así era: reconocile con toda minuciosidad y pude convencerme de que todo era un pequeño enfriamiento: sudar bien aquella noche y nada más. No obstante, tal era el estado de mi ánimo y tan grande mi impresionabilidad, que, al pronto, me pareció que la última hora de mi padre era llegada.

Senteme a la cabecera de su cama y conversamos algún tiempo, en espera de que la cocinera dispusiese una tisana bien caliente, para provocar el sudor. Mientras charlábamos, pude observar cierto decaimiento en el venerable rostro de mi padre: su piel era menos tersa; algunas arrugas, que antes apenas se notaban, aparecían entonces profundamente marcadas; el mirar era lánguido...

Qué remordimientos tan grandes sentí ante aquel hombre, todo bondad para sus semejantes, todo amor para mí, al que yo tenía abandonado; abandonado, sí, por aquella mujer, que jugaba conmigo como un gato con un ovillo de hilo.

En aquel momento, Carmen me inspiraba odio, desprecio. Mentido amor aquel, que no tenía un sublime arranque para renunciar a todo... ¡Amor, amor!... Vana palabra que se manchaba en aquellos rojos labios. No: aquella mujer no era todo corazón, como yo había creído; aquella mujer era como son la mayoría: dueñas absolutas de sus sentimientos, que manejan a su antojo, y fieles adoradoras del becerro de oro. No era la mujer todo espiritualismo que yo pensé; era la mujer fría y calculadora, que sabe sujetar el corazón a las conveniencias de la realidad.

Aquella mujer me había engañado villanamente, haciéndome creer en la sublimidad de un amor que no existía; aquella mujer no merecía que yo hubiera convertido su persona en imagen pagana a quien adorar en el altar de mi corazón, ni que hubiese convertido su nombre querido en símbolo de mi nueva religión.

Muy preocupado debí aparecer ante mi padre, por cuanto me preguntó si me ocurría algo.

Apresureme a disimular, aparentando cuanta tranquilidad pude y asegurándole que solo el sobresalto producido por su indisposición podía ser causa del malestar que en mí se advirtiera; que ningún otro disgusto había sufrido.

Una vez administrada la tisana, me despedí de él dándole un beso y haciéndole prometer que sudaría cuanto pudiera, para que al siguiente día se encontrara sin novedad.

Al entrar en mi despacho, sentí la sensación del que retorna a su hogar largo tiempo abandonado. Miré a mis olvidados libros, seres mudos con los que yo había hecho pacto para trabajar en pro de la humanidad; con su mutismo parecían reprocharme la infidelidad. El silencio de aquella estancia, la soledad que en ella reinaba, la falta de calor, de vida que allí se notaba, efecto de mi casi continua ausencia, y el derrumbamiento que en mi interior sentía de todas cuantas ilusiones me forjara, sobrecogieron mi ánimo, abatiéndolo hasta el desfallecimiento.

Me acosté pensando hallar en el sueño el lenitivo de aquella tortura moral que sufría; mas el sueño no acudió a mis ojos.

Maldije una y mil veces mi necia credulidad; me acordé de Pablo; pensé en Naranjo; le vi subido en un banco del aula echándonos uno de sus discursos y sentando el principio fundamental de que, en amor, el hombre que no cuenta con los *medios* necesarios para poder enamorarse de una mujer, solo debe enamorarse de la luna, que nada pide y que se contenta con unos versitos... aunque estén mal hechos.

Renegué de Naranjo y de sus discursos, y pedí a Dios que le pusiera en mi lugar, para ver el fruto que sacaba de su imbécil y pedestre filosofía.

Desahogado mi corazón con aquellas expansiones, y aflojados mis nervios por el cansancio, el cerebro empezó a formular sus juicios con un poco más de reflexión, acabando por encontrar disculpable la conducta de Carmen; y como discurriendo con calma se llega a dar con la verdad, yo llegué a tropezar con la que buscaba: lo que me sucedía era una cosa que, un día u otro, tenía que sucederme; y en cuanto a la culpabilidad de Carmen, había mucho que discutir: en conciencia, ¿no era yo el que se empeñaba en llevar adelante lo que ella me había dicho infinidad de veces que precisaba concluir? Amanecía ya, cuando, aclaradas por completo mis ideas y normalizadas en absoluto las funciones de mi cerebro, formulé la siguiente conclusión indiscutible: todo aquello sucedía por la sencillísima razón de que yo no podía ofrecer a Carmen otra cosa que amor, amor puro, grande, incomparable, eso sí; pero amor nada más; Naranjo, pues, era un sabio cuyo talento yo no había sabido apreciar debidamente.

Rendido por aquel terrible batallar de mis ideas, quedé dormido.

Cuando a la mañana siguiente entraron a llamarme y perezosamente abrí los ojos, lo ocurrido la noche antes me parecía que había sido un sueño, y la imagen de Carmen acudió a mí, alegre y sonriente, como todos los días; pero pronto recobraron el vigor en mi espíritu las dolorosas sensaciones por mí sufridas pocas horas antes, y, aunque con pena, hube de rechazarla, cual hombre engañado que rechaza a la mujer infiel. Cierto que yo seguía encontrando limpia de culpa a Carmen; pero independiente de mi voluntad, obedeciendo tan solo a ese desconocido impulso que nos acerca o nos aleja de un lugar o de una persona, yo sentía vivísimos deseos de

alejarme de aquella casa, donde había sentido subir a mi rostro, por primera vez, el rubor de la vergüenza.

Me parecía que al ir allí, la misma Carmen había de encontrar menos digno mi amor, menos elevado el nivel moral de mi persona, tan apartado siempre del común sentir de las gentes. No; no debía volver; yo mismo me sentía extraño en aquella casa, donde me había llegado a creer dueño absoluto e indiscutible.

La primera lección que la vida me daba no era desaprovechada: daría sus frutos.

Mi padre se levantó completamente restablecido; yo no salí en toda la mañana, como si temiera que la gente me viese y adivinara en mi rostro mi humillación, mi vergüenza.

Mientras almorzábamos, propuse a mi padre que aquella tarde diéramos un paseo. La proposición fue aceptada con entusiasmo. Hacía mucho tiempo que no salíamos juntos. Ya he dicho que desde que conocí a Carmen tenía a mi padre abandonado; aunque conviene hacer constar aquí, que yo era un poco riguroso al aplicar tal calificativo a un proceder que, en otros, era el más lógico del mundo: mi abandono consistía en faltar a comer de vez en cuando, bien que yo tuviera cuidado de avisar siempre estas faltas, y en no salir con él de paseo tan a menudo como antes; por lo demás, yo no recuerdo haber faltado jamás un día entero de mi casa.

Mi carácter tampoco era inclinado a la vida desordenada, tan corriente en la juventud, y hoy, que ya pasé los linderos de los cincuenta, me sería difícil describir una juerga.

A las seis o seis y media salimos de casa. Sin preguntarnos nada acerca del rumbo que debíamos tomar, y como si ya nos halláramos de acuerdo sobre este punto, nos encaminamos por la calle de Alcalá; al llegar a la Cibeles, tiramos hacia Recoletos.

Providencial, fatalista me pareció aquello; un hombre supersticioso hubiera creído que el destino era quien nos guiaba; un hombre enamorado no podía pensar otra cosa sino que Dios unía mi vida a la de Carmen.

Aun dando esto por sentado, se me ocurrió una duda: ¿iría ella aquella tarde al paseo? «Si viene —pensaba yo— es que me quiere». Y es el caso, que al mismo tiempo que sentía vivísimos deseos de que esto sucediera así, pedía a Dios con toda mi alma que no fuera: extrañas contradicciones del pensamiento, cuando este no se halla en pleno sosiego.

Cuando más engolfado me hallaba en tales ideas, cesaron de pronto, como si bruscamente mi cerebro se hallara privado de la facultad de pensar, quedando tan vacío de la idea de Carmen, que no parecía sino que no la hubiera conocido. Solo vi a mi padre, y que mis observaciones de la noche anterior sobre su decaimiento material, eran ciertas, por desgracia. Su cara revelaba cansancio físico y fatiga moral; su cuerpo, antes erguido y arrogante, aparecía entonces caído, encorvado, caduco; su andar era lento y pesado; se apoyaba en un bastón, siendo así que nunca lo usara. Mi padre, en dos o tres meses, había envejecido diez años.

Así se lo di a entender, añadiendo que la culpa de tal cambio era la vida

sedentaria, poco activa, que hacía desde algún tiempo.

Sonreía él con su bondad característica, y cariñosamente me replicaba que no, que no era aquello la consecuencia del cambio de vida, sino de los años... y de la voluntad.

—¿Tú piensas que yo voy a ser eterno? —me decía—. No, hijo mío: los jóvenes empujáis, y precisa dejaros sitio. Mientras fuiste estudiante, mientras necesitabas de mí, yo tenía el deber, la obligación de conservarme joven; pero ahora ya eres un hombre... y hombre de porvenir, que te abrirán tu talento y el don de gentes que tienes. No sabes qué alegría tan grande es para un padre ver que su hijo sabe hacerse querer de sus semejantes, granjearse la simpatía de los demás.

»Ahora ya puedo envejecer tranquilo; solo me falta verte casado, echar los cimientos de un nuevo hogar... y para eso, aún tenemos tiempo. Además, no debe asustarte el cambio que observas en mí; naturalezas como la mía dan el bajón de repente, sin avisar; pero no temas: en este escalón en que ahora me encuentro me detendré mucho tiempo.

Llegábamos a la mitad de la Castellana. No sé de qué me hablaba mi padre en aquel momento; creo que me contaba haber recibido carta de Manuela, en la que le decía que ya estaban preparando la casa; que Marcela estaba poniendo mis habitaciones como un sol... no sé, en fin, porque el fuerte trotar de unos caballos me hizo volver la cabeza hacia el paseo de coches, y vi a Carmen en su carretela. Ella nos miraba y pude apreciar en su rostro una palidez intensa. Al pasar frente a nosotros sonrió dulcemente, saludándome; yo hice una leve inclinación de cabeza para contestarle. Mi padre, que seguía hablándome, miraba al suelo y nada pudo notar. El nombre de Marcela llegó nuevamente a mis oídos. A medida que el coche avanzaba, Carmen volvíase en su asiento, sin quitar la vista de nosotros. ¿A quién miraba? ¿A mi padre o a mí? ¡No lo pude saber! Si el campo de visión crece proporcionalmente al tamaño de los ojos, los de ella podían abarcar el universo. El coche se perdió a lo lejos. Suponiendo que regresaría al poco rato, prestando cuanta atención podía a mi padre, no dejaba de vigilar cuidadosamente el paseo de coches; pero nada conseguí: el coche no volvió a reaparecer. Hice cuanto pude para olvidarla y atender a lo que mi padre me decía; mas no me fue posible lograrlo; con suma frecuencia tenía que rogarle que repitiera lo dicho, para enterarme de ello.

Tratamos de los proyectos de veraneo, y como yo le dijera que no tenía interés en ir a ningún sitio determinado, convinimos en ir a pasarlo, como todos los años, a nuestra querida casa de *Santa Felicina*.

La idea de retraerme, de alejarme de Carmen, estaba demasiado viva en mí, para que yo pudiera pensar en veranear donde ella.

Como el paseo había sido largo, al llegar a la estatua de Isabel la Católica, montamos en el tranvía para regresar a casa.

Algo más animado me pareció mi padre al volver, y como yo se lo hiciera observar, achacándolo al paseo, me respondió que no era efecto de aquel, sino de la

alegría de haber estado a mi lado...

Nuestro próximo viaje al pueblo no contribuía menos a su rejuvenecimiento. Ya creo haber dicho que allí era donde mejor se encontraba.

Al aproximarse el día de nuestra salida para la *Padruca*, sentí desfallecer mi entereza: la impresión de que no volvería a ver a Carmen me hizo vacilar; pero pronto me afiancé en mis propósitos de alejarme de ella.

XIV

Después de cenar, salí de casa sin rumbo fijo, porque aún no estaba resuelto a ir a casa de Carmen, según hacía a diario. No tardé en darme cuenta de que tomaba el camino de todas las noches; mas, para disculparme, decíame: «No importa: pasaré por su casa; pero no subiré».

Llegué a la calle, di vista al portal... y ¡subí! El castigo de mi falta de voluntad no se hizo esperar mucho.

Luisa me abrió la puerta. Hice ademán de entrar. La doncella, apartándose a un lado para dejarme franco el paso, me dijo:

—La señorita no está.

Al oír a Luisa, quedé clavado en el suelo. Instintivamente miré hacia el saloncito, por si había luz, y agucé el oído, por si se percibía algún ruido en el comedor... Nada vi, nada escuché: la casa parecía desierta. Procurando disimular la violenta emoción que me habían causado las palabras de Luisa, me volví hacia esta y le pregunté:

—¿Dices que no está?

—No, señorito. Vino hace cosa de una hora, muy agitada, muy nerviosa, a buscar a la señorita Matilde, y las dos se fueron en el coche. La señorita Carmen, al salir, me dijo que no cenaban en casa.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿No te dejó ningún recado...? —pregunté, observando fijamente el rostro de Luisa, que revelaba perfecta ignorancia de lo que ocurriera, y temiendo la contestación.

—Ninguno, señorito Carlos.

—Bien... bien... Bueno; pues adiós, Luisilla; hasta mañana.

Salí lentamente al descansillo de la escalera; sentí cerrar la puerta, que produjo un ruido seco, sordo, semejante al de la losa que cae sobre el sepulcro para cerrarlo eternamente; empecé a descender despacio, muy despacio, los escalones... En sus peldaños iban quedando pedazos de mi alma..., que Carmen, al regresar, iría pisoteando.

Cuando salí a la calle no me daba cuenta de lo que me pasaba; alguien, al verme, hubiera creído que yo discurría sobre algún asunto gravísimo, y nunca me hallé más incapacitado para coordinar mis ideas; un fuerte golpe en la cabeza no me hubiera dejado más atontado. Sentía, sí, una gran opresión en el pecho, una angustia enorme que subía hasta la garganta, agarrotándola; mas, en definitiva, no habría podido explicar la causa... ¿No era mi deseo alejarme de Carmen? Pues ¿por qué, entonces, me producía tal disgusto su ausencia? ¿Qué era lo que yo quería? ¿Verla, o no verla? ¿Alejarme o permanecer a su lado? ¡Negro abismo aquel en que yo me precipitaba,

sin saber siquiera si ello era por mi propio gusto o empujado traidoramente y en contra de mi voluntad! No puedo afirmarlo; pero creo que una vez saqué el pañuelo y lo pasé por los ojos...

Al avanzar por la calle, me parecía penetrar en una ciudad asolada por alguna terrible peste, en una ciudad desierta, muerta por la precipitada huida de sus habitantes: ningún ruido llegaba a mis oídos. Los que quedaban, los que se cruzaban conmigo, no eran seres animados, sino sombras.

Fui al Círculo, donde permanecí poco tiempo; allí todo el mundo estaba contento, alegre..., y aquella alegría me hacía daño; parecía que se burlaban de mí. Quise buscar refugio en algún teatro; pero desistí de ello, porque allí tropezaría con el mismo inconveniente de la alegría de los demás; así, pues, opté por meterme en mi casa.

Mis libros parecían brindarse a desterrar de mi mente los negros pensamientos que la abrumaban. Al pensar en ellos, al recordar la ciencia que atesoraban y que, generosos, me habían ofrecido, sentí algún consuelo. Su ciencia: esa fue mi primera novia, mi amante, la única fiel y verdadera que había tenido; a sus brazos debía y quería volver. Juntos nos consagraríamos a nuestro primer amor: el estudio, la investigación, el descubrimiento de las causas de la tuberculosis. Si mi nombre fuera unido algún día a tan magno descubrimiento, ¿qué pensaría Carmen de mí? ¡Siempre, siempre ella!

Pero mis libros también me fueron ingratos: su ciencia mostróseme áspera, dura, esquiva. Además, cuanto ella decía y enseñaba era falso, era mentira. ¿Cómo podía creerse que cuerpos como el de Carmen pudieran atesorar los gérmenes de aquellas repugnantes y hediondas enfermedades? ¡No! Carmen tendría que ser eternamente joven; su cuerpo tendría que estar siempre sano; no habría enfermedad ninguna que osara morder en él, que se atreviera a deformarlo, a descomponerlo, a destruirlo, a reseca su piel fina, fresca y sonrosada, a emponzoñar su juvenil fragancia, sus morbideces de divinidad, no; todo lo que decían aquellos librotos era un puro embuste, una infame farsa; era la petulancia de seres que creyeron descubrir algo, siendo así que todo lo ignoran; de hombres que creyeron dar luz al caos en que vivimos, siendo así que ellos viven en la más espantosa obscuridad. Mentira la ciencia, mentira el saber de los hombres, que, en su necio orgullo, pretenden ser iguales a Dios, olvidando que aquellos que pretendieron igualarle, escalando su reino, fueron dispersos y destruidos.

Arrojé los libros lejos de mí, y, como león en jaula, medí mi habitación a grandes pasos cientos de veces.

Me acosaba el deseo de comunicar con alguien lo que me sucedía... y causábame terror que alguno pudiera adivinarlo... ¡Cuánto eché de menos a Pablo en aquellos instantes!... Sin embargo, la tempestad que rugía en mi alma era demasiado grande para no buscarle una salida; el volcán necesitaba un cráter por donde arrojar la incandescente lava, y este cráter lo halló mi mano en forma de cuartillas. Aquella

noche empecé el diario que, a partir de este momento, ha de ayudarme al relato de esta historia.

Mi pluma escribió sin detenerse horas y horas, ocupándose, no solo de lo presente, sino de lo pasado.

Tratar de descifrar lo escrito, ha sido, para mí, tarea poco menos que imposible cuantas veces lo he intentado.

Palabras ilegibles, conceptos inexplicables, ideas truncadas, faltas de sentido, párrafos cortados... La obra de un loco resultaría una maravilla al lado de las veinte o veinticinco cuartillas que componen las primeras páginas de mi diario.

De ellas no he podido sacar nunca en limpio más que la indignación que me produjo la conducta de Carmen y la convicción absoluta que yo tenía de que el mundo se había concluido, y de que cuantos quedábamos en él no éramos sino almas errantes, condenadas por Dios a morar indefinidamente en la región de la obscuridad y del silencio.

Noche espantosa aquella; terrible amanecer el del nuevo día... Mucho luché conmigo mismo, al llegar la tarde, para no correr a casa de Carmen. El amor y el odio, chocando con furia, me quebrantaban, me aniquilaban moralmente, sin que acertara a dar a ninguno la victoria. La defensa desesperada que yo hacía del proceder de Carmen, me impulsaba hacia ella; lo que yo llamaba *mi dignidad herida*, necesitaba una reparación, una explicación, al menos, de aquel desaire, de aquella conducta que no dudaba en calificar de villana.

Afortunadamente, la reflexión me hizo mudar de pensamiento, haciéndome comprender que mi *dignidad herida* lo que debía hacer era abstenerse de presentarse en casa de Carmen, si es que quería mostrarse tal *dignidad*.

¿Qué derecho tenía yo para exigir explicaciones? Ninguno. ¿Había sido engañado? ¡No! Desde el primer día se me dijo que aquel amor era una locura; desde el primer día se me anunció que aquel amor era un imposible. ¿Se me había ocultado que había *un alguien* con derechos adquiridos? ¡Tampoco! Pues ¿qué razón tenía yo para quejarme ni para lamentar la mortal herida que había recibido mi dignidad? ¿Quién sino yo la había buscado? Por lástima, por caridad se me había dado un pedazo de amor, se me habían dado horas de felicidad, que yo jamás había soñado iguales... ¿qué más podía pedir?

Para evitar la humillación de la limosna, precisa guardar la mano y no tenderla suplicante.

Lejos de quejarme, debía estar agradecido; y si acaso quería aparecer digno, el camino que tenía indicado era el de abstenerme de ir a una casa donde bien claro me habían dicho que no me querían recibir.

Estas ideas, al tomar cuerpo en mi pensamiento, sumiéronme en una gran postración.

Declinaba la tarde cuando la criada entró en mi cuarto, para entregarme una carta que acababan de llevar.

Al ver la letra del sobre, sentí una gran alegría. La carta era de Carmen... ¿Qué diría en ella? ¿Me pediría que fuera aquella noche? ¿Confirmaría en sus renglones que lo ocurrido la noche anterior era el principio de nuestra separación? No: aquello no podía ser, no podía decir tal cosa; ella me había asegurado siempre que pondría todas sus energías en arrancar de su corazón el amor que me tenía; pero nunca que debiéramos dejar de vernos.

Alentado por esta idea, y deseando salir de dudas, abrí la carta. Con afán recorrí sus menudos renglones: ni lo uno ni lo otro decía; era algo peor, puesto que nada se me concedía ni nada se me negaba. La carta, sin dejar de ser cariñosa, me pareció fría e indiferente.

Uno de sus párrafos, el más cariñoso, decía así, sobre poco más o menos:

Comprendo lo que habrás sufrido; pero no ha sido mía la culpa. Estoy contrariadísima con lo ocurrido. Hoy te estuve esperando hasta el último momento, y viendo que tu cariño es tan pequeño que te hace olvidarme, te escribo estas líneas, con los minutos contados, porque no quiero ausentarme de Madrid sin despedirme de ti. Salgo esta misma tarde para San Sebastián; desde allí emprenderé un largo viaje por el extranjero. Adiós, Carlos: no me olvides a mí; pero procura olvidar lo ocurrido entre los dos. Tú, que eres tan bueno, ¿por qué no me ayudas y evitas en mucho lo que sufro?

Arrugué la carta con ira entre mis manos, haciéndola una pelota, que arrojé con furia al suelo.

«¿Qué más prueba de que yo soy un juguete para ella? —decía—. Anoche se va de su casa para no verme y hoy me está esperando hasta el último momento. Y aun se atreve a escribir que está contrariadísima por lo ocurrido... ¡Ah! no tendrás queja de mí, Carmen; yo te aseguro que te ayudaré».

Y al mismo tiempo recogía la carta del suelo para volverla a leer; en esta segunda lectura ya encontré sus términos menos indiferentes... Momento hubo que pensé volar a la estación para aclarar con Carmen los términos de aquel billete; pero me detuvo la idea de la *incógnita*... Además, ¿era absolutamente indispensable que me mostrara digno!...

XV

Nuestro primer cuidado al llegar a *Santa Felicina* fue visitar a mi pobre madre, en el pequeño cementerio. El reducido tamaño de este, sus tapias bajas y bien blanqueadas, sus sepulturas, cuidadas y sombreadas por grandes árboles, no daban la tristísima impresión de las grandes necrópolis de las poblaciones, donde causa terror el hacinamiento de cadáveres, que da idea de lo grande que es el número de los que se van. Aquel pequeño cementerio, enclavado en un rinconcito del risueño valle, perdía, en gran parte, su patética tristeza, y, dado el corto número de los que allí moraban, sentíase la sensación de que los que mueren son pocos; que el morir no es una ley ineludible, sino un accidente fortuito.

Marcela nos acompañó; entre los tres transportamos cuantas flores pudimos encontrar, para cubrir con ellas la sepultura de aquel ser, para nosotros tan querido.

Ocho días llevábamos instalados en la *Padruca*. Mi padre era otro desde que habíamos llegado. Vestido con un traje de dril y cubierta la cabeza con ancho sombrero de paja, no se daba punto de reposo. Las gallinas, la vaca, las palomas y la huerta absorbían la mayor parte de su tiempo. Al día siguiente de nuestra llegada, escribió al maestro de obras, a la capital, para ponerse de acuerdo sobre la que proyectaba. Consistía esta en sustituir el tejado de la casa por una gran terraza, parte de ella cubierta de cristales, a modo de una gran galería. Es de advertir que rarísimo era el año que mi padre no realizaba alguna mejora en la *Padruca*, que, de este modo, y poco a poco, iba convirtiéndose en una deliciosa mansión. Su contraste con la casa de mis tíos era grande: mientras la nuestra ganaba de año en año, aquella tornábase más vieja, dejando ver, de una manera descarada, el abandono en que vivía. Mi padre ponía el grito en el cielo ante tal dejadez, y con frecuencia escribía a mi tío recriminándole por aquella desidia. Las contestaciones que recibía le desesperaban de tal manera, que a mí me hacía reír. En vano era que yo le predicara sobre el inconveniente de preocuparse de asuntos de ajeno dueño, que no podían resolverse por propia voluntad; su honradez no le permitía ver con calma la consumación de aquella ruina.

Ufanábase Manuela, feliz con nuestra presencia; Marcela era la mismísima alegría en persona. He de advertir que Marcela trocábase por momentos de chiquilla preciosa en mujercita monísima.

Encerrando en lo más hondo de mi corazón la tristeza que me devoraba, había vuelto al amor de mis libros. En gran cantidad los llevé de Madrid, procediendo así a formar una pequeña biblioteca, que me evitara en lo sucesivo traerlos y llevarlos a la *Padruca*. Asimismo llevé algunos aparatos y productos, con los que pensaba cimentar un laboratorio. También llevé, sin sospechar que ello había de ser el terror de Marcela, un esqueleto y algunas grandes láminas de anatomía. Pobrecilla, ¡qué

miedos y sobresaltos pasaba siempre que entraba en la habitación destinada a laboratorio!

Mi amor por Carmen, lejos de disminuir, había aumentado, si es que esto era posible; pero mi amor era más tranquilo, más reposado, quizá porque era más verdadero. Hecho a la idea de perderla... ¡de haberla perdido ya!... mi amor era un amor sin vehemencia; era un doloroso recuerdo, algo así como la nostalgia del que vive lejos de lugares queridos y de seres amados; el ensueño del emigrado, que en el misterioso recogimiento de su alma reproduce con trazos firmes y vigorosos el pedazo de tierra donde nació, y entabla mudo y amoroso diálogo con los que en él quedaron esperándole. Sin embargo, a pesar de que mi corazón me decía que todo había terminado entre ella y yo, un vago presentimiento, una esperanza, tal vez infundada, me decía: «Espera»; y resignado a no verla nunca... esperaba verla aún alguna vez...

Esta esperanza fue aumentada a los pocos días por el siguiente suceso:

Estaba yo trabajando en mi diminuto laboratorio, cuando entró Marcela, con el respeto que siempre lo hacía, en aquella habitación. Avanzaba lentamente hacia mí, dando vueltas entre sus manos a un objeto que, distraído como yo estaba, no me fijé en lo que pudiera ser.

—¿Qué traes, Marcelilla? —pregunté sin dejar mi ocupación.

—Una carta para ti.

—¿Una carta para mí? Pues si es una carta para mí, ¿qué diablos haces dándole vueltas entre las manos?

—Es que no conozco la letra...

—¡Tiene gracia! —exclamé dejando el tubo de ensayo que tenía en la mano—. ¿Y a ti qué te importa la letra, vamos a ver?

Marcela, fijando en mí sus dulces ojos, que en aquella ocasión expresaban profunda sorpresa por mi desacostumbrado tono, agrio y destemplado, me alargó la carta; cogila con un movimiento tan brusco, que Marcela se echó a llorar con el mayor desconsuelo.

Recuérdese que Marcela y yo nos tratábamos con la confianza de hermanos.

Al verla llorar, me arrepentí de mi proceder.

—Eso es: después de que te metes donde nadie te llama, ahora... ¡a llorar a lágrima viva, como si te hubieran hecho algo!

Ella, sorbiéndose el llanto como una chiquilla, hizo ademán de salir de la estancia.

—No, no; no te vas así; no quiero que salgas de aquí llorando, como si se te hubiera muerto alguien de la familia.

—Quítate... déjame...

—No quiero dejarte, no me da la gana. Ya estás secándote esos ojos ahora mismo, y cuidadito con que yo te vea llorar.

—¡No quiero!

—Pues yo sí quiero. Ea: ya te estás riendo ahora mismito, ¿estamos?

Al mismo tiempo que esto le decía, apartábale el pañuelo de los ojos y con el mío se los secaba.

—Así... eso es... Ahora mírame... ¡que me mires!... así...; riéte... ¡a reírse ahora mismo!

—¡Borricote! —exclamó Marcela, echándose a reír y saliendo del laboratorio más que deprisa.

Creyendo que la carta sería de algún amigo, habíala dejado durante la anterior escena sobre la mesa; cuál no sería mi sorpresa y sobresalto al recogerla y ver que la letra era de Carmen. La carta iba reexpedida de Madrid y había sido escrita en San Sebastián, según rezaban los sellos de la Administración de Correos.

Rasgué el sobre con febril impaciencia y saqué el plieguecillo que contenía.

Perdona ahora, querido lector, unos momentos, para que busque entre mis papeles dicha carta, que quiero copiar aquí íntegra, tal y como está escrita, sin quitar ni poner nada.

Hela aquí:

Mi querido Carlos: Ignoro si esta carta será bien recibida, aunque supongo que sí porque sé lo bueno que eres. Nada quiero decirte de lo ocurrido la última noche que estuviste en casa. Nunca te engañé; siempre te dije que no era libre. No me guardes rencor por lo ocurrido. Siempre puse gran cuidado en evitarte todo aquello que pudiera serte molesto y violento; pero aquella noche me hallaba tan *agusto* hablando contigo, sentía un bienestar tan delicioso al hacerte partícipe de mis penas, que se me fue el santo al cielo, niño mío... Ya sabes que *yo quería acostarme temprano*... ¡Qué berrinche el que yo pasé!

Al día siguiente te vi en el paseo con tu padre (¡qué guapo!), y tal impresión me hizo verle y verte a ti cómo le llevabas del brazo, que en aquel momento tomé la resolución de darte la puñalada traperera que recibiste por la noche al no encontrarme en casa. Yo se lo que sufriste aquella noche, pobrecito mío, pero no te vayas a figurar que yo me fui así, de rositas, que si tu vieras la llorera que tuve... Que te diga mi hermana la cenita que tuvimos, yo no comí bocado. Y luego, cuando llegué a casa y Luisa me contó la cara que *te se puso* cuando te dijo que yo no estaba. Si te cojo en aquel momento se van al traste todos mis propósitos y te como a besos, pobrecito. Me dijo que te había estado mirando por el ventanillo y que el primer tramo de escalera tardaste más de un año en bajarlo. ¡Quién te hubiera visto! Por eso no tuve valor de marcharme al otro día sin despedirme de ti, y por eso no creas que no es verdad que no te estuve esperando, que sí que te estuve esperando. Por eso te escribo ahora para darte estas *esplícaciones* y para decirte que yo no quiero que me quieras como me quieres, que quiero que me quieras... ¡Ay, yo no sé lo que quiero, Carlos! Pero sí sé lo que quiero, quiero que me quieras como te he dicho, para no ser yo la causa de vuestras desgracias, como lo sería haciendo las locuras que tu quieres... Sí, sí, no me digas que no. ¿Te ibas tu a conformar con verme a mí vestida con modestia y vivir en un cuartito barato? No, no digas que sí, porque tu serías el primero en no quererlo... ¿Te figuras que yo no se que para hacerme alguno de los regalos que me has hecho has tenido que pedir dinero a tus amigos por no pedírselo a tu padre? Pues sí que lo he sabido, sí. Y si esto haces para un regalo, ¿qué harías luego, cuando todo fuera sobre tus costillas?

Esto que escribía Carmen era cierto. No llegando mis modestos recursos de estudiante para ciertos empeños, no atreviéndome a pedirle dinero a mi padre, se lo pedí prestado a un amigo..., y aun llegué a jugar... con poca fortuna.

Mis deudas quedaron pronto saldadas, sin embargo, mediante una cantidad que cobré de una de mis visitas de médico.

Continuo con la carta, o, mejor dicho, continúa ella:

Desde que supe eso que te digo, y sobre todo desde que conozco a tu padre, estoy más resuelta que nunca a terminar en el sentido que te digo. Pero no puede ser de pronto, como yo me proponía, sino poco a poco; no tengo valor para tanto.

Te mando mis señas para que me escribas; pero ¿verdad que no me dirás cosas desagradables en tu carta? ¿Verdad que me hablarás en ella con ese no se qué que tu tienes, como me hablabas en Madrid, que yo me estaba escuchándote, como una tonta, horas enteras? Pero no quiero, no quiero hablar más de esto.

Adiós, Carlos, se bueno con tu pobre Carmen, que te manda... iba a decir muchos besos; pero hay que ir acortando la ración, y no te mando más que uno..., vamos, dos; pero dos que valen por un millón, para que te quedés contentín.

Esta carta, que, como ya dije antes, está copiada al pie de la letra y, por lo tanto, sin corregir las muchas faltas que tiene, que, si son muchas, no son tan graves que no puedan disculparse en una mujer, estuvo a punto de dar al traste con mi serenidad. Con toda presteza tuve que acudir a sostener las puertas de mi corazón, que estuvieron a punto de caer hechas pedazos: el amor empujaba violentamente para salir de la cárcel en que yo le tenía confinado.

Aquella mujer que así escribía, ¿era un ángel o un demonio? ¿Era, acaso, la mujer de corazón más grande que sustentara la tierra, o era el ser más perverso de la creación? No acerté a darme una respuesta satisfactoria. Parecíame la carta, unas veces, escrita por una mujer bondadosa, dulce y amante; otras, por una coqueta sin corazón ni sentimientos. En la duda, y guiado solo de mi leal sentir, contesté como si a un ángel dirigiera mi carta. Tres pliegos rebosantes de ternura envié a Carmen. Nuestra correspondencia no se interrumpió; las cartas iban y venían con regularidad, sin perder correo. Empecé a recobrar ánimos; sus misivas eran tan apasionadas, tan llenas de dulcísimas expresiones, que sentí revivir mi amor, rudamente maltratado en los últimos días de nuestra permanencia en Madrid.

Entonces ocurrió una cosa, a la que, como es de suponer, no di importancia alguna: de veinte veces que yo entraba en mi cuarto, diez encontraba a Marcela arreglándolo. Jamás mortal alguno ha visto su habitación mejor arreglada que lo estaba la mía.

Encarrilados nuevamente aquellos amores, una idea me acosaba con insistencia desesperante: ir a San Sebastián. Tuve que recurrir a toda mi reflexión para no dar este paso. Carmen, a pesar de su cariñosa actitud, en ninguna de sus cartas me decía que fuera; así, pues, el presentarme allí era meterme donde no me llamaban... ¡Qué mortificación!... ¿Cómo era posible que me quisiera tanto y no me escribiera un «ven» como una casa?

La *incógnita*, la aborrecida *incógnita*, volvió a cruzar, fría y despectivamente, ante mis ojos, nublando mi naciente alegría.

Un mes llevábamos así, en aquella continuada correspondencia, cuando Carmen me anunció su próxima salida para el extranjero. En su carta me decía que le sería muy difícil el escribirme; pero que siempre que pudiese, lo haría.

Aquel día no comí. Pretextando deseos de dar un largo paseo por el monte, mandé a Manuela que me preparase algunas viandas, que luego regalé íntegras a unos pobres, y trepando por el *Padruco*, seguí por la cima de aquellas montañas hasta el

lugar más elevado y solitario. Allá abajo se veía la línea del ferrocarril; un tren corría por ella; le vi meterse en el túnel, hundirse en las entrañas de aquella imponente masa montañosa... Más abajo, el valle...; a un lado, el microscópico cementerio, donde reposaba mi madre... ¡Qué buena fue mi madre!... Al fondo..., lejos, el mar; el grande, el inmenso, el majestuoso mar...

Ya era de noche cuando regresé a casa. Marcela me salió al encuentro. Su bello rostro estaba triste, e inquieto el mirar de sus ojos. Para disimular, hablé con entusiasmo del hermoso paseo que había dado; «tan largo había sido, que, encontrándome rendido, me iba a la cama sin cenar».

Deseaba vivamente seguir solo, como hasta entonces.

A cosa de las diez, entró Marcela en mi alcoba; yo me hice el dormido. En una bandeja llevaba una jarra con leche, un vaso y respetable provisión de bizcochos.

Acercose a mi cama y, con voz queda, me llamó. Hice como si, efectivamente, me despertara.

—Mira, Carlos; aquí te dejo esto para que te lo tomes luego, más tarde, ¿sabes? A media noche sentirás debilidad.

—Bueno... bueno.

—No dejes de tomarlo, ¿sabes?

—No, mujer; no tengas cuidado. Anda, vete a la cama... ¿Y papá?

—Ya se acostó. No quiso entrar, por si te despertaba.

—Y ¿quién te ha mandado hacer esto?

Marcela quedó suspensa un momento; después me contestó:

—Nadie... yo... ¡Que te lo tomes!, ¿eh?

Y sin aguardar respuesta, salió, cerrando la puerta sin hacer ruido.

Qué dulce y consoladora impresión me causó el solícito cuidado de aquella hechicera criatura.

XVI

Finalizaba agosto sin que yo hubiera recibido noticias de Carmen. Mi abatimiento había reaparecido con caracteres alarmantes. Para combatirlo, y deseando recobrar la tranquilidad perdida, habíame entregado con gran entusiasmo a mis estudios y experiencias. Todos los días me levantaba con la esperanza de tener carta... y todos los días me acostaba con la desilusión de no haberla tenido. El cansancio moral me iba dominando poco a poco, y era mi principal colaborador para realizar el empeño de volver a la paz espiritual. Cuando más adelantado iba en mi propósito, llegó una carta fechada en París, que me hizo temer por mi obra; pero que, una vez leída, vino en mi ayuda. La carta no tenía más que unos cuantos renglones, en los que Carmen se limitaba a decirme que apenas tenía tiempo para saludarme. No me decía nada de contestarle.

Aquel laconismo me hizo el efecto de un jarro de agua fría. Me sentí ofendido por aquella parquedad de escritura, y esto me hizo ganar mucho terreno en el camino emprendido.

Mi única alegría, por aquellos días, era ver a mi padre tan contento como un chiquillo, por la próxima terminación de la terraza. Esta ocupación de mi padre habíame servido de mucho para ocultarle mis pesadumbres.

La terraza se inauguró con gran solemnidad, almorzando todos en ella a la sombra de un toldo, que se acondicionó debidamente, y no sin trabajo, porque el viento, aun en días de calma, no solía tolerar tales estorbos.

El punto de vista era verdaderamente soberbio. A mí no me hubiera faltado más que *ella*, para ser completamente feliz; mi padre lo fue del todo en aquel día.

En la parte cubierta de cristales, mi padre se proponía montar un gran antejo de larga vista, para gozar del espectáculo que ofrecen los buques a gran distancia. Teniendo ante nuestra casa el mar libre, mi padre gustaba de observar la misteriosa aparición de los buques en el horizonte, presentando la arboladura, primero, y dejando luego ver, poco a poco, su casco.

Según iba dándome cuenta del alejamiento moral de aquella mujer, y persuadiéndome de que la había perdido para siempre, acrecentábase mi amor por la ciencia.

De tal manera estaba hecho a la idea de que no recibiría ya noticias de Carmen, que ni siquiera me preocupaba cuando el cartero iba a casa. El laconismo de la última que recibí, la ausencia en ella de todo concepto que hiciera referencia a nuestro amor y el ningún deseo expresado de querer recibir contestación mía, habíanme causado la fría sensación de algo que agoniza, que muere. Y digo esto, porque, aun siendo lógico que al llegar el invierno nos reuniéramos en Madrid, yo no pensaba ir a verla.

Su amor me hacía el efecto de una limosna, que mi orgullo rechazaba: era

preferible morir a sostener una vida menguada.

A últimos de septiembre, extrañándome que mi padre no me hablara nada sobre nuestro regreso a Madrid, le pregunté acerca de sus propósitos. Era una tarde en que dábamos un paseo por la costa.

Mi padre, al oír mi pregunta, tosió dos o tres veces, se sonó, se puso bien el sombrero, se acarició la barba y, tras de un breve silencio, rompió a hablar de esta manera:

—No había querido decirte nada sobre ese asunto, por temor a disgustarte; pero como ello ha de ser alguna vez, y como ya es tiempo de que tú, por conveniencias de tu profesión, estés allá, me alegro de que hayas sacado la conversación.

—¿Qué quieres decir con eso de que esté...? Pues ¿y tú?

—A eso vamos, hijo mío, a eso vamos.

Mi padre volvió a toser, a quitarse el sombrero, sin más objeto que el de volvérselo a poner, y con la mano se sacudió una manga, que nada tenía, de la americana.

—No te entiendo, papá.

—Pues verás cómo es muy sencillo de entender. Mientras fuiste estudiante, juzgué que mi presencia en Madrid, a tu lado, era necesaria; juzgué asimismo que te sería provechosa en los primeros pasos de tu carrera, y, por lo tanto, como artillero al pie del cañón, allí estuve yo junto a ti. Contra mis costumbres y mis gustos, frecuenté el Círculo y estreché amistades que, andando el tiempo, podían serte muy útiles... Hoy las cosas han cambiado, las circunstancias no son las mismas; ya estás metido, digámoslo así, en la vida; eres amigo de mis amigos; has empezado a tener alguna clientela, que, seguramente, aumentará este año; tienes, en fin, el primer impulso para caminar por el sendero de la vida.

—Bueno, bueno; pero ¿adónde vas tú a parar por el camino que has emprendido?

—A un sitio, para mí, el más delicioso: a quedarme aquí, en casa, en la *Padruca*.

—¿Quedarte tú aquí?

—Sí, sí, aquí.

—Yo no me separo de ti, papá. Quedamos los dos solos, ¿y quieres que nos separemos? No; eso sí que no. Si tú no vas a Madrid conmigo, aquí me quedo yo también.

—No seas niño, Carlos, y hazte cargo de las cosas. Tú ya eres un hombre, y tu nueva posición ha de acarrearle, sin tú quererlo, nuevas costumbres. Siendo un buen hijo, como eres, yo, allí, no soy más que un estorbo, una rémora... No... no digas que no; esa es la verdad, lo demás sería engañarnos. La vida tiene sus compromisos; nos impone deberes que es forzoso cumplir, para no malquistarnos con las gentes, y para ello es preciso tener cierta libertad, que tú, estando yo a tu lado, no tendrías... Déjame, déjame hablar... Por lo que a mí se refiere, ya sabes que en ningún lado me encuentro tan tranquilo y satisfecho como aquí; aquí, donde he pasado casi toda mi vida. En esta tierra he nacido; cerca de este lugar nació tu madre. Cuando nos

casamos fuimos a Madrid. Al morir mi padre, tu abuelo, quise ejercer mi carrera de abogado, y pronto me di cuenta de que mi profesión, estudiada más por gusto de mi padre que mío, no me tiraba.

»Dueño yo de nuestra modesta fortuna, y de acuerdo con tu madre, que, como yo, sentía la querencia a este pedazo de tierra, a él nos vinimos. Bien recordarás las proezas que todos hicimos para que estudiaras el grado sin salir de aquí, donde los médicos recomendaban que, por su quebrantada salud, permaneciera tu madre. En fin, ¿para qué hacer más extenso mi relato, si tú sabes muy bien todo lo que yo pueda decirte?

»Madrid no tiene objeto para mí, no tiene atractivos. Recordarás que este invierno casi no salía, y que apenas frecuentaba el Círculo; y es que, cumplida mi misión, me sentía allí extraño. Aquí, como diría el amigo Reina con su pintoresco lenguaje, estoy en *mi terreno*.

—Pero... separarnos cuando siempre hemos estado juntos...

—Esa es la vida, hijo mío... esa es la vida... Además, esto no es separarse, esto es alejarse un poco... Nos escribiremos muy a menudo; Manuela, Marcela y yo leeremos aquí tus cartas, en las que nos enterarás de tus progresos en la corte; nosotros, en las nuestras, te tendremos al corriente de lo que por aquí ocurra. Por Nochebuena tú vendrás aquí; yo iré allá en la primavera, a pasar un mesecito; en verano vendrás a casa y luego nos iremos una temporada a cualquier punto de veraneo... Total, que si lo miras bien, estaremos juntos casi todo el año.

Inútiles fueron mis ruegos y razones: mi padre estaba ya pegado a la concha, y no hubo medio de desprenderle de ella.

Manuela y su hija llegaron en su ayuda: en la *Padruca* estaría mejor cuidado y atendido que en Madrid, en manos de una criada sin apego ni amor a la casa ni a las personas.

No fue este argumento de aquellas dos excelentes mujeres el que menos peso hizo en mi ánimo para resignarme a partir solo.

De común acuerdo, quedamos en conservar nuestro piso de Madrid: yo estaría mejor que en una casa de huéspedes, y era más propio para mi profesión; además, yo pensaba abrir consulta.

Retrasé cuanto pude mi marcha; mas a primeros de octubre, no tuve más remedio que emprender el viaje.

Aún me parece estar viendo a mi padre en la estación el día de mi partida. Con heroico valor estuvo conteniendo su emoción hasta el último momento; pero al arrancar el tren, no pudo más, y se entregó a discreción: en sus ojos aparecieron lágrimas como garbanzos.

Cuando perdí de vista a mi pueblo, me pareció hallarme solo en la vida, sin amores, sin afectos, sin familia...

Los primeros días de mi estancia en Madrid fueron verdaderamente de prueba. Hice cuanto me fue posible para distraerme; frecuenté el Círculo, a decir verdad, no

tanto por lograr distraer el ánimo como por ver si Reina había vuelto. Me dijeron que llegaría pronto. ¿Por qué, teniéndole tanta prevención, en vez de huir procuraba encontrarle? Muy sencillo: lo mismo que él me buscaba para hablarme y hacerme confidente de su amor por Carmen, yo le buscaba a él, no para confidente, que sobre esta clase de confianzas tenía yo un modo de pensar muy distinto al suyo, sino porque sabía que me hablaría de ella. No pudiendo, pues, satisfacer aquel deseo, lo pagué con mi diario, al que confié mis más íntimos pensamientos.

Mi padre y yo nos escribíamos a vuelta de correo. En una de las cartas recibí, incluida, otra de mi tío, en la que le encargaba a mi padre que hiciera en la *Padruca chica* cuantas obras juzgara necesarias para dejarla en condiciones de cómoda habitabilidad, pues, estando próximo a jubilarse, la tía se empeñaba en ir a vivir al pueblo.

Este deseo le entró a mi tía en cuanto supo que mi padre había fijado allí su residencia: a esta señora le parecía siempre de perlas imitar lo que hacían los demás.

Aumentó mi clientela y abrí la consulta, que, por el pronto, no dio gran resultado.

Poco a poco fui entrando en mi nueva vida de hombre independiente.

Una cosa que procuraba evitar a todo trance era el paso por todo lugar que pudiera recordarme a Carmen.

Una noche, al entrar en el Círculo a última hora, me encontré con Reina.

Preciso fue que dejara pasar el aluvión de saludos que no esperaban correspondencia, y el chaparrón de preguntas que se sucedían sin aguardar respuesta: «¿Cómo no ha ido usted por San Sebastián? ¿Por qué se ha pasado el verano metido en el pueblo? Yo creí que veraneaba en algún otro sitio, que si no, voy a buscarle y me lo llevo conmigo...».

Aquí, en una pausa que hizo mi amigo, encontré ocasión de meter baza:

—¿Qué tal le ha ido por allá?

—Bien, hombre, bien; a mí me va bien en todas partes.

—Pero allí... le iría mejor, puesto que tenía usted a su adorado tormento — contesté, deseando llevar la conversación al punto interesante.

—Sí, sí... ¡bueno está mi adorado tormento!... ¡Para pedirle un favor está la niña!

—¿Pues? —exclamé aparentando indiferencia.

—Tres veces he podido hablar con ella en todo el tiempo, y eso... ¡a paso de banderillas!

—¿Cómo así? —pregunté esta vez con afán mal disimulado.

—Pues que ya... ¡ni mi conversación le distrae, hijo mío!... ¡Y qué guapa está la pijotera! ¡Eso no es mujer, es un fenómeno!

—Y cómo es que...

—No lo sé. Lo que sí puedo asegurarle es que Carmen está de una manera que hay que tentarse la ropa para darle las buenas tardes...

—¡Qué raro!... ¿Qué le pasaría?...

Al oír mi pregunta, Reina soltó una ruidosa carcajada.

—Continúa usted siendo tan chiquillo como cuando le dejé.

—¿Por qué?

—Al diablo se le ocurre preguntar lo que podría pasarle... ¡Cualquiera averigua lo que les pasa a *estas niñas*! Un contratiempo cualquiera las pone inaguantables.

Disimulando el desagrado que me causaba la libertad de lenguaje que empleaba Reina para hablar de Carmen, hube de decirle:

—Quién sabe, amigo Reina, si ese estado tendría por causa algún sentimiento más hondo que el que puede producir una contrariedad sin importancia... ¿Acaso Carmen no puede tener algún pesar?

—Qué quiere usted decir, ¿que esté enamorada? ¡Quite usted de ahí, hombre de Dios, quite usted de ahí!... ¡Por los clavos de Cristo, no me sea usted tan inocente!... ¡Dinero, dinero... y dinero! *Estas niñas* no son capaces de enamorarse más que del dinero.

Pretextando tener que madrugar, pero en realidad, por faltarme la paciencia para oír lo que mi amigo decía, me separé de él y me fui a mi casa. Sin saber por qué, me encontraba más alegre que de costumbre. Carmen estaba preocupada, no se exhibía, no frecuentaba las diversiones... ¿No podía ser yo la causa de aquella actitud? Pero ¿y si me equivocaba? ¿Y si Reina tenía razón, y ella, no acordándose de mí para nada, encontrábase de aquella manera por alguna causa completamente ajena a nuestro amor? ¿Y sus cartas tan cariñosas? Sí; pero ¿y la carencia absoluta de noticias que entonces tenía?

Gran parte de la noche la pasé tratando de sacar consecuencias... en provecho propio y haciendo deducciones... que no lograron llevar mis esperanzas a puerto seguro.

Abominaba de Reina, de su amor y de su lenguaje... y, a pesar de todo, deseaba volverle a ver cuanto antes.

Al día siguiente me levanté tarde y de muy mala gana. Estaba almorzando, cuando me entregaron un parte que decía así: «Papá, muy malo. Ven en seguida. —*Marcela*».

La sensación que aquella noticia tan inesperada me causó, fácil es de imaginar.

¿Qué enfermedad podría ser la suya? Fuera la que fuere, me reconocí único culpable de ella: si no me hubiera separado de él, no habría caído enfermo: esto era claro como el agua. ¿Cómo le cuidaría Don Nicolás, el médico de *Santa Felicina*? Cierto que este señor se interesaba mucho por los enfermos y que, si era posible, más se interesaría por mi padre, a quien quería entrañablemente; pero... ¡de todos modos!

...

Arreglé mi equipaje, y renegando del sol, que parecía clavado en el firmamento, esperé la hora de la salida del correo.

XVII

Entre las personas que en el andén de la estación de mi pueblo se vislumbraban, llamó mi atención una mujer.

Cuando pude distinguirla bien, sufrí un gran sobresalto: era Marcela. ¿Qué más daba que fuera una que otra la persona que me esperara? Indudablemente que eso era lo de menos; pero si se tiene en cuenta que Marcela jamás había bajado a la estación a esperarnos ni a despedirnos, se comprenderá que su presencia me alarmara mucho más que si hubiera sido otra persona cualquiera: Manuela, el mismo D. Nicolás, habían ido muchas veces. La aparición de Marcela era una cosa excepcional, y sabido es que todo lo que no es costumbre causa cierta alarma.

Me figuré que mi padre estaba gravísimo..., que había muerto. Llegamos a la estación; Marcela, corriendo junto a mi coche, gritaba, para que la entendiera:

—No te asustes, Carlos, no te asustes...

Salté al andén y con angustioso afán le pregunté lo que tenía mi padre y el porqué de haber ido ella a esperarme.

—En cuanto a lo que papá tiene, según D. Nicolás, parece que es una pulmonía; y en cuanto a venir yo, no ha sido por otra cosa que porque madre me mandó para que te tranquilizara y te dijera que no te asustes, que no hay por qué... Ella y D. Nicolás pensaron que a mí me harías más caso que a otro cualquiera.

—Vamos, vamos, Marcela. Mira: lleva tú la manta y yo llevaré la maleta.

—Es igual: he venido en la tartanilla de D. Nicolás, que quedó en casa esperándote....

—Bien, muy bien; aunque la distancia es corta, así llegaremos antes.

Al salir de la estación, se nos acercó el mozo que guiaba la tartana; cogió la maleta y la manta, que puso en el coche, y una vez los tres en ella, *Pancrudo*, el caballejo, mediante un par de latigazos, salió trotando en dirección a la *Padruca*.

Al llegar a la senda que conducía a mi casa, *Pancrudo*, con no poca satisfacción suya, paró al sentir que le tiraban de las riendas, salté al suelo y eché a correr monte arriba. En la puerta de la corraliza estaba D. Nicolás.

—Serénate, cálmate —me dijo cortándome el paso—. Tú que eres médico, debes comprender el malísimo efecto que le haría a tu padre verte así.

Comprendiendo lo acertado de sus razones, nos sentamos en un banco de piedra de la corraliza, para que mi colega me pusiera al corriente del curso de la enfermedad, que, según su opinión, debía tener tres días de fecha. La pulmonía era de las peores, por la fuerza con que se desarrollaba. La situación era grave, pero había que tener confianza y disputar a la muerte su presa.

Cuando me juzgué dueño de mis nervios, penetramos en la alcoba de mi padre.

La impresión que recibí fue penosísima. Mi padre, al verme, sonrió levemente, y

con débil voz, me dijo:

—Dios no quiere dejarme disfrutar de nuestra querida *Padruca*: esto se acaba, hijo mío.

Con un esfuerzo poderoso de voluntad, me sobrepuse a mi emoción, y aun pude contestarle bromeando:

—Tendría que ver eso, papá; con dos médicos aquí... ¿Para qué estudié yo la carrera, sino para que tú llegues a los cien años?

Sonrió nuevamente y cerró los ojos.

El segundo período de la pulmonía se agravaba incesantemente: los movimientos respiratorios aumentaban, aproximándose a los cincuenta; las pulsaciones pasaban de cien; la temperatura llegaba a los 40°.

Cuando abría los ojos, aparecían estos brillantes, tenía la cara inyectada, y si hablaba algo, era con tono breve y cortado.

La hepatización del pulmón crecía por momentos.

Al siguiente día se presentaron ligeros ataques de disnea, que fueron aumentando al atardecer. El delirio, delirio dulce y tranquilo, en que mi padre barajaba los nombres de todos y encargaba nuevas obras en la *Padruca*, se presentó también.

Incesantemente, D. Nicolás y yo pedíamos a la ciencia, medios, recursos que nos permitieran combatir a la enfermedad, y la ciencia nos iba suministrando los que tenía: sangrías, ventosas, sanguijuelas; se le suministró el tártaro, el quermes en píldoras, con extracto de digital...; a todo se acudió... y todo fue inútil. Llegó un momento, un terrible momento, en que la ciencia, con fría y aterradora indiferencia, al pedirle un nuevo recurso, nos contestó: «No sé más, no tengo más»; y al oír tal respuesta, quedamos anonadados, avergonzados de nuestra impotencia. ¡Pobre saber humano: a pesar de ser tan grande, qué pequeño eres! Como frágil cristal contra una roca, se estrella tu poder contra la voluntad de Dios, cuando este dice: «Eso lo he dispuesto yo». ¿Qué diferencia existía entre la misma Marcela, que de nada sabía, y nosotros dos, atiborrados de saber? Ni ella tenía un remedio para salvar a mi padre de la muerte, ni nosotros, con haber estudiado tanto, lo teníamos tampoco: ella, en su ignorancia, era igual a nosotros en nuestro saber.

¡Pobre padre mío! Sus últimas palabras fueron para decirme que en uno de los cajones de su mesa encontraría *todo*. «Sé feliz, hijo querido, y bendígate Dios, como yo te bendigo».

También se despidió de Manuela y de Marcela.

Declinaba la tarde; el valle, el risueño valle, sumergíase poco a poco en la sombra, como si quisiera ocultarse para llorar con nosotros, cuando mi padre expiró.

Entonces sucedió algo que a todos nos dejó atónitos, suspensos. Marcela, aquella muchacha tan dulce, tan modosita; aquella niña que, por su carácter tímido y apocado, parecía incapaz de un impetuoso arranque, lanzó un grito desgarrador, y arrojándose sobre mi padre, se abrazó a él, bañándole el rostro de lágrimas y cubriéndolo de besos. Hoy pienso que mi padre, al exhalar el postrer suspiro, aún

debió escuchar aquel grito agudo y penetrante: tan simultáneo fue con la muerte.

La desesperación, el dolor de Marcela era tan terrible, que hube de dar treguas al mío para atenderla a ella. A viva fuerza, entre D. Nicolás y yo, logramos arrancarla del cadáver. Abrazose a su madre, y entre convulsivos sollozos, la oí que decía: «No ha muerto, madre, no ha muerto; dígame que duerme... que no ha muerto...».

Separose bruscamente de su madre, y corriendo hacia el lecho en que reposaba mi padre, cayó de rodillas, llorando nerviosamente, mientras besaba una de aquellas manos que con tanta veneración besara en vida. Al quererla yo retirar de aquel sitio, se desmayó en mis brazos. ¡Pobre ángel! No en balde era para mi padre como una hija; si lo hubiera sido verdaderamente, no hubiera expresado más grande ni más verdadero dolor. De tal manera se agigantó su infantil figura ante mis ojos, que llegué a sentir por ella adoración... ¡Mi pobre hermana!

Procediose a las operaciones necesarias en tales casos. Se vistió a mi padre, y un mozo fue con un carro a la capital para traer lo necesario al sepelio.

Don Senén, el cura, mi maestro de latín, después de haber atendido a mi padre todo lo que la enfermedad había permitido, desvivíase por evitarme a mí, después, todos cuantos actos dolorosos podía. Ni a él ni a D. Nicolás pude pagarles lo que por mí hicieron. ¡Nobles y santos varones, que ya no existen!

Marcela, una vez repuesta de su desmayo, volvió junto al cadáver de mi padre.

Todos temimos la repetición de las escenas anteriores; pero no fue así: vuelta a su natural estado, estuvo tranquila y serena; nadie que no la hubiera visto hubiese creído en sus anteriores bríos. Solamente sus bellos ojos dejaban traslucir el inmenso dolor de su alma. No hubo medio de separarla de mi padre. Cuando ella creía que no la veíamos, se levantaba de su asiento, le besaba las manos y volvía a sentarse.

¡Qué consuelo tan grande fue para mí su amorosa actitud! ¡Quién hubiera podido suponer que en el corazón de aquella niña había un tesoro tan grande de cariño!

Pasé la noche de un lado para otro, anonadado, sin querer darme cuenta de la magnitud de mi desgracia: me parecía un sueño, una pesadilla que habría de desvanecerse al llegar el nuevo día. Todos velamos.

Marcela, de cuando en cuando, se acercaba a mí, y con voz suplicante, me pedía que me echara a descansar un poco.

Una de estas veces, sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas y que mi corazón era chico para contener el cariño y la gratitud que yo sentía por Marcela, la estreché fuertemente entre mis brazos y besé su frente virginal: era la primera vez que yo la besaba desde que, dejando de ser niña, se hizo mujer.

Verificose el entierro de mi padre. Marcela echó conmigo el primer puñado de tierra sobre la caja; una vez cerrada la sepultura, ella la cubrió de flores.

Al salir del cementerio sentí envidia del muerto: él, al dejarme, iba a reunirse con mi madre; yo quedaba completamente solo.

Nuestro regreso a casa fue tristísimo.

Cayeron los lutos sobre nosotros; con ellos dábamos aspecto más lúgubre a la

Padruca. Huyendo los unos de los otros, más que seres humanos, parecíamos almas en pena que vagaran por aquella silenciosa mansión purgando culpas pasadas. No hablábamos sino lo necesario, y nuestros actos más parecían consecuencia de un impulso adquirido que manifestaciones de la voluntad imperante.

Marcela, sin abandonar los quehaceres de la casa, parecía un pajarillo atontado. Hasta los mismos animales procuraban huir de la corraliza, donde algunos, como las gallinas, parecía que recibían de mala gana el alimento de otras manos que las de mi padre.

Ya no se volvieron a escuchar las dulcísimas canciones de Marcela... ¡Todo enmudeció!

El mes de noviembre despojó de las hojas a la mayoría de los árboles; el valle perdió sus más bellas tonalidades; los pajarillos se alejaron en busca de más cálidas temperaturas... Un día, el cielo amaneció plomizo, amenazador; la mar, encrespada, revuelta; retumbó un trueno espantoso; un rayo cruzó el espacio; la tormenta se desencadenó con furia sobre *Santa Felicina*, llevando a nuestros abatidos ánimos el decaimiento más enorme.

Mes y medio había transcurrido desde el fallecimiento de mi padre. Inducido por los consejos de D. Nicolás y de D. Senén, amén de los que Marcela y su madre me daban, hube de entrar en razones conmigo mismo, para hacerme comprender que era locura dejarse dominar por aquella pesadumbre; que era preciso hacerse fuerte y sobreponerse a tan tremenda abdicación de la voluntad. Lo que a mí me sucedía, patrimonio era de todos los mortales. Continuar en aquella actitud era hasta ofender a Dios, según decía D. Senén, pues era protestar de sus designios. Resolví, pues, mi regreso a la corte, pensando que así me sería más fácil rejuvenecer mi espíritu. Antes de marchar, Marcela me pidió permiso para convertir en jardín parte de la huerta. Cuando le pregunté el objeto de tal idea, me respondió *que no debíamos tener que comprar flores para papá*.

Aquí debo advertir que mi madre había muerto siendo Marcela muy niña, y que, por lo tanto, no debe extrañar su preferencia por mi padre. No por eso dejaba de quererla; antes de morir mi padre y después, nunca dejó de cuidar su sepultura y de llevarle flores.

Díjele que hiciese cuanto quisiese; que, siendo mi hermana, era dueña como yo de la casa.

Regresé a Madrid, e imprimí a mi vida una actividad que yo creí sería suficiente para que mi pensamiento no tuviera lugar de sumergirse en sus negras ideas; pero todo fue inútil. Mi profesión me ocupaba muy pequeña parte del día, ya que los enfermos no eran muchos. Como único punto de recreo me permití frecuentar el Círculo. Reina no estaba en Madrid; los demás amigos no me interesaban gran cosa; su conversación, versando casi siempre sobre asuntos triviales, me disgustaba y me aburría. Los días se sucedían con una monotonía desesperante.

Mi carácter se hacía cada vez más reservado, y la soledad me atraía de un modo

irresistible. Era mi único placer reconcentrar mi imaginación y evocar las imágenes de los seres queridos. Hablaba con mi padre, pensaba, sin poderlo remediar, en Carmen, y, cuanto más lo hacía, más lejos la veía de mí... ¡Qué largo se hace el tiempo cuando se va contando minuto a minuto, segundo a segundo, con el pensamiento puesto constantemente en una idea que la memoria recuerda, o en una imagen que el cariño dibuja...! Y tan largo se me hacía a mí, que, al evocar el recuerdo de Carmen, me parecía hallarme en la senectud y evocar recuerdos de mis juveniles años.

Dueño ya de la fortuna de mi padre, llegué a pensar que, si yo viera a Carmen, desaparecido el obstáculo que ella veía en él, accedería a mis deseos; pero este pensamiento pronto me hizo reír: mi renta, suficiente para que yo viviera con holgura, no alcanzaría siquiera para el gasto de perfumería de aquella mujer.

Necio de mí, no acababa de convencerme de que Carmen comulgaba en el dogma *naranjista*: el amor es muy bello entre blondas y sedas; el «contigo pan y cebolla» estaba relegado al olvido.

De tal manera llegó a ensombrecerse mi ánimo, que un día, sin previa madurez de la idea, hice el equipaje y tomé el tren para mi pueblo: aquel pedazo de tierra empezaba a *tirarme*, como a mi padre.

Mi regreso causó no poca alegría. Indudablemente, si yo me sentía muy solo en Madrid, a Manuela y a Marcela les sucedía lo mismo en la *Padruca*; y es que mi padre, en vida, aun estando lejos de nosotros, nos acompañaba a todos... ¡Hermosa misión confiada por Dios tan solo a los buenos!

El estudio, los largos paseos que, tanto por mar como por tierra, daba en compañía de D. Nicolás o de D. Senén y, sobre todo, los cuidados, las múltiples atenciones de Marcela y de su madre fueron devolviéndome a una tranquilidad desde hacía mucho tiempo no sentida.

Llegó Nochebuena, aquella noche que mi padre se proponía, tan alegremente, que pasáramos juntos... Quieras que no, obligué a Marcela y a su madre a que cenaran conmigo: eran mi única familia, ya que mis tíos estaban tan lejos. El alma de mi padre parecía flotar en el ambiente, rodeándonos a los tres y bendiciendo aquella cena, durante la cual no dejamos de hablar de él, recordando dichos y hechos suyos.

Las obras de la casa de mi tío estaban terminadas, y así se lo escribí. Me contestó que en el próximo verano irían a tomar posesión de la *nueva* casa: nueva, en verdad, había quedado la *Padruca chica*.

La idea de no volver a Madrid empezó a bullir en mi cerebro. Agrandaría y completaría el laboratorio y me entregaría de lleno a mis estudios. No necesitaba de mi profesión para vivir, y bien podía realizar mis ensueños de estudiante. Pensé levantar el piso que tenía en Madrid; mas esto lo dejé sin resolver, al pronto.

XVIII

A primeros de junio entraron triunfalmente en *la Padruca chica* mis tíos y mi prima. ¡Adiós mi tranquilidad!

Mi tía no cesaba de lamentar que mi padre hubiera muerto cuando ellos podían haberle hecho tanta compañía; mi tío a todo decía que sí y todo lo encontraba bien; mi prima, por el contrario, desde que en la estación se apeó del tren, no cesó de poner inconvenientes a cosas y personas. Según ella, las obras realizadas en la casa, con arreglo a un plan trazado e ideado por mi padre, no tenían *lógica*; en mi casa tampoco encontró nada de su gusto, y todo estaba fuera de la *lógica*. Las alcobas, que estaban en el principal, era *lógico* haberlas puesto en el bajo, y, *por la misma razón*, las habitaciones que estaban en el bajo, era *lógico* que estuvieran arriba. ¡Cristo! qué primita.

Miró despectivamente a Marcela, que tampoco era *lógico* que fuera desnuda de pie y pierna, y creo que no contestó al saludo de Manuela. Tanto esta como su hija otorgaron a mi prima, desde el primer momento, *todas sus simpatías*. Acostumbradas a mi trato cariñoso, poco faltó para que se echaran a llorar al ver el desdén de mi *muy amada* prima...

Mi tío, como ya he dicho, todo lo encontraba de perlas, como no fuera la barbaridad de ir a meterse en un pueblo, habiendo un Madrid tan hermoso.

Disimulando el disgusto que ello me producía, atendiles cuanto fue menester durante los primeros días de su residencia en *Santa Felicina*: comía con ellos, casi a diario; acompañábales a paseo para que conocieran todos los bellos lugares, que tanto abundaban en los alrededores; lleveles hasta *Rodaleda*, aldea situada al otro lado del *Padruco*, y en la que ya se empezaban a levantar preciosos hoteles, que profetizaban el nacimiento de una nueva estación veraniega; puse a su disposición mi pequeño balandro, único que mereció la aprobación de mi prima Adriana, y en él dimos algunos paseos. Algunas noches que cenaba con ellos, después hacíamos música. Yo no había vuelto a poner las manos en el piano desde que dejé de ver a Carmen; aquellas sesiones reavivaban mis dormidos recuerdos.

Mi prima tocaba muy bien; y al decir que tocaba muy bien, ha de entenderse que tenía una gran ejecución, porque, en cuanto a las demás condiciones que el arte requiere, mi prima era una nulidad: Adriana no tenía corazón, no sentía el divino arte; sus dedos eran palos que se movían con exactitud matemática, impulsados por resortes; no eran tales dedos que sirvieran de medio para exteriorizar el sentimiento de los sonidos.

No viendo tocar a mi prima, creeríase que se oía tocar una moderna pianola.

Con todo y con eso, al oírle alguna obra, tal como el vals *Pienso en ti*, que yo tocaba en casa de Carmen, me hacía experimentar hondísima emoción... ¡Ah, mi

Carmen adorada...! «Pienso en ti».

Sí: por mucho que yo hiciera y aunque ello fuera más tranquilamente, no dejaba de pensar en ella.

Una vez cumplida mi misión de enseñarles cuanto en el término de *Santa Felicina*, había digno de ser conocido, fui retirándome a mi antigua vida; mas de poco me valió: mi prima, unas veces con su madre y otras sola, iba a mi casa todos los días, con gran disgusto de Marcela y mío, que así me veía privado del placer que hallaba en el estudio y en el aislamiento; y mucho más que ver alterados mis hábitos y costumbres, me molestaba el creciente desdén con que Adriana trataba a Marcela. Veía lo que sufría la pobrecilla, y aquello me ponía de un humor endemoniado.

Cierta mañana en que mi tía y mi prima, abandonando su casa, fueron a poner en orden la mía, según decían ellas, Adriana, como siempre, encontró mal todo lo hecho por Marcela; esta se hallaba en el *Padruco* lavando ropa, como era su gusto y tenía por costumbre, en un límpido arroyo que por él corría.

Aquella mañana, Adriana tuvo frases más desdeñosas que nunca para la pobre niña.

—La verdad es —decía con el tono ampuloso que usar solía—, que no comprendo la preponderancia que aquí tiene esa chicuela; según he visto, se toma más confianza de la debida en una criada.

—Te equivocas, Adriana —repliqué haciendo todo lo posible para que mi lengua no hablara más de lo que yo quería—; Marcela no es aquí una criada; es mi hermana.

Adriana se echó a reír, fingiendo tan mal su hilaridad, que, a su lado, la cómica más detestable hubiera resultado una eminencia.

—¿De qué te ríes? —pregunté, sin que aquella risa me causara molestia alguna.

—¿De qué quieres que me ría? ¡De ese parentesco!

—Pues perdona que te diga que no veo en él motivo de risa. Si mi padre consideró a Marcela como una hija, ¿es mucho que yo la considere como una hermana?

—Tu padre y tú procedisteis muy de ligero al otorgar tal parentesco.

—¿Por qué?

—Porque para eso debíais haber contado antes con el resto de la familia: no creo que tú, por lo menos, me causes la ofensa de igualarme a ella, haciéndomela reconocer por prima.

—Estás en lo cierto: ni se me ocurrió la idea de comparar a una mujer como tú, con una chiquilla como Marcela.

—Si al menos tu hermana fuera un poco más decente... Pero mira que tener una prima que va descalza...

Una oleada de sangre me subió a la cabeza al oír lo dicho por Adriana. Comprendí que la conversación tomaba un sesgo muy peligroso, y cambié el giro de la misma.

—¿Y el tío? —pregunté aparentando indiferencia.

Adriana, que sin duda esperaba la respuesta a sus agresivas palabras, quedó desconcertada algunos momentos; pero rehízose en seguida, y secamente me contestó:

—Se fue a pasear por el monte.

—Tu papá lo entiende.

Adriana, sin prestar atención a mis palabras, con lo que pretendía pagar mi anterior desdén, llamó a su madre, ocupada en atormentar a Manuela, diciéndole cómo se hacía tal o cual cosa en Marsella, y, despidiéndose de mí, se alejaron.

Las palabras de Adriana mordían en mi corazón como víboras. Púseme a pasear por la corraliza, con gran desasosiego, deplorando con toda mi alma no haberle dicho a mi prima cuatro verdades bien dichas. Una mujer como ella no tenía derecho al respeto, a la galantería debida a su sexo: mi prima no era una mujer, era un mal bicho. Yo no debía haber consentido que ofendiera a Marcela...; no debía haberlo consentido de ninguna manera... ¡Pobre niña!... ¡Que iba descalza!... Ella lo quería así; esa era la costumbre del país... ¿Cuánto no habíamos luchado para que dejara tal costumbre?... Por lo demás, todo el dinero que yo tenía era suyo.

Embebido en estas ideas me hallaba, cuando a la parte de fuera de la corraliza sentí la juvenil y fresca risa de Marcela, y la voz de un hombre que con ella hablaba.

A poco, aparecieron Marcela y mi tío. Entre los dos, llevándolo cada uno por un asa, conducían un cesto con la ropa que Marcela había lavado.

—¡Pero tío...! —exclamé.

—Mira, Carlos —dijo Marcela—; no he podido conseguir que me dejara traer el cesto en la cabeza, como siempre.

—Pues no faltaba más. Un caballero como yo, no podía consentir que una muchacha tan linda fuera cargada como un gañán.

—Si esto no pesa nada —replicó Marcela cogiendo el cesto y llevándolo al otro extremo de la corraliza, donde ya Manuela había dispuesto cuerdas para tender la ropa.

—¿Cuándo va usted a tener formalidad, tío? —dije yo, olvidándome de mi disgusto y riendo al ver su cómica actitud.

—Cuando sea viejo, sobrino; cuando sea viejo. Tú comprenderás que, porque al Estado le haya dado la gana de jubilarme, no voy a considerarme viejo; me falta mucho para serlo. Me fui a dar un paseo por el monte; sentí una preciosísima voz de mujer que cantaba, y me acerqué, no por nada, como tú puedes comprender, sino por curiosidad de ver en qué rama se posaba aquel ruiseñor... y me encontré con Marcela. Me senté al otro lado del arroyo, frente a ella... y allí hemos estado charlando hasta que terminó.

—Sí... charlando; usted es el que ha charlado diciéndome muchos embustes —dijo Marcela atravesando frente a nosotros y dirigiéndose a tender la ropa.

—¿Embustes yo?

—Sí, sí. ¿No es embuste, y bien grande, decirme que si soy bonita y que si fue y

que si vino?

Marcela, echándose a reír, se fue corriendo a donde el cesto se hallaba; mi tío se puso colorado como un pimiento.

—¡Pero tío... pero tío!...

—Hombre, no creo que haya delito en decir la verdad... ni creo que por ello se deba tomar el rábano por las hojas. ¿Que es bonita le dije? Pues me quedé corto: ¡es divina!

»Si Fidias, Praxiteles, Mirón, Alcámenes y Scopas resucitaran y la vieran, tendrían que morir de vergüenza al considerar que todas las maravillas artísticas que salieron de sus manos, no fueron tales maravillas, sino pucheros de Alcorcón.

»¡Qué brazos!... ¡Qué garganta! ¡Qué senos!... que pude entrever por su desabrochada chambra, ¡y esto no es culpa mía!... ¡Qué mujer, chico, qué mujer!... ¡Y que tú te pases la vida descubriendo microbios!

—Tío, usted disparata.

—¡Qué he de disparatar, hombre; qué he de disparatar!... Mírala: mira que arranque más fino, más elegante de pantorrilla. Mira su busto cuando levanta los brazos para colgar la ropa; mira esa garganta, cuando echa la cabeza hacia atrás. Pero ¡qué vas a mirar, si siendo médico no te has enterado de que tenías cataratas!

Mi tío hablaba sin dejarme hacer objeción alguna.

—Suponte tú esa pierna cubierta con una buena media de seda, de hilo... si quieres; hazme el favor de figurarte que ese pie tan chiquitín, con ese empeine tan alto, está calzado con un lindo zapatito de charol... de tafilete... de becerro, si no quieres gastar tanto; ten la amabilidad de sustituir esa chambrilla, aunque no sea más que un momento, por una blusa bien hecha, y esa falda por otra mejor y bien cortada; imponte el sacrificio de que hagan la blusa un poco escotadita para que se vea el blanquísimo nacimiento de la garganta; tómate la molestia de llevar a Marcela a casa de una peinadora... o trae la peinadora a casa... o déjala con esas mismas trenzas colgando, y... o no hay Dios y yo soy un imbécil, o tú tendrás que confesar que en tu vida has visto una criatura más linda, más hermosa, más hechicera... ¡La cabeza me corto yo si no lo confiesas!

El calor descriptivo de mi tío me sugestionó de tal manera, que, sin yo poderlo evitar, imaginativamente, hacía cuanto iba diciendo, y juntos llegamos al final de la completa transformación de Marcela... ¡Verdaderamente, quedaba hermosísima!

Cuando mi tío se marchó, jurando y perjurando que hay juventudes muy mal empleadas, aún me duraba la impresión que su discurso me causara. Me senté y seguí contemplando a Marcela, en tanto que duró el tendido de la ropa. Aún descubrí en ella más encantos que los enumerados por mi tío. ¡Qué gracia en sus movimientos, qué maravillosa flexibilidad la de su talle, qué manos, a las que solo faltaba verse libres del agua y de la rudeza de ciertos trabajos, para quedar convertidas en las finas y delicadas de una princesa, de una reina...!, ¡de un hada! ¡Qué preciosa tonalidad de color la de su abundantísimo pelo!...

Manuela había salido a la corraliza y ayudaba a su hija.

Pensativo quedé algunos minutos... ¿Cómo era que habiendo siempre encontrado hermosa a Marcela, no me había fijado nunca en los detalles de su hermosura? ¿Acaso en aquel momento la miraba de otra manera que como la había mirado antes? No lo sé.

Próxima a terminarse la tarea que las ocupaba, me levanté y fuíme hacia ellas.

—Oye, Manuela —dije—: ¿no hablabais la otra noche de que Juanita, la hija del tío Ramón, se quería poner a servir?

—Eso dice.

—Quiere irse a la capital —agregó Marcela.

—Pues mira: no hace falta que se vaya a ningún lado; si quiere, puedes decirle que, desde mañana, venga aquí, a casa.

Quedáronse madre e hija mirándome, como si no me hubieran comprendido.

—¿Aquí? —dijo, al fin, Manuela.

—Sí. Aquí... aquí...

—Pero... ¿para qué queremos aquí a la Juana?

—Para que haga todo lo que no quiero que continúe haciendo Marcela.

Esta abrió desmesuradamente los ojos y puso tal cara de angustia, que no parecía sino que yo la echaba de casa; no menos espanto se dibujó en el semblante de Manuela.

A punto estuve de echarme a reír, al verlas en aquella tan dolorosa actitud.

—No hay por qué asombrarse tanto; no es ninguna cosa del otro mundo lo que digo. Es muy sencillo: no quiero que Manuela lave más ropa, ni friegue, ni se ocupe de menesteres por el estilo; por eso quiero que venga la Juanita. ¿Está esto claro?

—¿Y qué hago yo entonces? —exclamó Marcela, cuyos ojos se humedecían a impulsos de una emoción mal contenida.

—¿Qué haces tú? ¡Pues otras cosas que resulten más propias del papel que aquí representas! ¿No eres mi hermana? Pues quiero que lo seas verdaderamente.

Sentose Marcela en una gran piedra, que de banco hacía, y con el pañuelo enjugó las lágrimas, que ya no pudo contener.

—Pero ¿por qué lloras? ¡Tiene gracia!... ¡Pues vaya un motivo para llorar!

—Si no lloro...; es que...

—Es que... ¿Qué es... lo que es?

Manuela, sin despegar los labios, dábale vueltas y más vueltas a su mandil, al que planchaba pasando alternativamente sus manos de un extremo a otro del mismo.

—Y no es esto todo.

Un tiro no hubiera sembrado mayor pánico en una bandada de gorriones que el que aquellas palabras causaron a la madre y a la hija. ¡Con qué caras de terror me miraron! Yo, sin darme por entendido, continúe:

—Mañana, en el tren de las once y cinco os vais las dos a la capital.

—¿Para qué? —preguntaron las dos con viveza.

—Para que tu madre te compre ropa, medias, zapatos y todo lo que necesites. No quiero que vistas con tanta humildad, ni que vayas descalza y con las piernas desnudas... No, no me vengas con que es la costumbre del país en las muchachas como tú... Ni tú eres pobre... ni yo tengo nada que ver con las costumbres...

En la cara de Manuela leí que algo quería decirme, y no se atrevía, o no sabía cómo...

—¿También a esto tienes que poner reparos? —dije yo, para darle medio de romper a hablar.

—No es que yo tenga que hacer reparos... es que... ¡vamos!... es que Marcela... es Marcela y no puede ser más que... Marcela... Comprende que yo no voy a ser eterna; que ella se casará y que, al casarse, tiene que ser con uno de su clase... y que con eso que tú quieres hacer, que es lo mismo que hacerla una señorita, pues nunca tendrá novio...

—¿Casarse? ¿Tener novio? ¿Y para qué quiere Marcela tener novio? ¿Qué necesidad tiene de novio siendo una chiquilla? ¿Tú has pensado en tener novio?

Marcela, poniéndose muy encendida, negó vivamente con la cabeza.

—¿Lo estás viendo, Manuela?

—De todos modos, debes pensar que lo que quieres...

—Lo tengo bien pensado y no hay más que hablar: Marcela es mi hermana... y quiero hacer de ella lo que debe ser, lo que merece ser... lo que hubiera sido hace mucho tiempo, si no se la hubiera consentido, como niña mimada, hacer su gusto. ¿Te has enterado? ¿Sí? Bueno; pues ya lo sabes, Manuela: mañana os vais, como he dicho, y le compras todo lo necesario: y tú te compras también lo que sea menester, en consonancia a lo de Marcela.

Precisa advertir, para mayor claridad de mis anteriores disposiciones, que Manuela, desde que murió mi madre, perdió de tal manera el carácter de criada, que ni aún salario cobraba: ella tenía el dinero del gasto de la casa y de él cogía cuanto había menester: cuando se le terminaba pedía más, y mi padre se lo daba sin echar cuentas. Yo seguí la misma costumbre.

El salario de Manuela, mi padre, sin decir nada, lo fue guardando para dote de Marcela. Durante algún tiempo le imité en esta costumbre como en todas. Por la tarde, ya más sosegadas, Manuela gastaba bromas a Marcela, y aun esta hubo de decirme mientras me servía la cena:

—Ahora sí que me voy a conquistar el cariño de tu prima...

Aquella noche dormí mal: Carmen, Marcela y Adriana acudían a mi pensamiento sin que yo pudiera deslindar los campos en que cada una se agitaba, ni la idea que cada cual representaba en mi mente.

XIX

Verificose la transformación de Marcela. Su madre tiró cuanto pudo de la cuerda en las compras, con gran disgusto mío; pero, aun así, Marcelilla parecía otra. Aunque las nuevas ropas no excedían mucho en riqueza a las anteriores, si bien hay que tener en cuenta que las que lucía eran las de casa, es lo cierto que estaba monísima.

A juzgar por lo que ella decía, el traje que estaba haciéndole la modista era lindísimo. La pobrecilla, al principio, sufrió mucho con la opresión del calzado; pero procuraba disimularlo, para que yo no le gastara bromas. Pronto se habituó. Juanita fue a casa desde el día que yo mandé.

El asombro que el cambio verificado en Marcela causó a mi prima y familia, no es para descrito. Lo que yo disfruté viendo el gesto que puso el primer día que la vio, no puede nadie figurárselo.

En mi vida he visto más encogimientos de boca, más fruncimientos de cejas, ni más balanceos de cabeza.

Mi tío estaba encantado, y se pavoneaba de su éxito, como colegial con premio. Apenas salía de mi casa, lo cual me molestaba mucho, porque ya hasta él se me iba haciendo insoportable.

Marcela se transformaba rápidamente en una mujercita que en poco tendría que envidiar a muchas que se tenían por bien educadas. A ello contribuía no poco el cuidado que mis padres pusieron en que aprendiera algunas labores, amén de lo que se refiere a leer correctamente y a escribir con unas patitas de mosca, que, si no decían siempre lo que se propusieran, por mor de algunas faltas de ortografía, sí daban a entender lo que expresar querían. Tomada a mi cargo esta enseñanza, pronto corrigió Marcela su estilo y las más graves faltas ortográficas. En mi bolsillo tuve el gusto de llevar pañuelos bordados con cierta sencillez por ella. ¡Hermoso brillante, que Dios ponía en mis manos para que yo lo tallara!

Con Juanita a sus órdenes, los trabajos que hacía reducíanse a los propios de una señorita hacendosa. En el primer lugar de sus obligaciones puso el cuidado de mi ropa y de mis habitaciones; en esto, por nada del mundo permitía que nadie pusiera mano. Manuela conservó a su cargo la cocina y la alta inspección de la casa.

Al observar el cambio que aquella niña sufría, pensaba yo, con tristeza, en lo mal que el destino había encaminado mis primeros pasos en la vida. ¡Cuán feliz hubiera yo sido si Dios hubiese trocado a Marcela!... Vivir constantemente al lado de una mujer así; pensar en ella... trabajar para ella...

Mi amor por Carmen, que sufría alternativos períodos de calma y exaltación delirante, con tales ideas, entró en uno de estos de los más agudos.

Mi diario, aumentado frecuentemente de volumen, sufrió entonces un gran impulso. Lo que me sorprendió mucho es que en sus últimas cuartillas el nombre de

Marcela aparecía asociado y mezclado con ideas que no se referían a ella ni mucho menos. También observé que, algunas veces, de juicios formulados sobre Carmen, sacaba deducciones que a Marcela hacían referencia.

Una noche que me ocupaba en llenar cuartillas del diario, me sorprendió el día en esta tarea. Fatigado, calenturiento, me asomé a la ventana de mi cuarto para respirar el fresco ambiente del amanecer. Desde la ventana se veía la parte de huerta que mi hermana convirtiera en jardín. Marcela, todos los días, al amanecer, tenía costumbre de ir al cementerio a llevar flores a mis padres; flores que, gracias a ella, ya eran propias y no compradas. Cientos de rosales había hecho plantar.

La vi reunir un gran manojo de rosas y salir al campo; la vi atravesar la carretera y meterse en el valle; la vi caminar esbelta, airosa, ligera... Poco después salía yo de casa y marchaba tras ella. Cuando llegué al cementerio, acababa de colocar las frescas y lozanas flores sobre ambas tumbas. Empezaba a salir el sol.

Gran sorpresa demostró Marcela al verme; esto no es de extrañar, porque yo no iba nunca a visitar a mis padres en tales horas: el misterioso crepúsculo de la tarde érame más propicio para ir a ver a los muertos.

—¿Estás malo, Carlos? —me preguntó Marcela con manifiesta inquietud.

—No. He pasado la noche en vela, y, sin duda, mi cara refleja el cansancio producido por el insomnio. Desde mi ventana te vi coger las flores, te vi venir hacia aquí... y sentí deseos de seguirte...

—Tú tienes algo, Carlos... ¿No dices que soy tu hermana? Pues ¿por qué no me lo cuentas?

—Si no tengo nada, chiquilla.

—No me engañas, no; hace tiempo que yo te noto así... no sé cómo... No te he querido decir nada, para que no me echaras con cajas destempladas diciéndome que me metía donde no me llamaban...

—¡Qué tontuela eres!

Después de un momento de silencio, que parecía empleado por ella en meditar sobre lo que decir quisiese, exclamó:

—¿Por qué no te vas a Madrid?

—¿Que por qué no me voy a Madrid? ¿Tú quieres que me vaya?

—No, no; yo no quiero que te vayas; no quisiera que te fueses nunca.

—Entonces, ¿por qué me lo dices?

—¡Qué sé yo!... Allí te podrías distraer más... podrías tener novia...

—¡Para qué quiero yo novia!

—¡Miren qué tonto!... ¡Para casarte!... ¿No has tenido ninguna novia en Madrid?

—¡Ninguna!... ¡Vaya una pregunta!

—¿Ves cómo me engañas?

—¡Que no te engaño!

Marcela calló. Me pareció notar en ella la vacilación propia del que quiere decir una cosa y no se atreve. Viendo que seguía callada, y sintiendo comezón de preguntar

yo, a mi vez, hícelo así:

—Ya que tú estás tan preguntona, también yo quiero preguntar.

—¿Tú? —replicó Marcela con infantil sorpresa.

—Yo, sí señora; yo.

—Anda, pues pregunta, pregunta.

—Pregunto: y tú, ¿no tienes novio?

Marcela me miró con profundo asombro, como diciendo: «Hombre yo no esperaba que preguntaras eso», y después me contestó con acento de sinceridad:

—¡Yo!

—Tú, sí...

—¿Y para qué quiero yo tener novio?

—Para lo mismito que yo la novia.

—¡Ah! no es lo mismo. Tú eres rico, eres todo un señor médico, estás bien educado... eres...

Aquí se detuvo Marcela.

—Sigue, mujer, no te pares: ¿qué soy?

—Eres guapo.

—Ya me estaba faltando ese piropo. Pero si por eso es, más en lo justo está que tú tengas novio... ¿Tú sabes que eres muy bonita?

Marcela se puso como la grana. Me miró con atención, y levantándose, dijo:

—Anda, vámonos a casa, que ya es tarde y no te has desayunado.

—Bueno, vamos... Pero ¿por qué no respondes a mi pregunta?

—Porque no hace falta que te burles de mí.

—Ni me burlo, ni hay por qué —repuse poniéndome en pie y caminando junto a Marcela—. Tú eres muy bonita, y seguramente que algún pescador, algún aldeano, te habrá mirado con buenos ojos.

—No sé... no puedo decírtelo... Yo no los miro a ellos, así es que no puedo decirte en dónde ponen los ojos.

—Es decir, que tú no has pensado en tener novio.

—No. Además, ¿no me dijiste tú mismo el otro día que no me hacía falta tenerlo?

—Es verdad. Pero tú comprenderás que al corazón no se le manda, y... si hubieras sentido inclinación por algún hombre, creo que de poco serviría lo que yo te dijese.

—Pues te equivocas de medio a medio: yo no he de hacer nunca nada que no sea de tu agrado.

—Qué buena eres, chiquilla... De todos modos, es preciso pensar en que pudieras casarte...

—No te molestes en tales pensamientos: no me casaré. Yo no quiero separarme del lugar donde nací; yo no he de salir de la *Padruca*, y como mi marido no ha de ir a ella...

—¿Y por qué no? Todo se podría compaginar... ¿Qué dirías si yo te

proporcionara un novio, un marido que no te obligara a salir de la *Padruca*?

—¿Tú?

—¡Yo!

—Pues te diría que te lo guardaras... Pero ¿a qué vienes ahora con esas preguntas?

—Porque me interesa saber si quieres a algún hombre.

—A ti te quiero con toda mi alma... tonto.

Y como ya nos halláramos a la puerta de casa, Marcela cortó la conversación, echando a correr hacia la cocina.

Quedé en la corraliza, y me senté en un banco.

A los pocos momentos apareció Marcela, llevando una pequeña mesita.

—Te desayunarás aquí, ¿verdad? Con la brisa tan rica que el mar nos envía y el olor del monte, lo harás con más apetito.

Juanita, en una bandeja, llevaba el servicio. Marcela extendió la blanca servilleta sobre la mesa, que puso ante mí, y sobre ella colocó la jícara de chocolate, una jarrita con leche, pan y manteca...

—¿Ves qué pronto? Mi madre tenía preparado el chocolate —exclamó alegremente Marcela—. Cuando concluyas, te fumas un pitillo y te acuestas hasta la hora de almorzar...

Dicho esto, hizo ademán de alejarse.

—No, no te vayas, Marcelilla.

—¿Qué quieres?

—Que cojas esa silla —respondí señalando una próxima— y te sientes ahí, enfrente de mí.

—¿Con lo que yo tengo que hacer?

—Deja lo que sea, y siéntate.

Mientras así hablaba, cortaba yo pequeños trozos de pan, que untaba de manteca.

Marcela, cogiendo la silla que yo le indicara, la arrastró lentamente hasta la mesa y se sentó.

—Vamos, ya estoy... ¿Qué quieres?

—Quiero preguntarte una cosa.

—¿Más preguntas? Sí que se ha levantado hoy preguntón el niño; es decir, ayer, puesto que esta noche no te has acostado. Anda, anda... pregunta todo lo que quieras.

Me quedé mirando a Marcela; ella me miraba también, expresando sus divinos ojos la más inocente curiosidad.

—Figúrate tú, que yo pensara en casarme.

—¿En casarte?... ¿Ves cómo me has engañado antes?... ¿Tú ves como tienes novia?

—¡No tengo novia!

—¿Y cómo te vas a casar sin tener novia? —me contestó con alegres risas.

—Figúrate que yo siento deseos de crearme una familia, de rodearme de afectos,

de cariño...

Marcela se puso seria.

—Bueno, ya me lo figuro; ¿y qué?

—Si yo me casara, ¿querrías tú a mi mujer?

Marcela palideció intensamente, y su contestación se hizo esperar breves segundos.

—Si tu mujer te hacía feliz, sí la querría... Pero ¿cómo te vas a casar si no tienes novia?

—No la tengo; pero puedo tenerla, la tendré.

—¿Quién es?... Digo, te pregunto quién es como si yo pudiera conocerla.

—Es una lindísima muchacha que, como tú, tiene el pelo rubio y los ojos azules.

—¡Qué casualidad!... ¿Es rica?

—Es pobre. En su niñez iba descalza; hoy, aunque tampoco es rica, vive decorosamente... ¿Recuerdas tú algo de mi madre?

—Recuerdo que me vestía y me peinaba, como hacía contigo; que muchas veces me sentaba en sus rodillas, y, acariciándome y besándome, decía: «Pobrecita mía».

—Pues mira tú lo que son las cosas: lo mismo que mi madre hacía contigo, hizo con esta muchacha, cuando era niña, otra señora tan buena como mi madre.

Marcela me miró con fijeza un momento, y en seguida bajó los ojos. Yo había concluido el desayuno. Juanita se acercó en aquel momento y retiró el servicio y la mesita.

—Ven, acércate a mí y escúchame con atención, porque voy a formular la pregunta de que se trata.

Acercó su silla Marcela; cogile ambas manos y las acaricié. Respiraba ella afanosamente y estaba muy encendida.

—Mírame... así... No tan seria... sonrío como tú lo haces siempre... eso es... Díme: ¿quieres ser mi mujer?

Sentí que sus manos se quedaban frías y que temblaban. La sonrisa que momentos antes jugueteaba en sus labios trocose en angustiosa mueca de pánico, de terror...

Arrancó bruscamente sus manos de entre las mías y cubriose la cara con ellas...; la sentí sollozar.

La actitud de Marcela me dejó desconcertado.

—¿Por qué lloras? —dije atrayéndola hacia mí, y sentándola en el banco, a mi lado.

—Si no lloro —me replicó vertiendo un mar de lágrimas.

—¿Que no lloras? ¡Buena es esa! Pues a no hallarnos en el monte, ya estuviéramos anegados con tu llanto. De veras te digo que no comprendo tus lágrimas.

Manuela, que en aquel instante salía a la corraliza, al ver a su hija presa de tal desconsuelo, dirigióse precipitadamente hacia ella. Marcela corrió a su encuentro, y

echándole los brazos al cuello, ocultó el rostro en el hombro de su madre.

Confuso y casi corrido me hallaba yo, sin saber qué pensar, ni a qué atenerme.

Manuela me miraba como preguntándome la causa de aquel desconsolado llanto.

—No sé, Manuela, no sé... Hablábamos aquí Marcela y yo; le pregunté que si quería ser mi mujer, y se ha echado a llorar de esa manera que estás viendo.

Creí que a Manuela le daba algo.

—¿También tú? Pues no sé qué tiene de particular el que yo quiera casarme con tu hija.

Esta, al oírme, redobló su llanto.

—Pero ven acá, muñeca —dije, separándola de su madre, no sin cierto temor, pues firmemente llegué a creer que mi pregunta no había sido de su agrado—. ¿Quieres hacer el favor de decirnos por qué lloras?

Marcela, ocultando la cara con el pañuelo, hizo un movimiento de hombros, que quería decir: «No lo sé».

—Si eso es una broma de Carlitos, hija mía... ¡Qué tontina!

—No es broma, Manuela, no es broma; y como no lo es, quiero que Marcela me conteste. A un pretendiente, lo menos que se puede hacer es darle calabazas...

Suspendió Marcela su llanto, para trocarlo en risa, y volvió en seguida a cambiar la risa en lágrimas.

—Ea, deja que te veamos la cara —añadí, luchando con ella para descubrirla.

—Mírame, mírame y contesta.

En vano esperé su respuesta. Marcela, sin la defensa del pañuelo, sorbía sus lágrimas y me miraba atemorizada. Manuela parecía haber perdido el habla. Ya empezaba a irritarme aquel obstinado mutismo.

—Hijo mío, Carlos —dijo Manuela con un supremo esfuerzo para recuperar el don de la palabra—, no te incomodes; pero ni Marcela ni yo podemos decirte nada... ¿Qué te vamos a contestar? Ninguna de las dos podemos creer que lo que dices sea otra cosa que una broma.

—¿Y por qué ha de ser una broma? Marcela, hasta ahora, ha sido mi hermana; pero nada que no sea su voluntad se opone a que cambiemos el parentesco, y sea mi mujer, mi esposa. No tengo más familia que vosotras, ya que mis tíos es igual que si no los tuviera, ¿qué de extraño tiene que yo quiera crearme una familia real y verdadera? ¿Qué de particular hay en que yo, apreciando las bellísimas cualidades de Marcela, la haya elegido para el caso, seguro de que mi elección no es equivocada?

»Marcela, Marcelina —dije acercándome a ella y levantando con ambas manos su inclinada cabeza—: habla... y habla con el corazón; no temas perder mi amor de hermano, si para esposo no te agrado... Dime si me quieres o no.

—¡Sí te quiero!

—Pero... ¿me quieres para marido?

—Eso no es posible, Carlos: te olvidas de quién soy...

—Eres la criatura más buena y la más hermosa del mundo; eso creo, y por eso te

quiero para mí... ¿Qué me importa lo demás? Lo que me interesa saber es si tú comprendes que puedes cambiar tu cariño...

—No lo sé, Carlos: jamás había pensado que pudiera ocurrir esto que ocurre; nunca creí que pudiera llegar el caso de dejar el nombre de hermana, que tú, tan generosamente, me has otorgado... Yo no sé... No me pidas ahora tanto; déjame, deja que...

Nuevamente Marcela rompió a llorar con gran desconsuelo; pero esta vez, mis brazos fueron su refugio.

—No me dejes en esta duda, en esta zozobra; dime que me quieres, dímelo...

La voz de Marcela llegó hasta mis oídos como un susurro, como un rumor; fue un sollozo, que dijo quedo, muy quedo... «Sí».

La oprimí fuertemente contra mi pecho. Manuela tenía la cara enterrada en el delantal.

Al cabo, separando a Marcela de mí, enjuagué sus lágrimas.

—Se acabó el llanto, chiquilla bonita. Manuela, ven acá, acércate: te presento a mi futura, a la futura de D. Carlos Mangín.

—Hijo de mi alma, niño mío...

Marcela se abalanzó a su madre, y ambas permanecieron abrazadas largo rato.

Juzgué oportuno dejarlas solas, y subí a mis habitaciones. Cuando me asomé a una de las ventanas que daban a la corraliza, Marcela estaba sola y sentada en la silla.

La vi pasar el pañuelo por los ojos, la vi retirar de su frente el descompuesto cabello y la oí suspirar; al poco rato se levantó y, andando muy despacio, entró en la casa.

XX

Por la tarde, estando yo en mi despacho, mandé subir a Marcela. En pie, y recostado en la mesa, esperaba yo. Al presentarse, muy azorada, luciendo en sus mejillas el más vivo carmín y en sus ojos las señales de la llorina de por la mañana, adelanté mis manos en demanda de las suyas, que me entregó con gran temor, y la atraje hacia mí.

—Ven aquí, muñequita mía; ven aquí.

—¿Qué quieres?... ¿Para qué me llamas?

—Lo primero, para verte, que no parece sino que no te veo hace un año, y lo segundo, para...

—¿Para qué?

—Para hacerte un regalo.

—¿Un regalo?

—Sí, un regalo. Cuando se pide la mano de una muchacha, es costumbre hacer a esta un regalo, y yo no quiero faltar a esa costumbre.

—¿Para eso me llamaste? ¿Qué falta me hacen a mí regalos?...

Y como Marcela hiciese ademán de salir del despacho, retúvela oprimiendo sus manos.

—Espera, espera...

Abrí el cajón de la mesa, donde yo guardaba todas las alhajas de familia, y saqué un estuche que contenía un reloj y cadena de oro, de señora. Con gran curiosidad miraba Marcela lo que yo hacía.

—Pensé comprarte una joya; pero, como te conozco bien, sé que este regalo te será mucho más agradable que cualquier otro que yo comprara, y por eso lo he elegido.

»Mira: es el reloj y la cadena que usaba mi madre. ¿Te acuerdas, cuando eras chiquitilla, con qué religioso temor tocabas esta cadena y ponías esta alhaja en tus orejillas, para escuchar el ruido de la máquina?

»Mi padre se lo regaló a mi madre cuando se casaron; yo te lo regalo a ti hoy. Él sirvió para contar las horas de felicidad de mi madre; cuente ahora las nuestras... si es que yo sé hacerte feliz... Tómalo, tuyo es.

Y echándole al cuello la cadena que sujetaba el reloj, le entregué este.

Marcela, con verdadera unción, lo tomó en sus manos y, llevándolo a los labios, lo besó con amoroso respeto; después lo guardó en el seno.

—¡Gracias, Carlos! —me dijo con débil voz.

—Todas las alhajas de mi madre serán para ti, lo son ya; jamás creí que pudiera hallar un ser tan digno de ellas. Puestas en ti, aun creeré que ella las lleva.

Marcela inclinó la cabeza, y nada me contestó.

—Y ahora que mi señora Doña Marcela es propietaria indiscutible de ese reloj

bonito, vamos a otro asunto.

Marcela me miró con curiosidad.

—Sí, no me mires así: vamos a otro asunto muy importante. Es preciso que vayáis pensando en la boda y que echéis vuestras cuentas acerca de lo que os haga falta comprar, porque te advierto, niña mía... que tengo mucha, pero mucha prisa en poder llamarte mi mujercita.

Marcela se puso como una amapola.

—¿No me respondes?

—¿Qué quieres que te responda? Lo único que se me ocurre es que debes pensarlo bien, Carlos; que te tomes tiempo, para que luego no tengas que arrepentirte. Recuerda que... ¡ni aun padre tengo!

—Pues a mí, lo único que se me ocurre es mandarte a paseo, tontísima de todos los demonios.

Franca y juvenil carcajada de Marcela acogió mis palabras. Mirome con infinita dulzura y quiso huir de la habitación; y digo que quiso huir, porque, corriendo yo más que ella, la alcancé en la puerta y la detuve, cogiéndola por el talle...

—No corras, no corras; si aún falta otra cosa...

—¿Todavía más?

—Falta que me digas si me quieres mucho.

—¡Ni esto! —replicó Marcela, haciendo sonar una uña entre los dientes; y al mismo tiempo, escurriéndose de entre mis manos, con rápido movimiento, echó a correr saltando como una corza.

¡Qué bienestar tan grande el mío por aquellos días! Me parecía nacer a una nueva vida.

¿Es que el recuerdo de Carmen se había extinguido en mi corazón? No, por cierto; mas al pensar en ella, pensaba en algo que pasó para no volver.

La felicidad de Marcela no se vería turbada por esta causa. ¿Cómo dudar de que aquellos amores habían concluido para siempre?

Las páginas que yo llenaba en mi diario no eran otra cosa que las dulces impresiones del viajero que confía al papel sus recuerdos.

Poco después de Marcela, subió a mi despacho la madre. También esta me rogó que no me precipitara, que lo meditase con calma, que nadie nos corría...

¿Qué dirían en el pueblo? ¿Qué pensarían? Murmurarían que ellas me habían embaucado.

Estas reflexiones de Manuela, aparte de la honradez que revelaban, me hicieron reír. Demasiado nos conocían a todos en el pueblo, para que nadie pudiera pensar mal. Sobre todo, si pensaban, a mí eso me tenía completamente sin cuidado.

Insistí, pues, con Manuela en lo que ya le había dicho a Marcela, en la prisa para que arreglaran cuanto antes lo necesario para la boda; y como Manuela tratara aún de hacerme objeciones, concluí por mandarla a paseo, como había hecho con la hija; y como esta, la madre salió riéndose de mi despacho...

Cuando Marcela me sirvió la cena, que ni ella juzgaba que por ser mi prometida no debiera hacerlo, ni yo, aquella noche, quise privarme del placer de que lo hiciera, nos reímos como dos chicos con las bromas que le gasté. Desde el siguiente día, aunque para ello tuve que incomodarme, se sentaron a la mesa conmigo, y Juanita nos sirvió.

Concluida la cena, y no queriendo dejarlo para el día siguiente, me encaminé a la *Padruca chica*, con el fin de soltar la bomba, vulgo noticia de mi boda.

No me equivoqué en el efecto que la nueva había de causar en mi obesa tía y en mi espirituada prima, la empingorotada Adriana.

Mi tío se limitó a decir con voz campanuda: «Hombre... hombre»; pero mi tía y mi prima, ¡válgame Dios, lo que pudieron despotricar!

—Parece mentira que un muchacho como tú, a quien todos creíamos de gran talento, dé un paso como ese... sin consultar siquiera con la familia, sin contar con nosotros, sin pedir nuestra aprobación... No digo que hubiéramos ido a pedir la mano de esa chicuela; porque, aunque esto es lo que se acostumbra entre personas decentes, en este caso sería ridículo...

—Y tanto, querida tía; ni yo mismo la he pedido: me la he tomado.

—¡Qué bonito!... ¡Esto es increíble!

—¿Por qué?

—Porque... ¡vamos!... porque me parece que no se introduce, así como así, a una criada en el seno de una familia encumbrada.

Y mi tía, al decir esto, miraba a su marido, que nada decía, y a su hija, que asentía con fuertes cabezadas.

—Tenga usted en cuenta que no es una criada la que yo meto en la familia, sino una hermana...

—Peor que peor. ¿Qué dirán las gentes al ver que te casas con una hermana?... ¡y sin pedir nuestro consentimiento!

Dispensa, debió decir mi tía, que, a juzgar por su modo de hablar, se consideraba papa para resolver lo del parentesco. Conteniendo la risa que sus palabras me producían, hube de replicarle:

—Las gentes no dirán nada, toda vez que nuestro parentesco es puramente espiritual.

—Es un parentesco muy cómodo el parentesco espiritual —dijo Adriana, que reventaba por meter su cucharada.

La intervención de mi prima empezó a ponerme nervioso.

—No comprendo bien lo que quieres decir, prima.

—Que, después de todo, el casarte es lo mejor que puedes hacer, porque ese parentesco espiritual, a todas luces se veía que no era otra cosa que una pantalla; ahora, que no te alabo el gusto y que con ciertas mujeres no precisan ciertas reparaciones...

Al oír las venenosas palabras de mi prima, salté de mi asiento como si hubiera

sentido la mordedura de una víbora. Mi tío se puso muy colorado y extendió ambas manos hacia mí, como pidiéndome calma; pero no pude callar.

—Por mucho respeto que yo te deba, tanto por ser mujer, como por nuestro parentesco, no creo que deba llegar al extremo de que me permita consentirte ofender de la manera que lo haces a una niña que no tiene más amparo que el mío. Marcela es la mujer más pura y más honrada de la tierra; para mí siempre ha sido, porque de ello era digna, mi hermana, y si con ella me caso, es porque estoy seguro de no encontrar otra mejor para el caso. Para hacer esto, no necesito más consentimiento que el mío, y como yo me lo tengo concedido, me retiro de aquí lamentando la delicadeza que he tenido de venir a participar mi resolución.

Y sin aguardar respuesta, salí de la estancia en que nos hallábamos, pudiendo colegir, por los gritos que oí a mis espaldas, que mi tía y Adriana se desmayaban y que mi tío se volvía loco para atender a las dos... ¡Pobre tío!

Poco tiempo me duró el enfado que tal escena me causara. Sea porque algo parecido me esperara, sea por la poquísima importancia que a *familia tan encumbrada* diera yo, es el caso que, al llegar a mi casa y contarle a Marcela lo ocurrido, mi disgusto se trocó en risa.

—Ya ves tú: ¿qué vamos a hacer sin el consentimiento de familia tan encumbrada? Voy a comprarte unos zancos para que llegues a su olímpica altura.

Marcela, que al principio de mi relato había puesto una cara muy compungida, concluyó, al verme a mí reír, por imitarme.

Las relaciones con mis tíos, no hay para qué decir que se cortaron de raíz.

Marcela y su madre fueron un día a la capital para hacer algunas compras; pero tan descontento quedé de la modestia de aquellas, que decidí acompañarlas en los viajes sucesivos.

Encargué a D. Senén que arreglara nuestros papeles, y esta fue la primera muestra de aprobación que recibí por mi acuerdo.

¡Qué alegría la del buen sacerdote! «Ella te hará más feliz que cualquier otra de que te hubieras enamorado en Madrid. Déjame a mí, y no te ocupes de nada: lo civil y lo eclesiástico, yo lo arreglaré».

Santo y virtuoso hombre: cuando era joven me cristianó; siendo viejo, iba a casarme. Aún recuerdo el amor y la bondad con que me daba lecciones de latín y de historia, en mi niñez...

La primera vez que fui de compras con Marcela, ¡cuánto me pude reír! Todo le parecía carísimo y de un lujo inusitado... ¡Qué regañinas sosteníamos en las tiendas! Cuando le tocó el turno a la ropa blanca, había que ver su cara ante mis protestas por la pobreza de la que elegía.

«De lo mejor, chiquita, de lo mejor, ¿sabes? La ropa blanca, dentro de los límites que la honestidad señala, me gusta que sea todo lo mejor y lo más bonita posible».

Estos días fueron para mí verdaderamente deliciosos... ¡inolvidables!... ¡Mi Marcela!

Fijose la boda para fin de octubre, al cumplir el año de la muerte de mi padre. Aquel día fuimos juntos al cementerio mi novia y yo.

Por entonces recibí una tarjetita de mi tío, anunciándome que se iban a pasar el invierno a Madrid; que no se atrevía a despedirse personalmente de mí, por razones fáciles de comprender; pero que ese hubiera sido su deseo.

No los he vuelto a ver más. En el transcurso de los años, murió mi tío, primero, después mi tía.

Adriana, al llegar a cierta edad, como ya tengo referido, aceptó por esposo al único cuya bondad, por ser inagotable, era suficiente para aguantarla.

La *Padruca chica* fue recobrando paulatinamente el estado de ruina que antes tenía; hoy apenas quedan de ella los cuatro muros. Mis tíos no volvieron a vivir en ella nunca, y mi prima, ni aun en provecho del convento, ha vuelto a ocuparse de la desmantelada casa.

Aquella abandonada mansión no albergó nunca el amor, y por eso se derrumbó triste y solitaria... ¡Quién sabe si la mía, cuando yo muera, falta del cariño que tantos años se cobijó entre sus paredes, se derrumbe también y solo quede de ella el solar mudo y silencioso, por el cual extienda el bosque sus ramificaciones, borrando toda huella de un pasado de felicidad... y de un presente el más amargo que se conoce...! Pero no; la *Padruca* no tendrá tan triste fin; cuando yo falte recibirá su destino, en el que se empleará todo mi capital: los escritores pobres y enfermos podrán recuperar en el saludable valle de *Santa Felicina* la salud perdida; la *Padruca* los albergará dulce y amorosamente...

XXI

Dos años hacía que Marcela y yo nos habíamos casado. Monótono sería el relato minucioso de mi vida en ese tiempo. Tranquila felicidad: he ahí todo. Sin embargo, antes de referir lo que a este capítulo concierne, quiero, aunque sea a la ligera, dar algunas noticias de ese período de mi vida.

Unidos en santo lazo, salimos de la *Padruca* para realizar un largo viaje; este viaje fue para ella como un sueño. ¡Deliciosa criatura! Ella, que nunca había salido del valle, donde naciera, más que para ir a la capital de la provincia, y esto en contadas ocasiones, sentía verdadera admiración por cuanto veía.

Nuestro viaje de novios guardó, poco más o menos, el mismo itinerario que yo había seguido en el que hice al terminar la carrera.

Parecíamos dos chiquillos que hubiéramos cometido la diablura de escaparnos de casa. Nadie hubiera notado cambio alguno en nuestro modo de ser.

¿Es que no había brotado en nuestros corazones el sentimiento del amor en su significado pasional? No lo sé. Cierto que yo hacía miles de caricias a mi esposa; cierto que ella las recibía con gran alegría; pero las recibía cobijada, acurrucada en mis brazos, y rarísima vez correspondía a ellas, como no fuese a instancias mías.

Ni un solo momento vi en ella el apasionado arranque de la mujer enamorada. ¿Es que no lo estaba? ¡Locura fuera el dudar! Pero como es el caso que antes de casarnos también me quería, y mucho, de ahí que, al no exteriorizarse la pasión propia de una esposa, yo no hallara gran diferencia entre su amor de antes y el de entonces.

En cuanto a mí, solo puedo decir que cada día estaba más contento de haberla hecho mi mujer; que los días se deslizaban de una manera encantadora y apacible a su lado, y que nunca había sentido un bienestar tan grande como el que entonces disfrutaba.

Notaba yo, con gran satisfacción, la facilidad con que Marcela se adaptaba al medio en que vivía; un don admirable de asimilación, hacía transformarse insensiblemente, apropiándose cuanto de bueno, en habla y modales, observaba en los demás. Con tales condiciones, pronto se convirtió en una perfecta señora.

Su hermosura era espléndida. Sus nuevos trajes, sus sombreros, del mejor gusto; su figura gentilísima, airosa, y su gracioso andar, hacían de ella una mujer interesantísima.

Cuando, terminado el viaje, regresamos a la *Padruca*, Manuela, mamá Manuela, como yo la llamaba, no se hartaba de mirar a su hija, y de llorar a moco tendido. ¡Qué alegría la suya cuando le hicimos entrega de los innumerables regalos que le llevamos! ¿Y D. Senén? Afirmaba rotundamente que aquella Marcela no era la misma con la que él me había casado. Según él, yo era un mal hombre que había

abandonado a mi esposa por otra mujer...

Todos nuestros esfuerzos para llevarnos a Madrid a mamá Manuela fueron inútiles.

«Ella no quería abandonar la *Padruca* ni la tierra donde nació. Además, si ella se iba con nosotros, ¿quién iba a cuidar de la casa y de llevar flores a mis padres?».

Permanecimos en el pueblo una larga temporada y después emprendimos el viaje a la corte.

Yo quería ejercer mi profesión, trabajar, ganar dinero; acrecentar mi capital, para poder rodear a Marcela de toda clase de comodidades, y para asegurar el porvenir... *de lo que viniese*.

Habiendo conservado mi piso de la calle del Príncipe, en él decidimos instalarnos. Se conservaron todos los muebles que habían sido de uso particular de mi padre, y en los demás se hizo, por mi gusto, que Marcela no quería, una completa renovación.

¡Pobrecilla, cómo lloraba al recordar a papá en aquella casa...!

Normalizose nuestra vida. Frecuentamos los teatros y, si he de ser franco, que sí lo he de ser, nunca *dejaba yo de pasar revista a los palcos*... Mi diario, unas veces más, otras menos, nunca dejaba de aumentar con algunas cuartillas.

Concurrí al Círculo; reanudé mis viejas amistades y recuperé parte de mi antigua clientela.

Extrañándome no ver a Reina, pregunté por él, y me dijeron que estaba bastante enfermo y que ya llevaba cinco o seis meses en sus posesiones de Extremadura, atendiendo al restablecimiento de su salud.

También he de confesar que pasé por delante de la casa de Carmen. Los balcones tenían las persianas cerradas y todo hacía presumir que el dueño del cuarto no lo habitaba... ¿Y quién era el dueño? ¿Seguía ella viviendo allí? Tal curiosidad me entró—curiosidad la llamaba yo entonces—, que un día mandé a un chico del Círculo a preguntar en la portería.

El botones me llevó la respuesta de que la señorita estaba en el extranjero.

¡Viajaba! ¡Bah!... el querer saber si estaba en Madrid no era más que pura curiosidad... ¿Qué me importaba a mí el lugar donde se hallara?

Mis visitas al Círculo fueron distanciándose cada vez más. Yo fui allí creyendo que me distraería... y resultó que no, que me aburría.

Feliz era yo en la nueva vida, pues, no obstante el fondo de amargura que en mi corazón había, sin olvidar por completo a Carmen, amaba tiernamente a Marcela. Seguramente que alguno de mis lectores sonreirá desdeñosamente, pensando que ninguno de estos dos afectos podía ser sincero... Dueño es cada cual de pensar como quiera; yo, por mi parte, solo puedo decir que tan distintas eran las sensaciones que en mí causaban aquellas dos mujeres, que jamás pensé ofender a la una amando a la otra. Del modo tan distinto que yo juzgaba a Carmen y a Marcela y, por lo tanto, del amor que cada una me inspiraba, podrán dar idea las siguientes líneas, que copio de mi diario:

Escribía yo: «Carmen es la mujer impulsiva, apasionada, vehemente; Marcela, la mujer tímida, dulce, retraída, metida en sí misma e incapaz de exteriorizar sus pasiones. Carmen es el ave de alto vuelo que, al coger la presa, se eleva con ella hasta alcanzar las grandiosas alturas del águila; Marcela es la mariposa que nunca eleva su vuelo más allá de la altura de las flores. Aquella, al traspasar las nubes, siéntese desfallecer y desciende con la velocidad del rayo, estrellando su presa y estrellándose ella misma; esta, no traspasando nunca los límites racionales, no teme el vértigo. Manifiéstase el amor de Carmen por la exteriorización de su rica sensibilidad y por el empuje de sus avasalladoras pasiones; el de Marcela se oculta, y dase a conocer tan solo por sus bellos efectos; y así como Carmen anhela que quien le profese amor sepa sembrarle el camino de flores, Marcela, anulándose a sí misma, solo ansía sembrarlas en el del ser amado».

Hasta aquí la copia de mi diario.

En el transcurso de estos dos años, mi clientela había aumentado bastante.

Tranquilo y feliz me dirigía una tarde por la calle del Arenal hacia la plaza de Oriente, cuando hete aquí que cae sobre mi hombro una pesada mano que, agarrándome fuertemente, me hace girar en redondo sobre mis talones. Al mismo tiempo me sentí oprimido por unos brazos contra un voluminoso cuerpo.

—¡Reina! —exclamé.

—Picarán..., ¿qué es de su vida, hombre; qué es de su vida?

—Pregunté por usted en el Círculo, y me dijeron que lo frecuentaba poco; que, por aquel entonces, se hallaba usted en Extremadura.

—Sí, señor, sí: comiendo bellota..., que es lo que uno debía haber comido siempre. ¿Quiere usted que entremos a tomar una cerveza aquí, en Levante, o lleva usted prisa?

—Voy a visitar a un enfermo; pero, como quiera que no se trata de nada grave, podemos entrar.

Gran alegría me causó el hallazgo de mi amigo, porque supuse que de lo primero que me hablaría sería de Carmen; pero no fue así.

Noté que Reina estaba aviejadísimo; su paso era tardo y pesado.

Sentados ante una mesa, uno frente a otro, y servida por el camarero una botella de cerveza del Mediterráneo, reanudamos la conversación, empezando él a hablar.

—He sabido que se ha casado usted y que es muy feliz; que el casorio ha sido un poco romántico, novelesco: un muchacho joven y rico que desciende hasta la mujer pobre y modesta... Bien..., bien... ¿Y le han dado toda la novia o la mano solamente?

—Toda, toda la novia, amigo Reina —repliqué riéndome de buena gana, al recordar análogas palabras que mi amigo pronunciara en otro tiempo.

—¿Y es usted feliz... completamente?

—¡En absoluto!

—¡Hum...! Porque me lo dice usted lo creo.

—¿Tan mal concepto tiene usted formado de las mujeres?

—No es que las tenga en mal concepto, precisamente, no señor...; yo sé que sin ellas no se puede vivir...; pero es que las pobrecillas son de una manera que... No, y ellas no tienen la culpa, no, señor: las han hecho así..., y ¡qué va usted a hacerle! Ya sabe lo que le tengo dicho: no se las puede tomar en serio.

Aquí pensé que había llegado el momento de hablar de Carmen; pero también me equivoqué.

—Ya ve usted —siguió diciendo Reina—: yo, a quien tantas veces habrá oído predicar lo mismo, hace cosa de año y medio cometí la tontería de tomar en serio a una chiquilla que me presentaron, muy guapilla y muy formalita..., y... ¡nada, que no puede ser!

Sufrí una gran decepción, al oír hablar a Reina de su amor por otra mujer que Carmen.

—Y le advierto a usted, querido Carlos, que no pude portarme mejor con ella; pero... sí..., sí. Yo comprendo que un hombre de mis años no está en condiciones de tener ciertas exigencias, y me guardé muy bien de tenerlas; pero esos mismos años me parece a mí que merecen un poco de consideración; y mucha más consideración merece el hombre que, como yo, tiene la prudencia y la... delicadeza de avisar a la señora, con diez minutos de anticipación, la visita... ¡¡Me parece que no se puede pedir más!!

No pude por menos de soltar la carcajada al oír a Reina; de tal manera me reí, que él hubo de imitarme. Calmada mi hilaridad, le pregunté:

—¿Y es por eso por lo que se ha retirado usted a la vida privada en sus posesiones?

—Yo no me he retirado, amigo Carlos: me han retirado, que no es lo mismo. Los años no pasan en balde; y menos mal si pasaran dejándole a uno hacerse el desentendido; lo malo es que al pasar *dejan lo suyo*, aunque se quiera aparentar lo contrario. Los achaques, las desilusiones y, sobre todo, el terrible convencimiento de que ya no servimos para nada, es lo que insensiblemente nos va echando *al corral*.

»Además, si viera usted que solo se va encontrando uno... ¡Ha hecho usted bien en casarse..., ya que le han dado una mujer entera...! Y a propósito: ¿sabe usted quién estaba mala, pero mala de veras?... ¡Ya no se acordará!

—¿Quién? —pregunté, sintiendo que el corazón me daba un vuelco.

—Carmen..., Carmencilla... ¿Se acuerda usted?

Al oír a Reina preguntar con aquella indiferencia si me acordaba de Carmen, sentí vivísimos deseos de insultarle..., de pegarle. ¡Su soledad le estaba bien empleada! ¿Es que se puede olvidar así como así a una persona a quien se amó? Abstúveme de decirle nada de cuanto pensaba, y me limité a preguntarle con afán, mal disimulado, qué era lo que tenía.

—Ha estado gravísima con el tifus; y es lo cierto que no sé cómo seguirá, porque no he vuelto a su casa.

—¡No ha vuelto usted!

—No. La verdad, querido, yo no estoy para ver tristezas; y luego, que el ir allí no es más que un compromiso. La *incógnita* parece ser que la resolvió el Supremo matemático, y con lo poco ordenada que Carmen ha sido siempre... puede usted figurarse cómo andará aquello.

Omito mis juicios en aquel momento sobre Reina. Con gran esfuerzo disimulé el efecto que tales noticias me causaban, y pregunté:

—¿Cuándo ha regresado?

—Creo que hace tres o cuatro meses... Pero... dígame... ¿cuántos chicos tiene usted ya?

—Ninguno... De modo que la incógnita esa... dice usted...

—Se murió, hijo, se murió. Todo se muere. Ya sabe usted aquello de que en el mundo ni se crea ni se pierde materia: se transforma... y hay que transformarse, no hay más remedio. Por eso me voy a Extremadura nuevamente: cuando me llegue la hora de la hora de la transformación, quiero volverme bellota... que es lo que he debido ser siempre... Y su mujer, ¿es muy guapa?

—Más que yo —respondí muy molesto por el empeño de Reina en llevar la conversación a otro terreno distinto del que yo quería.

—Malo: se va usted a llenar de chicos...

—¿Qué ha sido de Carmen en estos años? ¿Cuál ha sido su vida? ¿Qué ha hecho?

—Cualquiera sabe la vida de *estas niñas*, ni lo que hacen: se lo puede uno figurar, pero nada más.

El tono de Reina al hablar de ella me irritaba sin poderlo remediar, y como quiera que no lograba saber más de lo que me había dicho, en cuanto tuve coyuntura corté la conversación, alegando que se me hacía tarde para ir a la visita.

Al despedirnos me hizo prometer que iría al Círculo, pues se marchaba a los dos días a Extremadura. Prometile cuanto quiso, sin ánimo de cumplirlo, y nos separamos.

Mi cabeza era una máquina descompuesta. El amor por Carmen resurgía con ímpetu, con loco frenesí... ¡Yo que lo creía dormido para siempre!

Ni fui a ver al enfermo, ni ese es el camino: di vueltas y más vueltas por Madrid; caminaba a escape unos ratos, lenta y perezosamente, otros; entré en otro café, pedí cerveza, que apenas probé; salí de nuevo a la calle, volví a mi andar errante, sin rumbo... y, como era de esperar, al darme cuenta del lugar donde me hallaba, me encontré con que no más de ocho o diez metros me separaban de la casa de Carmen. ¿Subiría? Y cómo atreverme... ¿No haría yo en aquella casa el efecto de un desconocido que no se sabe a lo que va ni lo que quiere? ¿No me había dado Reina momentos antes la pauta de la condición humana, al preguntarme si me acordaba de Carmen? ¿No sería ella como Reina, y tendría que hacer memoria para recordar mi nombre? No; esto no era posible: pensar así era ofenderla. A Reina había que considerarlo como *único*. Pero, es el caso que... habían pasado años, y aunque me

recordara a mí... podía haber dado al olvido el pasado... ¡Olvidar el pasado!... ¿Era posible que se pudiera olvidar un pasado tan bello?... ¡Ah, qué tortura tan grande la mía; qué sufrimiento más horrible!

Miré a los balcones; las persianas estaban abiertas; a través de una de las vidrieras vi una sombra: allí había gente, allí reinaba la vida... ¡allí estaba ella!

Aquella noche apenas cené. Marcela, muy alarmada, me preguntó lo que me sucedía.

Díjela, para tranquilizarla, que estaba muy disgustado por la marcha que seguía la enfermedad de uno de mis clientes, que se agravaba por momentos sin que yo pudiera evitarlo.

¡Pobrecilla!... Con qué amorosas palabras procuraba tranquilizarme, haciéndome reflexiones para convencerme de que no debía tomar tan a pecho los contratiempos de mi carrera.

Después de la cena manifesté deseos de quedarme solo: quería estudiar, para ver si aún lograba salvar al enfermo. *Tan sagrado* era mi deseo, que Marcela no se atrevió a oponerse y se acostó. Cuando me vi solo, saqué el diario de uno de los cajones de mi mesa y escribí en él durante más de cuatro horas.

En cierto momento me pareció que las cortinas de la puerta de mi despacho se movían ligeramente, mas no me preocupé de tal suceso.

Cuando fui a acostarme, Marcela estaba despierta. «¿Cómo había de dormir, estando yo tan preocupado?».

XXII

No sé cómo dar idea del estado en que yo me hallaba al subir la escalera de la casa de Carmen. Aquellos que alguna vez se hayan encontrado en un trance semejante, sonreirán, de fijo, diciendo para sus adentros: «No hace falta que nos lo cuentes: lo sabemos por experiencia»; pero los que nunca hayan sentido en su corazón la mordedura de un amor semejante al mío, si sonrían, será pensando burlonamente: «Hombre, no es para tanto».

Dios te libre, caro lector, de un amor de esta clase: es este de los que envenenan la vida, de los que aniquilan, de los que anulan a un hombre para siempre.

Lenta, pausadamente subía yo los escalones: el amor y el deseo me empujaban hacia arriba; el temor y la duda tiraban de mí para abajo. En medio de la espantosa confusión de ideas que me enloquecían, descollaba, y a cada escalón que subía tomaba más cuerpo, la de que Carmen me había olvidado por completo. ¿A qué subía, pues? No lo sé; pero subía... Ignoraba lo que iba a encontrar en aquella casa y... subía otro tramo...; estaba seguro de causar la impresión de un ser extraño que se mete donde nadie le llama... y seguía escaleras arriba hasta llegar frente a la puerta del piso. El corazón me palpitaba con violencia; mi brazo no tenía fuerza para elevar la mano hasta el timbre... ¡Tres años, más de tres años que no la veía!... Y estaba enferma... quizá en gravísimo peligro de muerte... ¡Y siendo yo médico, dudaba...! La imagen de Marcela, de mi buena, de mi santa Marcela, cruzó afligida, llorosa, ante mis ojos...; su mano, fría como la de una muerta, cogió dulcemente la mía, cuando esta intentó hacer sonar el timbre... ¡Qué lucha más terrible entre el deber y el amor!

...

Al fin, sacudiendo de mi mente dudas, vacilaciones... y remordimientos, llamé repetidas veces. Al poco rato oí la voz de Matilde, que decía: «Yo abriré, yo abriré».

El sonido de aquella voz conocida, causó en mí una infantil alegría.

Al abrir la puerta Matilde y verme, reflejose en su rostro la mayor sorpresa.

—¡Carlos!... —exclamó.

Quedé confuso; pudiendo decir tantas cosas, no se me ocurrió ninguna.

—¡Jesús!... ¡Jesús!... —repetía Matilde llevándose las manos a la cabeza, como si temiera que se le escapara.

—¿Llego a mala hora?

—Pase..., pase..., ¡Jesús..., Jesús!... ¡Quién iba a pensarlo!... ¡Dios mío... qué casualidades!...

Semejantes exclamaciones lograron desconcertarme de tal manera, que llegué a sentirme pesaroso de haber subido.

—Perdone usted que me haya atrevido...

—Calle usted, calle usted... ¡Si parece que le ha traído un ángel!

Al oír aquella afirmación, respiré con fuerza; ya sabía a qué atenerme.

—Con lo que Carmen ha llorado y suspirado por usted... ¡Siempre con Carlos a vueltas!... No hace ni cinco minutos que le estaba nombrando.

—¿Es de veras?

—¿Que si es de veras? «Matilde, que yo quiero ver a Carlos... Matilde, mira cómo te las arreglas para que yo hable con Carlos...».

—Pero ¿qué está usted diciendo? ¿Carmen se acuerda de mí?

—¡Madre mía..., no piensa en otra cosa! Loca me tiene ya... ¿Usted sabe que ha estado a la muerte?... Ahora ya está mejorcita; pero bien creí que me quedaba sin hermana.

—Lo supe ayer...

—Cuando estaba tan grave, con un delirio que no se puede usted figurar, no cesaba de nombrarle...

—Y ¿por qué no me avisaron? ¿No sabían dónde vivía? Aunque no lo supieran, con haber ido al Círculo...

—No, si lo sabíamos..., pero...

Por el modo de pronunciar Matilde aquel *pero*, comprendí que mi matrimonio no era ningún secreto para ellas.

Toda esta conversación tenía lugar en el recibimiento, contiguo a la alcoba de Carmen.

Matilde, como si dudara sobre la resolución que debiera tomar, quedó callada; después me dijo:

—Espere un momento; voy a decirle a mi hermana que está usted aquí.

Diciendo esto, abrió la puerta del saloncito, de aquel saloncito donde tan feliz había yo sido, y entró en él. Desde donde me encontraba veía el piano y la sillita. Cuando mi imaginación empezaba a volar, apareció Matilde.

—Pase, Carlos, pase...; ya sabía que era usted..., le ha oído hablar.

Precipíteme en el saloncito, y de este en el gabinete. La semioscuridad que allí reinaba hízome detener la marcha, temeroso de tirar alguna de las infinitas chucherías que llenaban aquella estancia.

La dulcísima voz de Carmen sonó débil, como un quejido, como un lamento, en el fondo de la alcoba:

—Carlos..., Carlos...

De un salto, resuelto a tirar todo lo que se encontrase en mi camino, me puse junto al lecho de Carmen; cogí la mano que esta me alargaba y la cubrí de besos. Callados permanecemos largo rato; ella sollozaba; en mis manos sentía el húmedo calor de sus lágrimas.

Matilde, que también permanecía silenciosa a los pies de la cama, fue la que puso fin al silencio:

—Vamos, Carmen... ¡no seas chiquilla!... Mira que te vas a poner peor... Abriré un poco las maderas del balcón...

—No, no abras —dijo con viveza Carmen—: para ver adefesios, bastante luz hay con la que tenemos.

—¿El adefesio soy yo? —pregunté, procurando animar la escena.

—Yo..., yo soy el adefesio...

—¿No quieres que te vea? Te advierto que para verte no me hace falta luz.

Carmen, cogiendo a su vez una de mis manos, la apretó fuertemente; después la llevó a su rostro, acariciándolo con ella.

Mis ojos, acostumbrados ya a la penumbra en que nos hallábamos, contemplaron a Carmen..., ¡a mi Carmen! medio incorporada, apoyándose en uno de sus brazos. Sus ojos, al mirarme, relucían con brillantez felina.

Abiertas, un poco, las maderas del balcón, pude contemplarla a mi sabor. Al instante comprendí que se hallaba en plena convalecencia. Delgada y demacrada como se hallaba, su hermosura resultaba interesantísima.

La fiebre *de convalecencia* no se había presentado, ni era ya de esperar; la alopecia había sido muy escasa y, al parecer, el restablecimiento, que en esta enfermedad suele ser muy largo, adelantaba con la mayor rapidez posible. La memoria flaqueaba un poquito en todo aquello que no se refería a mí; el apetito manifestábase aún rebelde...

Incorporada como estaba, veíase el precioso camisón que abrigaba a Carmen; la espléndida cabellera recogíase dentro de una coquetona gorrita de encajes.

—Trae una silla, Matilde... Y si no, deja, no la traigas; siéntate aquí, Carlos, en la cama.

Matilde, aprovechando la claridad que disfrutábamos en el gabinete, arreglaba algunas ropas.

—¿De modo que te acordabas de mí?... ¿Me llamabas?...

—Ya te lo ha contado toda esa lengua larga de mi hermana.

—¿Y por qué no? —dijo Matilde desde el gabinete.

—Anda..., que para secretos... tú.

—¿Ve usted lo que es mi hermana? Cuando no le veía...

—Sí..., sí... Pero mira; luego tendrás tiempo de arreglar todo lo que quieras...

Matilde, a los pocos momentos, nos dejó solos.

—¡Carmen de mi vida!... ¡Estar tú enferma y no saberlo yo!

—Mi Carlos... Y a propósito: ¿cómo lo has sabido?

—Reina, a quien encontré ayer, me lo dijo.

—¡Ah!... Sí; estuvo aquí hace días, no me acuerdo cuándo; pero no ha vuelto.

—¿Ni tus otros amigos?...

—Ninguno... ¡Así sois los hombres!

—En otros tiempos me hacías la merced de no confundirme con todos.

—Es verdad; tú no eres como los demás. ¿Y de aquel cariñito que tú me tenías?...

—¡Qué preguntas tienes! ¿Es que cuando yo te juraba quererte toda la vida, pensabas que te mentía?

—¡No sé lo que pensaba, Carlos!... ¡Es tan difícil encontrar un amor firme, verdadero, desinteresado!... Pero, sí... tú me quieres... me querías mucho entonces, para que...

—Te quería y te quiero con toda mi alma.

—Pobrecito mío... sí que me quieres: en cuanto supiste que estaba enferma, has venido... Y que por poco, según dicen, no nos volvemos a ver.

—Dios, que sabe lo que te amo, no lo ha permitido.

Carmen dio un profundo suspiro.

—En cambio tú..., tú sí que no me quisiste... ¡ni me quieres! Yo no fui para ti más que un juguete...

—Bueno: no hablemos de eso, Carlos; no hablemos de eso.

—¿Qué mayor prueba que tu cruel alejamiento? Recibí tu última carta... y luego nada: el silencio, el vacío... ¡la muerte!

—No podía escribirte, Carlos. Cuando, después de mucho tiempo, pude, comprendí que no debía hacerlo. ¿No era mi propósito terminar nuestros amores, en bien tuyo? Además, ¿a qué negarlo?, me asaltó la duda de que te hubieras curado tan radicalmente, que temí por el recibimiento que hicieras a mi carta.

—Tú sabías que yo no te había olvidado; si no escribiste, por otra cosa sería, no por la razón que no alegas.

—Sigues tan niño... tan bueno como entonces.

—Niño me llamas, porque no cabe en mi cabeza que, amándose a una persona, se pueda prescindir de ella como se prescinde de un objeto cualquiera.

—Esa es la vida. No sé si puede prescindirse o no... pero sí sé que yo te amaba como no he amado a nadie... ¡a nadie!

—¡Que yo te amaba...! ¡Qué más prueba de que no me amas!

—Carlos, por Dios... si yo te dijese que te amo, ¿de qué serviría lo mucho que en todo este tiempo he sufrido para dar término a nuestra locura?

—Pero entonces, ¿me amas?

—Formalidad, ten formalidad —dijo Carmen, defendiéndose al ver que yo me disponía a estrecharla en mis brazos con loco frenesí.

—Dime que me amas, Carmen; dímelo...

—¿Y tu mujer? —dijo Carmen con tono breve y seco.

Aquellas palabras me dejaron corrido... avergonzado.

—¿Dónde está su cariño de usted, mi señor Don Carlitos?... Tanto me querías... ¡que te casaste con otra!, ¿verdad?

—Es cierto, me casé —repliqué con el aire contrito del pecador que se ve descubierto—. Pero, si es verdad que me casé, también lo es que nadie sino tú tiene la culpa de ello. Creí firmemente que no volveríamos a vernos, que me habías olvidado... Murió mi padre...

—¡Pobrecito!... ¡Aún me parece veros por el Hipódromo!

—Quedé solo, me consideré tan aislado en la vida, que el terror me impulsó a

crearme una familia...

—Y has hecho bien, Carlos —dijo Carmen con tierna voz—. Tu mujer te hará feliz...; yo te hubiera hecho desgraciado. Ya ves que no soy yo, sino el Destino, quien me separa de ti. Al hablar de desgracias, nadie más desgraciada que yo: tú tendrás una familia; yo, con el tiempo, no tendré a nadie...

—Me tendrás a mí.

—¿Y tu mujer?

Aquellas palabras en boca de Carmen hacíanme el efecto de fuertes golpes en el cerebro.

—¿A qué mentar a mi mujer? Yo te quiero como te quise siempre, y es preciso que tú me ames... me amas, me lo has dicho antes.

—¿Y de qué sirve que te ame, Carlos? Si en aquellos tiempos el respeto que tu padre me inspiraba tuvo a raya este amor, ¿qué no tendrá hoy el que me inspira tu mujer? No, Carlos, no... Yo te suplico, te ruego que no me obligues a llevar la desgracia a tu casa. No olvides que yo soy mala; y ya que el mucho amor que te profeso me hizo buena para ti, no me obligues a dejar de serlo. Yo sé que tú eres feliz...

—Lo era, relativamente, hasta hoy.

—Lo volverás a ser. Tu mujer es un ángel... ¡por desgracia mía!, es digna de la mayor felicidad, y yo sería la mujer más infame del mundo si le robara la que hoy tiene con tu cariño... Tu mujer te adora...

Carmen, apretando los labios, ahogó un suspiro.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo sé, porque te amo más de lo que tú te figuras... Mi señor D. Carlos están orgulloso, que se piensa que él es el único que quiere... ¡Qué sabes tú, inocentón, lo que yo te quiero! Cuando, andando el tiempo, sentí la nostalgia de Madrid; cuando sintiendo en mi corazón un vacío que no encontraba modo de llenar, decidí regresar, y esto fue hace cuatro meses, lo primerito que hice fue indagar lo que había sido de ti; y tan bien lo hice y tan buena maña me di, que pronto me enteré de todo.

»Muchas veces he cogido la pluma para escribirte, y muchas la he arrojado con ira, con desesperación... ¡Yo sabía que eras feliz! ¿Para qué escribirte? En mis indagaciones nada pude saber de si te acordabas de mí. Empecé a odiar a Madrid, le tomé horror y pensé en abandonarlo de nuevo, esta vez para siempre. ¡Cuánto he podido sufrir!... ¡Tú no te enterabas de mi regreso!... No era fácil que te enteraras, puesto que yo no me exhibía; pero de todos modos, ¿para cuándo son los presentimientos? ¡Tu corazón no te decía nada! Pensé en mi padre, tanto tiempo solo en América; resolví vender todo lo que tengo y reunir los restos de mi desdichada familia. Cuando iba a poner en práctica mi resolución, caí enferma; no tuve tiempo más que de vender los coches y los caballos.

En aquel momento entró Matilde con una taza de caldo.

—Déjame de caldos, ¿sabes?... ¡Para caldos estoy yo! —exclamó Carmen,

pasando del tono sentimental al humorístico, con tal rapidez, que Matilde y yo nos echamos a reír.

—¿Ve usted? Pues así estamos todo el día. Mi hermana piensa alimentarse del aire, como los camaleones.

—Traiga usted, Matilde —dije cogiendo la taza—; yo me encargo de que se lo tome sin rechistar.

—Sí, dátelas de médico ahora. ¡Qué poco has venido a curarme!... Mira, y que me hubieras ahorrado el dineral que me va a costar tu compañero...

Tomose el caldo Carmen, haciendo infinitos melindres, y teniéndoselo yo que dar, como si fuera una niña chiquitina.

Seguimos hablando un gran rato y, después, ya era muy tarde, me despedí hasta el día siguiente. Aquella noche tenía que hacer dos visitas, y aunque mi gusto hubiera sido dejarlas, Carmen se opuso terminantemente.

Al retirarme a casa, a última hora, llené muchas, muchísimas páginas de mi diario.

Marcela alegró su semblante al ver el mío risueño; díjela que el enfermo en cuestión mejoraba notablemente y que por eso estaba muy satisfecho.

La pobre creía en mí como en Dios, y dudar de mis palabras hubiera sido para ella igual que ofenderle.

XXIII

No bien hube almorzado, y Dios y yo sabemos lo larga que la mañana se me hizo, me presenté en casa de Carmen, con el mismo afán que hambriento convidado a un magnífico festín.

En la cama, y recostada en unos almohadones, la encontré. Estaba contentísima porque el médico la había autorizado para levantarse al siguiente día.

—Oye, Carlos: tú que también eres médico, ¿no podías autorizarme para que me levantara hoy? Estoy aburrida ya de tanta cama.

—Sí que podía autorizarte, no habría ningún peligro en ello; y es más, creo que ya debías haberlo hecho hace días; pero debes obedecer. Además, si he de serte franco, tampoco te autorizo, porque así estás encantadora.

Entablamos apasionado diálogo, que, a veces, interrumpíamos para dar lugar a dulcísimas caricias. Estas interrupciones eran muy frecuentes.

En una de las veces que nuestro diálogo se vio cortado, y no por las susodichas caricias, sino por una pregunta mía, cuya respuesta era algo comprometida, Carmen, dando otro sesgo a la conversación, recurso muy acostumbrado en ella, cuando no sabía por dónde salir, me dijo:

—Tengo que pedirte un favor, niñito.

—¿Un favor? ¡Gracias a Dios que pides algo! ¿Hace falta que me tire por el balcón? ¿Que mate a alguien?

—Calla, bobo. Mira: abre aquel armario, el de mi gabinete; dentro verás una caja grande de madera; tráemela...

—¿Abrir tu armario? Ahora sí que me voy a enterar de tus secretitos; ahora sí que voy a saber muchas cosas... que aún ignoro.

—Todo lo sabes.

—Todo no; aún hay *incógnitas* por descifrar.

—No hay nada por descifrar, nada.

Dirigime hacia el mueble indicado, y lo abrí, sintiendo gran curiosidad. Lo que iba a ver era algo muy íntimo de Carmen; era algo así como una prolongación de su ser, de su alma, cuyos secretos, cuyas intimidades compartía.

Un delicioso olor a esencias me envolvió, haciéndome cerrar momentáneamente los ojos con voluptuoso recogimiento.

Había allí confusión enorme de cajas, estuches y envoltorios; puntillas, encajes, guantes, cintas... y misteriosos paquetitos; papeles, bolsillos, frascos... ¡y qué sé yo!

...

Quedome ensimismado en la muda contemplación de aquellos múltiples objetos.

—¿Qué miras, simplón? Pareces embobado... Ahí, en la tabla de en medio, está la caja que te digo... ¿No la ves? ¡Ay, qué torpones sois los hombres!...

—Sí, sí la veo —contesté, fijándome en una preciosa caja de cedro con incrustaciones de plata.

—Pues tráela y cierra el armario.

Tomé la caja y se la llevé a la cama.

—¿Qué pensabas que ibas a encontrar ahí, algún elefante?

—¡Ah, si tú me dieras permiso para registrar ese armario!...

—No encontrarías nada de particular; yo te lo aseguro.

Púsose Carmen la caja sobre las rodillas, y abriola. Lo primero que sacó fue un paquete de cartas, atado con una cinta rosa.

—¿Y decías que no encontraría nada?, ¿eh? Déjame ver de quién son esas cartas.

—De un grandísimo pillastre —replicó Carmen, apretando contra el seno el paquete.

—Al que tú has querido mucho...

—Y le quiero.

En lucha cortés traté de arrebatarse el paquetito, que ella defendió heroicamente; cuando vio que iba a perder la presa, exclamó con alegres risas.

—Estate quieto... ¡Si son las tuyas, simple!... ¡Ah!... ¿Qué te habías figurado?... ¡Y qué cara ponía ya el señorito!... ¡Al señor hay que quererle a él solito, pero él es muy dueño de casarse con otra! ¡Qué bien!

Aquí otra interrupción, motivada por un diluvio de besos que di a Carmen.

Dejó esta las cartas en un lado de la cama y sacó de la caja un pequeño estuche con una sortija: era un fino aro de oro con una esmeralda de regular tamaño.

Contempló la sortija con arrobamiento algunos instantes; su semblante se ensombreció ligeramente.

—A ver, trae ese dedo —me dijo cogiendo el anular de mi mano derecha—. A ver cómo te viene esta sortija... Qué bien... Ni hecha de encargo.

—Es verdad: me está justa; un poco apretada.

—¡Mejor!

—¿Mejor? ¿Por qué?

—Porque voy a pedirte una cosa.

—¿Es el favor que querías pedirme?

—No: este es otro.

—Di.

—Que no te quites nunca, nunca, ¿me entiendes?, que no te quites nunca esa sortija de ahí, que te entierren con ella. ¿Me lo juras?

—Pero... —repliqué sin poder contenerme, con entonación que daba a entender mi escrúpulo.

Carmen sonrió tristemente.

—Te comprendo —me dijo—: puedes llevarla sin reparo de ninguna clase. Ni es regalo de amante, ni con dinero del amor está comprada.

—Perdóname...

—No tengo nada que perdonarte; has hecho lo que debe hacer un hombre digno. Lo único que tengo que reprocharte es que me hayas juzgado tan mal; pero... ¡qué le hemos de hacer!... Cuando yo empecé a trabajar en el teatro, no tenía ninguna sortija; ya sabes cuál era nuestra situación; yo sentía grandes deseos de tener una, mucho más cuanto que veía a mis compañeras llevarlas. Un día se me presentó el diablo tentador en figura de corredora, con esa que tienes puesta, y, no pudiendo resistir la tentación, la compré, con la condición de pagarla a plazos, según pudiera. ¡No quiero contarte los apuros que pasé para satisfacer su importe!

—Pobre Carmen...

—¿Le chocará a tu Marcelita?

Al oír el nombre de mi mujer, quedé muy sorprendido.

—¿Sabes cómo se llama mi mujer?

—Lo único que no he podido conseguir ha sido conocerla. Mira: dices que la compraste.

—No pases cuidado por eso; mi mujer se pondrá contentísima de ver que he satisfecho un capricho mío; porque esto no puede pasar más que por capricho...

—Cierto que la sortija es de mujer; pero sobre gustos no hay nada escrito, ¿verdad?

—Repito que estés tranquila.

—¿De modo que puedo estar segura de que la llevarás siempre..., siempre? ¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Carmen rodeó mi cuello con sus desnudos brazos, y me besó con júbilo infantil.

—¿Y el favor que tenías que pedirme?

—¡Ay!... ahora llegamos a él, hijo mío.

Carmen revolvió entre los numerosos estuches que la caja contenía y sacó uno de terciopelo blanco. Lo abrió y puso ante mis ojos unos magníficos pendientes de brillantes.

—¿Te gustan?

—Soberbios... ¡Magnífica joya!

—Pues vas a hacerme el favor de llevarlos al Monte de Piedad, rico mío, y procura sacar por ellos lo más que puedas.

Al oír semejante petición, quedé absorto.

—Pero... ¿no tienes dinero?

—¡Ni un centimito!

Instintivamente eché mano a mi cartera.

Carmen, conteniendo mi ademán, me suplicó con tono tan firme y decidido, que me dejó parado.

—No te molestes, sería inútil.

Efectivamente, inútiles fueron mis ruegos, mis súplicas, mis reflexiones; inútil fue mi insistencia para que lo tomara, siquiera en calidad de préstamo. No tuve más

remedio que prometer solemnemente que haría el empeño.

—Me parece increíble que habiendo tirado el dinero a manos llenas, te encuentres ahora en ese estado...

—Pues por eso, tontín, porque lo he tirado a manos llenas. No tengo dinero, pero, mira —dijo abriendo la caja y mostrándome las joyas que contenía, algunas verdaderamente magníficas—: tengo más de cincuenta mil duros en alhajas.

Sentía yo vivos deseos de hacerle una pregunta y no me atrevía.

Debió ella leer en mi pensamiento, porque me dijo:

—Sé lo que estás pensando..., lo sé... ¡Para qué hablar de ello!

Una sombra de tristeza cubrió el semblante de Carmen. Los celos mordieron despiadadamente en mi corazón. Aquella *incógnita* maldita había desaparecido; pero había dejado tras de sí un rastro de amargura, de pesar, de desaliento.

Yo estaba condenado por Dios a no ser nunca el dueño absoluto, único, indiscutible, de aquella mujer.

Con los codos en las rodillas, y dando vueltas entre mis manos al estuche que me había entregado Carmen, quedé mirando fijamente una de las patas de la cama, como si en ella se encontrara la explicación del misterioso enigma de mis desdichas.

Por extraña aberración de los sentidos, lejos de pensar en aquello que, al parecer, me abstraía, la imaginación me llevaba a épocas lejanas, como si quisiera buscar hechos pasados que relacionar con los entonces presentes.

Veía yo a mi padre esperándome en la puerta de San Carlos el día que me doctoré; recordé, hasta con los más mínimos detalles, lo ocurrido entre nosotros aquella mañana; volvióse a repetir el almuerzo, me dio el habano y el billete de quinientas; leí, como si en mi mano estuviera, la carta que escribí a Remedios; escuché a Naranjo, que, muy sofocado, nos echaba uno de sus discursos, con motivo de las calabazas que una novia le había dado, mucho mayores que las que darle solían los catedráticos.

Poco a poco, la luz de mi espíritu se fue apagando, y quedé sumido en una especie de marasmo moral, semejante a la idiotez.

El suave contacto de la mano de Carmen, acariciando mis cabellos, produjo en mí el efecto de una varita mágica que me devolviera a mi natural estado.

—¿En qué piensas? ¿Por qué te has quedado así, tan pensativo? ¿Por qué estás triste? —decíame Carmen con voz acariciadora—. No quiero verte de ese modo... me comunicas tu tristeza y me haces pensar lo que no quisiera... ¿Qué tienes?

Respondile con un encogimiento de hombros, que lo mismo podía decir «no lo sé», que «no tengo nada».

—¿Quieres hacerme el favor de volver a guardar la caja en el armario?

Tomé la caja de manos de Carmen, y me dirigí al indicado mueble. Al abrirlo, el suave aroma que antes había percibido, penetró sutilmente en mi cerebro, adormeciendo mis sentidos. Aspiré con fuerza aquel embalsamado ambiente.

Al observar Carmen mi éxtasis, me dijo:

—¿Te gusta ese perfume?

—Sí. Pero este perfume no es el que tú gastabas antes... Todo pasa, todo cambia...

—Es verdad. Aquel perfume es el que más me gustó siempre; pero ya no lo tengo...

—¿Y por qué?

—Pues..., porque todo pasa, todo cambia —contestó Carmen como un eco que repitiera mis palabras.

—¿Cómo se llamaba aquel perfume?

—El nombre era muy raro, tanto que no lo pude aprender nunca. De todos modos hubiera sido igual: ese perfume no se vende.

—¿Cómo, pues, lo tenías?

—Era regalo de una compañera mía; una bailarina griega que conocí en París. ¡Qué muchacha más buena y más cariñosa! ¡Aquella criatura había bailado sobre todo el globo terráqueo; es decir, sobre todos los escenarios del mundo! Tuvo amores, allá, no sé dónde, en un punto muy raro, con un persa, y él le regalaba ese perfume; se lo mandaba a cualquier parte donde ella se hallara. Simpatizamos mucho en el poco tiempo que nos tratamos, y como notara la envidia que su perfume me causaba, prometió mandármelo siempre que pudiese. Hace dos años me mandó los últimos frascos desde Egipto; después no he vuelto a saber de ella... ¡Quizás ha muerto!

—Todo es alegría...

—Sí; todo es alegría...

Al dar las ocho en un reloj del saloncito, me despedí para ir a cenar y hacer el empeño de los pendientes, cuyo importe tenía que llevarle por la noche.

Antes de separarnos, con voz mimosa, como la de una niña que trata de conseguir algo difícil, me dijo:

—Oye, Carlos..., aún tenía que pedirte otra cosa...

—¿Hay qué empeñar algo más?

—No, hombre...

—Entonces, tú dirás.

—Pero ¿me vas a complacer?

—Pide por esa boca, que el complacerte es mi alegría. ¿Qué es ello?

—Esta noche quisiera que me trajeses un retrato de tu mujer... de tu Marcela: quiero conocerla.

—Pero...

—Pero ¿qué?... ¿Es que no me vas a dar ese gusto?

—No, no es eso... Es que el único retrato de mi mujer...

—¿Está mal?

—No... Es que... ¡vamos, se te ocurren unas cosas!... Es que estamos retratados juntos... ¡vaya!...

—¿Sí? ¡Cuánto me alegro!... ¡Así os veré a los dos juntitos! Me lo traerás,

¿verdad?

—Pero, mujer, comprende que el encargo es un poquito violento para mí.

—¡Qué tontería!

—¡Me querrás menos!

—¡Quizá te quiera más! —contestome Carmen con voz velada—. No, no digas que no: quedamos en que lo traerás... De tal manera me empeño..., ¡ay! esto me recuerda los pendientes..., de tal manera me empeño, que si no lo traes, no te recibo...

XXIV

Impaciente me esperaba. Ya he dicho que Carmen era un carácter vehemente, impulsivo: concebir una idea y realizarla en el acto, era su característica.

Sentada en la cama, y con una almohada por mesa, hacía miles de remilgos a un filete de merluza que Matilde, con insistencia maternal, pugnaba por que se comiese.

Carmen alegaba que aquello no era un filete, sino una merluza entera, y protestaba de que quisieran hacerle comer como un gañán.

En cuanto me vio, se encaró conmigo preguntándome lo que habían dado por los pendientes.

—Cuando comas eso, te lo diré.

Sin dejar de protestar, diciendo unas veces que tenía poco limón, otras que estaba muy frita, y alegando, en fin, como supremo argumento, que no era del Norte, fuese comiendo poco a poco el susodicho filete.

Entre bocado y bocado, no dejaba de preguntarme la cuantía del préstamo. Atragantándose con el último pedacillo, me dijo muy enfadada:

—Vamos hombre, revienta ya de una vez; porque, como no quieras que me coma el plato, no sé a qué aguardas... Sí, ríete, ríete, no seas tonto... ¡Si tú supieras lo que es estar sin dinero!

Saqué la cartera, y de ella unos cuantos billetes de cien pesetas y la papeleta...

—¡Qué poco! —exclamó Carmen al ver el dinero. ¿Cuánto es?

—Dos mil pesetas.

—¿Dos mil pesetas? ¡Mira que dar dos mil pesetas por unos pendientes que valen doce mil! No, si los señores que mandan ahí, parece que dan el dinero de su bolsillo... ¿Y qué hago yo con dos mil pesetas?

—Si eres un poquito ordenada, mucho.

—Ya salimos con el orden... ¡Pareces un guardia!... Pero ¿me quieres decir a mí, en qué consiste el orden?

—En no gastar en aquello que no es necesario, y, sobre todo, en no gastar más de lo que se tiene; *el que compra lo que no ha menester, vende lo que le hace falta.*

—Pues ya ves como yo soy muy ordenada; nunca he gastado más de lo que tenía.

—Pero como tenías mucho, has gastado más de lo debido.

—¡Ay!... qué moralista vienes esta noche, niño. ¿Tú sabes el gusto que da tirar el dinero a la cara de las gentes, de esas gentes que cuando uno no lo tiene, ni le miran siquiera?

—No seas exagerada, Carmen. Puesto que la experiencia te ha enseñado que el dinero es uno de los elementos más precisos para que nuestros semejantes no prescindan de nosotros, aprende a conservarlo. Tú has tirado una fortuna, que, conservada, te hubiera hecho feliz...

—Bueno... bueno: déjame de sermones... y trae, trae acá esa porquería que te han dado por los pendientes, que tengo que echar cuentas.

Una vez los billetes en su mano, empezó a formar apartados, que luego deshacía, para proceder a una nueva distribución.

Más de diez veces repitió la operación sin llegar a un resultado satisfactorio. De pronto, recogiendo los últimos apartados que había hecho, me dijo:

—Oye, Carlos; para que veas si soy ordenada, me vas a servir de cajero, ¿quieres?

—Tú dirás.

—Mira: me voy a quedar con quinientas pesetas... y si no, con seiscientas... sí, con seiscientas, y tú me guardas lo restante; así, según me vaya haciendo falta, me vas *facilitando fondos*, ¿eh? Puede que así, por no verte convertido en padre predicador, me contenga un poco...

—Si yo no te riño, si yo quisiera poder enterrarte en billetes de mil pesetas, para ver si te hartabas de gastar dinero; si te sermoneo, es por tu bien...

—¿Y lo otro?

—¿Qué otro?

—Eso... lo otro...

—¡Ah, sí!

—¡Qué!, ¿no lo has traído? Pues ya te estás marchando ahora mismito.

—No, mujer, no; si lo traigo... lo traigo...

—Pues venga...

¿A qué negar que yo me puse colorado como un tomate? ¿A qué negar que al hacer entrega a Carmen de aquel retrato en que Marcela y yo aparecíamos juntos, me sentí avergonzado? No lo niego, no; lo confieso, porque al hacerlo, hago la confesión de mi nobleza de carácter... y no están de más las justificaciones.

Carmen arrebató el retrato de mis manos. Durante un larguísimo rato lo contempló con afán. No hablábamos. Yo miraba, como aquella tarde, a la pata de la cama, que, por lo visto, era para mí un objeto digno de la mayor atención.

Después de un interminable silencio, oí suspirar a Carmen.

—¡Qué hermosa es tu mujer!

Nuevo y más embarazoso silencio, sobre todo para mí, que me limité a sonreír de esa manera estúpida que se emplea para no decir que sí, ni que no.

—¡Qué cara más linda, qué expresión tan dulce, qué bondad en su mirada!... ¡Qué alma más bella la suya!

—Tú qué sabes —repliqué, por decir algo.

—No hay más que verla para comprenderlo; y si ello no es así, dímelo tú... ¿es verdad o no?

Sentí que la ardiente mirada de Carmen se fijaba en mí, abrasándome.

—Yo soy parte interesada... y no tengo obligación de declarar —contesté fijándome con más insistencia en la pata de la cama—; pero no sería yo quien soy, si no te dijera que es verdad.

—Ya lo creo...

Carmen volvió a contemplar el retrato; yo, renunciando a continuar el examen de la citada pata, la miré a ella.

—No creí que tu mujer fuera tan bonita. Y esta criatura tan linda andaba descalza y...

—Descalza iba por su gusto, no por otra cosa.

Aquí tuve que hacer a Carmen todo el relato de la vida y milagros de Marcela y de nuestro casamiento.

—Ya puede estar orgullosa —dijo Carmen cuando concluí, sin poder ocultar su emoción—. Y qué cara de tonto tienes tú en el retrato... ¡Cómo se conoce que estabas embobado a su lado!

—Vamos, ya basta; trae el retrato.

—¡Todos más felices que yo!

—Porque tú has querido, porque quieres.

Carmen, dejándose caer sobre la cama, enterró su cara en los almohadones, sollozando amargamente.

Su mano, extendida sobre la ropa, sostenía el retrato. Se lo quité sin que opusiera resistencia, y lo guardé.

—Carmen... Carmencilla... —dije cogiendo aquella mano y besándola apasionadamente.

Volvióse lentamente hacia mí, y sus ojos, llenos de lágrimas, me miraron con aquella fijeza, con aquella intensidad con que me miraran en tiempos pasados.

—Si tú hubieras querido... habríamos sido felices... ¡Aún podemos serlo!

Carmen movió dolorosamente la cabeza sobre los almohadones, diciendo que no.

—Sí, Carmen; ¿por qué no?

—Si yo te hubiese encontrado cuando iba al taller con mi hermana, si yo te hubiera encontrado en lugar del canalla que puso Dios en mi camino, entonces sí hubiera podido ser feliz. Entonces estaba acostumbrada a la modestia de mi casa, a la vida obscura y metódica a que nos sometía la escasez de recursos que ya conoces; aún no había visto morir a mi madre, agobiada, agotada por la terrible lucha con la vida; aún no sabía que la mujer, para poder subsistir por sí misma, tiene que pisotear su orgullo, su dignidad de virgen y ser el vil objeto de placer de eso que llaman... hombre. Cuando te conocí, ya era tarde... ¡ya era tarde!

Carmen rompió a llorar desconsoladamente. Mis palabras, mis caricias, lograron tranquilizarla.

Recobrada la calma, y con una de aquellas transiciones de lo sentimental a lo humorístico, tan frecuentes en ella, me preguntó:

—Bueno: ¿y de eso?...

—¿Qué es eso?

—De chicos, hombre, de chicos; cómo andamos de chicos...

—Mal. Mi mujer tuvo un aborto tan desdichado, que comprendí que la

maternidad era un grave peligro para su vida; con tal motivo, he procurado no exponerla nuevamente a una desgracia.

—¡Qué bueno eres!

—Pero chiquita, deja esa conversación, que resulta muy ridícula. Hablemos de nosotros.

—¿Y por qué ha de ser ridícula? Me gusta hablar de eso; así hay momentos en que me parece que soy también de la familia, que vivo en tu casa...

—¿Quieres que te lleve? Estoy seguro de que mi mujer te recibirá... por el solo hecho de llevarte yo.

—Tu mujer, por lo que se ve, no hay condición buena que no tenga; tu mujer resulta que no es mujer, sino un angelito.

Nada repliqué a tales aseveraciones, juzgando que ese era el modo más delicado de asentir a ellas.

Causábame pena, sin embargo, el sufrimiento que se dibujaba en el semblante de Carmen.

—Tú también tienes seres buenos a tu lado: tienes a tu hermana... y si no me tienes a mí, es porque no quieres.

—¡Ay, que no quiero!...

La situación hacía por momentos más dolorosa por parte de Carmen, y aun por la mía; que no era pequeño el disgusto que sentía en ver a mi mujer siendo objeto de nuestra conversación, aunque solo para alabarla se la mentase. Carmen estaba nerviosa, agitábase en el lecho con inquietud. Determiné, pues, cortar aquella situación.

—Me voy —dije—. Hoy has hablado en demasía. Todavía estás muy débil, y tal exceso de charla puede serte perjudicial...

—Sí, tienes razón; estoy algo mareada. Vete, sí; vete, Carlos; quiero descansar... quiero dormir... me encuentro rendida... ¡No sé lo que tengo! Hasta mañana, ¿verdad?

—Sí, hasta mañana. Tranquilízate, calma tu imaginación y duerme.

—¡Qué bien se está durmiendo!

Echome los brazos al cuello y me retuvo en ellos largo rato.

Al salir al saloncito, oí que Carmen me decía:

—Dale muchos besitos a tu Marcelita... de mi parte.

No sé lo que respondí; yo también estaba nervioso, inquieto... un secreto malestar me apenaba, me entristecía.

Matilde, que acechaba mi salida, me preguntó por el estado de su hermana. Según me dijo, en el intervalo de mis dos visitas, Carmen había tenido momentos de gran excitación.

Yo, que no tenía ganas de hablar, y que deseaba salir cuanto antes a la calle, procuré tranquilizarla, asegurándole que no debía tener cuidado, que eso era efecto del estado de debilidad en que se encontraba.

Luisilla, la simpática Luisilla, bajó para abrirme la puerta de la calle. Mientras bajábamos la escalera, me contó que ella no se había separado de su ama en la larga ausencia de Madrid, y que no se separaría nunca, pasara lo que pasara.

Salí a la calle y respiré ávidamente el aire. La noche estaba muy fría. Los transeúntes eran contados y caminaban a escape. Mi cerebro, en el que las ideas se apelmazaban, impidiéndome distinguir unas de otras, sintió un gran alivio.

En el primer coche que encontré me encaminé a mi casa. Suponía que Marcela se habría acostado, pues era ya más de media noche, y dormiría tranquila y feliz; pero me equivoqué: por las pisadas comprendí que la persona que se dirigía a abrirme era ella misma. Esto me contrarió mucho, y desde luego dispuse mi semblante y mi ánimo al fingimiento.

Tampoco en esto acerté: mi disgusto era demasiado grande para poder ocultarlo; una vez más tuve que mentir, achacando a la profesión mi nerviosidad.

Aún me parece escuchar las cariñosas y amantes razones de mi mujer; aún creo sentir sus tiernas caricias, a las que inútilmente me esforzaba en corresponder.

—Desde hace dos días te pasa algo —decíame mi gentil esposa—. Si es tu carrera la que te hace sufrir, y ello ha de ser de un modo tan grande, no quiero que la ejerzas; deja de ser médico; vámonos a la *Padruca*; allí, al menos, si no se te veía muy contento, estabas tranquilo. Siempre has tomado con mucho interés tu profesión, pero nunca como ahora; de seguir así, tú, médico, necesitarás bien pronto quien te cure.

—Qué quieres; no puedo remediar este interés, esta preocupación que los enfermos me causan.

En honor mío, debo hacer constar que esto era verdad; que la curación de mis enfermos era cuestión de honor para mí, y que precisamente de esta verdad, que había dado lugar a que Marcela me viese muchas veces preocupado, había nacido la mentira de fingir, para disimular, que el disgusto de aquellos días era debido a contratiempos de la medicina.

—Pero alguna vez hay que morir: tú no vas a salvar a la humanidad entera.

—No, no tengas cuidado. No es posible igualarse a Dios, que guarda para sí el secreto de ciertos misterios.

Tal decía yo entonces sin saber a ciencia cierta a qué misterios me refería.

¿Por qué coloca Dios frente a frente a dos personas, por qué establece entre ellas la corriente de simpatía que ha de engendrar amor, si luego se complace en separarlos? ¿Es que, de haberse consagrado Carmen a mí, hubiera tomado mi vida derroteros muy distintos a los que había seguido? ¿Es que, en ese caso, cumpliéndose las predicciones de aquella mujer, se habría consumado la ruina de mi padre y la mía, y, tal vez, no pudiendo yo sufrir para ella una vida oscura y mediocre, se hubiera consumado también mi ruina moral, haciéndome llegar al robo, al timo o a la estafa, como medio de arbitrar dinero con que poder sostener la vida de lujo y de disipación de Carmen? ¿Acaso se producía mi desdichada separación de ella en bien propio, o es que mi desgracia redundaba en bien ajeno? Siendo la vida un conjunto de hechos que

de una a otra persona se relacionan íntimamente, como entre sí engranan y se relacionan las ruedas y piñones de una máquina, ¿no sería mi desgracia causa de la dicha de otro? ¿No sería, por el contrario, efecto de la felicidad de algún semejante? Si todo en el mundo sucede y se hace por algo, ¿qué objeto podía tener mi conocimiento con Carmen y mi amor por ella, si estaba decretado que no había de ser mía nunca?

Terribles, asombrosos misterios los que rigen nuestra vida; impenetrables secretos, indescifrables enigmas, reservados a un Ser que nos trae y nos lleva a su antojo, con un fin tan grande, sin duda, que nuestra mente enloquece con solo querer pensarlo.

Perdonad, queridos lectores: mi humor tórnase tan endemoniado, que, en gracia al ordenado relato de cuanto me falta por escribir, debo suspender mi trabajo, para reanudarlo mañana.

Por fuerza he de consultar con mi diario, con este diario que abrasa mis manos y que desaparecerá conmigo.

En lo que resta, solo he de atenerme al libro de la realidad, sin que la mano del novelista introduzca alteración alguna en los hechos.

Son las tres de la mañana; siento una opresión grandísima en el corazón, mis ojos se cierran... ¡Quizás la obra emprendida es superior a mis fuerzas, ya que ella desgarró profundas heridas, mal cicatrizadas, y cuyo dolor me enloquece!

Seguid leyendo mañana, si os interesa... y si no, dejadlo. No busco en este mi postrer manuscrito, el aplauso, la admiración que tan generosamente me habéis otorgado siempre; busco la propia satisfacción de corresponder a vuestro constante e inalterable cariño, contándoos mis cuitas, haciendo una confesión general, que, por lo sincera, en su esencia, creo que ha de alcanzarme la absolución.

No puedo más: la emoción me agobia. Hasta mañana.

Todo parecía señalar una nueva era, una nueva y más feliz etapa en nuestros amores. Sin traba alguna, sin *incógnita* de ninguna clase que pusiera límites a su expansión, ¿cómo no pensar que yo era el único dueño de Carmen? Siendo esto así, ¿por qué mi felicidad aparecía restringida por tristes presentimientos?

Cuanto más días pasaban, mayor era la prevención, el recelo con que llegaba a ver a mi amada. Si en la primera época de mis amores me sentía en aquella casa como en la mía propia, entonces, la impresión que me causaba era la de hallarme en casa extraña, y más que en casa extraña, en casa donde hemos cometido alguna torpeza o hemos dicho alguna de esas inconveniencias cuyo recuerdo perdura en nosotros toda la vida.

Jamás se había mostrado Carmen tan enamorada de mí como entonces; parecíamos dos recién casados, y, sin embargo, nunca me había sentido más receloso de su cariño.

Rápidamente se reponía de los estragos causados por la enfermedad; su hermosura aparecía esplendorosa y radiante.

Por la noche, hasta hora muy avanzada, permanecía junto a ella; y no era raro oírle pedirme explicaciones por mi tardanza... si es que esto ocurría alguna vez.

Por recomendación mía, salía todas las tardes a pasear, y con esto, lo mismo fue poner los pies en la calle que empezar a bajar de un modo alarmante los fondos obtenidos con el empeño de los pendientes.

Como alguna vez me permitiera hacerle alguna cariñosa observación sobre el asunto, se desesperaba, asegurando que no gastaba más que lo absolutamente imprescindible... Claro que la mayoría de las cosas que ella llamaba imprescindibles, para cualquiera hubieran sido innecesarias; pero ¿quién era el guapo que se lo hacía comprender? Sin embargo, preciso es hacerle justicia en alguno de sus dispendios. En cierta ocasión me refirió que, yendo por un paseo, no recuerdo cuál, se le había acercado una niña rubia, muy mona y muy limpita, pidiéndole una limosna para su papá, que estaba enfermo; a pocos pasos, sentada en un banco y con un pequeñín en brazos, estaba una mujer, la madre, pobremente vestida, pero limpia y aseada, como la niña; la infeliz miraba al suelo. «¿Qué querías que hiciera? Aquello se veía que era verdad; allí se veía que aquella pobre mujer era una esposa buena y cariñosa que nunca había tendido la mano para implorar la caridad, y que entonces lo hacía, echándose a la calle con sus hijos, para poder cuidar a su marido... y que siguiera ganando el pan para los pequeñuelos... ¡Si vieras qué nena más mona!... ¡Y cómo se explicaba el angelito; con qué gracia, con qué desparpajo!... Bueno, ¿y qué querías que hiciese? ¿Iba a darle los cinco centimitos de costumbre? Pues no, señor; le di un billete de cinco duros, que llevó corriendo... corriendo... ¡qué rica!... a su madre. Yo

no sé lo que le diría la chica; pero la mujer, levantando la vista del suelo, la fijó en mí... y ¡mira! se le cayeron unos lagrimones así, así, como puños»; y Carmen, cerrando una de sus manos, la ponía ante mis ojos. «Pues ya ves tú, para que luego digas que no miro por el dinero: lo que yo hubiera hecho era acercarme a la pobre mujer, enterarme de lo que le sucedía y haberle dicho: “Váyase usted a su casa, que yo me encargo de que no le falte nada”, y no lo hice, porque pensé en los sermones del *padre* Carlos. Sin dar lugar a que la mujer se acercara a mí, me alejé de aquel lugar».

¿Qué iba yo a decir a esto? Nada. Lo que hice fue ir a buscar a la niña, pero, ni en aquel día, ni en otros sucesivos, logré verla: o habían cambiado de sitio para pedir, lo cual no era de suponer, o los cinco duros de Carmen habían bastado a remediar las necesidades de aquella pobre gente.

Si esto último era lo ocurrido, ¡a qué poca costa puede hacerse la felicidad de algunas personas!

Al mes de realizado el empeño de los pendientes, no solo había gastado Carmen las dos mil pesetas que por ellos dieron, sino cuatro mil más que yo había ido facilitándole de mi bolsillo.

No pocas discusiones tuvimos con este motivo: a ella no le cabía en la cabeza, y razón tenía, que no hubiera gastado en aquel mes más de aquella cantidad; pero ante la seriedad con que yo daba mi palabra de honor de que así era, no tenía más remedio que rendirse.

Entonces comprendí con cuánta razón decía ella que hubiera consumado nuestra ruina en muy poco tiempo: *si no pidiéndome nada había tenido que darle cuatro mil pesetas*, ¿qué no habría sucedido si yo me hubiera encargado de atender a todas sus necesidades?

Una noche, con gran sorpresa mía, Carmen me rogó que me retirara mucho antes de lo acostumbrado. Como yo me extrañara de tal petición, me dijo que tenía que levantarse, al día siguiente, a las nueve, para salir, y quería acostarse temprano.

Al pronto, nada de raro encontré en tal propósito, como no fuese el que Carmen no madrugaba nunca; pero después, recordando que aquella noche había estado muy nerviosa y distraída en la conversación, dime a pensar en cuál podría ser la causa de aquella salida a hora tan desusada.

En el estado en que me hallaba de continuo recelo, cualquier suceso me sobresaltaba, y el menor hecho, fuera de lo acostumbrado, hacía temer algo desagradable para mí.

Puesta la imaginación en el camino de la sospecha, recordé también que Carmen había entrado y salido muchas veces del saloncito; que había sentido un ir y venir, extraño, por los pasillos, y concluí por convencerme de que algo muy anormal motivaba aquella salida. Seguro de no equivocarme, resolví espiar a Carmen aquella mañana.

A las ocho y media ya estaba yo en acecho, al abrigo de una esquina próxima a la

casa. Intranquilo e impaciente, consultaba mi reloj a cada momento. Las nueve... las nueve y veinte... y Carmen no aparecía. ¿Habría sido lo de la salida un pretexto para alejarme la noche anterior? Pensando estaba en este posible engaño, cuando, a las nueve y media, vi salir a Luisa. Tiró calle arriba; pensé seguirla, hablarle; pero desistí, pensando que, perro fiel de Carmen, nada sacaría de ella, como no lo había sacado ninguno de los que por su mediación habían querido poner en claro lo de la *incógnita*. A los pocos minutos, un coche de alquiler paró ante la puerta; Luisa descendió de él y entró en el portal. En aquel momento, otro coche desalquilado pasaba a poca distancia de mí; le mandé parar y que esperara.

Un cuarto de hora había transcurrido, cuando vi aparecer a Carmen, seguida de Luisa, que llevaba dos grandes ramos de flores.

Montó aquella en el coche; dióle la doncella los ramos, y diciendo algo al cochero, sin duda la dirección, arreó este al caballo. Poco después, mi coche rodaba en seguimiento del de Carmen.

Atravesamos por el centro de Madrid; subimos por la calle de Postas, a la Plaza Mayor, y bajamos toda la calle de Toledo. El rumbo que seguíamos, el traje negro, sencillo, con un velo en vez de sombrero que Carmen llevaba, y las flores, me hicieron pensar que nos dirigíamos a un cementerio. ¿Iría a visitar a su madre? Me reproché duramente mi desconfianza y pensé dar orden al cochero de volver hacia Madrid; pero la curiosidad me hizo continuar tras de Carmen.

Por mi mente cruzó, viva y palpitante, su historia, aquella historia oída por mí en una noche, desgraciadamente, inolvidable, renovando la impresión dolorosa que entonces me causara. Vi a Carmen ir al taller, vile acompañada por su primer novio... Este recuerdo me hizo apretar los dientes, cerrar los ojos con fuerza y contraer el rostro: vulgar manera de expresar lo desagradable de alguna idea.

Rodaban los coches lenta y pesadamente; los enflaquecidos jamelgos, más que tirar, dejábanse empujar por aquellos armatostes que nos conducían hacia el puente de Toledo.

Algunos carros cargados de hortalizas y tirados por mulas, tan desmedradas como nuestros caballos, cruzábanse con nosotros, en demanda del mercado. La mañana era fría; yo procuraba templar el ambiente dentro del coche, fumando un pitillo tras otro.

Atravesamos el puente, dejando a nuestra derecha el camino de los Carabancheles, y entramos en la cuesta, que, torciendo luego hacia la derecha, nos había de conducir a San Lorenzo.

Gollería hubiera sido pedir un trote más vivo a nuestros desfallecidos jacos, y hubo que resignarse a un lento paso, que inútilmente trataban de avivar los látigos de los cocheros.

Como el coche de Carmen llevara alguna delantera, cuando el mío estaba a mitad de la cuesta, pude verla que se apeaba y entraba en el cementerio; salté del mío, antes de que parara, y entré también en aquella triste mansión.

La esquila de la capilla sonaba acompasadamente, anunciando la llegada de un entierro que nos seguía.

Al entrar en el gran patio central, distinguí a Carmen, que, con paso menudo y rápido, marchaba por la segunda mitad de dicho recinto, a la que se llega por medio de unos escalones, hacia la puerta que da acceso al patio de San José. Cuando llegué a este, me asomé con precaución y pude verla que seguía su marcha hacia el fondo de la derecha. Avancé, tomando cuantas precauciones pude; desliceme por entre sepulturas y mausoleos, estos pocos, lo cual dificultaba mi marcha. La vi pararse ante un pequeño monumento de mármol blanco, sobre el cual descollaba una hermosa cruz.

Los medios que yo tenía para ocultarme eran tan escasos, que, gracias a la absorta actitud de Carmen, pude seguir, sin ser visto, hasta colocarme a su espalda.

Con el pañuelo sacudió los granos de tierra que ensuciaban la lápida; depositó uno de los ramos sobre la misma, y se arrodilló con solemne recogimiento: comprendí que oraba.

Largo rato permaneció en aquella actitud. Cuando se levantó, pasó el pañuelo por sus ojos; recogió el segundo ramo, que había dejado sobre una sepultura vecina, y dirigióse por entre los apiñados enterramientos hacia la salida del patio, con rumbo, para mí, desconocido.

Avancé, a mi vez, y llegué a la sepultura ante la cual había estado orando. Sobre una sencilla lápida, elevada del suelo cosa de media vara, por medio de tableros de mármol, leí un nombre, una fecha y un cariñoso recuerdo de Carmen y Matilde. Allí estaba la que fue su madre, la que había sucumbido en heroica lucha para defender a los suyos.

Viendo que Carmen salía ya del patio, eché tras ella, con paso rápido, para no perderla.

Carmen cruzó el gran patio central y entró en el opuesto a aquel de que salíamos.

Grandes deseos me acosaban de acercarme a ella para compartir sus penas y sus tristezas.

¿Quién podría ser el destinatario del segundo ramo? Visitada la madre, ¿qué persona podía interesar a Carmen?

Los celos volvieron a roer en mi corazón. No podía dudarse de que el muerto a quien iba a visitar era alguien a quien ella había amado en vida, puesto que le llevaba flores.

Pocos metros habría andado en aquel segundo patio, cuando la vi detenerse ante una sepultura, semejante a la anterior, en forma, pero mucho más lujosa.

Aprovechando el refugio que me ofrecía un panteón muy próximo, acerqueme a muy pocos pasos de Carmen. Repitió allí las mismas operaciones que antes había realizado, con la diferencia de que sus oraciones fueron más breves.

Observé también, y esto me causó gran alegría, que su emoción era menos intensa. Su esbelta figura, vestida de negro, resaltaba sobre la blancura de aquellos

monumentos. Después de colocar el ramo sobre aquel sepulcro, se sentó en uno inmediato e inclinó cavilosa y pensativamente la cabeza. «¡Oh, santo Dios!, ¿por qué no tener poder para penetrar en su pensamiento? ¿A quién pertenecía aquella sepultura? ¿Quién estaba allí enterrado?... ¡Qué pensaba ella!».

Sin poderme contener, salí de mi escondite y avancé.

El crujir de la arena bajo mis pies le hizo levantar la cabeza. Al verme, púsose en pie; dio dos pasos hacia mí, que me había parado, y se detuvo a su vez. Su rostro palideció, quedando lívido; sus ojos brillaron con ira; vi titilar nerviosamente sus labios; la vi estremecerse y tomar un ademán arrogante, fiero, agresivo... Me sentí avergonzado, pesaroso de haber descubierto mi presencia.

—Carmen —dije—, ¿por qué me miras así? ¿Por qué esa actitud tan extraña a tu modo de ser?

Nada me contestó, al pronto. Alentado por aquel silencio, avancé hasta llegar a ella. Entonces, con voz nerviosa e iracunda, exclamó:

—¡Cómo estás tú aquí! ¡Quién te ha traído, quién te ha dicho que yo estaba en este lugar, quién te ha inducido a espíarme! ¿Por qué te encuentro donde no debía, donde no quiero encontrarte, ni a ti, ni a nadie? Habla... habla... sepa yo que tú... tú has caído en la infamia, en la villanía de seguirme... Sepa yo con qué derecho te atreves a entrometerte en las intimidades de mi vida. Habla... habla... —repetía Carmen con voz que la indignación hacía temblar—. ¿Por qué no respondes? ¿Es que te avergüenzas de tu ruin acción?

—Ni una sola vez he tenido que avergonzarme de mis acciones, Carmen, porque nunca fueron la consecuencia de ideas bajas y rastreras. Si he venido aquí, es porque me trajo mi amor.

—¡Tu amor!... ¡tu amor!...

Carmen, cuya actitud había llegado a un grado extremo de exaltación, rompió a llorar nerviosamente, dejándose caer sobre la sepultura en que momentos antes estuviera sentada.

Acerqueme tímidamente y sentándome a su lado, procuré calmarla. Nadie, había en el patio: Carmen y yo estábamos solos con los muertos.

—Cálmate y no pienses que pude venir a mofarme de las intimidades de tu corazón y de tu alma... ¡Qué poco me conoces!... Si nunca, o casi nunca, fui partícipe de tus alegrías, déjame serlo ahora de tus penas, que, por ser tuyas, quiero que lo sean mías.

»De un mal pensamiento mío se ha servido Dios para traerme aquí a que pudiera apreciar la hermosura de tu alma.

»Te vi llevar flores, te vi arrodillarte y rezar ante el sepulcro de tu madre; yo me acerqué cuando tú te alejaste y, si no he rezado, te juro que lo he contemplado con sincero amor.

Carmen, apartando una de sus manos de la cara, llevola con viveza entre las mías.

—Nunca has comprendido la noble sinceridad de mi amor por ti; de lo contrario,

no te hubiese causado tanta indignación mi presencia.

—Para vosotros, los hombres, son cosa de risa los sentimientos de una... pecadora.

—Tal vez tengas razón; mas, por lo que a mí se refiere, has de tener en cuenta que no eres una pecadora, sino la mujer a quien adoro ciegamente. Cuando viniste a este lugar, lo confieso, sentí celos, celos grandes... abrasadores...

—¡Celos de un muerto!

—¡Hasta los muertos me los causan!

Carmen me miró de una manera indefinible, y me contestó:

—Es un muerto que merece todos tus respetos.

Callamos. Impulsado por una repentina idea, me puse en pie; Carmen, comprendiendo mi intento, me imitó, y con viveza se interpuso entre la sepultura donde depositara el ramo de flores y yo.

—¡Quiero ver quién es! —dije.

—No lo verás, al menos ahora, si no me juras que ni la menor sombra de odio, de ese odio que se adivina en tus ojos, ha de pasar sobre esa sepultura, que encierra al más bueno de los hombres.

—¡Al más bueno! —repliqué, sintiendo crecer en mi corazón aquel odio que Carmen me prohibía.

—Al más bueno, sí; no hay para qué hacer comparaciones.

—Déjame, Carmen.

—No; no lo verás sin que antes me jures lo que te pido; yo te aseguro, Carlos, que puedes hacer el juramento... sin gran sacrificio.

—Está bien; te lo prometo —contesté, dudando ante el tono de convicción con que Carmen pronunciara aquellas palabras—. ¿Tú no has amado a ese hombre?

—Como tú supones, no. Pero, aunque así hubiera sido, ¿cómo quieres considerarte tú el hombre más bueno, si no respetas a un muerto?

Aparté suavemente a Carmen, y leí lo que grabado estaba sobre la losa: un nombre desconocido; una fecha muy próxima al día en que nos hallábamos y un número que expresaba años; debajo de todo, un nombre de mujer: Carmen.

Había vuelto esta a sentarse. Sentí vergüenza de mis ridículos celos al leer la edad del fallecido: ochenta y dos años... Una idea cruzó súbitamente por mi cerebro: allí estaba la *incógnita*, aquella era la *incógnita* que nadie había logrado descifrar.

Volví junto a Carmen, y deseoso de salir de dudas, formulé una pregunta, a la que ella contestó que sí con un signo afirmativo de cabeza.

XXVI

Agobiado por téticos pensamientos, permanecimos callados largo rato. Carmen cubría sus ojos con el pañuelo; la vi estremecerse ligeramente.

—¿Tienes frío?

—¡No!

—Vámonos de aquí.

—Espera: ahora me encuentro muy bien en este lugar, y quiero que sepas lo que tanto ha intrigado a muchos... a ti mismo.

—Nada he preguntado.

—Yo quiero decírtelo. Voy a continuar una historia que dejamos incompleta...

—Aquí no, Carmen...; vámonos... en tu casa... luego...

—No, no; aquí estamos muy en situación para lo que resta por contar.

—Como quieras.

Meditó Carmen un momento, como si quisiera recordar el punto donde la historia quedó interrumpida aquella noche fatal, y luego habló así:

—Quedamos en que yo llegué a conquistar gran nombradía, ¿verdad?

—Sí... creo que ahí llegamos...

—Pues bien: durante varios años, disfruté de las dulzuras que la gloria proporciona, así como también de sus amargores, que no creas tú que no son pocos... Una noche, al terminar de trabajar, me noté más cansada que nunca; a la noche siguiente me fatigué más que en la anterior; en noches sucesivas me ocurrió lo propio. Pensando en cuál podría ser la causa de aquella alarmante novedad, vine a caer en la cuenta de que, cada día, me costaba mayor trabajo abrochar mis vestidos...: yo engordaba, y aquel aumento de carnes era el que producía el creciente cansancio que yo sentía al terminar mi trabajo. No quiero decirte la horrible impresión que sentí al darme cuenta de mi desgracia; porque, como comprenderás, para una bailarina no puede haber otra más temible. Hice todo lo posible para combatir semejante calamidad; pero, ni aun pasando hambre conseguí un resultado práctico. Nada perdía, al contrario, en cuanto a esbeltez y belleza, si es que alguna tenía; pero sí en cuanto a facultades para el ejercicio de mi arte. Tuve que convencerme de que aquellas carnes, que se venían sin que nadie las llamara, no estaban dispuestas a marcharse de ningún modo.

»Por momentos perdía agilidad; yo, siempre dispuesta a las repeticiones, cuantas veces lo demandaba el público, tuve que negarme a ello, dando así lugar a que me motejaran de orgullosa y a que me dijeran que me daba demasiado *pisto...* y que me ponía muchos moños...

»¡Así se juzga muchas veces en la vida!

»Comencé a ver el porvenir bastante negro; no me resignaba a verme

obsurecida: prefería retirarme en plena gloria, en plena nombradía... ¿Y cómo hacer esto? ¡Ah, qué días tan tristes, tan angustiosos los que pasé!

»Cierto que había un medio: llovían los pretendientes; pero este medio me inspiraba repulsión: el odio que para ellos engendrara en mi corazón el primero que conocí, perduraba... y aumentaba con el pleno conocimiento que de la vida había yo adquirido. Todos ponían sitio a mi belleza, ninguno a mi corazón; la cuestión era exhibir a la mujer por tantos ambicionada, lo de menos era hacerse amar de ella...

»A juicio de mis pretendientes, yo no era sino un objeto de lujo; el intrínquilis no consistía más que en el precio que dicho objeto tuviera marcado.

Detúvose Carmen un instante en su relato, y después continuó de este modo:

—Cuando más preocupada estaba buscando la solución a mi problemita, hete aquí que una noche de esas en que los asiduos concurrentes del cuarto de una artista parece que se ponen de acuerdo para faltar todos a la vez, fueme presentado por un extranjero, a quien yo conocía hacía poco, un señor de edad, no mal conservado, muy acicalado y bien vestido: a la legua se veía que era hombre de dinero. El rostro de aquel hombre y su modo de hablar respiraban bondad y sencillez; la impresión que daba era muy distinta a la de todos mis contertulios. Me fue muy agradable en sus maneras, y, al despedirse, le invité, de todo corazón, a que volviera por mi *camerino*. Así lo hizo, aunque no a diario. Sus visitas no solían ser largas; cuando mi cuarto estaba muy concurrido, se iba en seguida; se le veía que *no se encontraba* entre aquella gente.

»Una noche fue a última hora; estábamos solas mi hermana y yo, cosa rara, disponiéndonos para marcharnos. Salió con nosotras, y como yo manifestase deseos de tomar un chocolate, invitonos galantemente a una chocolatería próxima, poco frecuentada.

»Acepté y a ella nos encaminamos. Habíase establecido entre nosotros alguna confianza; confianza de esa de teatro que, siendo de las más profundas..., es de las más superficiales; aquella noche nuestra confianza se hizo un poco más verdadera, sin duda porque viéndonos fuera del eterno fingimiento del teatro, sentimos más noblemente el influjo de la vida real, que, aun siendo comedia, no lo es tanto como las de los teatros, y aquel señor..., ese que está ahí enterrado, nos contó su historia.

»Era de la Montaña. Cuando apenas contaba catorce años, se fue a América, donde pasó muchos años trabajando, hasta llegar a enriquecerse considerablemente. Regresó entonces a su tierra, pensando en los padres que allí habían quedado esperándole; estos, ya muy viejecitos, pudieron disfrutar muy poco tiempo de aquella riqueza, y mi hombre se encontró inmensamente rico, pero inmensamente solo.

»“La mitad de mis riquezas hubiera yo dado —decíanos él— por un poco de cariño. Embebido por la fiebre de ganar dinero, no había reparado en que mi juventud se pasaba. Cuando enderecé mi cuerpo, tantos años encorvado sobre las tierras que cultivaba y me miré en un espejo, pude ver que mi pelo, negro, se había vuelto blanco; que mi cara, fresca y sonrosada de niño, era ya la cara arrugada y terrosa de

un viejo. Entonces me di cuenta de que me hallaba, además de solo, tan viejo, que mi fortuna no tenía objeto alguno”.

»Con el cuento de esta vulgar, pero conmovedora historia —dijo Carmen con encantadora malicia—, nos sentimos todos tiernos. La noche se puso triste, ¿sabes?

»En las pocas veces que aquel señor frecuentó mi cuarto, había yo notado en él un afecto, un cariño, que fuerza será llamarlo paternal y que llegó a serme muy agradable..., pero nada más. Calcúlate tú cuál no sería mi sorpresa cuando, de buenas a primeras, aquel señor, este —dijo señalando la sepultura—, me larga el siguiente discurso: “Querida Carmencita: acabo de decir a usted que carezco de todo afecto en la vida; que los parientes lejanos que tengo, si ahora se sienten inundados de amor hacia mí, no es por otra cosa que por mi dinero, y que, por lo tanto, los desprecio. Repito, pues, que soy solo; siento por usted un afecto que, a mi edad, no sé cómo calificar... ¿Quiere usted ser la dueña de mi fortuna? Un viejo como yo no puede tener las exigencias que tendría un joven (aquí recordé a Reina); por lo tanto, escúcheme las condiciones que para ello pongo: usted será libre completamente, como lo es ahora, más aún, puesto que no tendrá que obedecer a nadie, sino mandar; exijo, de una manera absoluta, que nadie sepa quién soy yo, y que nunca llegue a mis oídos que la hermosa Carmen es la amante de un D. Fulano o un D. Zutano; esta *deferencia*, por parte de usted, a mis canas, es lo que más encarezco (vuelta a recordar a Reina). A cambio de esa fidelidad, de ese respeto, usted será la dueña absoluta de mi fortuna, como podría serlo mi esposa o una hija única. Por otra parte, yo no le seré muy molesto, como no sea para rodearla de lujo, de cuidados y de atenciones”.

»La proposición, como comprenderás, era verdaderamente tentadora..., ¡y llegaba tan a tiempo! A las veinticuatro horas di el *sí*..., y a los pocos días, Carmen se retiraba de la escena, causando el asombro de todo el mundo; asombro que llegó a su colmo (*porque se sabía que no tenía dinero*), al ver que lo tiraba a manos llenas, al ver mis coches, mis caballos, mis alhajas, etc... ¡Cuánto hizo la gente para conocer el manantial de donde manaba aquel torrente de oro!... ¡Cuánto gozaba yo al ver que todos esos que no tienen otra ocupación que la de averiguar vidas ajenas, se quedaban... ¡pobres!... chasqueados, sin lograr saber nada! Hacíanse miles de conjeturas, pero nada se sabía de cierto: en mi casa no entraba un hombre *solo*, entraban varios..., y he aquí la confusión... ¡Pobre Reina; lo que él trabajó para enterarse por medio de Luisa, mi doncella!... Las precauciones estaban bien tomadas, y no había por medio ni un fogoso amor que todo lo descubriera..., *ni un comprador que exhibiera la mercancía*.

»¡Qué alegría la de aquel viejecito, la de aquel padre cariñoso, cada vez que yo manifestaba un capricho costosísimo! El oro caía en mis manos como dorada lluvia, que se deslizaba entre mis manos como agua en una cesta. Quiso comprarme un hotel —esto preocupaba mucho a las gentes—: “¿Cómo no tendrá hotel?”. No lo tuve, porque esas viviendas aisladas me han causado siempre mucho miedo.

»Llegamos al momento en que te conocí...; entonces, para cumplir mis

compromisos, *tuve que viajar* por el extranjero. Durante mi ausencia, he vivido en Italia y en Francia: Roma, Venecia, Nápoles, París... Allí, el despilfarro de los millones del viejecito llegó a la locura, y con la locura... a su fin. Aquel hombre, aquel santo, sonreía viéndome consumir aquella fortuna ganada a costa de toda una vida de trabajo... Por suerte, no pudo volver a la miseria de que había salido: con los últimos billetes de mil pesetas, como si considerase terminada su misión en la tierra, acabó su vida... fuera de su patria.

»Yo le traje aquí... ¡y ahí está! Pobrecito..., ¡qué mala fui para él! Ahí está la *incógnita*, que tú solo conoces..., porque tú solo eres capaz de no escarnecer su memoria con alguna frase irónica.

Carmen, conmovidísima, volvió a enterrar su cara entre las enguantadas manos, que estrujaban el pañuelo.

Mis ojos se fijaban con insistencia en aquel sepulcro que ostentaba en la lápida un nombre desconocido..., oscuro..., y mi conciencia sentía pesadumbre por la traición cometida... Aquel que *solo consideración y respeto* pidió a cambio de toda su vida, representada por su fortuna... había sido escarnecido por mí...

Un profundo suspiro de Carmen me sacó de tan penosas meditaciones.

—¡Así es la vida! —exclamó con tono más jovial, como si en ella se hubiese operado una de aquellas frecuentes transiciones.

—¡Vámonos de aquí, Carmen, vámonos!

—Sí..., ¡vámonos!

Miró por última vez la sepultura en que yacía el viejecito; mirela yo también... y salimos juntos de aquella triste ciudad de la muerte... ¡Así es la vida!

—Oye, Carlos —díjome ella cuando estuvimos fuera del cementerio—: como el coche es cerrado, no es fácil que te vean; despide a tu cochero y ven conmigo... Quiero que pasemos todo el día juntos, como si fuéramos marido y mujer... Déjame que, un día por lo menos, me haga la ilusión de que lo somos. ¡Que me perdone tu Marcelita!... ¡Por una vez!...

Hícelo como pedía y subimos en su coche, no sin que antes tuviera que repartir cuanto cobre llevaba, entre el infinito número de pobres que me pedían una limosna *por la salud de la señorita*.

Ya en el coche, Carmen se mostró gozosa y contenta de *su nueva vida*, como ella decía; a veces me llamaba con énfasis *su marido*, y luego echábase a reír como una loca.

En cuanto llegamos a su casa, se despojó del traje negro y vistiose con una linda bata azul.

La hora, bastante avanzada, a que habíamos regresado, dio lugar a que la mesa estuviera dispuesta.

En el trayecto del saloncito al comedor, observé algunas cosas que me causaron momentáneo sobresalto: en el pasillo vi algunas cajas para embalar, y dos o tres baúles; por la entreabierta puerta de algunas habitaciones noté cierto desorden en sus

muebles...

No pudiendo reprimir la curiosidad, hice presente a Carmen lo que observaba. Al preguntarle el porqué de aquella revolución, se puso muy encendida y me pareció que dudaba en dar la contestación.

—Es que me voy a mudar...

—¿Y no me habías dicho nada?

—Era una sorpresa que te guardaba.

—Y esa mudanza, ¿qué objeto tiene?

—¡La regeneración! Pero aún no tengo casa, en definitiva; ya hablaremos de eso... Ven, ven...; ahora vamos a comer.

Aquella noticia, que tan agradable debía haberme sido, causó un efecto completamente distinto: reaviváronse mis tristes y lúgubres impresiones del cementerio. Queriendo borrar estas ideas, no insistí sobre el asunto y procuré sentarme alegre y contento ante la mesa, donde ya Carmen me señalaba un sitio, a su lado.

El almuerzo fue largo. Carmen, con una gracia encantadora, poniendo de manifiesto sus grandes dotes caseras, se desvivía por atenderme, y multiplicaba sus delicadezas para que nada me faltara.

—No quiero que echés de menos a tu mujercita —decía mirándome con subyugadora sonrisa.

—¿Pero tú qué sabes de mi mujercita? —replicaba yo, muy contrariado por la perspicacia de Carmen.

—¡Hum!... De memoria me sé yo a tu mujer. Y si no, a ver si me equivoco: ¿a que no tienes que pedir nunca las cosas dos veces en tu casa?... ¡qué digo pedir las!... ¿a que las tienes antes de pedir las? Cuando yo te digo que me la sé de corrido...

—Bueno, bueno; si te la sabes, mejor para ti. Hoy hemos quedado en que somos marido y mujer, y me parece que...

—Sí, sí... ¡Que se chinche hoy mi señora Doña Marcela, la alhajita, el estuchito de cosas bonitas! Y no tendría por qué enfadarse: ella es la que te me ha quitado...

Volvió a generalizarse la conversación, versando sobre mil asuntos diversos. Matilde hablaba poco, y esto para decir que su hermana estaba loca de remate.

Una vez terminado el almuerzo, Luisa nos sirvió el café en el saloncito.

Con mil deliciosas monerías lo arregló Carmen, sin que yo tuviera ni aun que molestarme en tomarlo, pues ella misma me lo dio a beber, como si fuera un chiquillo.

Después me hizo tocar en el piano cuantas obras hacían sus delicias en la primera etapa de nuestros amores. Como entonces, se sentó en la célebre sillita, y, como entonces, me miraba fijamente mientras yo tocaba.

¡Horas de placer incomparables las de aquella tarde!... No parecía sino que Carmen quisiera hacérmelo gustar tan grande, que nunca pudiera encontrar otro igual.

Extraña mujer, a la que debo las horas más risueñas y las más amargas de mi

vida... ¡Quizá sea indudable que el placer es dolor!...

Al declinar la tarde, envueltos en la melancólica luz del crepúsculo, volvieron a revivir mis pasados terrores. Nunca como en aquellos momentos me sentí extraño en aquella casa, que me daba la sensación de una casa deshabitada; en algunos instantes, llegué a sentir frío: era el frío del alma, que se comunicaba al cuerpo. ¡Aquella casa, donde el amor había imperado..., era una casa desprovista, entonces, en sus habitantes, de amores, de afectos, de dulces cariños...!

El cansancio, los recuerdos..., acaso las preocupaciones... o el placer satisfecho, hacían decaer la conversación; la excitación de nuestros sentidos empezó a trocarse en pesada modorra.

La cena no fue tan alegre como el almuerzo; por más que hacíamos para animar la escena, *la escena no nos salía*: nuestra alegría era un simulacro, una caricatura... una mueca...

Las tres sonaron en el saloncito: Carmen, suspirando angustiosamente, y con un tétrico resto de humorismo, me dijo:

—Vete... ¡divorciémonos!

Salió hasta la puerta conmigo, me dio el sombrero y el bastón, y me ayudó a ponerme el gabán, que abrochó ella misma.

Sus ojos se clavaron en los míos; su mirar, aquel mirar que tan hondo llegaba, penetró hasta mi corazón haciendo el efecto de una puñalada.

—¿Por qué me miras así, Carmen?

—Porque te quiero mucho... ¡mucho! —me replicó, arrojándose en mis brazos y besándome con frenesí, con locura.

Sus lágrimas humedecían mi rostro.

—¿Qué tienes, Carmen, qué te sucede?...

—Nada... no tengo nada... Vete, vete, que es muy tarde... Toma la llave de la puerta de la calle; se la das al sereno para que la suba.

Nuestras bocas se unieron por última vez.

Sentí cerrar la puerta con grandes precauciones, para no hacer ruido; de idéntico modo bajé las escaleras. Me faltaba la respiración.

XXVII

Más de las doce de la mañana eran cuando yo desperté. Marcela, acercándose al lecho, así me lo hizo saber.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

Tal pregunta me sorprendió en extremo, pues no podía sospechar su fundamento.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Como has pasado tan mala noche...

—¿Te refieres a lo avanzado de la hora...?

—No: es que, mientras dormías, has estado muy inquieto; no has cesado de revolverte de un lado para otro; parecía que te quejabas, y, si no me engaño, creo que has tenido un poco de fiebre.

A medida que mi esposa hablaba, iba yo sintiendo un sobresalto enorme: era la primera vez que, moralmente, me daba cuenta de que Marcela no era ya mi hermana, sino mi esposa, y, que, por lo tanto, disfrutaba de ciertas prerrogativas, que yo, ciertamente, no respetaba mucho. Tuve miedo de que, en sueños, hubiese hablado algo referente a Carmen.

Procuré inquirir en su rostro, pero solo vi en él la dulzura y la bondad acostumbradas; respiré a plenos pulmones.

—Es preciso, chico, que te dediques a otra cosa: tú no sirves para médico; esto no es vivir: por salvar a los demás, vas a perecer tú —me decía mi esposa, apoyando ambas manos en la cama y acercando su bello rostro al mío—. Yo no quiero quedarme sin mi maridito.

Abracé y besé con amor a mi linda mujer... ¡Cuánto la quise en aquellos segundos!

Retirose Marcela para dar órdenes; quedé recostado en los almohadones, procurando recordar lo pasado el día anterior, en todos sus detalles.

Mi cabeza estaba pesada; mi pensamiento, torpe. Entre todos los recuerdos que bullían en mi cerebro, uno fue tomando cuerpo y absorbiendo mi atención: la mudanza de Carmen. ¿Es que aquello tenía lógica ni fundamento? Que Carmen quisiera mudarse, nada tenía de extraño, muy al contrario: el recuerdo de la muerte de la *incógnita* y el precio elevadísimo del cuarto eran motivos muy fundados para justificar la mudanza; pero que quisiera sorprenderme a mí con ella, era completamente absurdo. ¿Pensaría Carmen alejarme de su casa con un pretexto cualquiera, para dar lugar al traslado? Esto tenía más visos de verdad; pero, de todos modos, era una idea muy expuesta a no poderse llevar a la práctica, toda vez que no hubiera sido fácil encontrar un motivo para mi alejamiento durante un par de días, que no menos se necesitaba para transportar el incalculable número de muebles y objetos que en aquella casa había. Lo de la mudanza no era cierto; estaba seguro...

Carmen me había engañado; mas ¿con qué objeto? ¿Qué idea le guiaba en aquel engaño? ¿Qué quería, pues, decir aquel desorden que yo había notado en la casa?

No acertando a darme una explicación satisfactoria, un temor instintivo, el temor de *algo* que yo presentía, pero que no podía determinar fijamente, me hizo saltar de la cama y vestirme apresuradamente.

El almuerzo se retrasó mucho a mi deseo, y unido esto a las ganas de charla que Marcela tenía aquella mañana —nunca la vi tan habladora—, hizo que hasta las tres, bien dadas, no pudiera salir a la calle.

Marcela se asomó a despedirme al balcón. Díjele «adiós» con la mano, y con paso ligero me encaminé a casa de Carmen.

Al doblar la esquina de su calle, pude ver, parados ante la puerta, hasta tres carros, de una mula, de los que se emplean para pequeños transportes. En el primero había varios muebles, que reconocí al instante como de ella; un mozo salió cargado con un armario.

De cuatro saltos salvé la distancia que me separaba del portal, y penetrando en él con ímpetu de tromba, lanceme a la escalera, cuyos peldaños empecé a subir de tres en tres; en el primer descansillo tuve que detenerme, para dar paso a otro mozo que bajaba cargado con los tableros de la cama de Carmen.

Sentí en mi cara el frío que se produce por la huida de la sangre hacia el corazón; debí quedarme lívido.

Dentro de la casa, en la que me colé de rondón, por estar abierta, oíanse golpes, como si desarmaran muebles; voces aguardentosas y palabras soeces. Hacia el lado del comedor, escuché un vozarrón desabrido, que, intercalando brutales juramentos, daba órdenes.

La puerta del saloncito estaba de par en par; las sillas, puestas de dos en dos, asiento sobre asiento. En el gabinete faltaban ya la mayoría de los muebles; la alcoba estaba desalquilada completamente.

Mi ánimo se sobrecogió con impresión dolorosa. ¿Qué desastre era aquel?...

El piano y la sillita estaban todavía allí; los papeles de música permanecían sobre el piano, guardando temerosos en sus entrañas las dulces melodías que embellecieron tantas horas de amor.

Pero ¿y Carmen y Matilde, dónde estaban? ¿Cómo consentían aquel despojo, aquella ruina, aquella devastación?

Un mozo, marchando penosamente, llevaba cargado el tocador de Matilde; al pasar frente a la puerta del saloncito, se volvió hacia mí, y con voz áspera, que le salía de la barriga, me dijo: «Si *quié* usted ver al amo, por allá dentro anda»; y siguió su marcha, sin aguardar respuesta.

El amo... el amo había dicho aquel animal... ¿Pero el amo allí ya no era Carmen? ¿Había otro amo... otro que poseía todos aquellos muebles que le habían pertenecido? ¿Era posible que el más mínimo de aquellos objetos, que a mí me recordaba una frase, un beso, una caricia, pudiera pertenecer a un extraño... a un

cualquiera, que como a hijastros los trataría?

Sentí un zumbido espantoso en mi cabeza, y tuve que apoyarme en el piano.

La voz gruesa y áspera que yo había oído al entrar, dando órdenes, se dejó oír más cerca:

—Ten *cuidao* tú, bárbaro... que vas a dar con la cornisa en el montante... Así... baja más... ahora a la derecha... ¡recoles!... Anda *palante* con *cuidao*. Le dices al *Loro* que lo ponga en el segundo carro.

Un hombrachón, con la cara colorada, mal afeitado, sudoroso y jadeante, con el cuerpo en mangas de camisa y rodeada la cintura por descolorida faja, apareció por el pasillo, que daba al comedor; reculando, con ambas manos apoyadas en un mueble, guiaba al que lo llevaba cargado: aquel mueble era uno de los dos soberbios aparadores. Cedió su puesto el hombre colorado a otro que subía, y vínose hacia mí. Al verme, exclamó con rudeza:

—¿Buscaba usted algo?

Haciendo un gran esfuerzo, porque la angustia agarrotaba mi garganta, repliqué:

—Buscaba a las dueñas de esta casa.

—¿A las dueñas? ¡Pues échelas usted un galgo! —gruñó aquel bestia, acompañando su gruñido con una grosera risotada—. Aquí no hay más dueño que yo, que buenos cuartos me ha *costao* serlo.

—Usted ha comprado todo esto...

—Sí, señor; yo, yo mismo lo he *comprao*... No sé por qué pone esa cara de asombro. No parece sino que, porque no lleve uno futraque... no va uno a tener con qué comprar esto... y mucho más... Cosas que valían muchos miles de duros han venido a parar en estas manos, que *pa* eso saben ahorrar el dinero en vez de tirarlo... Pero hombre, si usted conocía a las dueñas de *too* esto, no sé por qué le extraña; debía saberlo... ¿O es que usted venía hoy aquí a pasar un rato... y le han *dao* con la puerta en las narices?

Y aquel vestigio soltó otra ruidosa carcajada, y se fue pasillo adelante, en dirección a las que habían sido habitaciones de Matilde.

Cuando quedé solo, me dejé caer en la sillita; me sentía desfallecer. «¿Se habían trasladado a una fonda? ¿Se habían ausentado de Madrid? ¡Qué había sido de Carmen, Dios mío, qué había sido!».

La lividez de mi semblante debió desaparecer, porque sentí un calor que parecía fuego. Sudaba copiosamente. No sé el tiempo que permanecería con los codos en las rodillas y la cara entre las manos.

La voz del vil prendero, dejándose oír nuevamente en el saloncito, me sacó de aquel ensimismamiento.

—¡Toma!, ¿todavía está usted aquí? Pero hombre, no es *pa* que lo tome tan fuerte. De sobra tendrá usted donde ir a pegarla: con dinero se va a todos lados.

La indignación que me causaron las palabras de aquel repugnante ser me hizo replicar con viveza:

—Hágame usted el favor de no volver a ofender a las personas que fueron dueñas de esta casa.

—Yo no ofendo a *naide*. Después de *too*, a mí qué me va ni qué me viene... A mí me llamaron y me ofrecieron la compra de la casa; yo dije: tanto; ellas respondieron: cuanto; yo subí, ellas bajaron, llegamos a un acuerdo, di el dinero, ellas se fueron, yo me quedé... y asunto concluido. Conque... yo lo siento mucho... y no es que desconfíe de usted, no señor, pero como aquí van a venir a cargar, pues... vamos, no es que yo le eche, no, pero *pa* que no le molesten, se *pue* usted salir a la escalera. Ahora *mesmito* van a llevarse el piano...

Al oír que iban a llevarse el piano, me puse de un salto ante él, exclamando:

—Al que toque al piano, le parto la cabeza.

El prendero debió de tomarme por loco: miróme unos instantes, sin que su rostro expresara ira, y subiéndose la faja, avanzó lentamente hacia mí.

Comprendiendo que hacía el ridículo, me rehíce, procurando recobrar mi aplomo, y pregunté a mi interlocutor:

—Usted habrá comprado estos muebles para volverlos a vender, ¿no es eso?

—¡Claro está! ¿Quería usted que fueran para mí? Yo, con dos sillas, una mesa, una cama y mi mujer, he vivido siempre tan ricamente. Los muebles he *procurao* tenerlos siempre en el Banco, *pa* que no se me estropearan.

—Bueno; pues dígame lo que quiere por el piano, esta sillita y ese secreter (el de Carmen).

—Hubiera usted *empezao* por ahí... Ya me pareció a mí que debía usted de tener mucha ley a las respetables señoras, dueñas de esta casa... Debe usted tomarlo con más *felosofía*, porque esto de deshacerse una casa se ve *toos* los días en Madrid.

—Bien, bien; dígame usted lo que quiere —interrumpí, percatándome de que aquel bandido se disponía a clavarme *por lo de la ley*.

Quitose mi hombre la gorra, dejando en libertad sus enmarañados pelos; se rascó la cabeza, como si millones de liendres se la estuvieran devorando; pasó sus deformes y ennegrecidas manos por el piano y por la silla; contempló, en calculadora meditación, el secreter, y, por último, me dijo:

—Mire usted que así..., yo no sé aún qué precio es lo que debe llevar esto, porque ¡claro! aún no he podido echar cuentas; pero como yo veo que el señor le *tie* querencia a *esto*, y como yo quiero servile, pues, vamos, aunque pierda... (vuelta a pasar las manos por los muebles). Vamos, me da usted dos mil pesetas por las tres cosas... y se lleva usted los papeles de la música.

Sin replicar una palabra, pues regatear me hubiera parecido ofender a Carmen, saqué la cartera y le entregué al prendero un billete de quinientas pesetas, como señal, y una tarjeta mía, para que me llevaran los muebles a casa y cobraran el resto de la cantidad.

No me pasó inadvertido el gesto de disgusto que hizo el bandido mercader, por no haberme pedido más dinero: no habiendo regateado, lo mismo hubiera pagado lo que

me hubiese pedido.

No más de seis u ocho mil pesetas habría dado él por una casa que valía quince o veinte mil duros, y aún se mostraba pesaroso de la venta que me había hecho.

Miré, por última vez, los objetos que allí quedaban, y salí de aquella casa, sintiendo que mi cerebro enloquecía.

En aquel piso vive hoy una persona conocidísima en la política. En cierta ocasión me invitó a visitarle en su casa y no tuve más recurso que ponerme enfermo para no ir. Perdóneme dicho señor; mas si leyere este libro, comprenderá las causas por las que no acepté su atenta invitación.

¡Cuán de menos eché entonces una amistad como la de Pablo, para poder comunicar mis penas con alguien! Si yo no me hubiese casado, Marcela, mi hermana, mi querida hermana, hubiera podido ser mi confidente; pero nuestro matrimonio lo estorbaba todo. Estas ideas las consigné, en hora maldita, en mi diario.

Fui a mi casa con el fin de advertir a Marcela de la compra que había hecho, y de lo que debía abonar a quien llevara los muebles; cogí mi diario y lanceme nuevamente a la calle.

A mi diario, único confidente que tenía, trasladé mis lamentos, mis quejas, mis gritos de desesperación; para ello busqué un café solitario donde estuve escribiendo hasta bien entrada la noche. En mi diario expresé la rabia, el asombro, que me producía la manera de proceder de Carmen, no dejándome dos letras, siquiera, de despedida... ¡Nada!... Aquello era el desquiciamiento de todo lo existente, el fin del mundo... Diserté también largamente acerca de mis esperanzas de recibir noticias desde el punto a donde se hubiera dirigido... ¿Cuál podría ser este? Recordando lo que me había dicho de sus propósitos, antes de caer enferma, pensé que se habría ido a Buenos Aires, a reunirse con su padre. Dulce y bello pensamiento; mas pensamiento sin base cierta: ella no tenía más capital que el representado por sus alhajas; ella no se avenía a una vida modesta y ordenada, luego, ¿cuál era su idea, si su padre era sabido que no transigía con *ciertas irregularidades*?... Cansado, rendido moralmente, guardé el diario, pagué y salí a la calle. Las personas me parecía que, estando borrachas, no podían tenerse derechas y caminaban trazando enormes eses; los coches pasaban por delante de mí asemejándose a formas fantásticas que tomaran proporciones disformes y varias...; las luces bailaban infernal contradanza ante mis ojos. Tuve que detenerme y apoyarme en la pared para no caer. Mis piernas se negaban a sostenerme; una fiebre intensa abrasaba mi cuerpo; la frente y las sienes, sentíalas oprimidas por un aro de hierro. Un coche desalquilado acertó a pasar cerca de mí; hice señas al cochero, y, abriendo la portezuela, me desplomé en el asiento.

Marcela, asustada, temblorosa, me recibió en sus brazos... y nada más recuerdo de aquel horrible día.

Cuando me vi reintegrado en mis facultades mentales, habían pasado dos días. Al decir de los que me rodeaban, había sufrido intensos delirios; según Marcela, en aquellos dos días había sostenido grandes altercados con un hombre que pretendía

vender un piano... Me acordé de mi diario, pero no me atreví a aventurar pregunta alguna.

XXVIII

A los tres o cuatro días, aunque muy débil, pude levantarme. Lo primero que hice fue explorar en los bolsillos de mi gabán, donde yo creía haber guardado el diario al salir del café; nada encontré... Mis recuerdos eran confusos; creía estar seguro de haberlo metido en uno de los bolsillos interiores de la citada prenda. Era, pues, indudable que lo había perdido o se me había quedado en el café; Marcela no se permitía jamás andar en mis bolsillos ni en los cajones de mi mesa: a su cariño de esposa, unía su respeto de hermana. Pero aquel era un caso excepcional; en el estado en que yo llegué a casa y en la forma que hubieron de desnudarme, allí mismo pudo haberse caído y haberlo cogido mi mujer; una palabra leída al descuido, pudo despertar su curiosidad y... Ante tal idea sentí terror. No era que mi esposa me causara miedo, que no era Marcela de esas mujeres que lo hacen sentir; era que a fuer de puro buena, la lectura de aquel manuscrito hubiese sido para ella una puñalada en el corazón.

Después de muchas vacilaciones, y procurando no dar gran importancia a la pregunta, me decidí a interrogarla; su contestación fue negativa: no había visto nada.

Creí, pues, que lo había perdido, y lamenté con toda mi alma aquel contratiempo, que ponía en manos de un desconocido historias en las que los personajes figuraban con sus verdaderos nombres, y en que uno de ellos, sobre todo, era tan conocidísimo. Además, yo escribía mi diario en la confianza de que nadie más que yo había de leerlo..., y sabido es que lo sublime se da la mano con lo ridículo.

Aunque convencido, repito, del extravío del cuaderno, no dejé de observar a Marcela. Momentos hubo en que me pareció verla, no menos cariñosa, pero sí más reservada, más grave que de costumbre.

Dos meses pasaron sin que lograra reedificar mis hundidas ilusiones. No recibí carta alguna de Carmen. Si en su primera ausencia el corazón me decía que no desesperara, entonces bien claro me gritaba que todo había concluido para siempre. Casi había olvidado mi diario; no me hacía ya falta: mis pensamientos eran tan *íntimos*, que ni al papel los hubiera confiado.

Por entonces empecé a notar que Marcela se desmejoraba notablemente. Desaparecía el color sonrosado de sus mejillas, el vivo carmín de sus labios; perdían el juvenil brillo sus ojos, y la risueña dulzura de su mirada trocábase en sombría tristeza. Estas observaciones me alarmaron sobremanera.

Dada la vida tan retraída que hacíamos, pensé que esto pudiera influir, e intenté distraerla todo lo posible; mas negose ella obstinadamente a frecuentar paseos y teatros. Por más que yo estudiaba, no daba con su enfermedad..., y esta avanzaba de una manera aterradora.

¿Cuál era la causa que producía tan rápido decaimiento en una naturaleza tan fuerte, tan sana como la suya?

Dábame yo a todos los diablos y sentía una desilusión tan enorme de mi ciencia, de una ciencia que no me servía para nada, que con harta frecuencia renegaba de ella.

Al finalizar abril, en uno de los días en que Marcela se encontraba peor, me dijo:

—Carlos, ¿quieres que nos vayamos a casa?

A casa decía ella, siempre que se refería a la *Padruca*.

—Vámonos cuando tú quieras, chiquilla de mi alma. Si ese es tu gusto, si allí has de ponerte buena, vámonos mañana mismo.

—¿Y tu carrera?

—¿Para qué quiero yo una carrera que no me sirve para ponerte buena? Seguramente que allí te restablecerás, sin necesidad de médicos.

—No creo que me ponga buena; pero tengo muchos deseos de ver a mi madre, de contemplar el valle, mi querido valle, que ya estará vistiéndose todas sus galas; tengo ganas de ver a la *Nena*, a las gallinas, a las palomas; de respirar el aire del monte y del mar...; de oír las dulces canciones de aquella tierra...

—Pues no hay más que hablar, nenita. ¿Por qué lloras?... Mañana mismo nos marchamos al valle. Así como así, yo también tengo ganas de ir allá. Parece que se encuentra uno más a gusto en el lugar donde ha nacido que en ningún otro. Allí, los árboles, las matas, las hierbas y hasta las piedras parece que nos conocen y son objeto de nuestro cariño, ¿verdad?

—Sí. Donde se nace es donde más gusta vivir... y morir...

—¿Morir? ¿Por qué hablas de morir?

—Por nada, tonto; como se habla de otras cosas: por hablar... Es que a mí no me gustaría morirme fuera del sitio donde he nacido.

—¡Bah! ¿Quién piensa ahora en morirse?

—¿Y si no me pusiera buena?

—¡Qué disparate!... En cuanto llegues, eres otra; ya lo verás.

—Allí recordaremos los tiempos en que no éramos más que hermanos...

—Para reconocer que estos en que somos esposos son mucho mejores.

—Quién sabe... Algunas veces se me ocurre pensar que debíamos haber seguido siéndolo. ¿No será esta enfermedad mía un castigo de Dios por haberme cruzado en tu camino?

—Pues si Dios tuviera que castigarte por algo a ti, que eres la más buena, la más santa de las mujeres, ¿qué tendría que hacer con los demás?

—¿Me quieres mucho, Carlos?

—Qué tontuela eres: vaya una pregunta...

Dos días tardamos en arreglar el equipaje: Marcela no quiso dejar nada de su inmediata pertenencia en Madrid. También se empeñó en llevar el secreter que, con el piano y la sillita, *había yo comprado en una almoneda*.

—¿Para qué te llevas esas cosas? —preguntábala yo.

—Por si mi enfermedad se prolonga.

En aquellos días, Marcela me hizo tocar varias veces al piano; y una cosa que me

sorprendía mucho, era que me hacía tocar las mismas obras que tanto gustaban a Carmen. Como ella, se sentaba a oírme en la sillita, y como ella, se quedaba mirándome. Mucho me hacían padecer aquellas sesiones; pero procuraba aparentar el mayor placer en ellas.

Salimos de Madrid. Al llegar a la estación de *Santa Felicina*, encontramos a mamá Manuela que nos esperaba en compañía de Juanita.

Toda la escala del sentimiento, desde las palabras balbucientes y entrecortadas, hasta las más desconsoladoras lágrimas, se sucedió allí al ver el estado de Marcela.

—Niña mía —decía la madre abrazando y besuqueando a la hija—, verás aquí qué pronto te pones buena, al lado de tu madre..., en tu casa, en tu querido valle... ¡Si ya sabía yo que tú *no te harías* a Madrid, que no podrías vivir fuera de aquí!

Había ya partido el tren, habíanse ausentado empleados y viajeros que, como nosotros, daban por terminado su viaje en *Santa Felicina*, cuando logré que subiéramos en la tartana que D. Nicolás había facilitado galantemente para nuestro traslado a la *Padruca*.

Al subir la senda que desde la carretera a ella conduce, Marcela, que se apoyaba en mi brazo, rompió a llorar con gran desconsuelo.

Una vez en la corraliza, se sentó bajo el castaño donde mi padre tenía costumbre de hacerlo; su rostro se animó, y todos, con gran alegría, la vimos sonreír. Don Senén y D. Nicolás llegaron a saludarnos; su visita fue corta, para que Marcela pudiera descansar.

Por Dios y mis padres juro que en aquellos momentos solo en mi Marcela pensaba, solo a mi Marcela quería.

La mañana era templada y espléndida; el embalsamado ambiente, penetrando en nuestros pulmones, nos hacía respirar con avidez.

Mamá Manuela nos preparó un desayuno succulento, al que hicimos honor en la corraliza, al aire libre. Después que terminamos, mi esposa, a instancias mías, se echó a descansar hasta la hora del almuerzo.

Al quedarme solo, nuevas imágenes acudieron a atormentarme. El mar sin límites, que ante mí se extendía, hacía me pensar en la fugitiva.

Llamé a mamá Manuela y le dije, por si Marcela se despertaba, que me iba hasta el cementerio a visitar a mis padres. Hacía tiempo que la careta del disimulo, puesta constantemente sobre mi rostro, me sofocaba.

Limpias y bien cuidadas encontré las sepulturas; sobre ellas había flores frescas.

Después de rezar por ellos, que de ningún rezo necesitaban, senteme en una piedra, y dejando descansar mi frente en las manos, di rienda suelta a mis tristezas.

Cuando miré mi reloj, eran las doce. Mis ideas, evolucionando, volvían a mi pobre Marcela, a mi querida esposa, y mis sufrimientos se avivaban de un modo cruel. Empecé el regreso a casa; por el camino fui recogiendo florecillas silvestres, que tanto agradaban a mi mujer, hasta formar un pequeño ramo, que le ofrecí al llegar a casa y que me pagó con un beso.

Marcela estuvo muy animada durante el almuerzo; al concluir manifestó deseos de dar un paseo por el valle.

—Quiero saludarle —me decía sonriente.

Cogida de mi brazo, caminaba dichosa, como hacía tiempo no la veía.

—¿Sabes lo que me gustaría ahora, Carlos?

—No sé...

—Ponerme descalza... ir con los pies desnudos, como cuando yo era niña; vestirme con aquella ropa, llevar el peinado en trenza.

—¡Qué chiquilla eres! Tus pies ya no resistirían la aspereza del suelo... ¡Qué tontuela!... ¡Eso ya no puede ser!...

—¡Ya no puede ser!... —repitió mi esposa.

—Ni tiene por qué ser. Sobre todo, ¿a qué pensar ahora en esas cosas?

—Porque es muy agradable pensar en días felices.

—Días felices, interrumpidos por tu enfermedad; pero que continuarán en cuanto te restablezcas.

Marcela, como si no hubiera oído lo dicho por mí, continuó diciendo:

—Si vieras lo que me acuerdo de tus tiempos de estudiante...; cuando papá y tú os ibais a Madrid, y mi madre y yo quedábamos pensando en vuestra vuelta... Desde que os ibais, no sabíamos hablar más que del regreso. Todos los años veníais por Nochebuena... ¡Qué alegría!... Cuánto le gustaba a papá venir a pasar en casa esos días, en medio de esta paz, de esta tranquilidad que aquí se disfruta.

—¡Ya lo creo que me acuerdo! Pero me opongo a que sigas hablando de esas cosas: estás muy débil, te emocionas y... ¡vamos!... que como médico te lo prohíbo.

—Calla tontín... ¿Qué sabéis vosotros los médicos?, ¡si no sabéis nada!

No pude por menos que reír al oír la rotunda afirmación de Marcela.

—Después te hiciste doctor —siguió Marcela—. Os fuisteis a Madrid... volvisteis... Entonces recibías tú unas cartas que te ponían muy tristón. Cierta día te llevé una al despacho, donde tú estabas, y porque yo miraba la letra del sobre, te incomodaste mucho y me reñiste...

—Vaya... ¡ahora voy a recordar esas nonadas! —contesté queriendo disimular, porque recordaba perfectamente el hecho que Marcela me citaba.

—¿De quién era aquella carta?

—¡Qué sé yo!... Qué ocurrencias tienes, chiquilla... ¿Quieres que nos sentemos un poco? Estás cansada...

—No, no: vamos hasta el cementerio.

—No será eso verdad: a eso sí que me opongo, como médico, aunque te rías. Cuando te hayas restablecido un poquito, entonces iremos; ahora, no. Además, mientras tú descansabas esta mañana, yo fui a visitarles y les he rezado por ti y por mí.

—¿Están bien limpias las sepulturas? ¿Tienen flores?

—Sí.

—Pobre madre; con cuánto amor habrá cuidado de ellas. Dentro de poco podrás tú llevarles rosas de casa.

—Y tú, ¿por qué no?

—Porque yo no me pondré buena, ya lo verás.

—Vaya: te prohíbo que pienses así.

—¿También podéis prohibir pensar los médicos?

—Mira, Marcelilla, no me hagas reír que no tengo ganas.

—¿Y por qué no?

—Porque mientras tú no te pongas buena, no volveré a reír.

—¿Te apena mucho verme así?

Por toda contestación la cogí entre mis brazos y materialmente la estrujé contra mi pecho.

—Que me haces daño... que me ahogas... bruto —decíame mi adorada Marcela con sofocadas risas.

—Así, así quiero verte reír; así quiero ver tus mejillas, encendidas...

La tarde declinaba y propuse el regreso a casa para evitar el relente. No tuve, sin embargo, más remedio que complacer a mi mujer en su deseo de que, al menos, pasáramos junto a las tapias del cementerio; por encima de ellas arrojó unas margaritas... y emprendimos el regreso a la *Padruca*.

XXIX

Mis esperanzas de que el puro ambiente del valle, de que *el aire de la tierra* devolviese a Marcela la salud perdida, desvaneciéronse bien pronto.

Marcela decaía visiblemente, y esto llegó a producirme honda impresión. La idea de perderla crispaba mis nervios. ¿Sería posible que Dios se complaciese en irme quitando todo lo que yo más amaba en la vida? ¿Cuál era mi delito, para merecer tamaño castigo?

La ley de la vida no ejecuta tan rápidamente su inexorable sentencia. ¿Por qué, pues, extremarla en mi daño?

Marcela, siempre en mi compañía, daba algunos paseos, generalmente, por el valle; el monte la fatigaba tanto, que solo una vez pudimos ascender por el venerable *Padruco*.

Algunas veces utilizábamos nuestro diminuto balandro; pero estas fueron pocas: a Marcela gustábale mucho el mar... desde la orilla. Durante nuestros paseos, obstinábase con obsesión invencible, en hablar de épocas pasadas. Por más que yo hacía para impedirlo, tenía que rendirme y seguir aquellas conversaciones que tanto me disgustaban. Cuando no salíamos, permanecía largos ratos en la corraliza, donde se distraía mucho con las gallinas y las palomas, que, en tropel, acudían a comer de su mano el maíz y el trigo que les ofrecía. Las palomas se posaban en sus hombros, en los brazos, en los muslos, picoteándola graciosamente en las manos, en el pelo, en los botones de la ropa. Otros ratos invertíalos en cuidar amorosamente el jardín. Los rosales que ella plantara, florecían exuberantes.

Yo empleábame en distintas operaciones. Una de ellas fue registrar los cajones de la mesa de mi padre: cuando murió, solo había abierto aquel que me fue preciso y que encerraba, según él me dijo, los documentos de familia y todo lo concerniente a nuestros intereses.

En una cajita hallé diversas reliquias de mi madre, que mi padre guardaba de cuando eran novios. De su contenido, lo primero que llamó mi atención, fue un paquetito de cartas: eran de mi madre. ¡Qué estilo más sencillo, más honesto y más tierno! Me atreví a leer la primera, aunque ello me parecía una profanación, una falta de respeto hacia mis padres; en ella, mi madre, toda medrosa y turbada, como si cometiera un gran crimen, contestaba a la que mi padre escribiera declarándole su amor, aceptando, ruborosa, aquella ofrenda. ¡Qué frases más vulgares y corrientes las de aquella carta... y qué sublimidad la de aquellas frases! Con las cartas me encontré una cinta encarnada, un rizo de hermoso pelo negro como la mora, un pensamiento marchito y un guante, que acusaba la pequeñez y finura de la mano que lo calzara...

Una y mil veces besé aquellos recuerdos, aquellas reliquias de una mujer que solo amor dejó tras de sí... ¡¡Madre!!

Hallé también la soberbia colección de pipas de *espuma*, la cuenta de los salarios de Manuela, que formaban la dote de la hija, y cuyo importe hallé guardado en un sobre; otros muchos objetos encontré, que no cito aquí por no ser del caso.

Quiso Dios que, por aquellos días, Marcela mejorara un poquito, lo cual nos llenó de alegría y esperanza. Don Nicolás se puso muy hueco, porque atribuía aquella leve mejoría a un reconstituyente por él recetado.

Volvimos a dar largos paseos. Fuimos varias veces al cementerio, para que llevara las rosas que prodigaban los rosales, como si quisieran satisfacer cumplidamente la misión para que fueron plantados.

Cierta tarde que paseábamos por la costa, expuse a Marcela mi pensamiento de instalarnos definitivamente en la *Padruca*.

Contra lo que yo esperaba, no demostró alegría ni pesar ante tal idea.

—¿Y tu carrera? —se limitó a decir melancólicamente.

—La ahorco: no quiero más medicina. ¿Para qué quiero una ciencia en la que camino a obscuras?

—La medicina no puede curarlo todo, Carlos.

—Por eso no la quiero. Que trabaje en pro de la humanidad otro que tenga más talento. El día que me coja de humor, tiro al mar todos los cachivaches del laboratorio.

Nada me replicó Marcela: parecía muy preocupada.

—¿No aplaudes mi determinación? ¿No me decías en Madrid, que no querías que ejerciera? ¿Por qué no te alegras de mi propósito?

—Porque temo que, después de hacerlo, te arrepientas también...

Aquellas palabras me llamaron la atención: «Que te arrepientas también». No era esta la primera vez que palabras naturales y sencillas de mi mujer pinchaban en mi conciencia, como si afiladas agujas fueran. Pero mi conciencia, ¿me reprochaba algo? ¿Por querer a Carmen, no quería a Marcela?

Estos pensamientos agitaban mi alma con impetuosidades de tormenta.

Una noche que Marcela, ya acostada, dormía, encerreme en mi despacho. Al abrir el cajón donde yo guardaba las cartas de Carmen, me pareció que en los papeles había algún desorden; en las mismas cartas me pareció observar que alguien había puesto mano: no conservaban el orden de fechas en que las tenía. Mucho me hizo cavilar aquello. ¿Sería posible que Marcela...? Pero si ella jamás, ni aun en broma, se había atrevido a tocar en mi mesa... Prueba de ello, es que no había tenido inconveniente en conservar aquellas cartas, como antes había conservado mi diario... El recuerdo de este manuscrito reavivó mis dudas de si efectivamente lo perdí en la calle, o lo halló Marcela en mi gabán. Pero si esto último era cierto y el conocimiento de mi loco amor por Carmen era la causa del estado en que se encontraba, quien la mataba era yo. ¡Cruel martirio el mío!

Razonando de una manera que yo creía perfectamente lógica, acabé por rechazar tales ideas, como las había rechazado la primera vez, por absurdas. Para que Marcela,

habiendo leído mi diario, siguiera mostrándose tan enamorada y cariñosa como antes, preciso era que, abandonando la envoltura carnal, hubiese tomado la de un ángel...

Por lo que pudiera ser, hice un paquete con las cartas y lo guardé cuidadosamente en lo más escondido de mi librería.

Acosado por las más terribles dudas, llegué a pensar en plantear la cuestión, *descaradamente*, ante mi mujer. Este paso se imponía, era indispensable; yo podría devolver a Marcela la paz, el sosiego, la salud, asegurándole que Carmen no era ya para mí lo que ella podía suponer.

Resuelto a poner en práctica mi resolución de instalarnos en la *Padruca*, dejé tan espionosa conferencia para mi regreso.

Mi esposa y yo hablamos de todo lo procedente a la conveniencia de vender muchos de los muebles que teníamos en Madrid. Señaláronse, pues, los que habían de venderse y los que habían de transportarse a la *Padruca*, y emprendí el viaje a Madrid.

De deducción en deducción, cada vez me convencía más de que la afición de mi esposa era puramente moral, y que siendo esto así, la causa no podía ser otra que la ya citada.

Mi admiración por Marcela llegó a un punto imponderable. ¿Cómo había podido disimular tanto tiempo sin dar lugar a la más mínima sospecha? Es verdad que, desde aquel día, habíase vuelto más callada, más seria, más reflexiva; pero éralo ya tanto, que se hacía difícil apreciar el leve aumento que habían sufrido estas sus cualidades.

«La medicina no puede curarlo todo...».

¿Acaso estaba yo ciego para no comprender el alcance de aquellas palabras? ¿Qué duda podía caberme de que ella misma me daba pie para que hablara del asunto? Torpe, imbécil de mí. Por fortuna, me había dado cuenta a tiempo, y a mi regreso pondría el remedio a la dolencia de mi esposa.

No tenía ya motivo de duda; pero cada vez que en ello pensaba, hallaba nuevos motivos de admiración hacia Marcela. Habiendo leído el diario, sabría que el secreter, el piano y la sillita que *yo había comprado en una almoneda*, eran de Carmen. ¿Cómo, pues, ella no había querido dejar el secreter en Madrid, y cómo al designarse los muebles que yo debía embalar para ser conducidos a la *Padruca*, había ella misma puesto gran empeño en que el piano y la silla fueran de los de este número? Incomprensible misterio para mí el de aquella alma tan bella, tan noble y tan generosa, que se obstinaba en conservar objetos que habían pertenecido a una mujer por mí tan amada.

¿Es que el amor de mi esposa se engrandecía hasta el extremo de extenderse a todos los seres amados por mí?

La figura de Marcela adquiría proporciones tan gigantes, que yo me sentía avergonzado, incapaz de comprender la grandeza de alma de aquella excelsa mujer.

Ya en la corte, imprimí gran actividad a las operaciones de levantar la casa.

Madrid, al igual que aquel piso que iba a dejar para siempre, me causaba una

impresión penosísima. Aunque mal vendidos, procuré deshacerme cuanto antes de los muebles destinados a este objeto; para embalar los que había de llevar a la *Padruca*, llamé a cuantos carpinteros juzgué necesario para que la operación se realizara con la rapidez que yo deseaba.

El prendero que se llevó mis muebles me hizo recordar al que se llevó los de Carmen. «Esto se ve todos los días», me dijo aquel bandido, que debía pertenecer a la misma cuadrilla que el mío. Con qué indiferencia, con qué brutal naturalidad me había dicho aquellas palabras el miserable logrero... «Esto en Madrid se ve todos los días»... En Madrid, y en todas partes, digo yo, se deshacen casas que el amor crea; en Madrid se desbaratan hogares que un día fueron felices y que la desgracia arrasa, aventando a los seres que los habitan, que tal vez no se vuelven a reunir jamás...

En cuatro días logré ver mi casa vacía, y en sus balcones los típicos papeles que dicen: «Se alquila».

¿Quién iría a reemplazarnos en aquel cuarto? ¿Seres más felices o más desgraciados? ¿Quién podía saberlo!

Me dispuse a salir de Madrid, haciéndome el firme propósito de no volver más. Antes de salir de él, aún pasé por algunos sitios memorables, aún pasé por delante de la casa de Carmen... En el balcón del saloncito estaba asomada una vieja, que tosía asmáticamente.

Alejeme de aquel lugar y fuíme en derechura de la Central de Telégrafos; allí expedí un telegrama anunciando a Marcela mi salida de Madrid para el siguiente día, y rogándole que, si se encontraba con ánimos, fuera a esperarme a la estación.

En mi buen deseo, creí que el mismo día de mi llegada, en el camino de la *Padruca*, había de cambiar todo de aspecto... La imaginación complacíase en presentarme un cuadro de tranquila felicidad que hacía me sonreír dichoso.

Nuestra vida se deslizaría tranquila y feliz en aquel bello rinconcito del mundo. ¡Cuánto eché de menos un hijo! Como mis padres me habían educado a mí, sin salir de la *Padruca*, nosotros hubiéramos educado al nuestro... Mas esta falta no impediría, no, que fuéramos felices.

XXX

Impaciente por llegar a mi casa, subí al tren. Los minutos me parecían años, y las horas, siglos. A guiarse el maquinista por mi deseo, nuestro viaje hubiera sido el del rayo.

Al llegar a *Santa Felicina*, experimenté un doloroso sobresalto: en vez de Marcela, como yo suponía, me esperaba D. Nicolás.

A mis precipitadas preguntas respondió el doctor con afable cariño:

—No pasa nada, no pasa nada, querido Carlos. ¡Caracoles! Estos maridos enamorados son terribles. Si por eso precisamente he venido yo: para que no te asustaras.

—¿Es que Marcela está peor?

—No está peor ni mejor: está lo mismo. No ha venido, porque anoche, pensando, sin duda, en tu regreso, no pudo dormir, y esta mañana se encontraba muy débil...

—Don Nicolás, ¿me da usted su palabra de honor?

—¡Palabra de honor! Algo nerviosilla la encontré cuando me mandó llamar para pedirme el favor... ¡ya ves tú qué favor!..., de que viniera a esperarte con la tartana; por lo demás, creo que no hemos avanzado ni retrocedido un paso.

Tranquilizado por las palabras del buen D. Nicolás, subimos a la tartanilla; arreo con mucho cariño al caballo y nos dirigimos a la *Padruca*.

Entornaba yo los ojos procurando distinguir a Marcela, pero no lo conseguí. Nuevamente empecé a perder la tranquilidad a medida que nos íbamos acercando: que no hubiese ido a la estación era explicable, ya lo había hecho D. Nicolás; pero que no estuviera en la carretera, en la puerta de la casa, en una ventana, esto no tenía explicación ninguna. Frente al sendero, ya varias veces citado, descendimos, y corriendo trepé por él hacia mi casa. La corraliza estaba desierta; las gallinas huían espantadas ante mí; en la puerta interior de la casa estaba Juanita.

—¿Y la señorita? —pregunté.

Antes de que Juanita pudiera contestarme, un grito horrible, espantoso, que sonó en el piso alto de la casa, nos dejó aterrados, fríos...

Don Nicolás, que en aquel instante llegaba jadeante junto a mí, al oír el grito exclamó con enérgica e imperiosa voz: «Arriba».

Lanceme a la escalera, llegué al primer piso y me precipité en el cuarto de mi esposa.

Allí estaba, sobre la cama; de bruces sobre ella, mamá Manuela, desmayada.

Levanté en vilo a la madre, y, entregándosela a D. Nicolás, cogí entre mis brazos el inanimado cuerpo de mi esposa.

—Marcela, Marcela querida, ¿qué tienes? ¿No me oyes? Soy yo... Carlos, tu Carlos...

Al mismo tiempo, sintiendo que los sollozos me ahogaban, desabroché su vestido para consultar el corazón... Aún latía, pero eran sus latidos tan tenues y tardos, que comprendí que expiraba.

Marcela hizo un movimiento convulsivo, sus párpados se agitaron débilmente, como si los ojos quisieran mirar por última vez, moviéronse sus labios sin articular palabra, y al instante sentí que aquel cuerpo querido pesaba en mis brazos con la intensidad de la muerte.

—¡Muerta! —exclamé, dejando caer blandamente a mi esposa sobre el lecho—. ¡Muerta!

Al oírme, D. Nicolás, acudió presuroso a comprobar tan espantosa afirmación.

—¡Muerta!... ¡Muerta!

En mis palabras había yo expresado todo el dolor de que puede ser capaz el corazón de un ser humano; las suyas expresaban la sorpresa, el estupor más profundo.

Sintiéndome desfallecer, caí de rodillas ante el lecho en que reposaba aquella dulce niña, aquel ángel que Dios me arrebatara, considerándome indigno de poseerlo.

—¡Muerta!... —repetía yo, como única manera de expresar mi desesperación.

—¡Muerta! —repetía D. Nicolás, no hallando otra palabra que expresara su asombro.

De pronto, D. Nicolás, acercándose a la mesita de noche, exclamó:

—¿Qué es esto, qué hay en esta copa?

Levanteme con viveza, como si aquellas palabras me dieran esperanzas de trocar la muerte en vida, y vi que mi compañero cogía la citada copa (que contenía unas cuantas gotas de un líquido enturbiado), y un papel, que me alargó.

El doctor, que conocía perfectamente mi laboratorio, se dirigió precipitadamente hacia él; yo, con gran ansiedad, leí el papel, que decía así: «En el secreter».

Precipíteme sobre el mencionado mueble, abrí su tapa, y a punto estuve de caer redondo como herido por un rayo: allí estaba mi diario. Cogí aquel cuaderno y lo estrujé con loca furia, arrojándolo al suelo con asco, con horror.

Revolví en todos los cajones, registré todos los escondrijos del mueble, y nada encontré, nada que al espantoso drama allí ocurrido se refiriera. Y, sin embargo, algo tenía que haber dejado escrito Marcela, era indudable... Mis ojos se fijaron en el destrozado diario; lo recogí del suelo y repasé rápidamente sus páginas; al final hallé lo que buscaba, la clave de la tragedia.

Lo escrito por Marcela en una de las cuartillas, lo que en estos momentos, tan angustiosos para mí como aquellos, tengo ante mi vista, dice así:

Mi Carlos del alma. Mi vida se prolonga mucho, y yo te amo demasiado para consentirlo. Por este cuaderno que Dios puso en mis manos para hacerme comprender, sin duda, cuál era mi deber, he llegado a conocer tu inmenso amor por Carmen; he comprendido que yo no seré jamás la única dueña de tu corazón..., que es de *ella*. Tu felicidad está junto a Carmen... Yo no puedo compartir tu corazón... ¿Por qué dejamos de ser hermanos? Sin yo saberlo, sin yo tener culpa, he llegado a ser un obstáculo a tu felicidad, y no quiero hacerte infeliz. No encuentro más que un medio de devolverte la felicidad, y lo acepto gozosa. Estando tú a mi lado, me faltaba el valor para ponerlo en práctica; por eso aprovecho tu viaje. Quiero verte aún una vez y aguardo

hasta el último instante.

He visto salir el tren del túnel, y con ayuda de unos gemelos te he visto montar en la tartana de D. Nicolás. No me queda más que el tiempo preciso para tomar el veneno que antes he buscado en tu laboratorio...

—El ácido arsenioso —dijo D. Nicolás entrando de pronto en la habitación.

Oculté el diario, sin poder concluir lo escrito por Marcela, que tampoco hay para qué copiar.

Un silencio sepulcral reinó en la habitación.

Pregunteme D. Nicolás si había hallado algún documento que permitiera suponer las causas... Repliquele que ninguno.

La madre de Marcela permanecía en el sillón donde la colocara D. Nicolás, no repuesta aún del todo. Cuando la vimos en disposición de poder hablar, la interrogamos: nada dijo que diera luz al doctor; yo, para nada la necesitaba.

—Cuando vi llegar la tartana —decía la infeliz—, creyendo que Marcela se había distraído, la llamé, y como no me contestara, subí... y la encontré agitándose en el lecho..., hasta que se quedó así..., así, no sé cómo... Pero eso no será nada, ¿verdad? Un desmayo que pasará..., ¿verdad?...

Desdichada... Cuando le dijimos que Marcela había muerto, creí que se volvía loca.

Si la pobre hubiese sabido que yo era el causante de aquella catástrofe, quizás me hubiera maldecido.

* * *

La muerte de Marcela me dejó sumido en un estado semejante a la imbecilidad.

Mi único alivio era pasarme mañana y tarde en el cementerio, contemplando la sepultura de mi esposa.

La bondad de D. Senén y el cariño paternal que nos tenía, hizo que se allanaran todas las dificultades que podía haber ofrecido el enterramiento de Marcela en lugar sagrado; D. Nicolás también puso de su parte lo necesario.

Mis ojos la veían, a través de la piedra, hermosa, dulce, sonriente como siempre; no estaba muerta, no.

Hablaba con ella, y ella me respondía. Con su dulcísima voz me decía que era dichosa porque me había dejado libre; me amaba tanto, que no había titubeado en sacrificarme su preciosa vida, su fresca juventud, su hermosura incomparable.

Decíale yo que mi vida se reduciría a llorar su muerte, hasta que Dios, en su infinita bondad, se dignara reunirnos nuevamente y para siempre. A esto me respondía que si tal hiciese, su sacrificio resultaría estéril. Por respeto a ella, no debía privarme de ir en pos de Carmen: amor es sacrificio, y ella me amaba tanto, que para eso se había matado, para que Carmen y yo nos reuniéramos... Ella sería dichosa viéndonos juntos desde el Cielo. Mientras tal no hiciéramos, no podría abandonar su sepultura para remontarse a la divina mansión.

Estos diálogos que sostenía con Marcela terminaban huyendo yo del cementerio como un loco. Buscaba un rincón en el valle, y allí me acurrucaba, como si temiera ser perseguido.

Cualquier ruido me inquietaba, y cuando veía una mujer, mi imaginación la despojaba en el acto de su forma corporal, para darle la de Marcela... ¡Marcela, mi Marcela!

Al anoecer llegaba a la *Padruca* rendido, aniquilado, y tras de una ligera colación, y a veces sin ella, me acostaba. La *Padruca* me parecía un lugar muerto. Habíame hecho poner una cama en una habitación del piso bajo, y jamás subía al piso superior.

Mamá Manuela no hacía en todo el día otra cosa que llorar sin consuelo. Cuando me veía tan abatido, procuraba consolarme, ahogando su propia pena; pero yo huía de ella como el Diablo de la Cruz, como el malo del bueno: mi conciencia no podía resistir la presencia de aquella desgraciada, que era para mí como una acusación viviente. En su presencia sentía que mi conciencia me gritaba: Tú has sido el verdugo de esa mujer, tú la privaste, a ella que de nada ha disfrutado en la vida, de su único amor, de su única alegría: tú asesinaste a su hija... ¡Oh, Dios mío, qué días tan crueles!

Tres meses pasé sin que amenguara mi desesperación.

Cuánto tengo que agradecer a D. Senén y a D. Nicolás: ellos, con cariñosa persistencia, me aconsejaban que me ausentara de la *Padruca*, que viajara, que procurara distraerme de algún modo, y, sobre todo, que aceptara con resignación los designios del Altísimo, que cuanto más duro y cruel se muestra con los mortales, más claramente les hace patente su predilección. Mamá Manuela también me lo suplicaba:

—Si tú mueres, hijo mío —me decía—, quedaré completamente sola... ¡Qué sería de mí!

La vida..., la muerte... ¡Qué me importaban la una y la otra! Comprendiendo, no obstante, que mi permanencia en aquellos lugares, solo me llevaba a la locura, que siendo un estado intermedio, nada resolvía, decidí obedecerles, y una mañana, sin más equipaje que una maleta, salí de la *Padruca* y de *Santa Felicina*.

Al abandonar aquellos lugares sentí que una mano invisible, la de Marcela, tal vez, arrancaba de mi pecho el corazón.

Sin pasar por Madrid, me interné en el extranjero. Recorrí toda Europa. Casi a diario escribía a mamá Manuela, hablando siempre de lo mismo, de Marcela; ella me contestaba poniendo cien veces el nombre de su hija en las cartas.

También escribía, aunque más de tarde en tarde, a D. Senén y al doctor, los que me contestaban con cartas llenas de cariñosas recomendaciones para el mejor logro de mis propósitos de paz y sosiego.

Más de un año transcurrió de esta manera.

Al fin, mi juventud se sobrepuso a mi dolor, y aunque la alegría no volví a encontrarla jamás, al menos logré reducir mi pena a un estado de amarga resignación,

muy semejante al estoicismo.

A los tres años de la muerte de mi Marcela, yo, que no tenía amigos íntimos, amigos de la niñez, amigos que son como nosotros mismos, y que, por lo tanto, son los únicos a quienes se pueden confiar ciertas tristezas y ciertos pensamientos, eché de ver esta falta, este aislamiento en que me hallaba, y que ya era difícil reparar: a la edad que yo tenía, cuando la experiencia empieza a enseñarnos lo que vale, y lo difícil que es encontrar una verdadera amistad, mi corazón estaba muy endurecido para llenar aquella falta. Quise, sin embargo, buscar un confidente, alguien con quien poder comunicarme... y aquí tenéis al novelista que surge de pronto. Cogí cuartillas y empecé a llenarlas; cuando concluí, tenía escrita mi primera obra: *Triste vida*, que tanto éxito alcanzó.

Lo demás ya lo sabéis: mi nombre, que había desaparecido de la medicina, empezó a figurar en la literatura. Seguí publicando obras, que era comunicarme con el público, con ese *alguien* que yo había buscado; mis novelas me han dado una fama que no merezco... y que no busqué.

Aquellos que envidiáis a los que alcanzaron un nombre, pensad que muchas de esas nombradías se compran a costa de la infelicidad de toda una vida.

¿Por qué las mujeres que siempre pinté en mis obras fueron seres bellos, ideales, llenos de bondad y de ternura? Todos los que leyeren esta obra lo comprenderán sin necesidad de explicaciones.

Y vosotros, queridos amigos, ¿comprendéis ahora el porqué del carácter hosco, huraño y retraído de *Carlos Mangín*?

A vosotras, lindas y gentiles lectoras, he de pedir os perdón, si por la lectura de estas páginas habéis sentido alguna vez humedecerse vuestros ojos. Bueno es reír y gozar en la vida, pero bueno es sufrir de cuando en cuando un poquitito: la alegría nos aleja de los que padecen; el sufrimiento exprime el corazón, haciendo brotar los bellos sentimientos que encierra, y nos predispone a comprender el sufrimiento de los demás; nos acerca a los que sufren...

En el transcurso de mi solitaria vida, más de una vez he intentado sobreponerme a mis pesares y seguir la ley de la vida: enamorarme de alguna mujer; pero no lo he logrado: mi corazón se ha negado siempre obstinadamente a dar albergue a un nuevo amor...

Que sirve de epílogo

He terminado mi relato... pero no os impacientéis: voy a daros la noticia que todos echáis de menos. ¿Qué fue de la pecadora?, ¿no es eso? Voy a decíroslo. Hace seis años, leyendo en los periódicos la descripción de una espantosa catástrofe marítima, entre la relación de los pasajeros ahogados, leí el nombre de Carmen. ¿Qué efecto me hizo la noticia? Ninguno. El agotamiento de mi sensibilidad hace que las más grandes sensaciones pasen por mi corazón sin que produzcan en él grandes sacudidas...

Al llegar al final de este manuscrito, llego al final de una empresa para la cual muchas veces he temido que no alcanzaran mis fuerzas. Hoy lo termino, mañana lo entregaré a mi editor, dentro de ocho días partiré de Madrid para encerrarme en la *Padruca*, en mi querido valle de *Santa Felicina*, que, si en los días de la muerte de mi esposa llegó a causarme horror, hoy me inspira más cariño que nunca. Una querencia irresistible me arrastra hacia él; oigo amantes voces que, tristes, me llaman allí... Ya no encontraré a mamá Manuela, que solo sobrevivió a su hija diez años. Mi ama de llaves jura y perjura que, siendo su hija feliz con su marido, no me abandonará... ¡Pobrecilla!... Ella o sus hijos obtendrán mi recompensa...

Llegó, pues, el momento de despedirme de vosotras, mis bellas lectoras, y de vosotros también, lectores; pero a ellas me dirijo principalmente, por la índole del ruego que he de hacerles.

Si alguna vez vais al valle de *Santa Felicina* y este libro no se borró por completo de vuestra memoria, subid a la *Padruca*, que nadie os cerrará el paso; llegad hasta los rosales que en ella florecen, descendientes directos de los que un día plantó mi hermana, cortad sus rosas y cubrid con ellas la sepultura de Marcela.

* * *

Y si alguna vez atravesáis el mar, y en vuestras manos, en vuestro pecho, o en vuestros cabellos hay una flor, arrojadla a las aguas: yo os la pido para la pecadora.